

JENNIFER L.
ARMENTROUT

CUIDADO

NO MIRES ATRÁS

Lectulandia

La noche en que Sam perdió la memoria, también desapareció su mejor amiga, Cassie. Mientras trata de rehacer su vida, se da cuenta de que no quiere volver a ser quien era. Bajo la brillante fachada de su antiguo yo se ocultaba una chica odiosa, y estaba claro que ella y Cassie eran grandes enemigas. Para Sam perder la memoria ha sido como ganar la lotería.

Pero Cassie sigue desaparecida y alguien más sabe lo que ocurrió aquella noche, alguien que no está dispuesto a correr el riesgo de que Sam recupere la memoria. La única garantía de que Sam siga viva es que no recuerde nada.

Lectulandia

Jennifer L. Armentrout

Cuidado. No mires atrás

ePub r1.2

Titivillus 06.05.15

Título original: *Don't Look Back*
Jennifer L. Armentrout, 2014
Traducción: Jofre Homedes Beutnagel
Imagen de cubierta: Robert Jones
Diseño de cubierta: Elsa Girard Suárez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Dedicado a todos los lectores y bloggers,
grandes y pequeños, nuevos y viejos*

No reconocí el nombre del letrero. Nada en aquella carretera rural resultaba familiar ni acogedor. Frente a la casa medio en ruinas, las malas hierbas infestaban el jardín entre árboles grandes, majestuosos. Las ventanas estaban cerradas con tablones. No había puerta, solo un hueco. Con un escalofrío, deseé estar lejos de... donde estuviera.

Caminaba con más dificultad de lo normal. Tropecé en el pavimento frío, y una piedra afilada me arrancó un gesto de dolor cuando se clavó en la planta de mi pie.

¿Mi pie descalzo?

Cuando me paré a mirar vi, entre el polvo, restos de pintaúñas rosa descascarillado y... sangre. Mis pantalones estaban tan embarrados que los bajos se habían quedado tiesos; lógico, teniendo en cuenta que iba descalza, pero ¿y la sangre? No entendía que hubiera manchas de sangre en las rodillas de los vaqueros.

Mi vista se nubló, como si me hubieran puesto una gasa gris delante de los ojos. Mientras miraba el asfalto gastado debajo de mis pies, las piedrecitas dieron paso a otras piedras más grandes y redondeadas. Por las grietas se filtraba algo oscuro, aceitoso.

Di un respingo y parpadeé. La imagen desapareció.

Levanté unas manos temblorosas, llenas de barro y arañazos. Tenía las uñas rotas y ensangrentadas. En el pulgar había un anillo plateado con una costra de suciedad. Las mangas desgarradas del jersey dejaban a la vista moratones y cortes en una piel muy clara. Mis piernas empezaron a flojear. Caminaba dando tumbos. Intenté acordarme de lo que había pasado, pero tenía la cabeza vacía. Un hueco negro donde no existía nada.

Pasó un coche que frenó hasta detenerse a pocos metros. En las trincheras de mi subconsciente reconocí, en los intermitentes de color rojo y azul, una fuente de seguridad. Por el lado negro y gris del coche patrulla se sucedían unas letras elegantes que formaban las palabras DEPARTAMENTO DEL SHERIFF DEL CONDADO DE ADAMS.

¿Condado de Adams? Tuve una fugaz sensación de familiaridad.

Se abrió la puerta del conductor y bajó un policía, que dijo algo por el transmisor que llevaba en el hombro. Me miró.

—Señorita... —Empezó a rodear el coche con cautela. Parecía muy joven para ser policía. Por alguna razón, no me resultó normal que un chico recién salido del instituto fuera armado. ¿Y yo? ¿Iba al instituto? No lo sabía—. Hemos recibido una llamada sobre usted —dijo amablemente—. ¿Se encuentra bien?

Intenté contestar, pero apenas conseguí emitir un sonido ronco. Después carraspeé, e hice una mueca al sentir un escozor en la garganta.

—No... no sé.

—Bueno. —El policía se acercó enseñando las manos, como si yo fuera un cervatillo a punto de salir corriendo—. Soy el agente Rhode y he venido a ayudarla. ¿Sabe qué hace aquí?

—No.

Se me hizo un nudo en el estómago. Ni siquiera sabía dónde era «aquí». Su sonrisa se volvió más forzada.

—¿Cómo se llama?

¿Que cómo me llamaba? Todo el mundo sabe cómo se llama. Sin embargo, me quedé mirando al policía sin ser capaz de responder. Mientras tanto, el nudo crecía.

—No... no lo sé.

El agente parpadeó. La sonrisa había desaparecido.

—¿No recuerda nada?

Lo intenté de nuevo, concentrándome en el vacío que notaba entre las orejas. Lo sentía así, como un vacío. E intuía que no era nada bueno. Mis ojos empezaron a empañarse.

—Tranquila, señorita. Cuidaremos de usted. —Tendió la mano y la cerró suavemente alrededor de mi brazo—. Todo se arreglará.

El agente Rhode me acompañó a la parte trasera del vehículo. Yo no quería estar al otro lado del cristal. Sabía que era algo negativo. Al otro lado del cristal de los coches patrulla solo se sentaban los malos. Quise protestar, pero él no me dio tiempo; me ayudó a sentarme y me abrigó los hombros con una manta áspera.

Antes de encerrarme en la parte mala del coche, se puso de rodillas y sonrió para tranquilizarme.

—Todo irá bien.

Yo sabía que no era verdad; lo decía solo para consolarme, pero no sirvió de nada. ¿Cómo podía ir todo bien si yo ni siquiera conocía mi propio nombre?

No sabía mi nombre, pero sí una cosa: odiaba los hospitales. Eran fríos, inútiles. Olían a desinfectante y a desesperación. El agente Rhode se fue en cuanto los médicos empezaron a hacerme pruebas. Me examinaron las pupilas, me hicieron radiografías y me tomaron una muestra de sangre. También vendaron un lado de mi cabeza y limpiaron las heridas, que eran muchas. Me dejaron en una habitación para mí sola, con un gotero que metía en mi cuerpo «fluidos que te ayudarán a encontrarte mejor».

Al final entró una enfermera con un carrito de instrumentos que no presagiaban nada bueno y una cámara. ¿Por qué una cámara?

Sin decir palabra metió mi ropa en una bolsa después de darme una bata de hospital que raspaba. Me miraba sonriendo, como el policía, con una sonrisa falsa, estudiada.

Descubrí que no me gustaba aquel tipo de sonrisas. Me ponía los pelos de punta.

—Debemos hacerte algunas pruebas más mientras esperamos las radiografías, cariño —dijo. Luego me empujó los hombros suavemente hacia el duro colchón—. También tendremos que fotografiar tus heridas.

Fijé la vista en el techo blanco. Me costaba llenar los pulmones de aire. Aún fue peor cuando me hizo deslizarme hacia el borde de la mesa. Me sorprendió pasar tanta vergüenza. Qué violento es esto, pensé. Se me cortó la respiración. No era una idea de ahora, sino de antes de... ¿de qué?

—Relájate, cariño. —La enfermera se quedó de pie al lado del carrito—. La Policía se ha puesto en contacto con los otros condados de la zona por si se ha denunciado alguna desaparición. Pronto encontrarán a tu familia.

Entonces levantó algo largo y fino que reflejó una luz intensa, impersonal.

Después de unos minutos me corrían lágrimas por las mejillas. La enfermera parecía acostumbrada, dado que iba a lo suyo y se marchó sin decir nada. Me acurruqué bajo la manta fina, con las rodillas contra el pecho, y me quedé así, pensando en nada, hasta que me dormí.

Soñé que me caía, una caída interminable y repetida a través de la oscuridad. Se oían gritos, sonidos estridentes que erizaban el vello de mi cuerpo. Después, algo suave y adormecedor que me tranquilizó.

La mañana siguiente, cuando desperté, decidí empezar por lo más básico. ¿Cómo me llamaba? Tenía que tener un nombre. Sin embargo, no encontré nada a lo que aferrarme. Me puse de espaldas y solté un gritito cuando sentí el tirón de la vía en la mano. A mi lado había un vaso de plástico con agua. Me incorporé despacio y lo levanté. Tembló y se derramó en mi mano, mojando la manta.

Agua. Algo relacionado con el agua. Un agua oscura y aceitosa.

En ese momento se abrió la puerta y reapareció la enfermera con el mismo médico que me había examinado la noche anterior. Me caía bien. Su sonrisa era sincera y paternal.

—¿Te acuerdas de mi nombre? —A pesar de la falta de respuesta inmediata, su sonrisa no cambió—. Soy el doctor Weston. Solo quiero hacerte unas preguntas.

Me hizo las mismas que todos los demás. ¿Cómo me llamaba? ¿Sabía cómo había llegado a la carretera, o qué había estado haciendo antes de que apareciese el policía? La respuesta era siempre la misma: no.

Después, para variar, pasó a otros temas y entonces sí que pude contestar.

—¿Has leído *Matar a un ruiseñor*?

Mis labios, reseco, se agrietaron al sonreír. ¡Sabía la respuesta!

—Sí, va de la injusticia racial y de varias maneras de ser valiente.

—Muy bien —asintió el doctor Weston—. ¿Sabes en qué año estamos?

Arqueé una ceja.

—En 2014.

—¿Y en qué mes?

—En marzo. —Me humedecí los labios. Empezaba a ponerme nerviosa—. Pero no sé el día.

—Hoy es 12 de marzo, miércoles. ¿Cuál es el último día del que te acuerdas?

Toqueteé el borde de la manta.

—¿Del martes? —contesté por decir algo. Los labios del doctor Weston volvieron a curvarse en una sonrisa.

—Tiene que ser más tiempo. Cuando te trajeron estabas deshidratada. ¿Volvemos a intentarlo?

Por mí perfecto, pero ¿para qué?

—No lo sé.

Me preguntó algunas cosas más. Cuando llegó un auxiliar con la comida, descubrí que odiaba el puré de patata. Arrastrando el gotero como si fuera una maleta, me acerqué al espejo del cuarto de baño y contemplé a una desconocida.

Era la primera vez que veía su cara.

Y, sin embargo, era la mía. Me aproximé para inspeccionar el reflejo. Pelo cobrizo, apelmazado, alrededor de una barbilla un tanto puntiaguda. Tenía los pómulos marcados, y los ojos eran una mezcla de marrón y verde. Mi nariz era pequeña. Supuse que sin el cardenal que arrancaba del principio del pelo y se extendía por todo el ojo derecho habría sido guapa. En la piel de la barbilla había muchas raspaduras, como una mancha gigante de frambuesa.

Me aparté del lavabo y regresé con mi gotero a la pequeña habitación. Cuando me disponía a meterme de nuevo en la cama, oí unas voces al otro lado de la puerta cerrada.

—¿Cómo que no se acuerda de nada? —inquirió una voz aguda de mujer.

—Sufre una conmoción cerebral compleja que ha afectado a su memoria —explicó pacientemente el doctor Weston—. En principio debería recuperarla, pero...

—Pero ¿qué, doctor? —preguntó un hombre.

Su voz, desconocida, hizo que de la turbia maraña de mis pensamientos saliera flotando una conversación, como un programa de televisión que se oye desde lejos pero no se ve: «La verdad, preferiría que no la vieras tanto. Es una chica muy problemática. No me gusta tu actitud cuando estás con ella».

Era la misma voz de tenor, la del hombre de fuera, pero no la reconocí. Tampoco logré relacionarla con nada más.

—La pérdida de memoria podría ser permanente. Son casos bastante imprevisibles. De momento no lo sabemos. —El doctor Weston carraspeó—. La buena noticia es que las demás heridas son superficiales. Y por lo que sabemos de las pruebas adicionales, no parece que se haya producido ningún tipo de agresión.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer—. ¿Una agresión? ¿En el sentido de...?

—Joanna, el doctor ha dicho que no la han agredido. Cálmate.

—Tengo derecho a estar angustiada —replicó la mujer—. Ha estado cuatro días desaparecida, Steven.

—La Policía del condado la encontró en el límite de la Reserva Forestal Michaux. —El doctor Weston hizo una pausa—. ¿Saben qué hacía allí?

—Es donde tenemos nuestra segunda residencia, aunque está cerrada desde septiembre. Hemos ido a mirar. ¿Verdad, Steven?

—Pero ella está bien, ¿no? —preguntó el hombre—. El único problema es su memoria.

—Sí, pero no es una simple amnesia —dijo el doctor.

Me aparté de la puerta y me metí en la cama. Mi corazón volvía a latir con mucha fuerza. ¿Quiénes eran? ¿Por qué habían venido? Me subí la manta hasta los hombros, mientras oía fragmentos de lo que decía el doctor. Algo sobre un *shock* extremo combinado con deshidratación y conmoción cerebral, una tormenta médica perfecta en la que mi cerebro se había dissociado de mi identidad personal. Sonaba complicado.

—No lo entiendo —oí que decía la mujer.

—Es como escribir algo en el ordenador, guardarlo en un archivo y luego olvidar en qué carpeta está —explicó el médico—. El archivo existe, pero hay que encontrarlo. No es que haya perdido sus recuerdos personales; están en su cabeza, pero no puede acceder a ellos. Y es posible que nunca los encuentre.

Me eché hacia atrás, consternada. ¿Dónde había guardado el archivo?

Justo después se abrió la puerta y me encogí cuando una mujer, una auténtica fuerza de la naturaleza, irrumpió en la habitación. Era pelirroja, con un moño elegante que dejaba a la vista un rostro anguloso pero bello.

Se quedó muy quieta, deslizando la vista por mi cuerpo.

—Oh, Samantha...

La observé, indiferente al nombre. Después miré al doctor, que me hizo un gesto tranquilizador con la cabeza. Sa-man-tha... No, nada.

La mujer se acercó. Sus pantalones de lino y su blusa blanca no tenían una sola arruga. De sus finas muñecas colgaban pulseras de oro. Me estrechó entre sus brazos. Olía a fresa.

—Mi niña —dijo mientras me alisaba el pelo con la mano y me miraba a los ojos—. Pero qué contenta estoy de que no te haya pasado nada.

Me aparté, pegando los brazos al cuerpo. Ella miró por encima del hombro. Su acompañante estaba pálido y parecía muy afectado. Tenía el pelo oscuro, completamente revuelto, unas facciones agradables y barba de varios días. En comparación con ella, su aspecto era un verdadero desastre. Lo observé fijamente hasta que apartó la vista, pasándose una mano temblorosa por el pelo.

El doctor Weston se acercó a la cama.

—Esta es Joanna Franco, tu madre, y este Steven Franco, tu padre.

Empecé a sentir una opresión en mi pecho.

—¿Me... me llamo Samantha?

—Sí —contestó la mujer—, Samantha Jo Franco.

¿Mi segundo nombre era Jo? ¿De verdad? Miré a los dos intrusos. Después respiré hondo, pero el aire se me atragantó.

Joanna —mi madre, o quien fuera— se tapó la boca a la vez que miraba a aquel desastre de hombre que por lo visto era mi padre. Después se dirigió a mí.

—¿De verdad que no nos reconoces?

Sacudí la cabeza.

—No..., lo siento.

La mujer se irguió y se apartó de la cama, mirando al doctor Weston.

—¿Cómo es posible que no nos reconozca?

—Señora Franco, dele un poco de tiempo. —El doctor se dirigió a mí—. Estás mejorando mucho.

Yo no estaba tan segura. Se giró otra vez hacia ellos, mis padres.

—Queremos tenerla un día más en observación. De momento necesita descansar mucho y que la tranquilicen.

Volví a mirar al hombre, que no me quitaba la vista de encima. Estaba como aturdido. Mi padre. Papá. Un absoluto extraño.

—¿Usted cree que podría ser permanente? ¿Lo dice en serio? —preguntó, frotándose la mano en la barbilla.

—Aún es pronto para saberlo —respondió el doctor Weston—, pero teniendo en cuenta que es una persona joven, y que goza de buena salud, el pronóstico es muy bueno. —Se paró de camino a la puerta—. No olviden que necesita mucha calma.

Mi madre se volvió de nuevo hacia la cama e hizo un esfuerzo visible de compostura cuando se sentó en el borde y agarró mi mano. La giró y me rozó la muñeca con los dedos.

—Recuerdo la única vez que te llevamos al hospital. Tenías diez años. ¿Ves esto?

Me miré la muñeca. Había una ligera cicatriz blanca debajo de la palma. Hasta entonces no me había dado cuenta.

—Te rompiste la muñeca en clase de gimnasia. —Tragó saliva y levantó la vista. No sentí ninguna reacción al ver sus ojos de color marrón claro, tan parecidos a los míos, y sus labios, pintados a la perfección. En lugar de recuerdos y emociones, no había más que un gran agujero—. Fue una fractura bastante grave. Tuvieron que operarte. Casi nos morimos del susto.

—Estabas presumiendo en la barra de ejercicios —añadió de mala gana mi padre—. El profesor te decía que no intentarás el... ¿cómo se llamaba?

—El *flic flac* hacia atrás —dijo mi madre en voz baja, sin mirarlo.

—Eso. —Mi padre asintió—. Pero no le hiciste caso. —Me miró a los ojos—. ¿No te acuerdas de nada, cielo?

La opresión se extendió desde mi pecho hacia mi estómago.

—Quiero acordarme, de verdad, pero es que... —Se me quebró la voz. Solté la mano y me la puse en el pecho—. No me acuerdo.

Mi madre juntó las manos en el regazo con una sonrisa forzada.

—No pasa nada. El que estaba preocupadísimo era Scott. Tu hermano —añadió al ver mi cara de incompreensión—. Ahora está en casa.

¿Tenía un hermano?

—Todos tus amigos han colaborado en la búsqueda, pegando carteles y haciendo vigiliias con velas —prosiguió—. ¿Verdad, Steven?

Mi padre asintió, aunque se notaba que su cabeza estaba a mil kilómetros de allí.

—Del no vivía. Te ha buscado día y noche. —Mi madre se metió en el moño un mechón que se había soltado—. Quería venir, pero nos ha parecido mejor que se quedara.

Fruncí el ceño.

—¿Del?

Mi padre carraspeó, concentrándose en nosotras dos.

—Del Leonard. Tu novio, cielo.

—¿Mi novio?

Santo Dios... Padres, hermano... ¿y ahora un novio?

—Sí. —Mi madre asintió—. Salís juntos desde... Pues ya ni me acuerdo. En otoño tenéis pensado ir a Yale, como vuestros dos padres.

—Yale —susurré. Sabía lo que era—. Suena bien.

Mi madre lanzó una mirada suplicante a mi padre, que hizo ademán de levantarse, pero justo entonces entraron en la habitación dos policías. Mi madre se levantó, alisándose los pantalones.

—Ustedes dirán —dijo.

Reconocí al agente Rhode. El otro no me sonaba de nada. Normal. Se acercó y saludó a mis padres con la cabeza.

—Tenemos que hacerle unas preguntas a Samantha.

—¿Podrían esperar un poco? —preguntó mi padre mientras se ponía en pie de un salto. Tenía un aura inconfundible de autoridad—. Seguro que puede ser en otro momento.

El mayor de los dos policías sonrió de un modo tenso.

—Nos alegramos de que su hija esté sana y salva, pero por desgracia hay otra familia que aún espera noticias de la suya.

Yo me erguí un poco más, mirando a mis padres.

—¿Qué?

Mi madre se acercó y volvió a agarrarme de la mano.

—Se refieren a Cassie, cariño.

—¿Cassie?

Quiso sonreír, pero le salió algo más parecido a una mueca.

—Cassie Winchester es tu mejor amiga. Desaparecisteis juntas.

Cassie Winchester. Mejor amiga. Era un título importante pero, al igual que «madre» y «padre», no estaba vinculado a ningún recuerdo o emoción. Miré fijamente a los policías. Era consciente de que debería haber manifestado algún tipo de sentimiento, pero no conocía de nada a la tal Cassie.

El mayor de los agentes se presentó como el inspector Ramirez y empezó a hacer las mismas preguntas que todos.

—¿Sabes qué pasó?

—No.

Observé cómo entraba en mi mano el líquido del gotero.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —preguntó el agente Rhode.

Levanté la vista. Rhode, con las manos en la espalda, asintió al ver que lo miraba. Era una pregunta muy sencilla. Me habría encantado responder correctamente. Necesitaba hacerlo. Miré a mi madre. Su fachada de serenidad empezaba a derrumbarse. Le brillaban los ojos y le temblaba el labio inferior.

Mi padre carraspeó.

—¿Podrían dejarlo para otro momento, por favor? Lo ha pasado muy mal. Además, si supiera algo se lo contaría.

—Cualquier cosa —dijo el inspector Ramirez sin hacerle caso—. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Cerré mucho los ojos. Algún recuerdo tenía que haber. Sabía que había leído *Matar a un ruiseñor*. Lo más probable era que lo hubiese hecho en clase, aunque no visualizaba el colegio ni al profesor. Ni siquiera sabía a qué curso iba. Mal rollo.

El agente Rhode se acercó y se ganó una mirada de reproche de su compañero. Metió una mano en el bolsillo del pecho y sacó una foto para enseñármela. Era una chica. La verdad es que se parecía a mí, aunque no era tan pelirroja. Tenía el pelo más castaño y los ojos de un verde espectacular, mucho más bonitos que los míos. Aun así, podrían habernos tomado por hermanas.

—¿La reconoces?

Sacudí la cabeza, contrariada.

—No pasa nada. Ya nos ha dicho el médico que quizá tardes un poco en recuperar la memoria, y que cuando...

—¡Un momento! —exclamé inclinándome sin acordarme del maldito gotero, que estuvo a punto de soltarse—. Un momento, me acuerdo de algo.

Mi padre dio un paso, pero el inspector lo disuadió con un gesto.

—¿De qué te acuerdas?

Tragué saliva. De repente tenía la garganta seca. Aunque no fuera gran cosa, lo viví como un gran logro.

—Me acuerdo de unas piedras, unas rocas lisas. Y planas. De color arena.

También había sangre, aunque no lo dije porque no estaba segura de que fuera verdad.

Mis padres se miraron. El inspector Ramirez suspiró. Me desinflé. Obviamente, no servía de nada. El más joven de los policías me dio unas palmadas en el brazo.

—Tranquila, es muy útil, de verdad. Creemos que has estado en la Reserva Forestal Michaux, y eso encajaría con lo que dices.

Pero a mí no me pareció tan útil. Contemplé mis uñas sucias, deseosa de quedarme sola, pero los agentes siguieron hablando con mis padres como si yo no fuera capaz de entender lo que decían. El hecho de que Cassie siguiera desaparecida era grave. Eso lo capté. Por otra parte, sí que me afectaba. Habría querido ayudarlos a encontrarla, pero no sabía cómo hacerlo.

Los miré de reojo. El inspector Ramirez me observaba con una mirada penetrante, escrutadora, recelosa. Tuve un escalofrío. Aparté rápidamente la vista, con la sensación de merecer que me mirara así.

Como si fuera culpable de algo, de algo horrible.

Como el cosquilleo de unos bucles de miedo envueltos en perplejidad, eso fue lo que sentí cuando al día siguiente me sacaron del hospital los dos desconocidos..., perdón, mis padres. Me parecía increíble que las autoridades permitiesen que me fuera con ellos. ¿Y si no eran mis verdaderos padres? ¿Y si eran unos psicópatas que me estaban raptando?

Qué tonterías.

Como si una persona cualquiera pudiera responder sin motivo de una chica de diecisiete años... Esa era mi edad exacta. Lo había descubierto por la mañana, al espiar mi historial médico a los pies de la cama.

Desvié mis ojos hacia el abundante pelo oscuro de mi padre. Toda su persona tenía un aura de influencia que se transmitía a aquello que tocaba. No me hacía falta saber nada de él para darme cuenta de que era un hombre poderoso.

La carretera que llevaba a mi casa estaba rodeada de árboles altos y colinas verdes tan cuidadas como el campo de golf que había visto en la tele en mi habitación del hospital. Al llegar a lo alto de una cuesta vi un grupo de casitas de aspecto acogedor.

Las dejamos atrás... en nuestro Bentley.

Descubrí rápidamente que eran ricos, asquerosamente ricos. Lo curioso era no acordarse de nada pero saber reconocer el dinero a simple vista.

No paraba de frotar mi palma contra el cuero flexible. Seguro que era un coche nuevo, porque olía a recién salido de fábrica.

En ese momento vi nuestra casa. ¡Madre mía! Pero si era como un pequeño hotel... Una imponente construcción de cuatro o cinco plantas, con gruesas columnas de mármol en la fachada. El garaje situado a la izquierda tenía el mismo tamaño que cualquiera de las casitas que habíamos visto durante el trayecto.

—¿Esta es nuestra casa? ¿En serio? —pregunté cuando dimos la vuelta a una fuente un poco hortera, circundada de vegetación, en medio del camino de acceso que rodeaba el edificio.

Mamá se giró con una sonrisa forzada.

—Pues claro, cariño. Has vivido aquí toda la vida. Yo también. Era la casa de mis padres.

—¿Era? —pregunté por curiosidad.

—Ahora viven en Coral Gables. —Hizo una pausa para respirar—. Están en Florida, cariño. Esta es la finca de su familia.

Finca. Qué palabra más fina. Mi mirada se desvió de nuevo hacia mi padre, mientras caía en la cuenta de que mamá había dicho «su», no «nuestra».

Respiré hondo sin pensar más en el tema y volví a pegar la cara a la ventanilla. Dios mío... Yo vivía ahí. Cuando entré en el suntuoso vestíbulo y vi una lámpara de araña que debía de costar más que mi vida, de repente tuve ganas de no moverme. Todo estaba lleno de cosas caras. Cerca de la majestuosa escalera había una alfombra de aspecto mullido. Las paredes, de color crema, estaban decoradas con óleos de paisajes de otros países. Había tantas puertas, tantas habitaciones...

Mi respiración se había acelerado. No podía moverme.

Mi padre me puso una mano en el hombro y lo apretó con suavidad.

—No pasa nada, Sammy. Tú tranquila.

Miré fijamente la cara de aquel hombre a quien debería conocer. Sus ojos oscuros, su atractiva sonrisa, su mandíbula marcada... Nada. Mi padre era un desconocido.

—¿Dónde está mi habitación?

Bajó la mano.

—Joanna, ¿por qué no subes con ella?

Mi madre se acercó despacio, midiendo bien sus pasos, y rodeó mi brazo con una mano fresca. Mientras me llevaba a uno de los pisos de arriba habló de las personas que habían participado en mi búsqueda, entre ellas el alcalde, detalle al que por lo visto daba un gran valor. También el gobernador había hecho saber a mi familia que rezaba por mí.

—¿El gobernador? —susurré.

Ella asintió, y una sonrisa separó un poco sus labios.

—Tu bisabuelo fue senador. El gobernador Anderson es amigo de la familia.

No supe qué contestar.

Mi dormitorio estaba en la segunda planta, al fondo de un pasillo largo iluminado

con varios apliques. Mi madre se paró delante de una puerta con una pegatina donde se leía ¡OJO, QUE MUERDO!

Empecé a sonreír. Ella abrió la puerta y entró. Accedí con cautela a aquella habitación desconocida, que olía a melocotón. Solo di unos pasos.

—Te dejo sola unos minutos —dijo, y carraspeó—. Le he pedido a Scott que sacara algunos de tus anuarios del instituto. Están en el escritorio; puedes mirarlos cuando quieras. El doctor Weston ha dicho que podrían ser útiles.

Útiles para encontrar mi archivo de recuerdos. Asentí con la cabeza y apreté los labios mientras examinaba la habitación. Era grande, veinte veces más que la del hospital. En el centro había una cama perfectamente hecha, con un edredón de un blanco inmaculado, y encima de él varias almohadas con ribetes dorados sobre las que descansaba un oso de peluche marrón que parecía fuera de lugar en un cuarto tan refinado.

Mi madre carraspeó de nuevo. Me había olvidado de ella. Me giré y esperé. Su sonrisa era incómoda, como apenada.

—Si quieres algo estoy abajo.

—Vale.

Hizo un gesto seco con la cabeza y salió. Empecé a inspeccionar la habitación. Los anuarios estaban sobre el escritorio, pero los ignoré. Aún no estaba preparada para aquel extraño viaje por el baúl de los no recuerdos. Había un portátil Apple al lado de otros aparatos más pequeños; entre ellos reconocí un iPod. En la pared de enfrente del escritorio había un televisor de pantalla plana. Supuse que era al que correspondía el mando a distancia.

Me acerqué al armario y abrí las dos puertas. Era un vestidor. Una pequeña parte de mí mostró curiosidad. No me interesaba mucho la ropa. Eso lo sabía. De repente vi las estanterías del fondo y casi se me escapa un grito.

Los zapatos y los bolsos sí me interesaban.

¿Era parte de mi antiguo yo, o solo se debía a que era chica? Pasé los dedos por los vestidos sin estar segura. Todo parecía de calidad.

Al volver hacia la cama me di cuenta de que había un balcón y un baño con un gran surtido de productos que no vi el momento de probar. Cerca de la cama había un tablón de corcho lleno de fotos. Uf, tenía muchas amigas, y... vestían como yo. Inspeccioné el *collage* de fotos con mayor atención, frunciendo el ceño.

En una de ellas salían cinco chicas. Yo estaba en medio. Todas llevábamos el mismo vestido de tubo en colores distintos. Dios mío... ¿Vestidos a juego? Esbocé una sonrisa burlona mientras recorría las imágenes con la mirada. En otra aparecíamos dos chicas y yo en un campo de golf, sonrientes. En otra, el mismo grupo de la primera foto posaba en un embarcadero, frente a una barca llamada *Angel*, con bañadores verdaderamente escuetos. El mío era negro. Empezaba a ver una tendencia.

Me pasé las manos por las caderas y el vientre, satisfecha de descubrir que el

cuerpo de la foto era realmente el mío. Había algunas fotos del colegio, y de varias de nosotras apiñadas alrededor de una mesa grande, rodeadas de chicos.

Yo salía siempre sonriente, pero era una sonrisa... rara. Me recordó las que había visto en el hospital. Como una sonrisa de muñeca, falsa, pintada. Al mismo tiempo, sin embargo, era también una sonrisa fría. Calculadora.

Y en todas las fotos estaba siempre al lado de la misma chica. En algunas nos pasábamos el brazo por la espalda o le hacíamos morritos a la cámara. Ella siempre iba de rojo. Rojo, como el color de la sangre derramada.

Sonreía como yo. Era la chica que me había enseñado el policía en el hospital. Tuve una sensación de ardor en el estómago. ¿Celos? ¿Tenía celos de ella? Eso no estaba bien. Era mi amiga; mi mejor amiga, si era cierto lo que me habían dicho.

Quería saber más cosas de ella.

Despegué con cuidado una foto del tablón donde salíamos las dos y la acerqué a mis ojos. Su sonrisa me produjo escalofríos. Mi mirada se escapó hacia arriba. La habitación se había quedado sin color. Ahora todo eran grises mates. Se me puso la carne de gallina. Qué frío. Aquí hace tanto frío, y está tan oscuro... Solo este ruido que entra y sale, entra y sale..., pensé.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza para quitarme de encima aquella sensación de humedad y tierra que se había apoderado de mí de repente. Después abrí los ojos con fuerza, y vi que los colores habían recuperado su intensidad. La mirada se me fue otra vez hacia las fotos prendidas del tablón. En ese momento se pusieron borrosas, y hubo una especie de chispazo, de vislumbre. Una chica alta y rubia, con una gran sonrisa y un sombrero blando de color rojo, me tendía los brazos.

La imagen de la chica se borró como si no hubiera existido. Miré las fotos con perplejidad, esperando encontrarla. En mi cabeza apenas aparentaba unos diez años, pero en el tablón no había ninguna niña que se le pareciera, ni nadie similar de mayor edad. Retrocedí con los hombros encorvados. Me había llevado una decepción. Aquella chica sonriente tenía algo cálido y real que la diferenciaba de todas las demás. Me habría alegrado verla en mi mural de amistades.

—Mira quién ha vuelto.

Di un respingo, solté la foto y me giré temblando, desorientada por aquella voz grave.

En la puerta había un chico alto y delgado, con un pelo revuelto de color caoba bajo el que miraban unos ojos de un verde claro. Su expresión tenía algo de pícara, de extravagante. Me atreví a suponer que era mi hermano. Teníamos varios rasgos en común. Era... Scott. Éramos mellizos, o al menos eso me había dicho mi madre de camino a casa.

Eché la cabeza hacia atrás y me lanzó una mirada curiosa.

—Qué, ¿piensas dejarte de chorradas y confesar?

Empujé la foto debajo de la cama con los dedos de los pies y deslicé mis manos húmedas por las caderas.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir?

Entró tranquilamente y se plantó a pocos metros de mí. Teníamos la misma estatura.

—¿Dónde has estado, Sam? Dime la verdad.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —Su risa llenó de arruguitas la piel que rodeaba sus ojos—. Venga ya. ¿En qué os habéis metido Cassie y tú esta vez?

—Cassie ha desaparecido —murmuré mirando el suelo. ¿La chica del tablón era Cassie? La verdad era que no se parecía a la de la fotografía que me había enseñado el policía. Me agaché para sacar la foto de debajo de la cama—. Esta es Cassie, ¿no?

Él la miró con el ceño fruncido.

—Sí, es Cassie.

La dejé rápidamente en la mesita de noche.

—No sé dónde está.

—Yo tengo mis teorías.

—¿Ah, sí? —pregunté balanceándome hacia atrás, con interés.

Scott se dejó caer en mi cama y se estiró perezosamente.

—Fijo que la has matado y has escondido el cadáver en algún sitio. —Se rio—. Es mi hipótesis principal.

Me quedé pálida y sin aliento. Él, que ya no sonreía, me observó.

—Eh, tía, que era broma.

—Ah...

Fue un alivio escuchar eso. Me senté al borde de la cama, mirándome las uñas rotas. De repente, todo se puso gris y blanco. El único color era el rojo vibrante y chillón de debajo de mis uñas. Quejidos en voz baja... Alguien lloraba.

Scott me asió del brazo.

—Eh, ¿estás bien?

Cuando parpadeé, la imagen y los sonidos se difuminaron. Metí las manos debajo de las piernas y asentí.

—Sí, estoy bien.

Scott se incorporó y me miró fijamente.

—Mierda. No estás fingiendo.

—¿Fingiendo? ¿El qué?

—Todo el rollo de la amnesia. Estaba convencido de que os habíais ido de juerga, os habíais pasado varios días colocadas y no podíais volver hasta que se os pasase.

Maldición.

—¿He hecho eso muchas veces? —Quise saber. Scott soltó una carcajada.

—Pues sí. Qué raro... Está claro que no estás fingiendo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, cada vez más desconcertada.

—Pues mira, para empezar, aún no me has echado a patadas de tu cuarto. Y tampoco me has amenazado con destrozarme la vida.

—¿Yo hago esas cosas?

Mi hermano se me quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—Sí. A veces hasta me pegas. Una vez te la devolví y... la cosa no acabó muy bien. Papá se cabreó, y mamá estaba «mortificada».

Fruncí el ceño.

—¿Nos... pegamos?

Scott se echó hacia atrás, sacudiendo la cabeza.

—Caray, pues sí que es raro.

Mucho. Saqué las manos de debajo de las piernas y suspiré.

—Volviendo a lo de matar a Cassie y esconder el cadáver, ¿por qué lo decías?

—Era broma. Sois amigas del alma desde hace una eternidad. —Sonrió, burlón—. Bueno, desde hace un par de años más bien *amienemigas*. Había una especie de rivalidad silenciosa entre las dos. Empezó en segundo, cuando tú fuiste la reina de la fiesta y ella la dama de honor. Al menos eso es lo que le cuentas a todo el mundo, aunque yo creo que viene de antes, de primero, cuando empezaste a salir con Del el Glande.

—¿Del *el Glande*? —Puse un mechón en su sitio—. Es mi novio.

—Es toda tu vida.

Hice una mueca, porque no me gustó cómo sonaba aquello.

—A él tampoco lo recuerdo.

—Pues va a ser un duro golpe para su confianza. —Scott sonrió, como si le gustara la frase—. ¿Sabes qué? Que quizá sea lo mejor que podía haber pasado.

—¿Que haya perdido la memoria y no sepa qué me ha pasado? —pregunté mientras se me encendía la rabia muy adentro, una rabia conocida y poderosa—. Ah, pues me alegro de que te guste tanto.

—No lo he dicho en ese sentido. —Scott se incorporó y me miró fijamente a los ojos—. Eras el terror de todos tus conocidos. Y esto... —Hizo un vago gesto con la mano—. Esto es una mejora.

La misma sensación repelente de antes volvió a retorcerme las entrañas. ¿Yo, un terror? Me mordí el labio, frustrada por el hecho de que no hubiera nada en mi cabeza que pudiera confirmar o desmentir las palabras de Scott.

Entonces, alguien carraspeó.

Nos giramos y... Madre mía. Sencillamente, madre mía. La mandíbula se me descolgó hasta la colcha. En la puerta del cuarto, de mi cuarto, había un chico, un chico alto, con un pelo castaño oscuro que le caía en rizados sobre la frente y las orejas. Su piel morena, casi cetrina en comparación con mi tez blanca, parecía indicar una ascendencia india o hispana. Sus pómulos anchos le daban un aire exótico. Apretaba mucho una mandíbula marcada. Sus hombros y sus bíceps se abultaban bajo una camisa de manga larga. Tenía un cuerpo de deportista en estado puro, esbelto y musculoso al mismo tiempo.

De la punta de sus dedos colgaba, olvidada, una gorra de béisbol. Cuando nos

miramos, sentí un alboroto en el pecho. Sus ojos eran de un azul intenso, magnético, como el del cielo justo antes de que termine el día y todo caiga en poder de la noche. El color del crepúsculo. Su expresión manifestaba un gran alivio, a la vez que un cansancio que no supe explicarme.

—¿Es mi novio? —susurré con una mezcla de esperanza y miedo.

Si lo era, no tendría ni idea de qué hacer con él. Bueno, sí, de repente tenía muchos pensamientos relacionados con besos, caricias y todo tipo de cosas divertidas, pero era un chico tan... tan increíblemente guapo que me intimidaba un montón.

Scott se atragantó de risa.

El chico de la puerta nos miró, primero a Scott y luego a mí. Sentí calor en las mejillas. Sus ojos seguían expresando alivio. Mis labios dibujaron una sonrisa vacilante. Se alegraba de verme, pero... de pronto sus ojos eran como dos trozos de hielo.

—¿Novio? Sí, claro —dijo despacio y con voz grave—. Ni aunque me pagaras la matrícula en Penn State.

Me encogí, herida y avergonzada, y no pude evitar hacer la pregunta.

—¿Y por qué no?

Se me quedó mirando como si me saliera un brazo de la cabeza. Después se giró hacia mi hermano con las cejas en alto.

—Te espero fuera.

—Vale, Car, tío, ahora salgo.

—¿Se llama Car? —dije, cruzando los brazos.

El hombre coche se paró y volvió a girarse.

—Car, por Carson Ortiz.

Ah. Ahora me lo explicaba. Bajé los brazos, sintiéndome una tonta elevada a la novena potencia.

Carson entornó un poco los ojos.

—¿En serio que no sabe... nada?

—No —contestó Scott con los labios apretados.

El chico empezó a volverse, pero se paró otra vez. Murmuró algo mientras me miraba.

—Me alegro de que estés bien, Sam. —Y se fue sin darme tiempo a contestar. Yo me giré hacia Scott.

—No le caigo bien.

Scott me miró como si volviera a tener ganas de reírse.

—No mucho, no —admitió. Se me hizo un nudo extraño en el pecho.

—¿Por qué? —pregunté. Él bajó de la cama y suspiró.

—Él no te cae bien a ti.

¿Ah, no? Pues qué mal gusto... Estaba como para tener un hijo suyo. Fruncí el ceño. ¿Qué sabía yo de tener hijos?

—No lo entiendo.

—Te has portado bastante mal con él... desde hace un par de años.

—¿Por qué?

Supe, por su expresión, que Scott empezaba a cansarse de tanto porqué.

—Porque su padre trabaja en el servicio y a ti no te gusta mucho el servicio. Ni los hijos del servicio, ni nadie que trate con él, qué narices.

Dejé caer las manos en el regazo sin saber cómo reaccionar. Seguro que lo decía en broma.

—¿Tenemos servicio?

Mi hermano puso los ojos en blanco.

—Papá y mamá sí. Tiene gracia, porque mamá no ha trabajado ni un solo día en toda su vida. —Soltó una palabrota al ver mi expresión—. Jo, es como hablar con un bebé.

—Perdona. —Sentí un cosquilleo de rabia y dolor—. Si quieres ve a hablar con Car, que está claro que no tiene problemas de coeficiente intelectual.

Vi en sus ojos que estaba arrepentido. Volvió a suspirar.

—Oye, lo siento. Lo he dicho sin querer, pero es que es muy raro, Sam. Es como *La invasión de los ultracuerpos* o algo así.

Sí que era raro. Miré con nerviosismo, e incluso cierto miedo, la puerta vacía. De repente me había dado cuenta de que no quería que me dejaran sola.

—¿Adónde vais?

Scott se miró los pantalones de chándal con una ceja arqueada.

—Tenemos entrenamiento.

—¿Puedo ir?

Él puso cara de sorpresa.

—Pero si odias los partidos de béisbol... Solo vas por Del.

—¡No sé ni quién es Del! —Apreté los puños de impotencia—. No sé qué odio. Ni qué me gusta. Ni qué debería hacer o decir. No reconozco nada. Y por si fuera poco, ahora me entero de que parece que todo el mundo me odia, incluida mi mejor amiga, que desapareció cuando desaparecí yo, y ni siquiera me acuerdo de por qué. —Miré la habitación. Estaba a punto de echarme a llorar—. Y mi segundo nombre es Jo. ¿A quién se le ocurre ponerle a una hija de segundo nombre Jo?

Scott permaneció varios segundos sin decir nada. Después se arrodilló ante mí. Me resultaba raro mirar su cara y ver una versión más masculina y dura que la mía.

—Tranquila, Sam. Ya se arreglará.

Empezó a temblarme el labio inferior.

—Todos me decís lo mismo, pero ¿y si no se arregla?

No contestó.

Porque ni se había arreglado ni se arreglaría. Era prisionera de aquella vida que no recordaba. Me habían metido en el cuerpo de aquella chica, de aquella tal Samantha Jo Franco. Y cuantas más cosas sabía de ella, más la odiaba.

El sábado quedé con mis amigas... por primera vez. Hablaron. Mucho. Todas tenían la misma voz y la misma apariencia: pelo rubio con mechas estratégicamente repartidas. Por su aspecto, bien podrían aprovechar unos cuantos de los donuts que me estaba comiendo.

Se agolparon a mi alrededor para abrazarse a mí, llorando. Mi madre estaba en la cocina, tomando vino a las once de la mañana. Había una chica que destacaba entre las demás. No tardé mucho en averiguar su nombre.

Veronica Hodges.

Rubia. Bronceada. Delgada. De esas chicas que podrían anunciar cámaras de rayos UVA, y ser coronadas en bikini como reinas de la gala de principio de curso.

Se pasó una mano cuidadísima por un jersey blanco de cachemira, mientras miraba el paquete de donuts con el mismo gesto de desprecio que si hubiera estado infestado de cucarachas.

—Nos alegramos mucho de que estés bien, Sammy. Estábamos todas tan preocupadas...

—Gracias —respondí, limpiándome las migas blancas con las manos.

Veronica echó un vistazo a mi madre por encima del hombro. Después se inclinó y habló en voz baja.

—También esperamos que Cassie aparezca pronto.

Miré a las otras chicas por curiosidad, para saber por qué susurraba de aquella manera. Todas asentían como perritos obedientes. Elegí un cruasán.

—Yo también.

—Pero si... —Veronica frunció el ceño— tu madre dice que no te acuerdas de ella.

—Ni de nosotras —terció Candy Alderman, que también lanzaba miraditas a la caja de bollos—. Da gusto ver que sigues teniendo el mismo apetito.

Me quedé con el cruasán a medio camino de la boca.

—¿Ah, sí?

Candy asintió con la cabeza.

—Siempre has comido como los tíos.

—Cuánta razón tienes —murmuró mi madre por encima del borde de la copa de vino, mirando el techo.

Bajé el cruasán, sin saber si era bueno o malo haber conservado un apetito masculino. Miré por la sala sin poder pensar en nada más que en la chica que había

visto mentalmente, aquella rubia natural tan feliz y auténtica. Quería saber quién era.

—O sea —dijo Candy, alargando las palabras—, que no te acuerdas de nada.

De repente ya no tenía hambre. Tiré el cruasán a la caja y miré a mi madre, que escuchaba con atención.

—No, no me acuerdo, pero el doctor cree que no tardaré mucho en recuperar la memoria.

Las chicas pusieron cara de alivio, antes de empezar a hablar sobre el instituto, sobre lo poco que faltaba para el principio de la temporada de béisbol —gran acontecimiento, al parecer, en esa zona— y sobre adónde irían esa noche. Me invitaron a acompañarlas, pero mi madre les dijo amablemente que aún tardaría unos días en salir de casa. Fantástico. Pasaron a hablar del novio a quien yo aún no había conocido.

—Está buenísimo... —dijo Candy con voz chillona—. Y es tan perfecto...

—Totalmente —asintió Veronica con las manos en el pecho—. Tenéis una relación perfecta.

Miré a una chica que aún no había hablado, una con el pelo castaño y mechadas rubias que se daba toquitos con una pequeña servilleta sin decir nada.

—Estaba muy preocupado. —Candy ladeó la cabeza con una sonrisa—. No sabes la suerte que tienes.

¿Por estar viva o por tener un novio tan bueno?

Lo raro fue que, aparte de Veronica, nadie habló de Cassie. Tuve la seguridad de que evitaban el tema para impedir que yo perdiera los nervios, y se lo agradecí, sobre todo después de haber pasado casi toda la noche pensando en las atrocidades que podrían habernos ocurrido. Aun así, tenía ganas de saber algo más de ella.

Aprovechando un silencio en la conversación, carraspeé.

—¿Cassie dijo algo antes de que... desapareciéramos? ¿Comentó algún plan?

Veronica bajó la vista y se mordió el labio.

—La verdad es que no.

—Bueno, chicas, creo que basta por hoy. —Mi madre había aparecido por detrás de ella, con una sonrisa que no enseñaba ningún diente—. Samantha tiene que descansar.

—¡Mamá! —repliqué yo, avergonzada por que me tratase como a una niña pequeña. Bajé del taburete y me quedé de pie. Me temblaban las rodillas. Apenas conseguí emitir un susurro—. Mamá...

Después de una mirada al grupo de chicas, que habían palidecido bajo sus autobronceadores, mi madre me agarró la mano con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa?

Mi corazón latía desacompañado. ¿Cómo explicárselo? Sabía que no era la primera vez que le contestaba mal. Ya me había sentido así antes: frustrada, molesta y enfadada con ella. La sensación de familiaridad, algo que hasta entonces casi no había existido, me dio vértigo. A cualquier otra no le habría parecido gran cosa, pero

para mi cerebro vacío fue algo espectacular.

—¿Samantha?

Todas me miraban fijamente, con caras poco menos que desconocidas. No se me activó ningún aluvión brusco de recuerdos. Ni una simple chispa de familiaridad, como decían en Google y las webs de temas médicos. La noche anterior había hecho una búsqueda exhaustiva en Internet sobre la amnesia disociativa pero, más allá del dato de que estaba ligada a acontecimientos traumáticos y enfermedades mentales (¡qué simpáticos!), apenas había encontrado información para saber si recuperaría mis recuerdos o sobre cómo hacerlo.

Liberé mis manos temblorosas y me aparté el pelo de las mejillas, que se habían puesto muy rojas.

—Nada, que estoy cansada.

Mi reunión extraoficial de bienvenida quedó cancelada. Después de unos abrazos rápidos, y unos besitos en la mejilla, todas se fueron a sus respectivos BMW. Me pregunté cómo sería mi coche.

—Dime la verdad. ¿Qué te ha pasado? —me preguntó mi madre, siguiéndome por varias salas hasta la más pequeña de la planta baja, la de la familia—. Contesta, Samantha.

Me senté en un sofá exageradamente blando.

—Nada especial. Es que me he acordado de que... ya me había enfadado otras veces contigo y te había contestado mal. Me ha pillado por sorpresa.

Se me quedó mirando. Después se arrodilló ante mí. Me sorprendió que no le importara ensuciarse los pantalones de lino. Sus manos se estremecieron al tocarme las mejillas, y se le empañaron los ojos.

—Nunca habría pensado que me alegraría de oírte decir que te acuerdas de haberte enfadado conmigo, pero es la verdad.

Mi sonrisa temblaba.

—Qué triste, ¿no?

—De triste nada, cariño. Ya es una mejora. —Se levantó y se sacudió los pantalones—. De todos modos, creo que este fin de semana deberías tomártelo con calma.

Arqueé una ceja.

—Me he estado informando por la noche, y los artículos decían que es mejor rodearse de cosas conocidas para que así se active la memoria.

—No sé... Es una situación muy delicada.

Respiré hondo, consciente de que lo que iba a decir no le iba a gustar.

—El lunes quiero ir al instituto. Tengo que ir. Lo necesito.

—Aún es demasiado pronto.

—Tengo que hacer algo normal. Quizá me ayude a recuperar los recuerdos.

—El doctor Weston dijo que tenías que tomártelo con calma. —Mi madre parecía más preocupada que antes—. Podría ser demasiado.

—¿Qué puede pasarme? —Levanté los brazos, totalmente frustrada—. ¿Que se me olvide algo más? ¡Si ya no tengo nada que olvidar!

—No sé. —Mi madre se giró, toqueteando las pulseras de oro—. Ya he hablado con la dirección del instituto. Dicen que si quieres quedarte en casa una semana, o incluso más, por ellos no hay problema.

En ese momento descubrí algo nuevo sobre mí: que no tenía paciencia. Me levanté de un salto y puse las manos en las caderas.

—El lunes iré a clase.

—Samantha, de verdad...

—¿Qué pasa aquí? —Mi padre entró quitándose unos guantes blancos de golf y se agachó para darme un beso en la mejilla—. Parece que volvéis a las andadas.

Hice un esfuerzo por no sentir cierta repulsión ante aquel beso tan casto. Era mi padre. No tenía sentido perder los nervios. Mi madre se giró hacia él, con su preciosa cara blanca como el papel. Bueno, quizá sí estuviera justificado perderlos. Me aparté, nerviosa e insegura.

—¿Qué haces dentro de casa con esos zapatos? —La voz de mi madre sonó tan estridente que me dolieron los oídos—. Arañarás el suelo. ¡Otra vez!

Mi padre se rio.

—No sufras por el suelo. A nadie le importa que tenga arañazos.

—¡Pues a mí sí! —protestó mi madre—. ¿Qué pensarían nuestros amigos si los vieran?

Mi padre puso los ojos en blanco.

—Creo que no conozco a nadie más capaz de pasar vergüenza por el estado del suelo de su casa. Bueno, ¿qué estaba pasando? —insistió. Ella lo miró enfurruñada.

—Tu hija quiere ir al instituto el lunes.

Mi padre me sobresaltó un poco al hacer chocar los guantes con su mano.

—Joanna, si es lo que quiere no estaría bien que se lo impidiéramos.

—Pero...

—Entonces ¿puedo? —tercié esperanzada.

Mi madre nos miró a los dos y suspiró.

—Ya veo, dos contra uno. Hay cosas que no cambian.

Dio media vuelta y se fue hecha una furia.

—Tranquila, cariño. Tu madre se preocupa mucho por todo. —Mi padre se sentó y dio unas palmadas a su lado en el sofá. Yo cambié de sitio y junté las manos—. Estaba muy nerviosa. Creíamos...

—¿Que había muerto?

Palideció y tragó saliva.

—Al principio tu madre pensó que podías haberte fugado, y se disgustó mucho. Ya la conoces. —En cuanto dijo esto, sacudió la cabeza con una expresión de perplejidad—. Bueno, en realidad no. Tu madre tenía miedo de que Cassie te hubiera convencido y de que todo el mundo se enterase. Yo solo quería que volviera mi niña,

sobre todo cuando empezamos a temer lo peor.

¿A mi madre le preocupaba más lo que pudieran pensar sus amistades? En todo caso, aún no era capaz de imaginar qué era aquello que podrían haber pensado.

—Quiero recordar.

—Ya lo sé. —Mi padre me dio una palmada en la rodilla.

—No. Mira. —Saqué del bolsillo de mis vaqueros la foto donde salíamos Cassie y yo—. Necesito acordarme.

Mi padre volvió a tragar saliva.

—¿Te... te acuerdas de ella?

Sacudí la cabeza. Ni su cara, ni la forma como me pasaba el brazo por los hombros me eran familiares. ¡Si hasta se me hacía extraño ver mi cara en la foto, con aquellas pecas en la nariz! También Cassie las tenía, solo que en las mejillas.

—Pero es posible que siga donde me encontraron a mí. Quizá esté herida, o... —Di unas cuantas vueltas a la foto y levanté la vista hacia los ojos de mi padre—. Si me acordara, podría encontrarla.

—Mira, cariño, la Policía ha registrado casi todo el parque natural y no ha hallado nada.

—Tal vez esté en otro sitio. Nadie sabe si... si llegué sola, caminando. Es lo primero que recuerdo, caminar —le dije—. Quizá viniera de otro sitio.

—Bien pensado, pero no te fuerces. —Sonrió mientras se levantaba con los guantes en la mano—. Además, si no recuerdas no es culpa tuya, ¿de acuerdo?

Asentí con un gesto ausente mientras mi padre se alejaba. Luego subí por la escalera y dejé la foto en mi escritorio. Entré en el baño e intenté abrir el grifo, pero me di cuenta de que era de los que se activan con el movimiento. Con un gesto de hastío, agité la mano bajo el grifo hasta que salió el agua. Me lavé la cara y después la examiné en el espejo. Lo había hecho muchas veces con la esperanza de que se produjera algún clic, pero de momento no había pasado nada.

Respiré profundamente varias veces con los ojos cerrados. Luego los abrí con fuerza y parpadeé dos veces. La luz del baño se había apagado. ¿Lo había hecho yo sin querer? No recordaba haber chocado con el interruptor de la pared. Retrocedí, miré el dormitorio y tragué saliva.

Estaba estresada. A veces, la gente bajo presión hace cosas sin darse cuenta. La explicación me convenció.

Mi corazón latía muy deprisa. Me dejé caer en la cama y contemplé las estrellas de plástico del techo; por la noche había descubierto que brillaban en la oscuridad.

Me gustaba que brillasen.

¿Y antes? ¿Me gustaba o me parecía una tontería? No supe contestar a eso. No tenía respuestas para nada. Me acosté de lado y levanté las rodillas hacia el pecho. Cassie. Desde que los policías habían salido de la habitación del hospital, ese nombre me obsesionaba. Como una melodía triste, extraña. ¿Y si aún estaba perdida, sin saber quién era, en algún otro hospital? Según Scott nos peleábamos mucho, pero

entre amigas era normal..., o al menos eso me parecía. Además, por lo que decían yo había sido una déspota, tan bruja que incluso a Carson le caía mal. ¡Si hasta mi propio hermano parecía tenerme miedo!

Cerré los ojos con fuerza, tratando de no pensar en nada. En principio parecía fácil, pero no conseguía borrar aquellos ojos intensamente azules con ribetes negros que se me aparecían una y otra vez. Qué tontería. Respiré hondo para serenarme. Después visualicé el rostro de Cassie. Obviamente, era la última persona con quien había estado. ¿Qué habíamos hecho? ¿Habíamos ido al cine? ¿De marcha? ¿Habíamos quedado solo para estar juntas y hablar?

No supe cuánto tiempo permanecí en la cama, mirando fijamente una caja de música muy delicada, con una pequeña bailarina que se inclinaba y doblaba una pierna en un ángulo de noventa grados. ¿Yo hacía ballet? Por algún motivo lo dudé. Me coloqué boca abajo, suspirando, y hundí el rostro en la almohada.

Algo crujió debajo de ella.

Me incorporé para apartarla. Un papel amarillo, doblado en forma de triángulo, se asomaba debajo de la manta. Tenía la seguridad de que por la mañana no estaba allí. Lo saqué y lo desdoblé despacio.

Me quedé sin aliento. Solté el papel y me encogí en la cama, con el pulso acelerado. Por mucho que cerrase los ojos, seguía viendo las palabras.

No mires atrás. Lo que veas no te gustará.

Bajé corriendo de la cama, y al salir al pasillo choqué con mi hermano.

—¡Guau! —Scott me sujetó por los hombros para que no me cayera. Sonreía—. No vayas tan deprisa.

Me quedé mirándolo mientras intentaba respirar.

—Hay... hay un... —balbuceé. A él se le borró la sonrisa.

—¿Qué hay, Sam? —Viendo que no contestaba, Scott me sacudió con suavidad—. ¿Qué intentas decirme?

El pánico desapareció de golpe. Me solté.

—¡Hay un mensaje debajo de mi almohada!

—¿Qué?

Scott se dirigió a mi habitación. Yo lo seguí y me quedé en la puerta mientras él se acercaba a la cama y levantaba el papel como si fuera una serpiente venenosa.

—«No mires atrás. Lo que veas no te gustará». ¿Me estás vacilando? —Se giró con el mensaje en la mano—. ¿Quién ha estado aquí arriba, Sam?

—No lo sé. Nadie que conozca.

Me quedé callada. De hecho, no conocía a nadie.

—¿Nadie ha venido a verte? ¿Alguien que pueda haber subido solo?

Cuando dijo eso, algo horrible se me ocurrió.

—Esta... esta mañana han pasado mis amigas, y una o dos han ido al baño desde la cocina. —Fruncí el ceño—. Veronica debe de haber salido unas tres veces.

—Pues tiene que haber sido alguna de ellas. Nadie más ha entrado en casa. —Se quedó mirando el papel con un tic en la mandíbula—. Tiene que haber sido alguna de ellas.

No me gustó cómo sonó eso. En principio eran mis amigas, y a pesar de mi falta de memoria me negaba a creer que el mensaje lo hubiera dejado alguna de ellas.

—Según esa teoría, también tú has estado en casa. Podrías haber sido tú.

Scott puso los ojos en blanco.

—Bien pensado, pero... Qué broma más tonta.

Se acercó al escritorio, arrugando el papel.

—¿Qué haces? —Quise impedirselo, pero él lo tiró a la papelera—. ¿Por qué lo tiras? Es... No sé, una prueba.

—¿Una prueba? Lo que pasa es que están jugando contigo. —Se cruzó de brazos, ceñudo—. Y me apuesto lo que sea a que ha sido alguna de las tontas de tus amigas.

—Mis amigas no son tontas —afirmé. Él ladeó la cabeza.

—Pero si no te acuerdas de ellas...

—Vale, tú ganas. —Me dejé caer al borde de la cama—. Pero ¿por qué habrían dejado este mensaje? Total, tampoco tiene gracia. Es más bien... es más bien una especie de aviso.

Scott titubeó.

—Sam... Es una broma.

Eché un vistazo a la papelera. A mí no me lo parecía. Un escalofrío recorrió mi espalda. En mi opinión, era una clara advertencia. *Una amenaza*, susurró una voz en lo más hondo de mi cerebro.

—Mira, Sam, lo has pasado muy mal. —Scott carraspeó, y apartó la vista cuando me giré hacia él—. La verdad, no puedo imaginar lo que es no tener ni remota idea de quién es uno mismo, pero no dejes que estas chicas te tomen el pelo.

—No, si no me dejas —repliqué. Sentía la necesidad de defenderme.

—Ah, y yo te diría que es mejor que no se lo cuentes a mamá y papá. Les daría un ataque, y ya no te dejarían ni salir de casa.

Volvía a tener razón, el muy puñetero.

—Pero ¿y si alguna sabe lo que ha pasado? Cassie sigue desaparecida, y...

—¿Y qué, Sam? ¿Qué harás? ¿Interrogarlas a todas basándote en la nota que has encontrado? ¿Exigir respuestas?

—Quizá —respondí, cruzándome de brazos. Scott se fue hacia la puerta, sacudiendo la cabeza.

—No le des más vueltas, Sam. Es una broma. Y en cuanto a Cassie, si quieres que te diga la verdad, ojos que no ven corazón que no siente.

Me giré y me quedé mirándolo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Scott apretó la mandíbula.

—Lo único que digo es que... por suerte no ha desaparecido una buena persona. Como Julie.

—¿Julie? —pregunté. Él suspiró.

—Mi novia. Antes erais amigas, pero un día se puso ropa de color morado cuando no tocaba, o alguna chorrada parecida.

—¡Yo no dejaría de hablar a nadie solo porque se pusiera algo morado el día que no toca!

Mi hermano arqueó una ceja. Nos quedamos callados.

—Bueno, en todo caso Cassie era peor... peor que tú. Que ya es decir. Cambiaste cuando empezaste a ir con ella. La mayoría de la gente que la conocía... probablemente se alegre de que ya no esté. Incluidos sus amigos.

Pasé el resto del sábado y todo el domingo pensando en las palabras de mi hermano.

Si ya era duro descubrir que había sido una bruja con casi todo el mundo, enterarme de que mi mejor amiga, desaparecida, era aún peor que yo me superaba. Si tan insoportables éramos, ¿por qué se habían molestado en buscarnos?

—El miedo y la popularidad van de la mano —murmuré cuando apagué el secador.

Me quedé de piedra, observando mi reflejo. ¿De dónde narices había sacado esa frase? ¿Del *Manual de supervivencia para brujas en el instituto*? Me pinté un poco los labios y respiré.

No iba a ser nada violento.

Salí del baño y agarré el teléfono nuevo que había elegido mi padre la noche anterior. El viejo era donde estaban mis recuerdos.

No iba a ser nada violento.

Metí la foto de Cassie en el bolsillo trasero de mis vaqueros superceñidos y bajé. Mi pulso se había disparado. Estaba a punto de conocer a Del. Mi novio.

Iba a ser muy violento.

Paseando por las enormes salas de la planta baja, acabé tres veces sin querer en la despensa, hasta que mi madre me llamó en voz alta.

Ya estaba allí.

Me dirigí lentamente al vestíbulo, donde habría cabido entera una tribu pequeña, sin pensar una sola vez en el extraño mensaje que había encontrado el día anterior. Justo antes del arco me paré y me asomé.

Del estaba de pie junto a mi madre. Era más alto que ella, pero no tanto como Carson. Era un chico larguirucho, con el pelo castaño voluntariamente despeinado y algunos reflejos más rubios. Tenía la piel morena, y los ojos de color chocolate con leche. Era guapo. No estaba nada mal, pensé. Su jersey de pico, arremangado hasta los codos, dejaba a la vista unos antebrazos potentes. Tenía las manos metidas en los bolsillos de unos vaqueros desteñidos.

—Sammy —dijo. Su sonrisa era de esas que parecen contener una gran cantidad de megavatios, como las de las revistas del corazón: perfecta, demasiado perfecta. Miró a mi madre, que asintió. Después se acercó a mí—. Qué contento estoy de verte, nena... Ni te lo imaginas.

Yo me quedé paralizada.

Su expresión se borró. Fue como si me hubieran arrojado de la habitación, lanzándome a un extraño bucle temporal. Todo se volvió gris.

Del se acercaba con mirada suplicante. Irradiaba desesperación, pero también estaba enfadado. Muy enfadado. Mi corazón latía a gran velocidad. Mi rabia no tenía nada que envidiar a la suya. De hecho, era mayor que ella.

Retrocedí parpadeando, sin aliento. La mirada —la visión— había desaparecido. No supe si se trataba de un recuerdo o si no era más que una alucinación.

—¿Estás bien, Sammy? —preguntó Del, parándose.

Me había mareado. Como el día anterior, el rostro de mi madre expresaba pena y

preocupación.

—Sí, estoy bien.

Del volvió a sonreír y recorrió el último trecho para levantarme en brazos. Una astilla de pánico se clavó en mí cuando sentí su cuerpo pegado al mío. Hinqué mis dedos en sus hombros y busqué desesperadamente algo familiar en su asfixiante abrazo.

Cuando hundió su cara en mi pelo, Del hizo un sonido gutural.

—Sammy, por Dios, no vuelvas a darme un susto así.

Yo no podía reaccionar, ni apenas respirar. Mis pensamientos se repetían. No te conozco. No te conozco. Todo el rato igual... No te conozco.

Cuando me dejó en el suelo, tuve que reprimir las ganas de salir corriendo. Mi madre nos miraba por encima del hombro de Del, toqueteando el oro que rodeaba sus muñecas.

Entonces, la puerta se abrió a su espalda y entró tranquilamente mi hermano. El sudor le pegaba el pelo a las mejillas. Llevaba un reproductor de música en la mano. Detrás de él entró Carson. Mi corazón dio un salto extraño. Al retroceder se me enredaron los pies. Del me sujetó por el brazo e impidió que me cayese, soltando una sonora carcajada.

—Qué nerviosa estás —dijo.

—No me lo explico —murmuró Scott, mirándonos.

Una gorra de béisbol muy calada ocultaba los preciosos ojos de Carson. Solo pude ver que sonreía a mi madre con los labios apretados.

—Hola, Del —dijo.

Del le hizo un gesto seco de saludo.

—Chicos, ¿por qué no bajáis al sótano? —Mi madre los ahuyentó hacia la escalera—. Me da igual con qué sudéis abajo.

Aunque Del me había pasado un brazo por los hombros, yo no podía apartar los ojos de Carson. Mientras se alejaban, Scott chocó con su mejor amigo. Bajé la vista sin poder evitar la sensación de que me habían pillado haciendo algo malo.

—Carson, ¿puedes decirle a tu padre que tengo que hablar con él el lunes a primera hora? —La voz de mi madre resonó por toda la mansión—. Hay que podar los árboles que rodean la caseta de la piscina...

Del se rio, sacudiendo la cabeza.

—No entiendo por qué tu hermano va siempre con Carson.

Yo levanté la cabeza muy seria.

—Será porque le cae bien.

—No tienen nada en común.

Del me tomó de la mano y me llevó al otro lado del arco, a la pequeña sala de ocio que tanto me gustaba. Quizá ya me gustase antes, y él lo supiese... Se me encendió una chispa de esperanza. Del esbozó una sonrisa pérfida por encima del hombro. También yo empecé a sonreír, pensando que me gustaba su expresión.

—¿Ha venido mucho Carson por aquí? —preguntó mientras me hacía sentarme a su lado en el sofá, sin soltarme.

—La verdad es que no lo sé. —Eché un vistazo a nuestras manos entrelazadas. La suya era mucho más grande que la mía—. Estuvo el viernes, pero...

—No te acuerdas. Claro. —Del me la apretó—. No me acostumbro. Ah, casi se me olvida... —Soltó mi mano y se levantó para sacarse del bolsillo una cajita plana de color azul—. Quería devolvértelo.

—¿Devolvérmelo?

Tomé la caja de sus manos y pasé un dedo por debajo de la tapa.

—Sí, es que... es que te lo dejaste en mi casa antes de... Pues de que pasara todo. —Tragó saliva, apartando la vista—. He vuelto a guardarlo en la caja.

Levanté la tapa y el algodón. Debajo había una cadena de plata con un corazón asimétrico. Tiffany's. Sabía reconocer un collar de Tiffany's. A quien no reconocía era al chico que me lo había dado.

—¿Me lo he puesto alguna vez?

Del asintió mientras dejaba a un lado la caja.

—¿No te suena de nada?

Sacudí la cabeza.

—¿Por qué me lo quité?

Sus pestañas taparon sus ojos. Transcurrió un largo segundo antes de que respondiera.

—Querías... ducharte.

—¿Y por qué quería ducharme en tu casa?

Juntó las cejas, al tiempo que una mancha roja teñía cada una de sus mejillas.

—No querías volver a casa sin haberte duchado porque nos habíamos...

La mirada se me fue hacia el collar. Poco a poco lo entendí.

—¿Nos habíamos... acostado?

Del se frotó el puente de la nariz y asintió. Sentí calor en las mejillas y en el cuello. Nos habíamos acostado y ni siquiera me acordaba.

—¿Fue mi primera vez?

Del sacudió la cabeza, sacando un poco de aire por la boca.

—No. Hace varios años que salimos juntos, Sammy.

No supe muy bien qué era peor, el hecho de estar teniendo una conversación tan increíblemente violenta o no acordarme de mi primera vez con Del. Mis manos temblaron cuando me puse el collar. Por alguna razón su peso se me hacía insoportable, a pesar de que era muy ligero. Un hormigueo de frustración recorrió mi cuerpo. ¿Cómo era posible que no lo recordara? Se me empezaron a saltar las lágrimas, y volví a sentir en el estómago el impulso de salir corriendo.

—No pasa nada. —Del sonrió forzosamente—. Ya me avisaron tus padres de que no recordarías nada. No te acuerdas, ¿verdad? ¿Ni siquiera de la noche en que desapareciste?

Cuando me puse de pie, las rodillas me flaquearon.

—No me acuerdo de nada. Ayer tuve que preguntarle a mi madre cuándo es mi cumpleaños. —Lo miré con una risa ahogada—. Aunque el médico dice que puede que me vuelvan los recuerdos.

Del cambió de postura en el sofá. Los ojos se le oscurecieron hasta casi tomar el mismo color que las pupilas.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera? —Su tono se volvió muy serio—. Yo a ti siempre te he guardado las espaldas, Sammy, y nunca dejaré de hacerlo. —Yo fruncí el ceño, pensando que era una manera muy rara de decirlo—. Dime, ¿puedo hacer algo? —insistió.

Dudé, pero mientras seguía mirándolo me di cuenta de que tal vez sí.

—¿Te vi la noche de mi desaparición? —pregunté. Él asintió. Sentí un zumbido de entusiasmo, como el que hacen las alas de los colibríes. Por algo se empezaba—. ¿Qué hicimos, aparte de...?

—Era sábado, bastante tarde. Estuvimos juntos, hablando. Entre otras cosas —añadió con una sonrisa burlona—. Vimos viejos vídeos de mis partidos de béisbol.

Qué estimulante...

—¿Sabes cuándo me fui?

—Hacia las nueve. Yo quería que saliéramos con Trey, pero recibiste un mensaje de texto.

—Un momento. ¿Quién es Trey?

Del se apoyó en el respaldo y puso los pies sobre la mesa de centro. No me hacía falta tener un recuerdo claro de mi madre para saber que le habría dado un ataque si le hubiera visto hacer eso.

—Trey es un muy buen amigo mío. Era novio de Cassie, pero rompieron pocos días antes de que... ella desapareciera.

—¿Cassie tenía novio?

Me senté a su lado, impaciente por saber más cosas. Él asintió.

—Se peleaban. Mucho. Sus discusiones nos tenían a todos muy entretenidos.

—¿Nosotros dos nos peleábamos?

—No. Nunca —se apresuró a decir—. Teníamos... una relación perfecta. —Se inclinó para rozar mi mejilla con sus labios—. Igual que nuestros padres.

Se me saltaron las alarmas. Por lo que yo había visto, mis padres no tenían una relación perfecta. Desde que había vuelto a... a casa no había visto que se tocaran ni una sola vez, ni que permanecieran más de unos minutos en la misma habitación. Toqueteé el corazón de plata.

—O sea, que... ¿Recibí un mensaje de texto y me fui?

—Sí. —Del se echó hacia atrás con una mueca de desilusión. Tuve la sensación de haber hecho algo mal—. Creo que era de Cassie, aunque no me lo dijiste. Te fuiste muy enfadada de mi casa.

—¿Enfadada con Cassie?

Sacudió la cabeza.

—No lo sé. Es que tú y Cassie teníais cierta...

—¿Rivalidad? Es lo que me ha dicho mi hermano.

—No miente. Cassie... ¡Uf! ¿Cómo lo digo sin parecer un desgraciado? —Exhaló despacio—. Cassie quería ser como tú. Siempre lo ha querido. Le parecía que lo tenías todo. Imitaba todo lo que hacías. Si alguien te caía mal, a ella también. Si querías a alguien, ella también. Todo el mundo lo sabía.

—Ya... —dije, arqueando una ceja.

—No es que me guste hablar mal de ella, y menos tal como están las cosas... ¡Si podría estar muerta! —Cuando vio mi expresión, Del se disculpó enseguida—. Perdona, ya me entiendes. Cassie daba problemas. Incluso a nosotros.

—¿No has dicho que no nos peleábamos?

El malestar empezaba a formar pequeñas bolas duras en mi estómago. Del apartó la vista.

—Bueno, pelear, pelear no nos peleábamos. Ya te digo que te guardo las espaldas. Pero a veces, si no estabas tú, Cassie podía ser... inoportuna.

—¿Qué quieres decir?

La mirada de Del se posó en mis ojos, y después en la enorme cabeza de ciervo que colgaba de la pared.

—Se me insinuaba, aunque yo saliera contigo y Trey fuera mi amigo.

Lo normal al oír aquello habría sido tener celos, pero yo no sentí nada.

—¿A ti Cassie te caía bien?

Del puso cara de sorpresa.

—Bueno, sí... Vaya, que a veces era guay. —Su mirada se hizo más penetrante, y sus labios se afinaron—. ¿Por qué lo preguntas?

Abrí la boca, pero no emití sonido alguno. Tenía la impresión de haberlo preguntado antes, pero con un trasfondo de emoción mucho más intenso. Había rabia, y también decepción, pero nada vinculado a esas dos emociones. Era como si mis sentimientos fueran globos que se escapaban por no estar atados con ninguna cuerda.

—Por nada. —Me encogí de hombros—. Es que hablas como si no te cayera bien. Creo que a Scott tampoco.

—Cassie podía ser difícil. —Del se acercó y me puso una mano en la rodilla. Los músculos se me tensaron enseguida—. No sé qué pasó la noche que desaparecisteis. Ni siquiera sé si llegasteis a veros. Tampoco quiero hablar de ella. Quiero hablar de nosotros.

—¿Nosotros? —grazné. Él me tendió la otra mano.

—Ven aquí.

Se me aceleró el corazón. No tenía ningunas ganas de «ir ahí», pero Del esperaba con una sonrisa paciente en su cara de chico guapo, y tampoco quise ofenderlo. Seguro que para él también era difícil. Yo era su novia, y no recordaba ningún detalle sobre él o nuestra relación. Me acerqué hasta tocarlo con las piernas.

Su mano rodeó mi nuca y dirigió mi cabeza hacia su pecho. Cuando me rozó la frente con los labios, soltó un suspiro entrecortado.

—Creía que no podría volver a hacer esto nunca más. Te lo digo en serio. Es como una segunda oportunidad.

—¿Ah, sí? —susurré, confundida.

—Sí. —Me dio un beso en la sien.

Estuvimos hablando toda la tarde. Me ayudó a volver a conocerlo. Habíamos empezado a salir justo después de entrar en el instituto, evidentemente, y según Del todas mis amigas tenían celos de nosotros. Nuestros padres hacían negocios juntos en Filadelfia, mientras que nuestras madres eran amas de casa. Por lo visto había un gran acuerdo entre las compañías de nuestros padres, algo relacionado con transferencias de acciones y empresas. Yo no sabía nada de esas cosas.

Todos los años pasábamos las Navidades en las montañas Catskills, con nuestras familias, y en verano viajábamos juntos. El año anterior habíamos sido rey y reina del baile del instituto, y se esperaba que este año ganáramos de nuevo, para orgullo de Del. Salíamos del instituto siempre que queríamos, comíamos fuera, nos saltábamos las clases juntos, y al parecer nadie nos lo impedía. En nuestro horizonte estaba Yale. Tuve la impresión de que la expectativa general era que siguiéramos juntos, para siempre, como se suele decir. Niños ricos de segunda o tercera generación, como en la realeza. Fue la impresión que tuve.

Teníamos toda una vida en común de la que me sentía completamente ajena. Pese a todos mis esfuerzos, no veía ni sentía nada de esa vida, de modo que dejé que hablara él, cosa que se le daba muy bien. Era *shortstop* en el equipo de béisbol del instituto, ya iba por su segundo BMW y su equipo favorito eran los Yankees. En su casa disponía de una planta entera. Hijo único. Tenía algunos primos, y un abuelo que había sido director de una de las principales agencias bursátiles de Nueva York.

—Nuestros padres podrían comprar y vender este pueblo —dijo mientras se enroscaba un mechón de mi pelo en el dedo—. Bueno, tu madre, mejor dicho.

—¿Por qué? —dije. Debía de haber hecho cien veces la misma pregunta.

—En mi familia, el dinero viene de mi padre —explicó con orgullo—, y en la tuya de tu madre. Tu familia materna invirtió en el ferrocarril antes de que empezara a ser rentable, o algo así. No es que tenga miles de millones; no se acerca ni de lejos a los capitales que aporta mi padre, pero es de familia rica.

Me costó mucho no hacer un gesto de hastío.

—¿Sabes lo que hacía mi padre antes de conocer a mi madre?

Del se encogió de hombros.

—Lo que está claro es que fue a Yale, con una beca. Creo que su madre era maestra, y que su padre trabajaba en la construcción. Ambos murieron hace unos años. Lo siento.

Pensé un momento en mis abuelos muertos, a quienes no recordaba en absoluto. Qué mal rollo.

—Pues entonces tuvo suerte de conocer a mamá.

—¡Y tanto! —Del rio—. Antes de conocerla no tenía nada. El padre de ella lo metió en los negocios. No sé hasta dónde habría llegado tu padre sin tu madre. En cambio, al mío lo educaron desde pequeño para dirigir la empresa, como a mí. —Me dio otro beso en la mejilla—. Y como a mi hijo, cuando lo tenga.

Abrí mucho los ojos. ¿Su hijo? ¡Puaj! Tuve náuseas. Me dio alergia solo de pensarlo.

Hubo una pausa en la conversación. Se me había dormido el brazo por estar tanto tiempo encajado entre mi cuerpo y el suyo. Por un momento sopesé la posibilidad de hablarle del mensaje que había encontrado debajo de la almohada, pero al final no lo hice.

—¿Qué me gustaba?

Del echó la cabeza hacia atrás y me miró a los ojos.

—¿Aparte de mí?

Muy gracioso. Asentí con los ojos entornados.

—Te gustaba ir de compras. —Se rio, acariciando mi mejilla—. Tu bebida favorita es cualquier zumo con vodka. Saliendo de marcha eres increíble. Te sueltas como nadie. —Esta vez, cuando se inclinó, nuestros labios se juntaron. Fue un beso corto—. En todo caso, bastante más que ahora.

—Perdona. —Me sonrojé—. Quería decir si tenía aficiones.

Del puso cara de perplejidad.

—¿Ir de compras cuenta como afición?

—No creo.

—Te gustaba mucho ir al antiguo campo de batalla dedicado a los caídos en la guerra —dijo al cabo de un rato—. Ibas con aquella chica, Julie, y os pasabais allí todo el día. Creo que la historia te molaba bastante. O puede que solo lo macabro.

Vaya. Lo único no superficial que hacía era ir a un cementerio gigante con una chica que ya ni siquiera era mi amiga. La verdad es que empezaba a odiarme a mí misma. Del habló un poco de la temporada de béisbol, quejándose de lo mal que sacaba Carson. Al parecer era el lanzador, y no se apreciaban mucho.

Cuando entró mi madre y le preguntó si quería cenar con nosotros, Del respondió educadamente que no. Tenía visitantes en casa. Antes de que se fuera, saqué la foto del bolsillo y se la enseñé.

—¿Sabes dónde está hecha?

La observó durante unos segundos y después se giró hacia mí. Su mirada se había vuelto dura, distante.

—Es de hace tres meses, en Nochevieja. Os estabais congelando con esos vestidos. Calentabais el ambiente, pero os congelabais. —Soltó una risa breve—. Estábamos en Filadelfia. Tú te quedaste frita antes de medianoche.

Cuantas más cosas oía sobre mí, más ganas tenía de darme de cabezazos contra la mesa de centro.

—¿Quién estaba con nosotros?

—Trey, pero él también se quedó dormido.

—¿O sea, que Cassie y tú os quedasteis solos?

Del apretó los labios.

—Sí, fue un asco de noche.

Lo que más me extrañaba era que Del hablara como si no aguantase a Cassie, cuando era evidente que los tres o los cuatro salíamos juntos a menudo. ¿La toleraba solo porque era mi amiga? Suspiré.

—Ojalá me acordara de algo. Cassie está en alguna parte, y tengo la impresión de que solo yo puedo encontrarla.

Del apartó el brazo y se levantó.

—Sonará cruel, pero ahora mismo eso no es problema tuyo.

Pues sí era cruel, sí...

—Pero...

—Pero tienes que centrarte en recuperarte y seguir viviendo —dijo. Luego se pasó una mano por el pelo, frunciendo el ceño—. Yo creo que lo mejor es que por el momento no lo pienses. Ya la están buscando. Tú debes cuidarte.

Mi mirada se posó en la foto donde salíamos Cassie y yo. Al principio me había parecido que se nos veía muy felices, como si realmente fuéramos amigas del alma, pero cuanto más la estudiaba más me percataba de la dureza de nuestras sonrisas, y de la frialdad de nuestras facciones casi idénticas.

Todos querían que me olvidase de ella y siguiera con mi vida. Como si aquella chica no hubiera desaparecido. Como si ni siquiera hubiera existido. Pero, cuando deslicé el pulgar por un lado de la foto, comprendí que no podía hacerlo. Tampoco podía ser la misma persona de antes. Aquella Samantha seguía desaparecida, sin poder salir de donde estaba Cassie. Tal vez ella hubiera sido capaz de abandonar a Cassie, pero yo no.

Pocos días antes, la idea de volver tan pronto al instituto me había parecido estupenda, pero el lunes por la mañana daba vueltas por mi habitación muerta de miedo. Los anuarios aún estaban encima del escritorio, sin abrir. Debería haberme dedicado a familiarizarme de nuevo con los nombres y caras de mis compañeros de clase, pero había perdido el tiempo intentando acceder a mi correo electrónico y a mi cuenta de Facebook. No había tenido suerte; en ambas páginas había superado el límite de intentos de acceso fallidos, y yo no era capaz de contestar a las preguntas personales que me permitirían recuperar mi información. ¿Y si había entrado alguien? Seguramente durante mi desaparición. Tenía su lógica.

Scott pasó por mi cuarto y me entregó mi horario impreso. Se lo agradecí sinceramente.

—¿Vas a ir vestida así?

Miré hacia abajo con sorpresa. Llevaba unos vaqueros y una chaqueta gris sobre la blusa.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada. —Scott tenía las cejas arqueadas—. Es que normalmente te vistes como si en vez de ir al instituto acudieras a un desfile de moda. Bueno, no siempre. Antes de Cassie te vestías así, pero después no tanto.

—Ah... —Incómoda, miré mi vestidor. Según Del, Cassie siempre hacía lo mismo que yo, pero a veces parecía que fuera al contrario—. Entonces qué, ¿me cambio?

—No. Venga, si no nos damos prisa llegaremos tarde.

Agarré mi bandolera y seguí a mi hermano hasta el garaje, cruzando la casa. El Bentley no estaba allí. El espacio vacío lo ocupaban un Porsche rojo y un Audi bastante nuevo.

—Mamá me ha dicho que te explique que durante la tutoría hablarás con la orientadora —dijo Scott al detenerse junto al Audi. Abrió la puerta trasera y tiró su bolsa—. Creo que ha dicho algo de que os veréis tres veces por semana.

—¿Qué? —pregunté boquiabierta. Él hizo una mueca.

—Pues sí. Cuando llegues tendrás que ir a secretaría.

Me senté a la derecha, con la bandolera contra el pecho.

—¿Lo dices en serio? Ya me van a mirar como a una extraterrestre. ¿Encima tengo que ir a ver a la psicóloga?

—No creo que sea psicóloga de verdad, Sam. —Scott pulsó un botón en la visera.

Al cabo de un segundo, la puerta del garaje chirrió y tembló mientras se abría. El sol se filtró con fuerza por las ventanas—. Además, antes siempre te gustaba que se te quedasen mirando, para bien o para mal.

—Pues ya no soy la misma —repliqué. Él me miró.

—Ya, empiezo a darme cuenta.

Mientras mi hermano sacaba el coche marcha atrás, suspiré y fijé la vista al frente.

—¿Yo no tengo coche?

Scott se rio, maniobrando para dar la vuelta.

—Tenías uno, y muy bonito, pero lo destrozaste.

—¿Ah, sí?

Él asintió al enfilar el largo camino de entrada.

—Una noche te emborrachaste con Cassie y chocasteis contra un árbol. Papá tuvo que hacer malabarismos para que la Policía lo dejase en un accidente debido al mal estado de la carretera. Estuvo bastante cabreado durante una buena temporada.

Me quedé boquiabierta y estuve unos segundos sin saber qué decir.

—Me parece que no quiero saber nada más de mí.

Recibí otra mirada extraña. Después Scott sacudió la cabeza.

—Qué raro...

Permanecí en silencio hasta que mi hermano frenó en el arcén, cerca de la carretera principal.

—¿Por qué paramos?

—Siempre llevo a Car. Él va en moto, y no quieren que se la lleve al instituto.

¿Carson en moto? Francamente, ¿podía haber algo más *sexy*? Giré la cabeza y vi un edificio de ladrillo de dos plantas, tres casas más adentro. En el caminito de entrada había una moto tapada.

—¿Vive en nuestra finca?

—En las casas de invitados, con su padre —explicó Scott—. El hombre trabaja a cambio del alquiler y de la calderilla que le da papá. Cosa que te encantaba recordarle.

Hice una mueca.

—¿Y su madre?

—Murió. De cáncer. No tenían seguro médico. La trinidad de la mierda.

Antes de poder responder a la observación, vi a Carson corriendo por el camino de entrada con una mochila en un hombro y una bolsa de deporte en el otro. Cuando se acercó al coche me humedecí los labios, nerviosa. Llevaba unos vaqueros desteñidos y una camiseta de manga corta sobre una térmica de color blanco. Aún tenía el pelo mojado, y los rizos le caían sobre la frente. Estaba guapo, pero guapo de verdad.

Se paró junto a la puerta del acompañante hasta que me vio ahí sentada, mirándolo como un pasmarote. Entonces frunció el ceño, rodeó el coche por la parte

delantera y se sentó detrás de Scott sin dirigirme la vista.

—¿Qué hace aquí?

Scott miró por el retrovisor.

—Tío, que antes iba en el coche de Cassie...

—Ah, sí. Es verdad.

La intensa mirada de Carson se posó un segundo en mi cara. Sentí en la piel un calor agradable, embriagador. Después se echó hacia atrás y apoyó el brazo en el respaldo, con una postura perezosa y arrogante.

El coche había empezado a moverse, pero yo seguía sin apartar la vista de Carson. Al final, sus ojos, de un azul insondable, coincidieron con los míos. Entonces los bajó un poco y me di cuenta de que reparaba en mi collar. Sus labios dibujaron una sonrisa de suficiencia.

—¿Qué pasa, Sam?

—Nada —farfullé.

¿Por qué no podía apartar la mirada? Era como si una antigua parte de mi ser fuera atrevida. Como si supiera que estaba viendo algo que le gustaba y no me dejara girarme.

Scott carraspeó, pero no dijo nada. La mandíbula de Carson empezó a sufrir un tic muscular.

—Es temprano, y la verdad es que no estoy como para que empecemos a insultarnos, así que si te parece vamos a zanjar el tema. Vale, no tengo coche. No mola. Mi ropa no vale lo que un mes de alquiler, y mi padre trabaja para el tuyo. Jopé.

Abrí mucho los ojos. Me había sonrojado de vergüenza.

—¿Yo decía esas cosas?

Su respuesta fue una mirada incisiva. Por fin me giré y me quedé mirando por la ventanilla con la sensación de ser la más tonta del mundo. Me ardía la garganta. Me resultaba increíble haberle dicho cosas así a otra persona, pero lo había hecho. Después de unos minutos tensos, Scott hizo hablar a Carson a regañadientes sobre el entrenamiento de béisbol. Yo me quedé callada. Creo que me lo agradecieron.

Paramos a tomar café. Por lo visto no llegábamos tan tarde, y Scott tenía miedo de desmayarse al volante y «que le diera un Samantha». Carson pidió un café solo. Scott estaba en la barra, echándose más leche que café en su vaso de plástico. Yo miraba la carta fijamente, con los brazos caídos y las manos temblorosas. La mujer de mediana edad que esperaba detrás del mostrador suspiró en voz alta.

Leí la carta de cabo a rabo tres veces, mordiéndome el labio. El café —la decisión de cómo pedirlo— debería ser algo fácil, pero no lo era. Me sentía... perdida.

—Eh —dijo Carson a mi espalda, sobresaltándome con su aliento cálido en mi mejilla—. ¿Todo bien?

Asentí, notando un calor en las mejillas.

Detrás de mí, un hombre suspiró y murmuró algo. Oí las palabras «rica» y

«tonta». Mis niveles de humillación alcanzaron cotas nunca vistas.

Carson me apartó de la fila, lanzando una dura mirada de advertencia al hombre.

—¿Qué vas a pedir? —preguntó.

Bajé la vista hacia su mano, que rodeaba la mía. ¿Cómo era posible que un contacto tan inocente tuviera la dulzura del pecado? Pero, teniendo en cuenta que ni siquiera era capaz de pedir un café, seguramente no era eso lo mejor en lo que pensar en ese momento...

—Sam —dijo él, impaciente.

Cuando levanté la vista, me horrorizó sentir que estaba a punto de llorar.

—No sé qué pedir. —Se me quebró la voz—. No sé... qué me gusta.

Carson entendió y aflojó la mandíbula, asintiendo.

—Sueles tomártelo con leche, de vainilla. —Se quedó callado y bajó la mano—. Al menos es como te he visto pedirlo otras veces. No te muevas de aquí, yo me encargo.

Me quedé esperando a un lado, mientras Carson iba a pedir al mostrador. La gente me observaba. Me sentía como una niña, incapaz hasta de lo más simple. Me habría metido a rastras en algún agujero. No tenía la menor duda de que Carson me consideraba una idiota.

Un momento después volvió con mi café, encajando la tapa.

—Cuidado, está caliente.

—Gracias.

Lo rodeé con mis manos, y me gustó notar el calor que atravesaba la funda protectora.

Durante el resto del trayecto al instituto me fijé sin decir nada en el paisaje, desconocido para mí. Muchas colinas, antiguas fincas y muy pocas subdivisiones en medio de los carteles indicadores del viejo campo donde había tenido lugar la batalla de Gettysburg. Era un pueblo antiguo y, a juzgar por su aspecto, rico desde siempre.

Cuando lo vi aparecer ante mí, el instituto de Gettysburg no me sonó de nada. Era un gran edificio de ladrillo que me pareció la suma de varias residencias, rodeada de árboles y un vasto pabellón.

Seguí a los chicos por el aparcamiento, con el alma en vilo. Sobre la entrada principal había un estandarte marrón y blanco en el que, junto a un dibujo de un conejo con cara de loco, se leía: AQUÍ JUEGAN LOS BATTLERS.

Aún no había mucha gente en los pasillos, pero todos, todos se pararon al verme. Al principio se limitaron a mirarme. Al cabo de unos segundos empezaron los susurros. Yo bajé la cabeza para taparme la cara con el pelo, pero seguía notando ojos llenos de curiosidad, y de una fascinación morbosa.

Mi corazón latía muy deprisa. Apreté el vaso de café. No podría hacerlo. Con tantas miradas era imposible, y la situación no haría más que empeorar. ¿Sabían que no recordaba nada? Quizá mi madre tuviera razón. Debería haber esperado.

Scott se colocó a mi lado, muy erguido. Lo observé de reojo y vi que lanzaba

miradas asesinas a un lado y otro. Los alumnos se giraron enseguida. Lo que no hicieron fue dejar de hablar. A mi otro lado montaba guardia Carson, sin abrir la boca. No tenía ni idea de lo que podía estar pensando. ¿Le daba vergüenza que lo vieran conmigo? No se lo podía reprochar.

Me dejaron en un vestíbulo con las paredes acristaladas. La sonrisa con que la secretaria, una mujer rechoncha, me indicó que me sentara en una de las incómodas sillas rezumaba compasión. Cada vez que miraba por encima del hombro parecía haber más alumnos en la entrada de la sala. Me sentía como uno de esos truculentos accidentes que hacen frenar a todo el mundo en las carreteras.

Una mujer muy bien vestida que apareció en el estrecho pasillo puso fin a mi tortura. Se ajustó las gafas.

—¿Está preparada, señorita Franco?

Me levanté y la seguí con mi bolsa hasta un despacho donde no había mucho sitio. Lo primero que hice al sentarme fue buscar su nombre: Judith Messer, la gran orientadora.

Se quitó las gafas, dobló las patillas y las dejó a su lado. La luz de la lámpara de la mesa se reflejó en su anillo de boda con brillantes.

—¿Cómo te encuentras, Samantha?

Me pareció una pregunta increíblemente tonta.

—Bien.

La señora Messer sonrió.

—Reconozco que nos ha sorprendido un poco que volvieras tan pronto. Creíamos que te darías un tiempo para... recuperarte.

Mis dedos apretaron más el vaso. Tenía ganas de que todo acabara.

—Me encuentro perfectamente.

—Físicamente no lo dudo, pero emocional y mentalmente has pasado por una experiencia muy traumática. Además, has perdido la memoria. Seguro que es difícil.

—Bueno, fácil no ha sido. —Al levantar la vista vi que me observaba con mucha atención. Suspiré—. Vale, es horrible. Esta mañana ni siquiera he sido capaz de pedir un café, pero tengo que volver a hacer cosas. No puedo quedarme para siempre escondida en mi casa.

La señora Messer ladeó la cabeza.

—Cuando el director me informó de que volvías hoy, hablé con un colega que trabaja con casos de amnesia y me dijo que lo mejor es que te rodees de cosas conocidas. Volver al instituto no es mala idea, pero quizá el precio sea demasiado alto.

—¿Y qué pasará si lo es?

Su sonrisa se hizo más forzada. Me molestó que no entrara en detalles.

—No creo que tus resultados se resientan. La amnesia disociativa casi nunca afecta a ese tipo de cosas. De todos modos, haremos un seguimiento para asegurarnos de que el plan de estudios general sigue siendo el más adecuado para ti.

La advertencia que dejó caer me hizo apretar los dientes. Como mis notas fueran una basura, me sacarían del instituto. Qué simpáticos. Nada de presiones, ¿eh? Con mi «frágil estado emocional»...

La señora Messer cruzó las piernas y se echó hacia atrás.

—¿Has conseguido recordar algo?

Pensé en la posibilidad de mentir, pero eso no habría servido de nada.

—A veces tengo pensamientos o sensaciones que me resultan familiares, pero ninguno de ellos tiene sentido para mí. —Cuando vi que asentía, respiré hondo—. He visto un par de cosas, y he tenido *flashes*, pero... tampoco tienen sentido —admití. Ella volvió a afirmar con la cabeza.

—Puedes recuperar la memoria en forma de imágenes inconexas, o bien de golpe. Solo hace falta algo que desencadene esas imágenes.

Eso ya lo sabía por Internet. Pensé en el mensaje, pero tuve miedo de que se lo contara a mis padres.

—La verdad es que no me he acordado de nada más. Es como si fuera... una pizarra en blanco. Cuando han venido a verme mis amigas, y mi novio, no he sentido... nada. Como si no me importasen. —No me gustó decir eso, pero hacerlo alivió un poco la opresión que sentía en el pecho—. Es horrible, ¿no?

—En absoluto. Ahora mismo no tienes ningún vínculo con ellos. —Sonrió para tranquilizarme—. No debe extrañarte si intentas hacer nuevas amistades, o cosas que puedan sorprender a los que te rodean. Es casi como volver a nacer, pero con la capacidad de supervivencia asegurada.

Bonita manera de verlo. Después de algunas preguntas más, la señora Messer abordó brevemente el tema de Cassie.

—¿Cómo te sientes al saber que una de tus amigas ha desaparecido?

—No sé... —titubeé—. Es raro. No me acuerdo de ella, y por lo que dicen todos no éramos amigas del alma, pero si estaba conmigo ese día me siento responsable. Es como si tuviera que acordarme para que puedan encontrarla pero en el fondo nadie quisiera hablar sobre ella.

La señora Messer asintió de nuevo.

—Pero comprenderás que no es tu obligación encontrarla, incluso si no llegas a recuperar la memoria...

No era eso lo que me decía el sentimiento de culpa que me remordía por dentro. Estaba segura de que, si lograba hacer que mi cerebro funcionase, sería capaz de llevarlos hasta ella. La señora Messer me acercó un papel. Era mi número de taquilla y la clave. Nuestra pequeña sesión psicológica había terminado.

Tardé una barbaridad en localizar la taquilla. Tuve que consultar mi horario para saber qué libros meter en la bolsa, mientras ignoraba las miradas y susurros que me rodeaban. Después de cerrar la puerta, respiré profundamente y me enfrenté a un pasillo lleno de alumnos que iban a su primera clase del día.

Me encontré con un mar de rostros desconocidos. Nadie me resultaba familiar.

Aferrada a la correa de la bolsa, me abrí paso entre la multitud. Lo de la memoria podría haber sido aún peor. Aún podría estar desaparecida.

O muerta, susurró una voz en mi cerebro.

En todas las clases tuve que esperar a que el profesor me indicara dónde debía sentarme. Una vez superado el impacto inicial de verme, mis compañeros empezaron a darme conversación con preguntas como «¿qué tal?» o comentarios como «me alegro mucho de que hayas vuelto».

Solo uno de cada dos sonaba sincero.

Las clases no supusieron ningún problema. Tardé un par de minutos en averiguar por dónde íbamos, pero era capaz de comprender las explicaciones. En la hora de inglés estaba Veronica, que me hizo sentarme a su lado.

—¿Te has levantado tarde? —preguntó estirando la manga de mi chaqueta desde el otro lado del pequeño pasillo.

—No, ¿por qué?

Me miró de los pies a la cabeza.

—No, es que lo que llevas no acaba de...

—Ser mono —sugirió Candy mientras se echaba su melena teñida sobre el hombro—. Bueno, para estar en casa está genial, pero para venir al instituto. Además con la ropa tan mona que tienes...

—De hecho, tu armario nos trae locas. —Veronica soltó una risita y golpeó la mesa con las uñas—. Bueno, vale, y también Del.

—¡Ni que lo digas, chica! —Candy se abanicó las mejillas—. Ayer dijo que iría a verte. ¿Lo hizo?

—Sí, estuvo un rato. —Saqué mi collar para enseñárselo a las dos—. Me devolvió esto. Me lo había dejado en su casa.

Los labios de Veronica temblaron antes de dibujar una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Fue difícil verlo sin... acordarte de él? —preguntó. Yo asentí.

—Diferente, pero... nos pusimos al día.

—Me lo puedo imaginar —intervino Candy lanzando una mirada cómplice a Veronica.

Yo arqueé las cejas.

—No, en ese sentido no. Es como si no lo conociera de nada...

Veronica no se inmutó.

—Esta mañana Trey me ha dicho que Del estaba muy contento después de verte. Es una buena noticia, ¿no?

—Sí, más o menos... ¿Y qué tal está Trey?

Fue como pulsar un interruptor. Las dos pusieron cara de palo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, él sale con Cassie, ¿no? ¿Lo lleva bien?

Un chico sentado dos filas más adelante resopló por la nariz y se giró. Su cara mostraba una palidez espectral. Tenía los ojos rasgados, con mucho delineador negro.

—Trey lo lleva genial. En tutoría le ha metido la lengua prácticamente hasta la campanilla —dijo, señalando a Candy con una uña pintada de negro—. Debe de ser su mecanismo para superarlo.

Las mejillas bronceadas de Candy se tiñeron de rojo. En cambio, Veronica se inclinó hasta que su busto estuvo a punto de salirse del jersey escotado. Al gótico no pareció afectarle.

—Oye, Pham, o Long Duck, o como te llames, esto no es cosa tuya. Además, quizá lo que te pasa es que tienes celos. —Sus ojos eran como rayos láser en modo destructor—. Tal vez te gustaría que Trey te metiera a ti la lengua.

—Veronica... —dije sin aliento, incómoda por ambos.

Él se volvió sin decir nada más, con la nuca muy roja. Me giré hacia Veronica, que sonreía a Candy.

—No es mi culpa que él quiera ser yo —dijo con un guiño. Candy se rio.

Yo estaba indignada, pero justo entonces entró el profesor y empezó la clase. Aunque ni siquiera supiese quién era yo misma, sabía percibir si algo estaba mal. Cuando sonó el timbre, recogí mis cosas y salí rápidamente, sin hacer caso a Veronica y Candy, que me llamaban por mi nombre.

Di alcance al chico y lo sujeté por el brazo.

—Oye, lo siento mucho.

El gótico, más bajo que yo, tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos, y aun así apenas vi los suyos a través de su pelo teñido.

—¿Cómo?

—Digo que me parece muy mal que te hayan dicho esas cosas. No hay derecho.

—¿Lo dices en serio? —Se rio. Algunos de los chicos que nos adelantaban se pararon a mirarnos, boquiabiertos—. Esto es para morir. La Gran Bruja disculpándose por sus brujitas... En fin. No me dirijas la palabra.

Me quedé con la boca abierta en medio del pasillo. Una risita aguda perforó la bruma, y un sigiloso escalofrío de reconocimiento recorrió mi espalda. Me giré a la derecha, de donde llegaba la risa, tapada por un coro de cuerpos en movimiento.

Cuando entreví un vestido rojo satinado, unas mallas negras y un pelo color caoba, sentí que el corazón me fallaba. Una risa burlona erizó el vello de mis brazos.

Luego la vi. Estaba junto al dispensador de agua, con un vestido del mismo color que sus labios carnosos. No era el mismo que llevaba yo en la foto. A aquel vestido le pasaba algo raro.

Al avanzar me crucé en el camino de un chico corpulento que se rio y me sujetó por los hombros para que no me cayera hacia atrás.

—Cuidado, Sammy, no quiero mandarte otra vez al hospital.

—Perdona —murmuré, esquivándolo.

Cuando volví a mirar, no había nadie junto al dispensador.

Di media vuelta, pasándome una mano por la frente y el pelo, y me apresuré para no llegar tarde a la clase de biología. Me senté a una de las mesas del fondo y empecé a hurgar en la bolsa mientras respiraba entrecortadamente.

¿Era posible que hubiera visto a Cassie? La visión no se parecía a ninguna de las otras. Me temblaban las manos cuando dejé la libreta en la mesa y busqué un bolígrafo. Cerré los ojos durante unos segundos, y cuando conseguí controlar mi respiración los abrí.

Justo delante de mi bolsa abierta había un papel doblado en forma de triángulo. Quizá estuviera dentro y se hubiera caído, o...

Miré a mi alrededor. Estaba sola.

Una parte de mí no quería leerlo. Ni siquiera quería pensar cómo había llegado a mi bolsa, o si había caído del cielo. Podía haber sido en cualquier momento durante las tres primeras clases. Alguien podía haberlo colado allí. Aspiré un poco de aire y desdoblé el papel.

Había sangre en las rocas. Sangre de ella. Sangre tuya.

Contemplé las palabras hasta que se difuminaron en el papel amarillo. ¿La sangre de Cassie... y la mía... en las rocas? Sentí náuseas.

—¿Qué miras?

La voz, inesperada, me sobresaltó. Tapé el mensaje con la mano y levanté la vista: dos ojos intensamente azules, como zafiros pulidos, se mantenían fijos en los míos. Era Carson, que se estaba sentando a mi lado.

—¿Por qué te sientas aquí? —pregunté, doblando el papel con rapidez. Él arqueó las cejas.

—Porque es mi sitio.

—¿Ah, sí? —dije mientras guardaba el papel en mi bolsa.

—Pues sí. Soy tu pareja de laboratorio. Desde principio de curso, Sam. —Carson puso un codo en la mesa y apoyó la mejilla en el puño—. ¿Qué hacías?

—Es que... no encuentro mi boli.

Me ofreció el suyo.

—¿Y tú?

—Tengo muchísimos más. —Sonrió ligeramente—. Soy un fetichista de los bolígrafos. Nunca me canso de coleccionarlos.

No sabía si lo decía en serio. Aun así, sonreí y acepté el bolígrafo. Cuando nuestros dedos se rozaron, sentí una sacudida en la mano. Levanté la vista y me encontré con sus ojos. Carson aún me tendía el bolígrafo, pero su mirada se había vuelto suspicaz.

—¿Gracias? —dije tirando de él suavemente. Por fin lo soltó.

—¿Cómo va el primer día?

Reí entre dientes.

—De momento muy bien.

—¿Podrías darme más detalles?

—Vaya, me sorprende tu curiosidad.

Después de observarme un momento, se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre su ancho pecho.

—Bueno, intentaba ser simpático y darte conversación. Normalmente, lo único que hacemos es mirarnos con mala cara e insultarnos. Si quieres volvemos a lo de siempre.

—No —dije con tristeza—. No quiero. —Me di cuenta de que mis palabras le sorprendieron un poco, aunque intentara disimularlo con una risita.

—Ah, bueno...

Un torbellino de emociones salió a la superficie: pena, rabia, confusión...

—Perdona que haya sido tan bruja contigo desde... Bueno, desde cuando sea. Lo siento, de verdad. ¿Y si empezáramos de cero?

Carson se quedó mirándome con los ojos muy abiertos, como dilatados. Su expresión era inescrutable. Yo sacudí la cabeza y miré hacia delante. ¿Por qué me tomaba la molestia? Como si una simple disculpa pudiera remediar años de maldad... El hecho de que Carson me hubiera ayudado en la cafetería tampoco significaba que estuviera dispuesto a agitar la bandera blanca de la paz.

—Supongo que eso es que no —dije.

—Sam...

—No he dicho nada —rezongué.

Abrí la libreta e intenté leer unos apuntes de biología de los que al parecer no me acordaba. En ese momento reparé en Candy, sentada en las primeras filas.

Nos observaba, a Carson y a mí. Cuando nuestras miradas coincidieron, levantó las cejas. Yo me encogí de hombros y seguí leyendo los apuntes. Se notaba que no me había esforzado mucho a la hora de tomarlos. No me giré hacia Carson ni una sola vez durante toda la clase, aunque su presencia me abrumaba. Todo mi cuerpo era consciente de sus movimientos: cuando tomaba apuntes, cuando se pasaba una mano por el pecho, cuando flexionaba la muñeca derecha... A la hora del timbre mis nervios ya no daban más de sí, y salí corriendo del aula como un animal asustado al que hubieran soltado de su jaula.

La comida no fue muy distinta.

No tuve compañía mientras esperaba en la cola, ni encontré nada con aspecto apetecible. Al final me decidí por una pizza y una botella de agua y busqué por las mesas. Al fondo estaba Veronica, agitando la mano como un controlador aéreo. Fui hacia ella. Ya me estaba acostumbrando a las miradas.

—Dicen que no se acuerda de nada —susurró una chica—. Incluso han tenido

que decirle cómo se llama. Qué locura, ¿no?

—Bueno, lo que está claro es que ya no se acuerda de quiénes eran sus amigos —contestó otra chica mucho más alto—. Hoy la he visto hablar con Louis en el pasillo. El mundo al revés.

Al pasar junto a otra mesa oí el comentario de un chico.

—No estoy seguro de cuál de las dos preferiría que volviese. Son las dos tan ca...

Pasé de largo para no oír el resto. Mi hermano estaba sentado con una rubia muy guapa. Se estaban besando, de modo que no me vieron pasar.

Me senté al lado de Veronica, haciendo un esfuerzo por relajar mis músculos. Las chicas estaban hablando de un programa de la tele que habían visto la noche anterior, así que pude comerme media pizza en silencio. Pocos minutos después se sumó a nosotras un chico de pelo corto, moreno, puro músculo, que se sentó junto a Candy.

—Trey —dijo, tendiéndome la mano con una sonrisa. Tenía un leve acento ¿británico?—. Mucho gusto.

Veronica le apartó la mano.

—No seas tonto.

—¿Qué pasa? —Él me hizo un guiño—. Del dijo que no se acordaba de nada, así que se me ha ocurrido presentarme.

—Samantha. —Le ofrecí la mano, siguiendo la broma. Él se rio y me la estrechó. Luego se echó hacia atrás y pasó un brazo por el respaldo de la silla de Candy.

—¿De verdad no te acuerdas de nada? —preguntó—. ¡Caray!

«Caray». Estaba francamente cansada de oír esa palabra.

—No, de nada.

La mirada de Trey se hizo más penetrante.

—¿O sea, que no tienes ni idea de lo que le ha pasado a Cassie?

Un silencio cayó sobre la mesa como una manta gruesa, de las que pican. Una bola del tamaño de un puño se me formó bajo las costillas mientras aguantaba su mirada.

—No. ¿Y tú?

—No. —Trey se rio—. No la vi en todo el fin de semana. Acabábamos de romper.

Veronica carraspeó.

—¿Podríamos cambiar de tema, tíos? Es que me da mal rollo.

Trey no le hizo caso.

—¿Le has preguntado a Del si la vio en algún momento del fin de semana?

La bola se hizo más grande y más pesada. ¿Se lo había preguntado a Del? Me parecía que no, al menos no de manera explícita.

—No me ha dicho que la viera.

La cara de inocencia de Trey no me engañó.

—Podrías volver a preguntárselo. No por nada, ¿eh?

—¿Y eso qué quiere decir? —inquirí.

—No quiere decir nada —contestó Veronica, moviendo por el plato un trozo de lechuga—. Es que a Trey le faltan unas cuantas neuronas. Oye, este fin de semana Lauren y yo queremos ir a Filadelfia a buscar vestidos nuevos para la fiesta de final de mes en casa de Del.

Lauren era la morena con mechas rubias, la más callada del grupo, que me sonrió.

—¿Del va a hacer una fiesta? —pregunté. Veronica sacudió la cabeza y se rio.

—Ah, sí, qué tonta soy... La organiza todos los años. Va todo el mundo, incluidos algunos que no deberían; pero bueno, no se puede controlar la asistencia.

—Imagínate que viene ella —dijo Candy con una mueca de sorna—. Tendríamos que esconder la comida. Y cerrar la nevera con candado.

Lo dijo tan alto que no tuve que adivinar a quién se refería. Era la chica sentada delante de nuestro grupo, en otra mesa. Tenía el pelo rizado, recogido, y la nuca como un tomate.

—Oink, oink —dijo Veronica con las cejas muy juntas.

Me quedé mirándolas.

—Pero si ni siquiera está rechoncha —dije en voz baja.

No era tan delgada como ellas, pero bueno, es que ellas estaban más secas que la gente que pasaba hambre en el Tercer Mundo. Candy miró por encima del hombro y resopló por la nariz.

—¿Qué talla tiene? ¿Una cuarenta y cuatro?

Me quedé con la boca abierta.

—Huy, sí, que venga corriendo el doctor Dukan... Lo decís en broma, ¿no?

Trey se echó hacia atrás, muerto de risa. Las chicas de la mesa se me quedaron mirando como si me hubiera quitado la ropa y luego hubiera hecho un baile encima de la mesa. Yo apreté la botella con fuerza. Tenía ganas de tirársela a la cabeza a alguna de ellas.

—Es que ha sido tan irrespetuoso...

Veronica echó la cabeza hacia atrás.

—¿Y eres tú la que lo dices?

—Sí. ¿Qué pasa? —contesté.

Miró el comedor, mordiéndose el labio.

—Pues mira, ¿ves a aquella? —Señaló a una chica guapa con la piel de color café y unas botas militares—. El miércoles pasado dijiste... —Bajó la voz—. Que era una gorda con unos muslos que si te caen encima no lo cuentas. Vamos, que mucho no puedes hablar.

Mi mandíbula llegó hasta el suelo.

—Yo no... Yo nunca diría eso.

Lauren asintió despacio sin apartar la vista del plato.

—Lo dijiste.

—Y una semana antes le ofreciste una ensalada a una chica y le aconsejaste que se la comiera en lugar de la pizza. —Trey se rio—. Te juro que pensé que te ibas a

llevar una buena.

Me quedé mirando a mis amigos mientras una sensación horrible se propagaba por mis venas, la misma mezcla de vergüenza y perplejidad que había sentido cuando intenté pedir disculpas al chico del pasillo. Y no sabía qué era peor: haber dicho y hecho aquellas cosas o el hecho de que a las demás les pareciera bien. Asqueada, por ellas y por mí, me levanté con la bandeja.

—Nos vemos luego.

Veronica abrió la boca.

—¡Sammy!

Me hice la sorda, parpadeando para no llorar de rabia. Quería alejarme de mí misma, de cualquier cosa que me recordara cómo había sido yo. Y sabía muy bien dónde sentarme.

Me paré delante de la mesa de mi hermano y lo miré fijamente.

—¿Puedo sentarme aquí?

Él puso cara de sorpresa, pero asintió.

—Pues claro, siéntate.

Lo hice con las mejillas ardiendo y un sollozo atravesado en la garganta. Pasó un buen rato antes de que me diera cuenta de que a la mesa también estaba sentado Carson, observándome con los ojos entornados. Cuando levanté la vista, me encontré con la mirada de la chica sentada al lado de mi hermano.

Supe enseguida quién era: la niña de quien tenía un recuerdo fugaz, la del sombrero rojo. Me entusiasmó darme cuenta de que me acordaba de alguien.

—¡Tú eres Julie!

Ella miró a mi hermano y luego a mí, parpadeando muy deprisa. Scott dejó el tenedor en la mesa.

—¿Te acuerdas de ella, Sam? —preguntó.

Asentí con la fuerza del cachorro del anuncio de comida para perros que había visto el día anterior.

—¡Sí! Bueno, me acuerdo de cuando era más pequeña. Llevabas un sombrero rojo, aunque no encontré tu foto en mi mural. De todos modos, creo que antes éramos amigas...

Miré de reojo a Scott, que me observaba con los ojos muy abiertos. De hecho, media mesa se había quedado embobada conmigo. No terminé la frase, y noté que tenía las mejillas como dos tomates. Julie carraspeó.

—Solía ponerme ese sombrero tan grande cuando era pequeña. Era de mi madre. Nos parecía lo más chulo del mundo, a ti y a mí, pero eso fue hace mucho tiempo.

Antes de que me convirtiera en una bruja, o en una persona que lograba fascinar a una mesa entera por razones negativas. Me metí un trozo de pizza en la boca. Carson sacudió la cabeza.

—Tienes razón, Scott: es raro de narices.

Apreté los labios y paseé la vista por el comedor, que estaba a reventar. No me

derrumbaré. No me derrumbaré. La bola casi estaba en mi boca, enganchada a la pizza. Del entró tranquilamente por la puerta doble, hablando con un chico que llevaba un polo verde fosforito.

¿Cómo se podía llevar algo tan feo?

La mirada de Del pasó de largo, pero enseguida retrocedió. Abrió mucho los ojos. Su expresión era casi cómica. Le dijo algo a su amigo y se acercó.

—Genial —murmuró Carson mientras enroscaba el tapón de su bebida—. Que ella se siente aquí aún puedo tolerarlo, pero Del el Glande no.

No pude evitar que se me escapara la risa. Justo cuando me giraba hacia Carson, algo rojo me llamó la atención.

De repente, todo se paralizó. Un segundo después, el comedor se disolvió en fragmentos de ceniza y piedra. Las risas se diluyeron, así como las voces y los demás ruidos. Mis ojos quedaron cubiertos por una película que lo sumía todo en un gris inerte, a excepción de un solo color.

Rojo.

El único color de la sala era el del vestido rojo que colgaba de su cuerpo, hecho jirones.

Al final de nuestra mesa se sentaba ella. Cassie.

Clavó en mí una mirada penetrante, con los brazos caídos y las manos apretadas. Tenía el pelo hecho un desastre, pegado a la coronilla, donde era más oscuro. Al borde del cuero cabelludo se extendía una mancha negruzca que goteaba por su cara como un río macabro y amenazante.

—Te crees perfecta —dijo con una falta de expresividad inquietante, mientras la sangre corría por sus ojos, que no parpadeaban—. ¡Pues no lo eres! ¡No tienes ni idea! Tu vida es un desastre y no tienes ni idea.

Di un respingo.

—¿Cassie?

Una mano caliente rodeó la mía, y Cassie desapareció. Aturdida, me encontré con la mirada preocupada de Scott.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—¿Tú no has visto...?

—¿Si no he visto qué? —insistió, apretando más mi mano.

—No, nada.

La solté, con el pulso acelerado.

—Has pronunciado el nombre de Cassie —dijo Julie, pálida y visiblemente afectada—. Sam, por Dios, parecía que hubieras visto un fantasma.

Empezaba a pensar que lo había visto. O que estaba loca de atar. Todos me miraban. Los ojos de Carson, muy abiertos, estaban dilatados, como la otra vez. A mis pulmones no llegaba suficiente aire y se contraían dolorosamente. Me levanté y recogí el bolso con un temblor en las piernas.

—Tengo que irme —dije con voz ronca.

Scott se levantó.

—Sam...

Me alejé rápidamente de la mesa. Del, perplejo, quiso tocarme, pero lo esquivé. Cuando llegué al pasillo eché a correr, y no me detuve hasta empujar las puertas de salida. Primero mis pies pisaron cemento, después asfalto. Cuando alcancé el coche de mi hermano me dejé caer en el suelo y me apreté las rodillas contra el pecho, aspirando el aire con violentas bocanadas que me causaban dolor.

Ya entendía aquello acerca de lo que me habían advertido todos. Era demasiado.

Mi madre vino a buscarme al instituto antes de que acabaran las clases. En el trayecto a casa no dejé de tener la impresión de que quería decirme algo, pero no sabía qué. A decir verdad, ¿qué habría podido decir? No era algo que pudiera arreglarse con palabras.

—Cariño —dijo cuando frenamos en la entrada—, tu padre conoce a un médico que...

Yo me giré hacia ella, aferrada a mi bolsa.

—¿Qué tipo de médico? —pregunté. Ella hizo una mueca mientras apagaba el motor.

—Un psicólogo.

Me debatí entre la rabia y la vergüenza. Había hecho mal en contarle lo ocurrido por teléfono.

—No estoy loca.

—Cariño, no estoy diciendo que estés... loca. —Me miró con una sonrisa triste—. Pero dices que has visto a Cassie en el comedor, y...

—Eso no quiere decir que tenga que ir al psicólogo. Ya me has mandado a la orientadora. —Bajé del coche y di un portazo—. No quiero ir al psicólogo.

—Quizá no tengas elección —dijo ella con calma.

Me giré bruscamente. Lo que dije a continuación me salió de muy adentro.

—¿Tu hija en la consulta de un psicólogo? ¿Qué pensarían tus amistades, mamá?

Mi madre palideció.

—Lo mismo que pensaron cuando mi hija se emborrachó y estrelló contra un árbol su coche recién estrenado. ¡O cuando mi hija salió en aquellas fotos, para que la viera todo el mundo! O cuando...

—Espera. ¿Qué fotos?

Su mirada incisiva dejó bien claro que no se rebajaría a explicar de qué fotos se trataba.

—¿Qué fotos? —grité yo.

Mi madre no contestó. Nada más entrar en casa se dirigió al mueble bar y se sirvió un *bourbon*, que bebió de un solo trago. Volvió a llenarse el vaso.

—Cariño, yo quiero que te mejores. No por lo que piensen mis amistades, sino porque eres mi hija. Ir al psicólogo no es...

—No —la interrumpí—. No pienso ir.

Mi madre apartó la vista y se tomó un buen trago. Yo me fui a mi habitación, porque no tenía nada más que decir.

Estuve un par de horas dando vueltas por mi cuarto. De vez en cuando me paraba a mirar la caja de música y la foto de Cassie. Al oír la puerta del garaje sentí pánico. No quería estar en la misma casa que una mujer a quien estaba empujando a la bebida

y un hermano que seguro que pensaba que estaba loca. Salí a hurtadillas por la puerta trasera y empecé a caminar hacia la piscina y el pequeño bungalow rodeado de árboles. Encontré a un hombre trabajando. Llevaba unas ramas gruesas a la parte trasera de una camioneta, con la piel oscura brillante a causa del sudor.

Ni siquiera levantó la vista. Me gustó ser invisible para él.

Fui al fondo de la finca y trepé por el muro de piedra que rodeaba el jardín. Había un camino marcado en la hierba y las piedras del suelo, entre los árboles. Más adelante vi un arce enorme con una casita en la copa.

Me paré debajo, preguntándome si habría sido el subconsciente el que me había llevado hasta allí. Algún motivo tenía que haber para haberla encontrado.

La casita del árbol no era nada especial. Era más bien una cabaña, aunque tenía un mirador de al menos dos metros y medio de ancho que molaba mucho. Subirse a un árbol era mucho más difícil de lo que parecía. Me costó varios intentos llegar a la parte principal, donde me metí por una puerta recortada en la madera tratada y accedí a un espacio bastante grande donde era posible tumbarse pero no permanecer de pie. Esperaba que la madera no estuviera podrida.

Subí al mirador sin dificultad y me eché en el suelo. Una brisa fresca me arrojó mechones de pelo a la cara. Sentí escalofríos. Me encogí, arrebujada en mi jersey.

No estoy loca, pensé.

¿No había dicho la señora Messer que los recuerdos podían volver en forma de imágenes inconexas? Imágenes que me gritaban, que sangraban... Se me ocurrió algo horrible: ¿y si la imagen de Cassie ensangrentada era un recuerdo de algo que había visto aquella noche? Pero ¿por qué me gritaba aquellas cosas? La pregunta quedó sin respuesta, pues no sabía nada de lo que había sido mi vida antes del miércoles. Luego estaban los dos mensajes. El último hablaba de sangre... ¿Y después yo había visto a Cassie ensangrentada? Sabía que los mensajes no eran imaginarios. Scott había leído el primero de ellos. Alguien me los había dejado. Pero ¿por qué? ¿Para asustarme? ¿Como advertencia?

¿Qué fotos?

Rodeada por el canto de los pájaros, y por el crujido de las ramas desnudas que chocaban entre sí, me di cuenta de algo muy grave: más allá de que mi mejor amiga hubiera desaparecido, lo cierto era que no quería recuperar nada de mi vida anterior. No quería recordar las horribles cosas que había dicho y hecho. Bien pensado, sin embargo, daba igual. Aunque yo no pudiera recordar quién era, los demás no lo olvidarían. Por muchas ganas que tuviera de ignorar a la persona que había sido, no podía huir de un pasado que no recordaba.

Debí de quedarme dormida, porque cuando volví a abrir los ojos había oscurecido. Mi nariz estaba fría y había alguien a mi lado.

El corazón se me subió a la boca. Después dio un vuelco cuando giré la cara y sentí en la mejilla el cosquilleo de un pelo suave.

—¿Carson?

Un ojo se abrió.

—Oye, podrías haber elegido un sitio más cómodo para echarte la siesta. Esto te destroza la espalda.

Pasó un buen rato hasta que pude hacer algo más que decir su nombre.

—No quería quedarme dormida.

—Ya me lo había imaginado.

Giró la cabeza hacia mí, con los ojos en sombra. Yo me froté los míos para alejar los últimos restos de aquella siesta improvisada.

—¿Qué hora es?

—Casi las nueve y media. —Carson hizo una pausa—. Todos te están buscando. Tus padres, Scott, Del... Están registrando todo el pueblo.

—¿Y me has encontrado tú?

Se rio. Una risa grave, cálida, muy agradable. Tuve la impresión de que no lo había oído reír mucho.

—Ya, ya; tremendo, ¿eh? Me ha sorprendido un poco que estuvieras en la casa del árbol. A nadie se le habría ocurrido buscarte aquí. La verdad es que ha sido un último intento, a la desesperada.

Empecé a sentir un leve calor al mirar su rostro medio en sombras. Nuestros ojos se encontraron, y la embriagadora calidez se propagó hacia abajo.

—¿Por qué me buscabas? Si ni siquiera...

—¿Me caes bien? —completó la frase con una sonrisa burlona.

—Me odias.

Sus cejas se arquearon.

—Yo no te odio. Nunca te he odiado. Lo que pasa es que a veces... no era fácil tenerte simpatía —dijo. Luego se giró hacia el cielo nocturno, respirando suavemente—. ¿Por qué has venido aquí? ¿Te acordabas del sitio?

Me retorcí los dedos ateridos, satisfecha de que al menos no me hubiera odiado. Probablemente fuera la mejor noticia del día.

—No lo sé. No es que me acuerde, pero el caso es que he subido.

—De pequeños jugábamos aquí los tres —explicó él—. Y cuando te metías en líos por no haber ido a clase de piano o de ballet te escondías aquí. Aunque me apuesto lo que sea a que no habías vuelto desde los once años.

¿Clases de piano y de ballet? De ahí la caja de música; aunque no era lo más importante. Pensé en el café de la mañana.

—Sabes mucho de mí.

—Hemos crecido juntos. —Se quedó un momento callado—. Pasabas mucho tiempo aquí. Te colgabas del borde y Scott te sujetaba.

Me reí.

—Suena divertido.

—Te encantaba. —Carson me dio un pequeño empujón con el brazo—. Tenías la manía de volar. Una vez hasta saltaste desde el mirador. Tu hermano frenó la caída y

se rompió el brazo.

Mi sonrisa se ensanchó, mientras estiraba las piernas y movía los dedos de los pies dentro de las zapatillas.

—¿Se enfadó conmigo?

—No. —Carson se rio—. Estaba muerto de miedo porque pensaba que te habías partido el cuello. Más vale que no te cuente lo que hacías sobre el cobertizo de la piscina. Ya te digo, tenías la manía de volar, y un ramalazo temerario. De hecho, en cierto modo aún lo tienes. Hace unas semanas Scott me contó que fuisteis a hacer *puenting*. Parece ser que Del estuvo a punto de mearse encima.

En vez de reírme, sentí una especie de peso en el pecho. Me incorporé y crucé las piernas. El cielo era un lienzo liso, oscuro, sin estrellas ni rastro de luna.

Carson se sentó, apoyando un hombro en mi espalda.

—¿Qué te pasa?

Giré la cabeza y me encontré a pocos centímetros de su cara. De repente sentí una curiosidad irrefrenable. Quería saber si sus labios eran tan suaves como parecían. Seguro que eran firmes y sensuales. Bajé la vista, ahuyentando el deseo. Una cosa era que no me odiara, y otra que quisiera enrollarse conmigo.

—Le pregunté a Del cómo era yo.

—¿Y?

Su aliento en mi mejilla era cálido y tentador.

—Lo único que supo decirme fue que me gustaba ir de compras y salir de marcha. —Suspiré—. Ahora llevo diez minutos contigo y me entero de que era una especie de yonqui de la adrenalina. Mejor eso que ser solo una jueguista, ¿no?

Carson se echó hacia atrás, poniendo un poco de distancia entre los dos.

—Tú eres algo más que una jueguista, Sam. Eres inteligente, de una inteligencia increíble. Si no fueras mi pareja de laboratorio, suspendería biología. Y si quiero conseguir la beca no puedo suspender... Pero bueno, también eres fuerte. No creo que haya mucha gente que pierda la memoria por completo y sea capaz de meterse otra vez en su vida... Eres tenaz.

Me sonrojé.

—¿Tenaz?

—Sí, es mi palabra del día.

Me giré y le sonreí.

—¿Tu beca? ¿Adónde quieres ir?

—A Penn State —contestó—. Si consigo mantener la nota, me darán la beca completa.

—Impresionante...

Carson me miró un momento antes de reír y sacudir la cabeza.

—Tú piensas ir a Yale. Eso sí que impresiona —dijo. Mi sonrisa se borró.

—¿Y si ya no quiero? —pregunté. Él se volvió a reír.

—A tus padres les daría un telele, Sam. Además, no es una oportunidad a la que

se pueda renunciar porque ahora las cosas sean... diferentes. Te lo digo de verdad.

Metí los pies debajo de los muslos y me eché hacia atrás. No le faltaba razón. Aun así, me pregunté si Yale había sido alguna vez mi sueño o más bien una herencia de mis padres.

—¿Tú aún subes a la cabaña? —Quise saber.

—Sí, va bien para estar solo y pensar.

Me encogí de hombros.

—Quizá haya subido por eso.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo él.

Cuando alcé la vista, Carson volvía a estar cerca. Yo asentí con la cabeza. Él estiró la mano y me metió detrás de la oreja un mechón que me tapaba la cara a causa del viento. Su mano debió de entretenerse allí no más de un segundo, pero la sentí en todas las células de mi cuerpo.

—¿Qué te ha pasado en el comedor?

El encanto se había roto.

—Nada —respondí. Me acerqué al borde del mirador. Carson se deslizó hacia mí y me cortó el paso.

—Algo ha pasado.

No pensaba contarle lo que había visto. Una cosa era que mi madre me tuviera por una loca, y otra que lo hiciera un chico tan guapo. Ni hablar. Sacudí la cabeza.

—No ha pasado nada. Estaba... cansada.

Carson no parecía muy convencido.

—Solo intento ayudarte, Sam.

Estuve a punto de decirle que no necesitaba su ayuda, pero de repente me asaltó una idea que a partir de entonces no se apartó de mi cabeza.

—¿De verdad quieres ayudarme?

—Claro. Si no, no me ofrecería.

—Vale. —Respiré hondo—. ¿Sabes dónde vive Cassie?

—Sí —dijo, balanceándose sobre sus talones—. ¿Por qué?

—Creo que ver sus cosas podría ayudarme a recordar. —Era un poco descabellado, pero algo era—. ¿Podrías llevarme?

Carson me miró un buen rato antes de asentir.

—Sí que puedo. ¿Te importaría esperar hasta el sábado que viene? Hasta entonces tengo entrenamiento casi cada día.

Yo habría preferido que fuera antes, pero tampoco quería pedírselo a nadie más.

—Sí, puedo esperar.

Cuando volví a casa mi madre y mi padre me echaron la bronca, y la verdad es que me quedé con mal cuerpo. Teniendo en cuenta que había estado cuatro días en

paradero desconocido, lo último que debería haber hecho era desaparecer sin avisar. Pedí perdón, y lo hice de verdad.

Mi padre puso tal cara de sorpresa que por un momento temí que le diera un infarto.

Tenía varias llamadas perdidas y mensajes de texto de mis amigas y de Del. Les contesté a todos que estaba bien. Cuando Del respondió con una llamada, me sentí fatal por haberme esfumado. La preocupación que traslucía su voz me llegó al alma.

—Quiero ir a tu casa —dijo. Oí que una puerta se cerraba detrás de él—. Tengo que verte.

Me dejé caer al borde de mi cama y contemplé la caja de música.

—No sé si es buena idea. Mis padres están muy cabreados —dije. Se oyó un profundo suspiro al otro lado de la línea.

—Ya, pero a mí me quieren mucho.

—Ahora mismo no estoy muy segura de que me quieran a mí. —Me mordí el labio—. ¿Podrías venir mañana, después del instituto?

—Sí, claro. —Hubo una pausa, seguida por el ruido de una lata que se abría—. ¿Qué ha pasado hoy durante la comida? Me ha dicho Veronica que estabas muy rara, y que luego te has levantado y te has sentado con tu hermano. A los pocos minutos te has ido corriendo sin decir nada.

—Estaba cansada. —Me acosté boca arriba. Las estrellas del techo empezaban a brillar—. ¿Mis amigas me odian?

—No. —Del se rio—. No seas tonta, Sammy. Saben que lo estás pasando mal. —¿No seas tonta? Fruncí el ceño—. Y dentro de nada volverás a ser la de siempre. Ellas lo entienden —aseguró Del. Se oyó otra puerta que se cerraba—. Oye, tengo que colgar. Nos vemos mañana en el instituto.

—Eh, espera un momento. —Me incorporé y bajé los pies al suelo—. Hoy mamá ha dicho algo de unas fotos mías. ¿Tú sabes a qué se refería?

Del se quedó callado tanto tiempo que pensé que había colgado.

—A saber. Lo más seguro es que salieras sin maquillar o algo parecido. Ya conoces a tu madre.

La verdad era que no la conocía, pero eso sonaba propio de ella. Me despedí de Del y, aunque ya era tarde, abrí mi portátil e intenté de nuevo acceder a mi correo electrónico. Tenía que haber algo personal, algo que me ayudara a recordar. La señora Messer había hablado de desencadenantes.

Y yo necesitaba uno.

Sin embargo, no pude contestar a la maldita pregunta de verificación. «¿Quién era tu mejor amiga cuando eras pequeña?». Ya había puesto a Cassie. No funcionaba. Veronica. Nada. Lauren. Tampoco. Me levanté de la cama, contrariada, y fui al cuarto de mi hermano. Llamé a la puerta.

Se oyeron los muelles de la cama, seguidos por el rumor de alguien que se vestía a toda prisa. Oh, no... Empecé a alejarme, pero la puerta se abrió.

Scott se estaba estirando la camisa sobre su vientre plano. Detrás estaba Julie, sentada en la cama con un libro abierto en el regazo. El libro estaba al revés. Sonreí. Scott carraspeó, muy rojo.

—¿Todo bien, Sam?

—Pues... sí. —Desvié la mirada hacia el cartel de los Phillies de Filadelfia que colgaba encima de la cama—. Solo quería saber si podrías contestar a una pregunta.

Julie alzó la vista con una expresión de curiosidad en su bonita cara. Yo le sonreí, y ella respondió con una sonrisa vacilante.

—Sí, claro. —Scott se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados—. Soy una fuente de sabiduría. Pregunta.

Tuve la sensación de estar a punto de parecer tonta.

—¿Quién era mi mejor amiga cuando era pequeña? —Scott se me quedó mirando. Mis mejillas ardían—. Estoy intentando cambiar la contraseña para poder consultar mi correo electrónico.

—Ah, ya entiendo. Prueba con Carson.

Me quedé de piedra.

—¿Carson? —pregunté. Scott asintió con la cabeza.

—De pequeños erais más íntimos que él y yo. Yo apostaría por él.

¿Carson, mi mejor amigo de la infancia? Me pareció increíble, dada su actitud inicial conmigo.

—¿Por qué ya no lo somos?

—Por Cassie y por Del —contestó Julie, cerrando el libro en sus rodillas—. Empezaste a pasar cada vez más tiempo con ellos y... Bueno, tus amigos de antes no pasaron el corte.

—¿Eso te incluye a ti? —pregunté, recordando lo que me había contado Scott.

—Ay, Dios mío —murmuró mi hermano, pasándose la palma de la mano por la cara—. Sam, después de lo de hoy puede que...

—¿Qué vas a decirme que haga? —pregunté. Julie dejó el libro a un lado.

—Fuimos amigas hasta que empezamos tercero.

—¿Qué pasó entonces?

Ella vaciló.

—Que quise empezar a salir con tu hermano y tú me dijiste que ya no podríamos seguir siendo amigas. Yo te puse a prueba, y resultó que lo decías en serio.

Guau. Empezaba a convencerme de que era el anticristo.

—Lo siento —dije.

Después di media vuelta y me alejé rápidamente por el pasillo. Había recorrido la mitad cuando oí la voz de Julie.

—Sam, espera un segundo.

Me giré hacia ella, temiendo lo peor. Dijera lo que dijese, seguro que me lo merecía. Julie se paró delante de mí y deslizó las manos por su cinturón de tachuelas.

—Hoy quería haber hablado más tiempo contigo, pero...

Cuando oí eso, los músculos de la espalda se me relajaron un poco, sorprendida de que no me insultara.

—Pero me he ido corriendo como un bicho raro —dije.

—Yo no diría como un bicho raro. —Se aventuró a sonreírme—. ¿Estás bien?

Por un momento tuve ganas de vomitar todo lo que había visto, porque algo dentro de mí reconocía a Julie, pero si algo no quería era que pensara que yo estaba loca.

—Sí, estoy bien. Lo que pasa es que hoy... se han juntado muchas cosas.

—Me lo imagino. —Su rostro se tiñó de compasión. Respiró profundamente—. ¿De verdad me has reconocido hoy? ¿Aunque fuera fugazmente?

Asentí con la cabeza.

—No ha sido gran cosa. Solo me he acordado de ti cuando éramos...

—Debíamos de tener diez años —me cortó, mordiéndose el labio inferior—. Siempre nos veíamos a la salida del colegio y los fines de semana. Éramos prácticamente inseparables.

Me inundó el ansia de volver a aquellos tiempos.

—¿En serio dejé de hablarte porque empezaste a salir con Scott? Él me dijo que dejé de hacerlo porque te pusiste algo que no me gustaba, pero... no creo que le diera tanta importancia a la ropa.

—Siempre has tenido una ropa muy bonita, y te has vestido genial, pero nunca te ha importado la moda. No como a las otras. —Julie apretó los labios y se apartó un mechón de la frente—. No sé cuál fue la verdadera razón. Quién sabe si fue por Scott. Fue lo que me dijiste, pero no tenía sentido. Además, Sam, yo a Cassie no le gustaba. Ella era increíblemente celosa en cuestiones de amistad. Algo tuvo que ver ella, seguro.

Al final, todo se reducía a Cassie. ¿Tanto controlaba mi vida aquella chica? ¿O había algo más?

—Debo volver. Estamos estudiando. —Al ver mi expresión me hizo un guiño—. Si quieres que nos veamos algún día, por mí encantada.

—Sí, estaría bien —me apresuré a decir—. Vaya, que por mí fenomenal.

Julie se rio suavemente.

—Ya lo he entendido. ¿Hasta pronto, entonces?

Me despedí con un gesto más bien torpe y entré en mi cuarto. Después de cerrar la puerta exhalé entrecortadamente y me senté delante del portátil. Tecleé muy despacio, casi de mala gana, el nombre de Carson. Al pulsar la tecla «siguiente» cerré con fuerza los ojos.

Entreabrí uno...

Y vi el espacio para introducir la contraseña nueva.

Fue un *shock*. Como si me hubiera pasado una apisonadora por encima. Sin embargo, más allá de preguntarme por qué lo había elegido a él como respuesta secreta cuando todo indicaba que lo había odiado, sentí una emoción que me hizo

sonreír como una boba; una sonrisa que no comprendí, porque ya tenía un novio de quien según todos los indicios había estado muy enamorada.

Y sin embargo Carson había estado tan cerca de mí en la cabaña...

Dejé de pensar en él para elegir una contraseña nueva, y finalmente entré en mi cuenta. Todos los mensajes de la bandeja de entrada estaban borrados hasta el miércoles anterior.

Mmm... Qué raro. A menos que no hubiera recibido ninguno entre mi regreso y este día en que por fin pude acceder, lo cual no parecía muy probable... No había ni un solo mensaje de Cassie; tampoco guardados, ni en la bandeja de enviados. Nada. Alguien se había metido en mi cuenta de correo electrónico. Eso explicaba que se hubiera anulado la contraseña. La idea me puso paranoica.

Abrí un mensaje de Veronica y leí que sentía no poder comer conmigo, pero que aún me quería. Puse los ojos en blanco y me dispuse a borrarlo, pero al final contesté diciendo que no pasaba nada. Aunque fueran tontas de remate, tenía que darles una oportunidad a mis amigas. Antes de salir de mi cuenta creé un mensaje nuevo y escribí una C en la barra de direcciones.

La casilla se autorrellenó: cassieblively@live.com.

Al ver la dirección se me cortó el aliento. No sé por qué, pero lo siguiente que hice fue escribir dos frases cortas: «¿Dónde estás?» y... «¿Quién eres?».

Luego envié el mensaje.

La semana siguiente fue más bien normal. Volví al instituto e intenté encajar en una vida que no me resultaba familiar. Tardé bastante poco en aprender la jerarquía del centro y su funcionamiento. Al parecer había tres grupos: los de arriba, los que conseguían hacerse amigos de los de arriba y los que no.

Estaba claro que mis amistades formaban parte del primer grupo. Todas nuestras familias tenían raíces bien arraigadas en Gettysburg o en otras poblaciones de la zona. Las grandes fincas que había visto en el camino desde mi casa al instituto eran todas de mis amigos o bien de su extensa familia.

Y nuestras familias dominaban el condado.

El padre de Lauren era inversionista, como el mío. El de Candy era el propietario de la principal inmobiliaria de la zona. El de Veronica era juez del Tribunal Supremo del estado. El de Trey trabajaba en Nueva York, en la Embajada británica. Y nosotros éramos como nuestros padres: dominábamos el instituto.

Me di cuenta rápidamente de que nuestros actos casi nunca eran cuestionados, sobre todo por ser nuestros padres quienes eran. De familias de toda la vida. Con dinero de toda la vida. Tuve la sensación de que en otros lugares no era así. Todos los institutos estaban dominados por un grupo, claro, pero en el nuestro era todo tan rígido... Lo atribuí a que era un pueblo donde todo el mundo se conocía. Bueno, al menos los ricos. Ellos —mejor dicho nosotros— se conocían. Todos los demás eran intrusos, por decirlo de algún modo.

Había, sin embargo, un factor que no cuadraba: Cassie. No sé cómo llegué a saberlo, ni si era una de esas sensaciones extrañas que me asaltaban, relacionadas, lo intuía, con mi vida anterior, pero tenía la clara impresión de que Cassie había sido una intrusa, y de que yo la había protegido con uñas y dientes.

No tenía sentido. Pero bueno, mi vida en general tampoco tenía mucho sentido...

Comí con las chicas, que me invitaron dos veces a ir de tiendas con ellas, aunque rehusé. Tal como estaban las cosas, no me parecía bien hacer planes para la fiesta. Por otra parte, pese a todos mis esfuerzos por volver a la normalidad, un abismo me separaba de mis amistades. Cuando se burlaban de la gente, o se reían de sus chistes, yo me mantenía al margen. Cada día ponían peor cara, y sus comentarios se volvían más maliciosos. Irremediablemente, tuve la impresión de que ya no me veían con muy buenos ojos.

A Del lo veía después del entrenamiento de béisbol. Una vez fui a su casa, y a su lado la nuestra parecía uno de esos sórdidos moteles de carretera. Se notaba que en su

familia el dinero era uno de los factores más importantes, como en la mía. Me trataba con paciencia, en plan de vamos a volver a conocernos y todo eso, pero yo notaba que estaba esperando que se me pasara y fuera otra vez la chica de la que se había enamorado. Yo también. Sentía el peso de las expectativas: las de mis padres, las de mis amigas, las de Del... Siempre acababa teniendo la sensación de que me faltaba... algo. Los únicos momentos de los que disfrutaba de verdad eran el trayecto al instituto y la clase de biología.

Ambos tenían en común la presencia de Carson.

No tuve más alucinaciones, ni encontré más mensajes.

Cassie, por su parte, seguía sin aparecer.

Las esperanzas de que reapareciera de repente, como yo, se reducían a diario. En clase, en el pasillo, recibía miradas que no daban lugar a engaño, miradas de recelo, acusadoras. Se lo comenté a Scott y a Carson de camino al instituto y ellos me dijeron que eran imaginaciones mías.

Yo no estaba tan segura.

Lo más probable era que mi fama fuera tan horrible que todos me creyeran capaz de haberle hecho alguna atrocidad a Cassie. Yo no quería ni pensarlo, pero algo en mí, algo muy pequeño, tenía miedo.

El día anterior se había presentado el inspector Ramirez antes de que empezaran las clases. Debían de haberse puesto en contacto previamente con mi padre, porque permaneció en casa y no se separó de mí durante el interrogatorio. El inspector volvió a hacerme las mismas preguntas, y por desgracia mis respuestas también fueron idénticas. Después de dar vueltas a lo mismo durante media hora, Ramirez desistió y se marchó con las manos vacías, decepcionado.

Pero no tanto como me quedé yo.

Mi madre no dijo nada en todo el interrogatorio; solo bebía una taza de café, que sospeché que contenía algo más que café. Cuando los policías se fueron, salió de la cocina. Mi padre quiso retenerla, pero ella lo esquivó con la agilidad de un gato callejero. En los ojos de mi padre brilló un destello de contrariedad, pero este desapareció cuando me miró a mí.

—No pasa nada. —Puso una mano sobre la mía y me la apretó. Sus labios temblaron y sonrieron—. Ya sé que estás intentando hacer memoria y ayudar, princesa.

—¿Princesa? —susurré—. No me llamabas así desde...

Cañuda, dejé la frase a medias. Mi padre se quedó muy callado.

—¿Desde cuándo?

Moví la boca. Juro que tenía la respuesta en la punta de la lengua, pero cuando quise cazarla desapareció como el humo en el viento. Sacudí la cabeza.

—No lo sé.

Al principio él no dijo nada. Luego volvió a hablar.

—No te llamaba así desde que tenías once años, más o menos.

—¿Y por qué ahora sí?

—Últimamente es como si hubiera recuperado a mi princesita. Como eras antes. —Se inclinó hacia atrás y me soltó la mano para cruzar los brazos en el pecho, mientras miraba por los ventanales que daban al patio trasero—. Ya no querías que te llamara así. Supongo que te preguntarás por qué. —Una sonrisa fatigada cruzó sus labios fugazmente—. La última vez que te lo dije fue el primer día que trajiste a Cassie. Esa noche me pediste muy en serio que no te llamara así. —Mi padre exhaló un pequeño suspiro y yo fruncí el ceño.

—¿Qué tiene que ver ella con el hecho de que ya no me llames así? —pregunté.

—No lo sé —respondió posando en mí la mirada—. Eso solo lo sabes tú.

—¿**S**igue en pie lo de mañana? —preguntó Carson cuando ocupó su silla en la clase de biología. Yo asentí con la cabeza.

—Si aún quieres ayudarme...

Volvió a adoptar la misma expresión, como de sorpresa seguida de recelo, la misma que se apoderaba de sus magníficas facciones cada vez que hablaba conmigo.

—Sí que quiero. Por la mañana tengo entrenamiento.

—Muy bien.

Yo había fijado la vista justo encima de sus ojos. Cuando los miraba, o cuando miraba sus labios, sentía emociones contradictorias y frustrantes.

Carson acercó la silla, observó por encima de mi hombro y se rio. Un hormiguelo me recorrió la espalda.

—¿A quién dibujas, al yeti?

Dejé de mover el bolígrafo y contemplé con mala cara lo que había dibujado. Era un boceto mal hecho de un hombre.

—Creo que lo de alrededor representa sombras, no pelo.

—Ah, sí, me parece que ahora lo veo.

—No sé por qué lo dibujó, la verdad. —Dejé el bolígrafo con una risa avergonzada y miré a Carson. Estaba cerca. *Muy* cerca—. Bueno, acabo de averiguar que no soy precisamente una artista.

—No tengo más remedio que darte la razón. —Se apoyó en el respaldo y estudió mi dibujo. En realidad no era más que una silueta sombreada con bolígrafo. No me había ceñido a las líneas. De ahí que parecieran pelos, sin duda—. Aunque quizá no seas un caso perdido.

En aquel momento decidí que me gustaba mucho cómo levantaba un lado de la boca al sonreír; torcida pero perfecta.

—Hoy has estado muy callado de camino al instituto —dije.

—Tengo un examen de historia muy importante —explicó apartándose un rizo rebelde de la frente.

—¿Te agobian los exámenes?

Se rio en voz baja, desperezando debajo de la mesa blanca su cuerpo largo y esbelto.

—Sí, me agobian todos, porque con el mínimo suspenso me baja la media.

—Tranquilo. Siendo un tío tan genial...

Me tapé la boca con la mano, horrorizada, sin saber por qué lo había dicho. Carson se me quedó mirando, mientras se le curvaban lentamente los labios.

—En eso tampoco tengo más remedio que estar de acuerdo.

Bajé la mano. Sentía las mejillas como si hubiera tomado demasiado el sol.

—Alucino por haber dicho eso.

—No pasa nada. —Se rio—. Puedo hacer como si no lo hubiera oído.

—Eso estaría muy bien.

Sus ojos azules oscuros me lanzaron una mirada traviesa.

—Pero no lo olvidaré.

La señora Cleo entró en clase con un fajo de papeles. Cada paso hacía tintinear los pesados brazaletes que rodeaban sus brazos rechonchos. Al dirigir la vista hacia el estrado, tratando de no sonreír como una tonta, me encontré con la mirada de Candy, que arqueó una ceja. Luego, moviendo los labios, articuló la palabra «¿Carson?». La mueca con que formó el nombre era toda una obra de arte. Miré a Carson de reojo y me alegré de que no se hubiera dado cuenta.

Cuando la clase terminó, Candy me llevó prácticamente a rastras al baño más cercano y se puso delante de la puerta con los brazos cruzados sobre su vestido de punto. Me asaltó un olor a cigarrillos y desinfectante. Las pintadas de las paredes resultaban totalmente ininteligibles.

—A ver, Sammy, ¿qué narices te pasa con el cholo?

Oír eso me sentó como un tiro.

—El «cholo», como lo llamas tú, tiene nombre. Me parece de muy mala educación. Jo, lo que has dicho da hasta asco, ¿sabes?

Ella movió sus gruesas pestañas.

—Perdona. —Levantó las manos—. Es que te has vuelto de un sensible... Vale que Carson esté bueno, eso no se lo puede quitar nadie, y mola para divertirse, pero es el hijo de tu jardinero.

Yo apreté los puños.

—Por lo que dicen, también es un tío muy listo, y un lanzador alucinante, y es simpático.

Candy se quedó boquiabierta.

—Ya, ya... ¿Y Del? Vuestra relación es tan genial que sois la envidia de todo el mundo. Sobre todo de Veronica, pero bueno... ¿Qué pasa, que te has olvidado de él?

Huy... Mierda. Pues sí, me había olvidado.

—Esto no tiene nada que ver con Del.

—¿Ah, no?

La puerta del baño se abrió. Candy se giró y la empujó con una mano.

—Eh, ¿qué pasa? —preguntó al otro lado una voz sorprendida.

—Está ocupado. Búscate otro —replicó Candy. Luego se giró hacia mí y se echó el pelo hacia atrás.

—¿Cómo te crees que le sentaría a Del saber que su novia le pone cara de polvo a otro tío?

—Yo no he puesto cara de nada. —Di un paso con las mejillas sofocadas—. Carson y yo solo somos amigos.

—¿Desde cuándo? Lo de que no recuerdes nada lo pillo, pero tú y Carson sois de dos mundos diferentes. Antes te odiaba. Y el odio era mutuo.

El impacto de las últimas cinco palabras fue mayor de lo que debería haber sido.

—¿Me odiaba?

Candy me miró como a una niña pequeña que acabara de intentar meter un dedo en un enchufe.

—¿A ti te gusta?

—¿Qué? —Me colgué la bolsa del hombro y me acerqué al espejo del lavabo para fingir que estaba absorta en repasar mis labios—. Ya te lo he dicho: me gusta como amigo.

Su cara apareció sobre mi hombro. Sus ojos parecían los de un gato.

—Oír eso me tranquiliza, porque si te gustara de otra manera sería muy violento.

—¿Por qué? —Cerré bruscamente el pintalabios, conteniendo las ganas de tirárselo a la cara—. ¿Porque no es rico?

Ella arrugó la nariz.

—No. Porque el verano pasado, en una fiesta, se enrolló con Cassie, y también con Lauren. Es un ligón.

Por la noche tuve a un chico en mi cama. La señora Messer insistía en que hiciera cosas normales cada día, que pudieran desencadenar recuerdos; y, teniendo en cuenta que no era virgen, la presencia de Del en mi dormitorio tenía que ser algo familiar.

Mis padres estaban en Filadelfia, en algún tipo de subasta silenciosa. A Scott no lo tenía localizado. Podía estar en algún sitio de la enorme casa sin que yo me diera cuenta.

—¿Por qué no has ido de compras con las chicas? —preguntó Del cuando se echó a mi lado.

Encogí un hombro y giré la cabeza hacia él. Sus ojos eran como chocolate derretido, aunque tuve la sospecha de que podían ser más fríos y más duros.

—Quería estar contigo.

Pareció darse por satisfecho. Era la verdad. Estar a solas con él solo podía ser beneficioso. Al parecer, lo nuestro era de cuento de hadas, y yo tenía ganas de

acordarme y de vivirlo. De momento no sentía nada. No me costaba respirar, ni se me alborotaba el corazón, ni tampoco sentía el calor irresistible de... No, no iba a pensar en él, y menos ahora que me había enterado de lo que hacía.

Se había acostado con Lauren.

Y con Cassie.

Cerré los ojos con fuerza y formé una atroz retahíla de palabrotas. No, no pensaría en él. Ni hablar. Y menos con Del a mi lado. Estaba mal, en todos los sentidos. No me hacía falta tener recuerdos para comprenderlo.

Acerqué una mano a la cara de Del y recorrí con las puntas de los dedos la curva de su mandíbula. Era muy suave. Me pregunté cuántas veces lo habría hecho en el pasado.

El simple roce no desencadenó nada en mí. Para Del, en cambio, debió de ser una señal. Entornando los ojos, se apoyó en un codo y se colocó encima de mí, sin tocarme, pero muy, muy cerca.

Tragué saliva y volví a ponerme la mano en el pecho. Esta vez sí me faltó la respiración, pero no porque estuviera excitada. El miedo y la ansiedad me dominaban. La mirada de Del se volvió interrogante, como si no estuviera muy seguro de hacer lo debido.

Yo, sin embargo, quería que lo hiciera. Podía ayudarme a recordar. Necesitaba recordar. Quizá entonces me acordase de lo que le había pasado a Cassie.

Asentí y sonreí forzosamente, aunque noté que los labios me temblaban.

Del posó la boca en mi cuello y me acarició. Yo clavé los dedos en el edredón y apreté los labios para que no se me escapara la palabra que tenía ganas de gritar: *Para*.

¿Cuántas veces lo habíamos hecho? Me imaginé que un montonazo. ¿Por qué no iba a besar yo a un chico así, y hacer todo tipo de travesuras con él? Además, lo que Del estaba haciendo no era nada en comparación con lo lejos que habíamos llegado ya. ¿Por qué demonios no podía acordarme de eso?

Cerré los ojos y le di a mi corazón la orden de que no latiera tan deprisa. Aquel martilleo en el pecho no era nada agradable. ¿Y si me daba un infarto? Pero qué tontería, por Dios... No estaba sufriendo ningún infarto. Pero, en cierto modo, habría preferido tenerlo. Así habríamos tenido que parar.

Justo entonces, en el momento menos oportuno de la historia de la humanidad, pensé en Carson. ¿Por qué no podía Del tener los ojos de un azul tan brillante? ¿O ser tan puñeteramente paciente como lo fue Carson en la cafetería, la cabaña y el aula? Al margen de con quién se hubiera acostado, dudé que se hubiera dedicado a abrimme los botones de la blusa. Al menos se habría fijado en que me temblaban los brazos, y en que mis dedos se estaban clavando con tanta fuerza en el edredón que los nudillos se me habían puesto blancos. Bueno, vale, estaba siendo injusta con Del. La idea había sido mía.

Una vez más mi corazón dio un vuelco, así que me concentré en el televisor. Un

canal de deportes emitía un partido de béisbol en diferido de la temporada pasada. Hacia el final del tercer *inning*. Bateaban los Atlanta Braves. Dos *strikes* y una bola. El bateador tendría que hacer el *swing*. Me dio vértigo saber tanto de béisbol.

La mano de Del devolvió mi atención a mi cuerpo. Estaba justo debajo de mi ombligo. Sus dedos se deslizaron por la cintura de mis vaqueros. Yo abrí los ojos, respirando entrecortadamente.

—¿Del?

Sus besos húmedos bajaron por mi cuello y mi clavícula. Su mano seguía viajando hacia el sur, la muy puñetera. Apreté los muslos sin poder evitarlo y repetí su nombre. Él levantó la cabeza y se me quedó mirando con unos ojos de un color marrón turbio.

—¿Qué pasa, nena?

—Es que... no me acuerdo —susurré.

—¿Demasiado deprisa?

Yo asentí. Él me miró un poco más y me besó con suavidad; apenas el roce de sus labios en los míos, casi sin presión. Aun así me encogí, y él se dio cuenta. Entonces se apartó un poco, como si estuviera dolido, y retiró la mano. Me sentí fatal.

—Lo siento, de verdad. Es que...

No lo conocía. Ese era el problema. Era como enrollarse con un desconocido.

Del se apartó y se quedó apoyado en un codo. La vista se le fue hacia la pantalla del televisor. Habían eliminado al bateador.

—Creía que lo hacíamos por eso, para que te acordases. Ha sido idea tuya.

—Ya lo sé —dije mientras me apresuraba a abrocharme la blusa. Me quedé mirando la pantalla, apoyada en las rodillas—. De verdad que lo siento.

Después de una pausa oí que suspiraba.

—Tranquila, no pasa nada. Ya lo... intentaremos más tarde —dijo. La idea de volver a intentarlo me dio náuseas—. ¿Vale?

Del apoyó una mano pesada en mi hombro.

De pronto, inesperadamente, lo vi todo gris. El peso de la mano de Del me hizo atravesar el colchón. Y así, sin previo aviso, ya no estaba en mi cuarto.

Sino cayendo una y otra vez, y dando vueltas en la oscuridad. Subía un aire frío y húmedo que, apoderándose de mí, me arrastraba hacia abajo. Caía tan deprisa que no podía respirar. Tenía los pulmones helados, y se me repetían sin cesar los mismos pensamientos.

Voy a morir. Voy a morir. Voy a morir, como ella.

Mi cuerpo se detuvo. No por ningún impacto. El cielo negro cambió a un color mate, lechoso. Encima de mí había árboles pintados de gris. Sus ramas, desnudas y resquebrajadas, bajaban hacia mí como dedos afilados. Debajo corría el agua.

Todo estaba muerto, muerto, muerto.

Algo pasó cayendo junto a mí, borroso, rojo. Gritos. Gritos que me pusieron los pelos de punta. Alaridos que me helaron el alma. Y después, solo silencio.

De repente Del se inclinaba con los ojos muy abiertos hacia mí. Me estaba sacudiendo por los hombros. Mi cabeza se bamboleaba.

—¡Sammy! ¡Despierta, Sammy!

Se oyeron pasos fuera de la habitación. La puerta de mi dormitorio se abrió de par en par. Scott se quedó en la entrada, con las mejillas rojas y los ojos entornados.

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritaba?

Del se apartó de golpe.

—No lo sé. Estaba perfectamente, y de pronto ha puesto una cara rara y ha empezado a chillar —dijo, asustado. Scott se acercó a mí.

—Sam, di algo.

Yo parpadeé despacio y enfoqué la vista en su cara.

—Voy a morir.

—¿Qué? —Se colocó a mi lado y me levantó hasta que estuve medio sentada, medio apoyada en él—. ¿Por qué dices eso, Sam?

Clavé la vista en unos ojos idénticos a los míos, marrones, con algo de verde alrededor del iris. En el caso de Scott estaban rodeados por arrugas de preocupación.

—Recuerdo haberlo pensado —dije.

Los abrió un poco más. Sentí que la cama se hundía bajo el peso de Del.

—¿Te acuerdas de algo más? ¿Has recuperado la memoria?

—Recuerdo haberme caído. —Me eché un poco hacia atrás y bajé la vista. La mitad de los botones de mi blusa estaban mal abrochados. Genial. Seguro que Scott se había fijado—. Y había agua, pero no sé más.

Mi hermano encogió los hombros. ¿A causa de la decepción? ¿De alivio?

—Bueno, pero es importante. Deberías contárselo al inspector. ¿Aún tienes su número?

—¿Por qué? —preguntó Del—. Es imposible saber si es un recuerdo real o una alucinación. No hace falta ponerla en evidencia.

—¿Por qué crees que es una alucinación? —pregunté con una mezcla de desconfianza y miedo. Del se mostró avergonzado.

—Tu madre dijo que... veías cosas.

Iba a matarla.

—Pues no es así —replicó Scott, levantándose de la cama—. Lo dices como si estuviera loca o algo así. Y no lo está.

Me ardían las mejillas. Del tenía algo de razón. Yo no tenía manera de saber si lo que había visto eran recuerdos reales. No tenían sentido, y no todos podían ser verídicos. Era imposible que me hubiera quedado detenida en el aire, y estaba clarísimo que los árboles no eran de color gris.

Reparé, con el rabillo del ojo, en que Scott miraba a Del.

—No sé qué hacíais, pero no vayas tan deprisa, tío. Lo ha pasado muy mal, ¿vale?

Del hizo un ruido con la mandíbula, como si sus dientes chirriasen para no contestar. Scott salió de la habitación, dando un portazo. Se hizo un silencio

incómodo.

—¿Crees que estoy loca? —pregunté con un hilo de voz.

—No, claro que no... Lo que creo es que estás desorientada. Es lógico. —Del hizo una pausa. Me di cuenta de que me observaba—. Mira, ¿sabes qué? Es mejor que me vaya. Mañana te llamo, ¿vale?

Asentí.

Él se agachó para darme un beso en la mejilla. Después se levantó, y al chocar con la mesita de noche hizo que la caja de música se tambaleara y sonara una nota de su misteriosa melodía. Se quedó mirándola, mientras sacudía la cabeza.

—Odio esa cosa.

—¿Por qué?

Del se limitó a sacudir de nuevo la cabeza.

—Mañana hablamos.

Cuando me quedé sola fui a mi mesa y encontré la tarjeta que me había dado el inspector, con su móvil privado. Había insistido en que lo llamase a cualquier hora si me acordaba de algo. Levanté el teléfono sin saber qué hacer. ¿Y si no era real? Quedaría como una tonta.

Y como una loca.

Me senté en la cama y me quedé mirando el número. Con tal de ayudarlos a buscar a Cassie, valía la pena que me tomasen por tonta y por loca. Marqué el número.

El inspector Ramirez contestó a la tercera señal.

—¿Diga?

—Hola. —Carraspeé, con la tarjeta entre los dedos—. Soy... Samantha Franco.

Hubo una pausa. Me pareció que quitaba el volumen del televisor, o algo así.

—¿Sí? ¿Va todo bien?

—Sí, todo bien. —Ahora o nunca. Cerré los ojos y recé por no estar cometiendo un error—. He tenido un recuerdo, pero no estoy segura de que sirva de algo.

—Tal como están las cosas, todo puede servir —dijo él con un tono arisco.

Le conté lo que había recordado: la oscuridad, la caída, el ruido de agua... Al principio no contestó. Poco después, sus palabras cayeron como un peso brusco, enorme.

—En la reserva forestal hay un lago que desagua en una cascada. Supongo que no te acordarás de lo uno ni de lo otro, pero el domingo dragaremos el lago.

La Policía nunca dragaba lagos en busca de supervivientes. Los dragaba en busca de cadáveres.

Durante casi toda la mañana del sábado sentí náuseas. Apenas había dormido desde la llamada al inspector. Ya no era una operación de rescate, sino de simple búsqueda. Nadie lo decía, pero yo lo sentía en mis entrañas.

No esperaban encontrar a Cassie con vida.

Salí de casa poco antes de la una. No fue difícil; mi madre estaba en la cama, y mi padre en algún campo de golf. Me alejé por las curvas del camino, con las manos en los bolsillos de una preciosa chaqueta de estilo militar que había encontrado en mi armario. Lo más probable era que la excursión no sirviese de nada. Hasta era posible que los padres de Cassie no estuvieran en casa. Sin embargo, no me sentía capaz de llamarlos por teléfono, y menos teniendo en cuenta que no se habían puesto en contacto conmigo ni una sola vez desde mi regreso.

Podía ser difícil.

Después de cruzar el pequeño jardín, subí al porche diminuto de la casa de ladrillo y llamé a la puerta. Oí que dentro se caía algo. Después escuché una risa grave y ronca, la de Carson.

La puerta se abrió. Era él. Miró por encima de su hombro.

—¡Ya voy yo, papá! Vuelvo dentro de un rato.

Se giró, me sonrió con un lado de la boca y salió, dejando la puerta cerrada.

—Hola.

—Hola —dije yo al apartarme.

Carson pasó a mi lado, y al ver que no me movía me hizo señas para que lo siguiera. El sol formaba reflejos rojizos y rubios en su pelo despeinado.

—Como no vienes en coche, espero que no te moleste mi medio de transporte.

Yo había supuesto que tomaría prestada la camioneta de su padre, o algo así, pero se paró delante de la moto y levantó la lona azul. Se me cayó el alma a los pies.

—Pero... Ni siquiera sé si he montado alguna vez en moto.

—Conmigo no. Y dudo mucho que el guaperas se jugase así la cara.

Le eché un vistazo. Del era un chico guapo, mientras que Carson, pese a ser la viva encarnación de lo *sexy*, tenía unas facciones algo más duras. Saqué una goma para el pelo y me hice una coleta baja. Algunos mechones más cortos se escaparon, curvándose alrededor de mis mejillas.

Carson me tendió un casco negro de líneas depuradas.

—Es muy fácil. La clave es agarrarse bien.

Me derretí por dentro al ver su cintura estrecha. Giré lentamente el casco en mis

manos.

—¿Cómo... cómo sabes dónde vive Cassie? El otro día no te lo pregunté.

—Daba muchas fiestas —respondió entornando los ojos.

Me balanceé, pensando en lo que había dicho Candy.

—¿Vosotros dos... salíais, o algo así?

Él frunció el ceño.

—¿Por qué lo preguntas?

—Una de las chicas lo comentó. Dijo que os habíais enrollado.

Su risa me sorprendió.

—Me gustaría saber por qué hablabais de mí... Pero bueno, da igual.

—Bueno, ¿qué? —Yo no estaba dispuesta a cambiar de tema—. ¿Sí o no?

Carson apartó la vista, irguiendo los hombros.

—Sí.

Una sensación como de fuego se propagó desde mi bajo vientre a través de mis venas, como una serpiente.

—¿Nosotros nos hemos enrollado alguna vez?

Carson echó la cabeza hacia atrás, levantando las cejas a causa de la sorpresa.

—No —dijo con voz ahogada.

—¿Por qué no?

Después de unas décimas de segundo, él sonrió sin separar los labios y bajó la vista.

—Buena pregunta. Yo diría que por el hecho de que no nos llevábamos bien.

Tenía su lógica. Bueno, ya estaba bien de preguntas. Sin embargo, la curiosidad no me soltaba de sus garras.

—Entonces ¿por qué te enrollaste con Cassie?

Carson se acercó. Tuve que alzar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Quieres que te diga la verdad? No lo sé. Fui a una fiesta que montó y estuvimos bebiendo. Acababais de discutir, no sé por qué, y se me insinuó. Punto final.

Lo que yo sentía tenía nombre: celos. Hacían hervir mi sangre sin dejarse dominar.

—¿O sea, que se te insinuó y os lo montasteis? ¿Así de fácil?

Carson entrecerró los ojos. Dos semicírculos llenos de vitalidad.

—Así es la vida. Si te sirve de consuelo, no recuerdo mucho. Además, ella entonces no estaba con Trey.

—Ni de consuelo ni de no consuelo —dije con una risa forzada—. Era pura curiosidad.

—Claro, claro.

—¿Y Lauren? —pregunté sin poder evitarlo.

Eso ya no le hizo tanta gracia.

—No nos enrollamos. Salimos juntos una vez, para escándalo de sus amigos,

incluida tú, y ella no quiso repetir. —Me quitó el casco de las manos—. ¿Fin del interrogatorio?

—Sí —dije yo, violenta. Aparte de la amnesia, debía de haber perdido todos los filtros. Acerqué las manos al casco, temiendo que Carson hubiera cambiado de idea, pero retrocedió—. ¿Qué haces?

—Ayudarte —respondió mientras lo giraba.

Me quedé a la espera, sin moverme. Él se acercó de nuevo y apartó con una mano los mechones más cortos de mi pelo. El roce de sus nudillos provocó un cosquilleo en mi piel. Cuando hizo lo mismo con el otro lado, separé los labios. Tenía las manos grandes, pero las movía con una suavidad increíble. Me pregunté si habría tocado así a Cassie. Después aparté la idea de la cabeza.

Carson me colocó el casco y ató las correas debajo de mi barbilla. Cada vez que sus dedos entraban en contacto con mi piel sentía escalofríos.

—Ya está —dijo, mirando por debajo de mis ojos—. Lista.

Antes de que pudiera bajar la visera, le agarré la mano y sufrí el peor ataque de verborrea de la historia de la humanidad.

—Te puse en mi pregunta de seguridad.

Carson parpadeó y reaccionó con una risa tensa.

—¿Qué?

—En mi cuenta de correo. Preguntaban quién era mi mejor amigo de mi infancia —expliqué yo, nerviosa, deseando que mi boca tuviera un botón de *stop*—, y eras tú.

—Muy interesante —dijo Carson mientras me apartaba la mano. Bajó la visera sin más explicaciones—. Vamos.

No era la reacción que esperaba, pero bueno, tampoco sabía muy bien qué quería que dijese... Vi, confusa, que subía a la moto y daba unas palmadas al sillón. Tragué saliva y pasé una pierna por encima. Cuando arrancó el motor puse tímidamente las manos en su cintura. Sus músculos, debajo del jersey, se notaban duros y tonificados.

Se me secó la boca.

Con los hombros agitados por una risa muda, Carson bajó las manos y colocó las mías encima de su ombligo, movimiento que aplastó mis pechos contra su espalda y dejó muy poco espacio en otras zonas. Su olor, a cítricos y jabón, se filtraba por el casco.

Cerré los ojos con fuerza. No por la sacudida de la moto al ponerse en movimiento, ni por el miedo de salir volando cuando los neumáticos tocaron el asfalto, sino porque todas las células de mi cuerpo estaban reaccionando a nuestra proximidad. No estaba bien arrimarse de esa manera a su espalda mientras nos azotaba el viento, y menos cuando con Del no había sentido ni una décima parte de lo que sentía ahora.

Cassie vivía unos ocho kilómetros más allá del antiguo campo de batalla, en una carretera sombreada por grandes arcos. Al pasar junto a los numerosos monumentos y las viejas vallas de madera que los rodeaban, mi interés se avivó y casi tuve ganas de

que Carson frenase. Nos acercamos a la casa de Cassie. Fue como ver otra versión de la mía, igual de grande y de bonita.

Carson frenó. Me quité el casco lentamente, con la cabeza llena de preguntas. ¿Qué diría al ver a sus padres? ¿Me recibirían con los brazos abiertos o me rechazarían? Y, sobre todo, ¿era un error haber venido?

Como si intuyera mis pensamientos, Carson me puso una mano en el brazo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Asentí con lentitud mientras bajaba de la moto y observaba los muros blancos y los postigos rojos. Por dentro no sentía nada.

—Si quieres esperamos a que estés preparada para llamar a la puerta —dijo él.

Aunque agradecí mucho su propuesta, yo sabía que tenía que hacerlo ya, de modo que le sonreí, subí los escalones, me acerqué a la puerta y llamé. Sentía el calor de Carson en la espalda. Me pregunté si sería consciente de lo importante que era su presencia para mí.

Al cabo de unos segundos, la puerta roja se abrió y apareció un hombre mayor con pantalones de vestir y una camisa arrugada. Entre profundos surcos, dos ojos de un azul deslavazado nos miraron.

Aspiré un poco de aire.

—Soy Sa...

—Ya sé quién eres —dijo él—. Me estaba preguntando cuándo vendrías.

Sentí un escalofrío en la espalda.

—Señor Winchester —dijo Carson, adelantándose—, Samantha no se...

—¿Acuerda de nada? —lo interrumpió el hombre sin quitarme la vista de encima—. Es lo que nos ha dicho el inspector. —Entre sus cejas apareció una arruga profunda e implacable—. Si habéis venido a ver a la madre de Cassie, está en cama y no recibe a nadie.

Yo no tenía ni idea de quién era aquel hombre, pero me pareció demasiado mayor como para que fuera el padre de Cassie.

—No vengo a ver a su madre. Esperaba poder... ver la habitación de Cassie.

—¿Y para qué quieres verla? —preguntó. El hombre lanzó una mirada a Carson, mientras se le movía la nariz.

—Esperaba que me ayudase a recordar... lo que pasó. —Creí entender la razón de su mirada—. No hemos venido a robar nada de Cassie.

—Yo puedo quedarme fuera —propuso Carson inexpresivamente—. No me importa.

El anciano resopló, pero al final se apartó.

—Tampoco he pensado que fuerais a robar nada. Supongo que no recuerdas cuál es su habitación...

—No, lo siento —dije mientras entraba, aliviada. Carson suspiró.

—Yo sí lo sé.

El señor Winchester no dio muestras de sorpresa.

—Tenéis diez minutos. Luego os pediré que os vayáis. No hagáis ruido, por favor.

Carson me dio la mano sin perder más tiempo. Subimos tres pisos, dejando atrás al viejo, y nos adentramos por un pasillo.

—¿Quién era? —pregunté en voz baja.

—El abuelo de Cassie. No es muy simpático. —Carson sonrió fugazmente—. Vamos, que no te tomes el recibimiento como nada personal.

Bajé la vista hacia su mano, que se había cerrado alrededor de la mía.

—¿Dónde está su padre?

—Que yo sepa, nunca ha vivido con ella. —Carson soltó mi mano y se paró delante de una puerta donde había un dibujo de tres grandes margaritas con los pétalos rosas—. Esta casa es del abuelo de Cassie. Su madre es bastante joven, al menos diez años menos que tus padres. Entre eso y la falta de padre...

—El escándalo está asegurado.

—Tal como sois los ricos..., probablemente —dijo. Luego se le tensó la mandíbula—. ¿Preparada?

Asentí.

Carson abrió la puerta y dejó que yo entrase primero. Una ráfaga de aire fresco trajo un aroma de melocotón que me hizo sentir algo. Respiré hondo, esperando algo más, pero solo recibí una sensación lejana.

La habitación de Cassie no era muy diferente a la mía, pero al acercarme a su escritorio y pasar los dedos por sus libretas tuve la impresión de estar en una tumba. Todo me daba escalofríos.

Carson se quedó junto a la puerta, observando en silencio. Me paré delante de un montón de fotos, que miré esperando que mi memoria se activase. Salíamos las dos en una playa, en el instituto y en un *resort* de esquí. Llevábamos vestidos a juego, de color rosa claro. En algunas fotos estábamos con otros amigos. Reconocí una de Nochevieja, por el vestido que llevaba Cassie.

Estaba sentada sobre las piernas de Del, y los dos sonreían como tontos. Hice una mueca y le enseñé la foto a Carson.

—No tengo ni idea de quién la hizo. ¿Yo? ¿Trey?

Él arqueó las cejas.

—No lo sé.

Cassie tenía un brazo en el cuello de Del. Habían juntado sus mejillas. Del apoyaba la mano en su cadera.

—Hay que ver lo cómodos que están —murmuré.

—¿Celosa? —preguntó Carson.

—No, la verdad es que no —suspiré, dejando las fotos en la mesa. Al lado de la cama había una mesa pintada de color rojo sangre. Interesante elección. Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue la caja de música. Me acerqué, la levanté y me giré hacia Carson—. Yo tengo una igual en mi cuarto. Suena la misma canción.

—Muchas chicas tienen cajas de música, ¿no?

—Sí, pero las nuestras son idénticas. —Volví a dejarla en su sitio, extrañada—. ¿Cassie y yo éramos amigas de pequeñas?

—No. —Carson se pasó una mano por el pelo—. Bueno, todos crecían en el mismo círculo, pero la verdad es que no intimasteis hasta que tuvisteis once años, o algo así.

¿Eran de esa época las cajas de música idénticas? Once años parecían muchos para eso. Levanté un unicornio de peluche que olía a madreSelva. Después miré el armario de la ropa.

Mi frustración iba en aumento. Debía de haber estado un millón de veces en aquel dormitorio, pero no me sonaba de nada. Fui al centro de la habitación y, con los puños cerrados, me quedé mirando el edredón rojo que había sido de mi mejor amiga y a quien tampoco lograba recordar.

Tiré el unicornio a la cama. Los ojos me picaban por las ganas de llorar. El hueco en mi cabeza seguía tan vacío y enorme como antes. Todos mis recuerdos habían desaparecido. Me los habían robado. Era como una violación, pero sin nadie a quien culpar. Mi cabeza daba vueltas.

—Jo, es que no me acuerdo de nada —dije con la voz ronca.

—Tranquila. —Carson me puso una mano en la base de la espalda—. Puede que tarde un poco.

Un temblor que odié recorrió todo mi cuerpo. Débil, impotente, perdida... Me giré, apartándome mechones sueltos de la cara.

—¿Y si no me acuerdo nunca? ¿Viviré así hasta que me muera? ¿Con un pie en un pasado que no puedo recordar?

Él inclinó la cabeza, abriendo un poco más los ojos.

—Ya sé que ahora mismo es duro para ti, pero si nunca recuperas la memoria tendrás algo que la mayoría de la gente nunca tiene.

—¿Ah, sí? ¿El qué? —Me crucé de brazos—. ¿Un montón de segundas primeras veces?

—Eso también. —Carson me puso las manos en la parte superior de los brazos, con una mirada escrutadora—. Empezar de nuevo. Vivirlo todo otra vez. Es algo con lo que la mayoría de la gente sueña, y tú puedes tenerlo.

Yo no estaba dispuesta a ver el vaso medio lleno.

—¿Y Cassie? No creo que pueda empezar nada de cero.

Carson bajó las manos y la vista.

—Eso es lo más difícil de superar.

Nos fuimos antes de que el abuelo nos echara. Yo no quería volver a casa todavía, así que Carson propuso que fuéramos a comer, aunque ya fuera tarde. Aparcó la moto delante de un cementerio casi tan grande como el pueblo. Estaba todo lleno de

turistas que hacían fotos del antiguo orfelinato y de la parte trasera de la casa de Jennie Wade, donde había muerto la única víctima civil de la batalla de Gettysburg. Al entrar con Carson en un pub, al lado del orfelinato, casi tuve ganas de unirme a los turistas. Me sentía como ellos, con la diferencia de que yo hacía turismo en mi propia vida.

Carson eligió una mesa con bancos al fondo y me acercó la carta. Su expresión al observarme me resultó curiosa.

—¿Qué pasa? —pregunté. Él sacudió un poco la cabeza.

—Si hace un mes alguien me hubiera dicho que hoy estaría comiendo contigo, le habría aconsejado que dejara de fumar tanto *crack*.

Me reí y seguí leyendo la carta.

—No sé si eso es bueno o malo.

—Supongo que ni lo uno ni lo otro. Lo que quiero decir es que nunca habrías salido así conmigo.

—Pero si éramos muy amigos...

—De pequeños —dijo él, tamborileando al borde de la mesa—. Hacía cuatro años que no nos hablábamos.

Me acordé de todas las cosas que, según mis averiguaciones, le había dicho. Se me encendieron las mejillas.

—Era una bruja.

—Tenías tus momentos —dijo él alegremente.

—¿Sabes qué es lo que no entiendo? —pregunté mirándolo a través de mis pestañas—. Que ahora me trates tan bien si me porté como una imbécil.

La lámpara baja que colgaba del techo se reflejó en sus ojos claros.

—Pues eso. Tenías tus momentos.

—¿Buenos?

Se encogió de hombros y yo dudé que fuera capaz de sonsacarle algo más. Tal vez no había tenido ningún momento bueno... Carson resopló.

—Cuando no estabas con Cassie, y Marte estaba alineado con Júpiter, podías llegar a ser la de antes.

Mis labios esbozaron una sonrisa.

—Guau. ¿Tanto me hacía falta para estar simpática?

La sonrisa burlona de Carson fue inmediata. Pasaron varios segundos.

—Cuando mi madre... Hace dos años, cuando murió, viniste al entierro. Scott también, claro, pero a ti no te esperaba. También vino tu padre, pero tú no estabas con él ni con tu hermano. Luego me fui a casa y volviste a sorprenderme.

—¿Ah, sí? —susurré, mirándolo. Él asintió, despacio.

—En casa había mucha gente. Mamá tenía muchos amigos. A ti te quería mucho, por cierto. —Volvió a levantar un lado de la boca, mientras posaba la vista en la carta—. ¿Sabes que la visitaste esos días? Cuando ya estaba con atención domiciliaria para enfermos terminales, y yo no estaba en casa, ibas a verla. Nunca te lo comenté

porque creo que tú no querías que yo lo supiera, pero sé que mi madre te lo agradecía, y yo... también. Bueno, pues después del entierro tuve la necesidad de estar solo y pensar.

—¿Fuiste a la cabaña? —pregunté, acordándome de lo que había dicho antes.

—Sí —contestó en voz baja—. Llevaba allí menos de veinte minutos cuando de repente apareciste. Subiste a la cabaña y no dijiste ni mu, pero te sentaste a mi lado y...

—¿Y qué?

Estaba fascinada, como si oyera hablar de otra persona. Carson se echó hacia atrás y se acarició la mandíbula con la palma de la mano.

—Me diste un abrazo. Un abrazo largo. No dijiste ni una palabra. Luego te fuiste. Nunca llegamos a hablar de ello. A veces ni siquiera estoy seguro de que sea verdad.

Me alegré por dentro, y se me relajaron un poco los músculos de los hombros. Daba gusto saber que también había tenido momentos aceptables.

—Siento lo de tu madre, Carson.

Él volvió a asentir.

—Ya te digo, tenías tus momentos.

Al darme cuenta de que no le sacaría nada más, crucé las piernas y volví a mirar la carta.

—Cuando esto se llamaba Spiritfield's, hacían las mejores patatas picantes con queso del mundo —dije—. Scott y yo siempre nos peleábamos para comérmolas.

—Sam... —Carson se había quedado sin respiración.

Levanté la vista, boquiabierto. ¿Cómo lo sabía?

—No sé por qué he dicho eso.

Él seguía mirándome. En mi cabeza flotaban fragmentos de las palabras que había pronunciado. Casi podía vernos a mi hermano y a mí, mucho más pequeños, sentados en una mesa como aquella, deshaciendo una masa pegajosa de patatas y queso. Estaba tan entusiasmada que casi me levanté del banco.

—Recuerdo haber comido aquí con Scott.

—Hace años que no se llama Spiritfield's, Sam.

Asentí con ganas, mientras una gran sonrisa inundaba mi rostro.

—No me acuerdo de nada más, pero algo es algo, ¿no?

—Sí, algo es algo.

Carson sonrió con la boca, pero no con los ojos. Antes de que pudiera preguntarle se acercó la camarera para tomarnos nota, y yo, exaltada por mi único recuerdo nítido y no perturbador, preferí no tentar a la suerte. Por primera vez en varios días tenía la impresión de haber logrado un verdadero avance. Me concentré en comer con Carson, reírme de los chistes y anécdotas de la infancia que contaba y dejarme absorber por el torbellino de emociones que sentía cada vez que nuestras miradas coincidían o nuestros dedos se rozaban sin querer. No podía dejar de sonreír. En el momento de subir a la moto, no hizo falta que Carson pusiera mis brazos alrededor de

su cuerpo. Yo misma lo hice sin pensarlo dos veces.

Cuando llegamos a su casa, me di cuenta de que no tenía ganas de bajar de la moto y volver a la mía. Era como tener dos vidas, una donde existía la Sammy de antes y otra que ocurría en ese instante. Fue una sensación que, mientras Carson bajaba de la moto y se giraba, me desorientó muchísimo.

Carson desabrochó la cinta de mi casco sin hablar y me lo quitó con suavidad. Sus ojos, ocultos bajo sus largas pestañas, eran inescrutables. Tuve ganas de darle las gracias por haberme seguido la corriente, y de decirle que me lo había pasado bien, a pesar del motivo de nuestra excursión a la casa de Cassie, pero las palabras se quedaron en mis labios. En el instante en que dejó el casco encima de la moto, una extraña tensión, poderosa, cálida y embriagadora, se adueñó de nosotros. Abrí de nuevo la boca para decir algo, pero me sentía anonadada por una presión que no me dejaba respirar.

Carson puso las manos en mis caderas y me levantó de la moto sin esfuerzo para depositarme en el suelo. Pero no me soltó enseguida; sus manos se quedaron allí. En aquel momento brotó en mí una necesidad desconocida que no entendí del todo. Sentí calor, y un cosquilleo en la piel. La respiración de Carson agitó un poco los pelos de mi sien. Se me aceleró el corazón. No estaba bien sentir aquello, lo sabía. Debería haberme pasado con Del, no con Carson. Al mismo tiempo, sin embargo, era de una intensidad tan sorprendente... Como si un color muy vivo salpicara de pronto un mundo oscuro y gris.

Carson apartó los dedos muy despacio y retrocedió. Su pecho se hinchó. Cuando habló, su voz sonó ronca y grave.

—Tengo que irme.

Yo asentí con la cabeza. Seguía sin poder contestar. Carson me miró los labios y dio otro paso hacia atrás.

—Ya nos veremos, Sam.

Volví aturdida a casa. Algo había hecho clic en lo más hondo de mis pensamientos. Por un momento, al sentir el calor de su aliento en mi piel, me había sentido bien por mucho que supiera que estaba mal. Pero no solo eso. Además, me había resultado familiar.

Sucedió el lunes, durante la segunda hora. Estaba ocupada en fingir que prestaba atención mientras pensaba en Carson, y en lo que pasó el sábado entre los dos. ¿Eran imaginaciones mías? ¿Lo había sentido él también? ¿Tenía alguna importancia, en realidad, teniendo en cuenta todo lo demás?

Varios móviles empezaron a sonar a la vez. El señor Campbell interrumpió la clase y suspiró.

—Apagad los móviles.

Nadie le hizo caso. Mientras buscaba el mío, que era uno de los que sonaron, lancé una mirada a Veronica, que, más rápida que yo, sacó su teléfono del bolso como de una pistolera.

Un murmullo se extendió como una ola por el aula, cobrando intensidad. Era un mensaje de texto de Lauren, de solo ocho palabras. Ocho palabras que deberían haberlo cambiado todo, aunque en parte yo me lo esperaba.

Quizá ya lo supiera.

«Han encontrado el cuerpo de Cassie. Está muerta».

El resto de la mañana fue un torbellino. Cassie estaba muerta. No podía pensar en otra cosa. Muerta. Una parte de mí no se extrañó; es más, se lo esperaba. En mi pecho se formó una bola de tristeza, rodeada por tentáculos de miedo. Era imposible separarlos.

En biología, Carson estuvo muy callado. Me preguntó una vez si estaba bien, y no volvió a hablar el resto de la clase. Del me esperaba en mi taquilla. Rodeó con sus brazos mi cuerpo rígido e inflexible y murmuró unas palabras de pésame con la voz ahogada.

Yo pensé en la foto donde aparecían juntos; Cassie encima de sus piernas, la mano de Del en su cadera.

Cassie, mi mejor amiga, a quien no recordaba. La chica muerta.

La gente nos miraba. Me dio mucha rabia.

Dejé que Del me sacara del instituto. Nadie nos lo impidió. Los rostros con los que nos cruzábamos reflejaban una mezcla de *shock* y consternación. Quisieran o no, todos la conocían. Me pregunté aturdida, como lejos de mí, si sentían pena por ella o solo por el hecho de que a la muerte no le importasen naderías como la edad.

—¿No lo sabes? El miedo y la popularidad van de la mano —me susurró al oído una suave voz femenina—. Gobernemos con mano de hierro.

Di media vuelta, sobresaltada, y miré el pabellón. No había nadie.

—Venga, salgamos de aquí —dijo Del con una mirada de preocupación.

Lo seguí por la parte trasera del instituto, mirando varias veces hacia atrás. ¿La voz había sido real, o era un recuerdo que se liberaba?

Quizá estuviera enloqueciendo de verdad. No solo era posible, sino probable.

En el patio trasero del instituto, entre el campo de fútbol y el pequeño edificio recreativo, había varios bancos de cemento en cuya dura y fría superficie estaban sentados todos mis conocidos.

Uno de los bancos lo ocupaban Veronica, Candy y Lauren, y otro Scott y Julie. En el tercero estaba Carson, solo. Cuando me senté con Del tuve plena conciencia de su mano en la mía, y de que Carson, tenso, había fijado la vista más allá de nosotros, en la cancha. Tuve que hacer un esfuerzo para no apartarme de mi novio. No se merecía aquel desprecio, y menos de mi parte.

La primera en hablar fue Veronica, entre débiles sollozos.

—Aún no me creo que esté muerta. Bueno, a medida que pasaba el tiempo desde que desapareció ya me iba convenciendo de que acabaría así, pero tenía la esperanza

de que se repitiera lo de Sammy.

Que apareciese en algún sitio, vaya.

Lauren se pasó dos dedos por debajo de los ojos, apretando un enorme bolso blanco contra el pecho.

—Es tan horrible imaginársela así...

—Dentro del agua —susurró Candy con un escalofrío, sin dejar de pasarse la mano por el pelo—. Me parece que no podré volver a nadar en ese lago.

Julie miró con las cejas en alto a Scott, que no decía nada. Me pregunté qué hacían ahí los tres. Me constaba que no habían sido muy amigos de Cassie, ni de ningún otro de los presentes. ¿Qué otras cosas ignoraba? Todo, al parecer.

—¿Alguien ha dicho... en qué condiciones la encontraron? —preguntó Veronica—. Me gustaría saber si dejarán destapado el ataúd.

Scott se echó hacia atrás, sacudiendo la cabeza.

—Estaba en el lago, a saber desde cuándo —dijo—. Creo que dejar el ataúd destapado será lo último en lo que piensen.

Veronica entornó los ojos.

—Solo lo digo porque Cassie no habría querido que nadie la viera si...

—Si no era la más guapa de la sala —murmuré yo.

La mano de Del se tensó alrededor de la mía.

—¿Qué has dicho?

Sentí un escalofrío. Tampoco esa vez sabía de dónde había sacado la frase. Todos me miraban fijamente, pendientes de una explicación. Solté la mano, sacudiendo la cabeza.

—Has dicho «si no era la más guapa de la sala». —Veronica se levantó y se alisó la parte delantera de sus vaqueros azules oscuros—. Es exactamente lo que habría dicho Cassie. Y lo que habrías dicho tú. ¿Te has... acordado de algo?

Junté las manos, aguantando las ganas de morderme las uñas.

—No.

—Entonces ¿por qué lo has dicho? —inquirió ella con los ojos brillantes.

—No lo sé. A veces me salen las palabras sin pensar.

Eché un vistazo a Del, que se miraba las manos.

—¿Como si tuvieras el síndrome de Tourette? —preguntó, riéndose entre dientes.

Mis mejillas se pusieron rojas de vergüenza, y de algo mucho más intenso.

—De Tourette nada, capullo.

—¿Qué? —La sonrisa se le borró al levantar la vista—. Ya lo sé. Vamos, mujer, tranquilízate. —Quiso tocarme, pero yo me alejé en el banco—. Sam, era solo una pregunta.

—Una pregunta tonta —dijo Carson, apretando la mandíbula.

Los ojos de Del se redujeron a dos ranuras.

—¿Y tú qué haces aquí? —Soltó.

—Buena pregunta —murmuró Carson, pero se echó hacia atrás y estiró las

piernas, cruzando los brazos sobre su ancho pecho; no pensaba irse.

—Un momento. ¿Por qué no está Trey? —pregunté yo.

Candy sacó una lima de uñas.

—Hoy no ha venido al instituto. Creo que estaba enfermo o algo así.

—¿Creéis que lo sabe? —preguntó Julie, pasando un brazo por la espalda de mi hermano mientras apoyaba la mejilla en su hombro.

—Pues claro. —Candy, que se estaba limando una uña, puso los ojos en blanco—. Todo el mundo lo sabe.

Julie la miró como si tuviera ganas de darle un puñetazo en la cara. Yo también se lo quería dar a alguien, más que nada por la frustración.

—¿Sabéis lo que me extraña? —preguntó Julie, cerrando los ojos.

—Supongo que ahora lo sabremos —murmuró Candy, moviendo la lima sin parar.

—Para el carro, bonita —dijo Carson.

Candy le enseñó el dedo medio, sumamente cuidado.

—¿Qué te extraña? —pregunté yo, ignorándolos.

—¿Aparte del hecho de que Cassie se acercase al lago en esta época del año? Pues que ella nadaba muy bien. —Julie abrió los ojos y me miró—. Era medio pez.

Veronica volvió a sentarse, esta vez al borde del banco más cercano a Del.

—Dudo que fuera al lago a nadar —dijo.

—No es eso lo que Julie ha querido decir —repliqué, recordando mi visión de la caída—. Si Cassie estaba en el lago debería haber podido nadar, ¿no?

Del carraspeó.

—Hay corrientes de fondo muy fuertes, y partes superhondas, pero ella conocía el lago y sabía qué zonas había que evitar.

—Entonces quizá ya se cayó al agua... inconsciente.

O muerta. Fui incapaz de decirlo.

—Bueno, debíais de estar juntas —dijo Veronica mientras le quitaba la lima de uñas a Candy y se la guardaba en el bolso—. Molesta, y encima es antihigiénico.

—¿Qué tiene de antihigiénico? Solo me estoy limando las uñas.

—Es de mala educación. Lo llenas todo de trocitos. —Veronica se estremeció, como si eso fuera más perturbador que la presencia de un cadáver en el lago—. Creo que me ha caído alguno encima.

Yo levanté la mirada, sonriendo por lo absurdo del comentario, y topé con la de Carson. La luz se reflejaba en sus ojos. Al apartar la vista, me di cuenta de que Del nos observaba. Sentí una punzada de culpabilidad.

—¿La vio alguien aquel día? —pregunté.

—¿Aparte de ti? —dijo Veronica con un tono inequívoco.

Me eché hacia atrás.

—¿Qué insinúas, Veronica?

—No insinúo nada, *Sammy* —respondió. Luego sacó unas gafas de sol muy

grandes y se las puso—. Es evidente que estaba contigo. Te encontraron en la carretera del lago.

—Ya lo sabe —dijo Scott, inclinándose. Su voz rezumaba desprecio—. Pero, por si no te has enterado, sufre amnesia. Si aún no lo entiendes puedo darte una definición.

Veronica levantó la vista.

—Yo pienso lo mismo que Del. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Hemos venido porque alguien tiene que apoyar a mi hermana —replicó Scott.

Me sorprendió escuchar eso, en el buen sentido. Según lo que decían todos, entre nosotros no existía ese vínculo que siempre se atribuye a los mellizos.

—Yo ya apoyo a tu hermana, Scott —dijo Del con tono de ofensa—. Siempre lo haré.

Scott apretó los labios.

—Dicho por ti, resulta casi cómico.

—Cariño —dijo Julie, estirándole el brazo.

—¿Qué coño quiere decir eso? —inquirió Del.

—Yo que tú me quedaría sentadito y cerraría la boca, Del. —Carson se desperezó lánguidamente, pero estaba listo para el ataque—. Es un consejo.

¿De qué narices hablaban? La discreta voz de Lauren se anticipó a la reacción de Del. Sus palabras hicieron enmudecer a los demás:

—Yo la vi.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿En serio?

—Sí. —Las mejillas de Lauren se tiñeron de rosa—. Eran cerca de las siete. Pasó por mi casa para devolverme un bolso, el Dolce & Gabbana. Estaba... muy enfadada por algo.

—¿No sabes por qué? —pregunté. Lauren sacudió la cabeza, mirando el suelo.

—No me lo dijo. Creo que era por un tío. Ya sabéis cómo se ponía cuando tenía problemas con alguno.

—Pues muy bien. —Del se levantó y se pasó los dedos por el pelo—. ¿Qué más da por qué se había enfadado? Eso no cambia nada.

Me quedé mirándolo.

—Tienes razón, eso no cambia que esté muerta, pero podría ayudarnos a saber qué le pasó —dije. Del se frotó la mandíbula.

—Pero el hecho de que estuviera enfadada por un tío, o por lo que sea, no tiene nada que ver con lo que te pasó a ti.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Scott, no sin razón.

—No se trata solo de lo que me pasó a mí, sino también de lo que le ocurrió a Cassie —dije yo—. Cualquier información...

—Y ahora qué, ¿vas a jugar a detectives? —preguntó Veronica, mirándonos a Del y a mí.

Si no supiera que no era verdad, habría dicho que le daba la razón a Del en todo. Me esforcé por conservar la paciencia y la ignoré.

—¿Recuerdas algo más? ¿Cómo iba vestida, por ejemplo?

—Llevaba aquel vestido rojo, el de punto —contestó Lauren.

Candy levantó la barbilla.

—¿El de imitación de Prada?

Su tono despectivo me habría hecho poner los ojos en blanco de no ser porque todas las veces que había visto a Cassie —o evocado un recuerdo de ella, si en eso consistían los *flashes*— llevaba un vestido rojo. Señal de que quizá no estaba tan loca. Buena noticia.

—¿Te encuentras bien, Sam? —preguntó Carson.

Asentí con la cabeza y dejé que la conversación continuara sin mí. Al final Del volvió a sentarse a mi lado y me deslizó un brazo por la espalda. Yo me apoyé en su hombro y cerré los ojos. La cabeza me daba vueltas. El día de nuestra desaparición, Cassie estaba enfadada. Ese dato por sí solo no me decía nada, pero que llevara puesto el mismo vestido que siempre le veía yo me resultaba desazonador. Además, era difícil sentir pena por alguien de quien ni siquiera me acordaba, pero que había formado parte inseparable de mi vida. En algunos momentos casi sentía el sabor de la pérdida, capaz de consumirme, de abatirme, pero después esa pena se aliviaba y dejaba paso a la confusión y a la necesidad de alejarme de todos y estar sola.

Cuando abrí los ojos me llamaron la atención los labios de Carson, que había juntado las yemas de los dedos y se los había puesto delante de la boca. Nuestras miradas coincidieron fugazmente, hasta que él la desvió. Del aumentó la presión de su brazo, haciendo que aflorase otro tipo de culpa. Sintíéndome arrastrada en varias direcciones, me incorporé y puse algo de distancia entre los dos.

—Bueno —dijo Julie mientras estiraba las piernas y se levantaba—, voy a decir lo que parece que nadie más está dispuesto a pronunciar.

—¿Que soportas a Scott, aunque parezca mentira? —dijo Carson sin gracia.

Scott se sonrió.

—Ja.

—No. —Julie suspiró—. ¿Creéis que a Cassie... la asesinaron?

Nuestro no muy avenido grupo se quedó en silencio. Mi corazón empezó a latir más deprisa. Asesinada. Tenía sentido. Si Cassie nadaba tan bien, no se habría ahogado... Y luego estaba yo. ¿Era posible que hubiera presenciado lo que le ocurrió a Cassie? Y en caso de ser así, ¿había intentado el asesino hacer lo mismo conmigo?

No. Podía haber sido un accidente. Pero entonces ¿qué me había pasado a mí? ¿Habíamos tenido las dos un accidente? Cassie había muerto. Yo había sobrevivido.

Levanté la vista. Carson volvía a mirarme. Una gran preocupación oscurecía sus ojos. Me pregunté si se habría dado cuenta, él y todos, de lo mismo que yo. Cuando miré a las chicas, mis amigas, vi algo en sus ojos que no tenía nada que ver con la preocupación por mi bienestar. Al principio no quise creerlo, pero la sombra de sus

miradas no dejaba margen para la duda.

Sospechaban.

Scott me llevó a casa después del instituto. Mi madre estaba encerrada en su dormitorio. Con toda la casa para mí hasta que Scott volviera del entrenamiento de béisbol y llegara mi padre, tenía tiempo de sobra para reflexionar.

Cassie estaba muerta. Lo más probable era que la hubieran asesinado. Y yo había estado con ella. Las visiones —recuerdos fragmentarios— tenían que ser pistas sobre lo sucedido. Solo tenía que juntarlas.

Acurrucada en el asiento de la ventana del solárium, contemplé el pequeño jardín y, más allá, al otro lado del murito de piedra, la carretera principal. Tenía ante mí mi libro de historia sin abrir. Me mordía las uñas. Carson, que me había visto hacer lo mismo en biología, me había dicho que era una vieja costumbre, es decir, una parte de mi antiguo yo que por alguna razón había permanecido.

Volví a pensar en Cassie.

El día de nuestra desaparición estaba enfadada, probablemente a causa de un chico. ¿Trey, el novio a temporadas, aquejado de una oportuna enfermedad justo el día en que habían encontrado el cadáver? ¿Había ido a consolarla? Pero ¿y después? ¿Cómo explicar las visiones de sangre en las rocas, los gritos de Cassie, la sensación de caída?

¿Y qué hacíamos en un sitio tan raro como la reserva forestal?

Aquellas imágenes no podían ser alucinaciones. Yo no estaba loca. Sin embargo, cuantas más vueltas le daba a todo en mi cabeza, más rara me sentía. También estaban los dos mensajes...

Reparé en que el sol se reflejaba en la capota de un coche blanco que se acercaba a la casa. Me incorporé, y al verlo bien bajé la mano. No era el Bentley de mi padre. En cuanto a Scott, no podía volver tan temprano.

Se paró delante de la casa, junto a la fuente que tan hortera me parecía, y bajó un hombre abrochándose la americana. Llevaba gafas de sol oscuras, pero reconocí el pelo peinado hacia atrás, y la frente ancha.

El inspector Ramirez.

—Mierda —musité, saltando de mi asiento.

Me lancé a toda prisa por el laberinto de arcos y salas que siempre parecían en desuso y corrí para cruzar la casa antes de que el inspector despertara a mi madre. Abrí la puerta, jadeante.

—¿Inspector?

Él se quitó las gafas de sol y se las guardó en el bolsillo de la americana.

—Samantha, ¿tienes unos minutos?

Me aparté y miré hacia atrás.

—Sí, pero mi madre está durmiendo y mi padre en el trabajo.

—No importa. Solo quiero hacerte unas preguntas... confidenciales. —Cuando entró, no perdió detalle del vestíbulo—. ¿Algún sitio donde podamos sentarnos?

Dudé de que pudiera decirse algo «confidencial» a un inspector, pero yo no tenía nada que esconder, y sí muchas ganas de ayudarlo. Lo acompañé a la sala de estar pequeña y me senté en el sofá, mientras él lo hacía en el sillón reclinable.

—¿Es sobre Cassie? —pregunté, juntando las manos. Ramirez asintió.

—Supongo que te habrás enterado.

—Sí. Hoy en el instituto no se ha hablado de otra cosa.

—¿Y cómo te sientes?

¿Qué cómo me sentía? Casi tuve ganas de reír, pero me imaginé que no era muy buena idea.

—Supongo que bien.

El inspector torció un lado de la boca.

—Quería repasar algunas cosas contigo, por si se te despierta algún recuerdo. ¿Te parece bien?

—Sí. —Levanté el cojín, delicadamente bordado, y me lo puse en el regazo—. Me gustaría poder ayudar.

—Muy bien. —Otra vez la media sonrisa—. Han encontrado a Cassie en el lago, a unos metros de la cascada, enredada en... —Dejó de hablar. Noté que toda la sangre abandonaba mi cara—. Bueno, los detalles no importan. Aún no estamos seguros de la causa de la muerte, pero según las investigaciones previas no parece que haya sido un ahogamiento.

—Cassie nadaba muy bien —dije apretando el cojín—. Eso han dicho hoy sus... mis amigos.

El inspector asintió despacio.

—Su madre ha dicho que, además de nadar estupendamente, conocía muy bien el parque y sus senderos.

—Ya, pero es que fuimos de noche —dije yo, frunciendo el ceño—. Del dice que estuve con él hasta después de anochecer.

—Sí, hablamos con él antes de que aparecieses. —Ramirez se inclinó y puso las manos entre las rodillas—. ¿Tienes alguna idea de por qué fuisteis de noche? Por muy bien que conocieseis el terreno, era peligroso. Un resbalón...

Tragué saliva con dificultad.

—La verdad es que no lo sé. Llevo todo el día intentando entenderlo. Lauren... Lauren Cummings dice que Cassie estaba disgustada. Quizá subiéramos al parque para hablar a solas.

Incluso a mí me pareció una tontería lo de «hablar a solas», pero me había quedado sin ideas.

—Con Lauren también he hablado, pero si he entendido bien el lago no es un sitio al que solíais ir de noche, al menos en esta época del año. —Hizo una pausa y me

miró a los ojos—. Cuando hablamos el otro día, dijiste que habías tenido la... sensación de caer, y que habías oído el agua. ¿Te parece posible haber estado cerca de la cascada?

—Supongo que sí, aunque ni siquiera sé dónde está... ahora. Ni cómo llegar al lago.

Ramirez ladeó la cabeza, bajando un momento la vista.

—¿Recuerdas algo más? Aunque parezca un detalle sin importancia, podría sernos útil. Y tú quieres ser útil, ¿verdad?

—Sí. —Aparté el cojín cuando me di cuenta de que me aferraba a él como a un escudo—. Ya le hablé de las rocas. Las he visto varias veces, pero están cubiertas de algo que parece sangre, aunque no... no estoy muy segura. Ya sé que no es gran cosa.

—Algo es. —El inspector sonrió forzosamente—. ¿Alguna otra cosa?

Bajé la vista, mordiéndome el labio. Si le decía que había visto a Cassie, parecería una loca.

—Samantha, cualquier cosa puede servirnos.

Unos pasos que hicieron retumbar la casa anunciaron que mi padre había llegado. El inspector Ramirez se levantó y se giró hacia el arco de entrada.

Mi padre irrumpió hecho una furia, rojo de rabia, fulminando al detective con la mirada.

—¿Qué hace usted aquí?

—No pasa nada, papá. Solo quería hacerme un par de preguntas.

—Sí, sí que pasa. —Mi padre puso los brazos en jarras, echando hacia atrás la americana—. ¿Hace falta que le explique las leyes, Ramirez?

—Las conozco bien, señor Franco —contestó el inspector sin alterarse.

—¿Seguro? —El tono de mi padre adquirió una dureza inflexible que estuve segura de haber oído antes, probablemente cuando estampé el coche en el árbol—. Usted no puede hablar con mi hija sin que esté presente alguno de sus padres o su abogado. En ninguna circunstancia.

—Se trata de una investigación extraoficial, y su hija ha accedido a contestar...

—Mi hija es menor de edad. Solo tiene diecisiete años. —Mi padre se acercó al detective hasta dominarlo con su estatura—. Le ha dicho que sería confidencial, ¿verdad? Seguro que lo ha hecho. Ella no sabe de estas cosas, pero yo sí.

Levanté las cejas y se me hicieron varios nudos en el estómago. ¿Había hecho mal en hablar con el inspector? Me mordisqueé la uña del pulgar, mirándolos.

—Papá, es que estaba...

—Ni una palabra más, Samantha —contestó mi padre con un tono que fue como una brisa gélida en mi piel—. Si quiere interrogar a mi hija, hágalo con mi permiso, y avisando con antelación. En caso contrario, la próxima vez que se acerque a menos de veinte metros de mi casa le aconsejo que lo haga con una orden judicial.

Me quedé boquiabierta. ¿Una orden judicial? ¿Para qué necesitaba una orden judicial? Yo no era sospechosa de nada. Esas órdenes eran para los sospechosos. El

pánico se me agarró al estómago y me temblaron las piernas. ¿Yo era sospechosa?

El inspector Ramirez carraspeó. Al hablar lo hizo con calma, ajeno a las órdenes de mi padre.

—Lo entiendo, señor Franco, y espero que no tengamos que llegar a ese extremo. No hace falta que me acompañe hasta la salida, conozco el camino.

Mi padre cruzó los brazos. El inspector se fue sin decir nada más. Me senté, aturdida.

—Papá, solo me estaba haciendo unas preguntas... Tampoco ha sido para tanto.

Mi padre cruzó la sala y se arrodilló para ponerse a mi altura.

—Tú no entiendes cómo actúa la Policía, princesa. Eres una niña, y con todo lo que has pasado les sería muy fácil confundirte y manipularte.

Sus palabras me llenaron de rabia e indignación.

—No soy tonta. No por no acordarme de nada soy una cría indefensa. Solo me estaba haciendo unas preguntas sobre Cassie. Quiero ayudar a la Policía.

—Ya lo sé. —Mi padre suspiró y me apartó la mano de la boca—. Aún te muerdes las uñas. Tu madre lo odia.

—Perdón —murmuré, apretándome las manos con las piernas.

Él se levantó y se acercó a la repisa de la chimenea. Tenía la espalda más rígida de lo normal.

—Ya sé que no eres tonta, Samantha. Eres una chica inteligente, pero no quiero que vuelvas a hablar con ellos, ¿de acuerdo? Al menos si no estoy yo. ¿Lo has entendido?

—Pero ¿por qué? ¿Qué pasa? No tengo nada que esconder.

Mi padre se giró a medias, alisándose el pelo.

—Lo que pasa es que muy probablemente fueras la última persona que vio a Cassie. Tal vez estabas con ella... cuando pasó lo que pasó.

—¡Ya lo sé! Por eso necesito hablar con la Policía.

—No. ¡Por eso no puedes hablar con la Policía! —Bajó la mano hasta el pecho. De repente tuve miedo de que le diera un infarto. Mi padre parecía estar en forma, pero imaginé que sufría mucho estrés por culpa del trabajo... y de mí—. Es lo que menos te conviene. Ahora mismo, si resulta que la asesinaron, tú eres la sospechosa principal.

¿Sospechosa? ¿Asesina? De repente entendí mejor lo que había percibido en las miradas de Veronica y Candy. Por la noche di vueltas por mi habitación con el estómago vacío, mientras mi corazón latía muy deprisa. La idea de comer algo me daba tantas ganas de vomitar que me había saltado la cena. Sospechosa. Asesina.

Eran palabras desconocidas para mí; no porque desconociera su significado, sino porque no era capaz de establecer un vínculo entre ellas y yo. Recorrían mis nervios como diminutas esquirolas de cristal, crispándolos, cortándolos.

¿De verdad mi padre creía que el inspector Ramirez me interrogaba por eso, porque sospechaba que yo había matado a Cassie? ¿Y mis amigos? ¿Pensaban lo mismo? Imposible. No tenía sentido. A mí también me había afectado, evidentemente; tanto como para haber perdido todo lo que era y todo lo que sabía.

Además, yo era incapaz de matar a nadie. ¿Cómo era posible que no lo supieran?

Aún quedaba alguna posibilidad de que todo hubiera sido un extraño accidente. Mi ignorancia no era tanta como para no saber que realizarían una autopsia al cadáver para establecer la causa de la muerte.

Me paré delante del armario del vestidor y traté de tragarme la bola de miedo que subía por mi garganta antes de que pudiera consumirme. Mi reflejo, mejillas pálidas frente al color canela de mi pelo, sostuvo mi mirada. Sin maquillaje parecía mucho más joven que en las fotos. En mis ojos había un brillo asustadizo que dudé que luciera la Sammy de antes.

—Nunca le habría hecho daño a Cassie —dije.

Necesitaba oír que alguien decía eso, aunque fuera yo misma. Mi reflejo ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa burlona.

—Mentirosa.

Di un respingo y retrocedí hasta tropezar con el ridículo oso de peluche, que estaba tirado en el suelo. Mi cadera chocó con un lado de la cama, provocando un estallido de dolor palpitante.

En el espejo no había nadie.

Puse las piernas debajo de mi cuerpo y me levanté temblando. El movimiento sacudió la cama y la mesita de noche. La caja de música, que estaba mal colocada desde que Del la tocara aquel día, cayó al suelo y emitió dos débiles notas musicales rotas que me estremecieron.

La levanté y la apoyé en un lado. El golpe había hecho que se abriera un compartimento en el fondo, en el que cabía media baraja de cartas. Parecía vacío.

Cerré la caja, ofuscada, y la dejé otra vez sobre la mesa.

Con una sensación de náusea en la boca del estómago, di media vuelta y aparté los largos mechones de mi cara. Sentí un hormigueo en la espalda. De repente tenía demasiado calor, y la habitación me resultaba demasiado pequeña.

Mi reflejo me había contestado.

Estaba oficialmente chiflada.

Seguí dando vueltas, evitando mi reflejo por si este decidía entablar otra conversación improvisada. Lo que acababa de pasar no podía ser un recuerdo. Me resultaba imposible explicarlo como algo más que un delirio puro y duro.

Me había imaginado que me llamaba mentirosa a mí misma después de haber dicho que no era capaz de hacerle daño a nadie. Qué simpática. Puse los pelos en su sitio y respiré una bocanada de aire que se me atragantó. Necesitaba salir de la habitación, y a poder ser de la propia casa, así que abrí la puerta y me lancé al pasillo.

A la vuelta de la esquina choqué con un cuerpo durísimo, con tanta fuerza que lo derribé y cayó al suelo con un gruñido. También yo perdí el equilibrio y caí encima de él. Apenas tardé un segundo en reconocer el olor a limpio y a cítricos.

Carson.

Nuestros cuerpos se habían juntado donde no debían hacerlo. O sí, según se mirase. No porque a mí me pareciera bien... Estaba rotundamente mal, sobre todo la increíble musculatura que palpaba mi pecho en el suyo, con esos abdominales de acero. El calor se propagó por mis venas.

La mano de Carson se amoldó a la curva de mi cintura, mientras levantaba un poco la cabeza. Estábamos tan cerca que pude distinguir las manchas más oscuras del azul de sus ojos, cerca de las pupilas. Tan cerca que el calor de Carson insufló nueva vida en los espacios oscuros y vacíos de mi interior. Mi mirada bajó a sus labios, y tuve unas ganas enormes de averiguar a qué sabían. Conocer el sabor de sus besos. Prescindir de todas mis ataduras con la Sammy de antes, y perderme en Carson. Lo curioso fue que, de repente, todos mis temores de estar loca se esfumaron.

Una media sonrisa asimétrica torció sus labios.

—Qué tal, Sam...

—Hola —susurré—. ¿Venías a verme?

Completó la sonrisa, y mi corazón dio un salto. Tenía un poco roto uno de los dientes delanteros.

—La verdad es que venía a ver a Scott, pero...

—Ah. —Me sentí la mayor cretina de la historia—. Pues nada, ve.

—Sí, ahora voy. —Bajó la vista hasta mi boca. Mi estómago se contrajo—. Aunque primero tendrás que levantarte. Sin prisas, ¿eh? Solo te lo comento.

—Es verdad —dije, ruborizada.

—Pues sí —murmuró él.

Pero no me moví. Aunque fuera hubiera estallado el apocalipsis, pensaba quedarme donde estaba, con mi cuerpo pegado al de Carson y su mano ajustada a mi

cintura. Tan absortos estábamos, sin saber muy bien en qué, que no oímos a mi hermano hasta que habló.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo, chicos?

Carson soltó una risa gutural, que reverberó en todas mis células.

—Nada. Solo estamos peleando.

—No me digas —repuso Scott con ironía.

Bajé de encima de Carson y me levanté.

—Es que me he chocado con él... en el pasillo, y lo he tirado al suelo. —Sentía la necesidad de explicarme—. No estábamos peleándonos... ni haciendo nada.

Los labios de Scott temblaron, como si se esforzara por no reír.

—No pasa nada, Sam. Prefiero verte retozar abiertamente con Carson que con Del.

Se me abrió la boca.

—No es lo que...

—¡Eh! —dijo Carson mientras me ponía un brazo en el hombro—. Tenemos permiso de tu hermano.

—Caray, pues sí que te cae mal Del —dije, ignorando la presión de todo el lado izquierdo de mi cuerpo contra el de Carson. Scott se pasó la palma de la mano por la sien.

—Bueno, bien no me cae.

—¿Por qué?

—Porque no —contestó antes de girarse y volver a su cuarto.

Yo me escurrí por debajo del brazo de Carson.

—Bueno, pues hasta...

—Eh. —Carson me sujetó—. ¿Adónde ibas con tanta prisa?

—No, nada... A pasear.

—Son casi las nueve.

Me encogí de hombros. Fue el momento que mi estómago eligió para hacer ruido.

—O a comer algo. Puede que un helado. Antes he visto una tarrina doble de chocolate. Ya no recuerdo la última vez que comí helado. —Estaba divagando, pero no podía parar—. Bueno, vale, no me acuerdo de gran cosa, así que tampoco es mucho decir... Ayer descubrí que me encantan las hamburguesas sin tomate natural. Ni pepinillos. Pero con doble de beicon.

Cuanto más hablaba, más se ensanchaba la sonrisa burlona de Carson.

—¿Y queso? —preguntó.

—Con el queso tengo una relación de amor-odio.

Yo también sonreí. Pocos días antes, cuando estaba con Del, había habido otro momento en que no podía parar de hablar, y a él no le había hecho mucha gracia. Carson me soltó la mano.

—Bueno, siguiendo con lo del helado..., ¿seguro que lo has visto?

—Sí.

—¿Te importa tener compañía?

Mi corazón se alegró de mil maneras al oír la propuesta.

—¿No venías a ver a Scott?

—Scott puede esperar. —Carson me dio un golpecito con el hombro—. ¿O no?

Mientras lo miraba, pensé que compartir helado no era un pecado capital, y que la distracción podía sentarme bien.

—Y tanto.

Carson me siguió a la planta de abajo, donde recorrimos varias salas. Tardé un rato en encontrar los cuencos y los cubiertos. Después saqué el helado. Carson amontonó varias cucharadas de delicioso chocolate en su cuenco. Yo eché en el mío tres de las grandes. Después nos sentamos a la barra, frente a frente.

—¿Dónde están tus padres? —preguntó él mientras aplastaba el helado con la parte posterior de la cuchara.

—Papá no sé; mamá, en la cama. —Me incliné y bajé la voz—. Creo que es lo único que hace. ¿Siempre ha sido así?

Carson levantó la vista mientras metía una cucharada en su boca.

—Tampoco es que la haya visto mucho. Procuro limitar mis visitas, porque la verdad es que ella no las lleva muy bien.

—¿Por qué? —pregunté frunciendo el ceño. Carson se sirvió un poco más de helado.

—A tu madre no le gusta mucho que venga por mi padre. —Hizo una pausa y se encogió de hombros—. Debe de pensar que le robaré alguna obra de arte.

Cuando oí eso, yo apreté la cuchara con tal fuerza que no me habría sorprendido que se doblase.

—Pues menuda idiotez. Tu padre es como el mío. La única diferencia es el trabajo que hacen. No entiendo por qué se le da tanta importancia a eso.

Otra vez esa mirada. La misma que me había hecho sentir como si yo fuera un enigma que él no fuese capaz de resolver.

—¿Sabes lo que siempre me ha hecho gracia?

—¿El qué?

—Por lo que dice Scott, tu padre se parecía mucho al mío antes de conocer a tu madre; un hombre con poco dinero, de clase obrera y tal y cual. Por eso nunca he entendido que acabara con tu madre.

—Yo tampoco. —Ni yo misma conocía la solución de aquel enigma—. Porque mamá es de...

—Familia rica, y los ricos tienden a relacionarse entre ellos. Quizá se enamorase locamente.

Empecé a sonreír cuando pensé en mi padre conquistando a mi madre con todo tipo de detalles románticos. Luego pensé en su relación actual. Había más pasión entre mi cepillo de dientes y yo. Carson se zampó una cucharada enorme de helado.

—Está muy bueno.

Observé cómo rebañaba su cuenco, mientras yo esperaba a que se derritiera mi helado. Cuando estuvo blando, hice girar mi cuchara hasta obtener una especie de crema. Carson se rio.

—Me parece que me gusta así —dije.

—Sí, ya lo hacías de pequeña. Tu madre se volvía loca.

Mientras estudiaba a Carson, un poco de chocolate cayó al cuenco desde la cuchara.

—¿De verdad éramos amigos del alma?

Él asintió con la cabeza.

—Pues sí... Durante mucho tiempo fuimos inseparables.

Como había hecho mil veces desde que supe que su nombre era la respuesta a mi pregunta de seguridad, traté de imaginarnos haciendo cosas juntos: correr, jugar, hacer travesuras... Por desgracia, como tantas otras veces, los recuerdos no volvían por mucho que me empeñara. A decir verdad, creo que lo que más echaba en falta era su posibilidad.

—Ya estás poniendo esa cara otra vez —dijo él, apartándose el pelo de la frente con su otra mano—. Estás descontenta por algo. Mala compañía, ¿eh?

—No, no. Para nada —le aseguré—. No poder acordarse de nada es un asco. Creo que... los recuerdos me habrían gustado mucho.

Nos miramos un momento a los ojos.

—Pues yo todavía los tengo. Si quieres te hago una selección.

Una sonrisa me tensó los labios.

—Estaría bien.

Carson pensaba lo mismo. Repasó los momentos estelares de nuestra infancia mientras acabábamos el helado: ir en bici, subirnos a los árboles, nadar, hacer fuertes con ramas... Habíamos hecho de todo. Me enteré de que también le había roto el brazo a Carson, esta vez saltando desde una de las rocas de Devil's Den y arrastrándolo en mi caída. Se había perdido toda una temporada de la liga infantil.

Scott tenía razón. Carson y yo habíamos sido muy amigos.

Siempre que hablaba de nosotros se le arrugaba la piel alrededor de los ojos, que para mí eran como un imán. Su brillo de lapislázuli me absorbía. En mi pecho, mientras tanto, crecía la presión. Por un lado estaba bien, porque me daba la sensación de estar a punto de salir volando de mi asiento, pero también había un elemento de crispación teñido de tristeza y de vergüenza.

—Siento mucho haber sido tan estúpida contigo, de verdad —repetí. Ni las visitas a su madre ni el gesto que había tenido con él cuando se había quedado huérfano compensaban lo demás—. No te merecías que... acabara así.

Carson abrió la boca, pero la cerró de nuevo. Después de un buen rato se inclinó y cruzó los brazos sobre la barra.

—Voy a serte sincero, ¿vale? Hasta ahora, siempre que me pedías perdón pensaba: ¿con qué me viene esta? Es difícil creer que lo digas en serio, basándose en

mis... experiencias anteriores contigo.

Me encogí. De repente habría preferido no comer tanto. El helado se me agrió en el estómago.

—Lo entiendo —dije.

—No, no lo entiendes. —Me aguantó la mirada—. Ahora me doy cuenta de que te arrepientes. Hace unas semanas... no estoy tan seguro, pero ahora sí. Y es importante, ¿vale? El pasado es el pasado. Ya no existe. Dejemos que se muera.

La sinceridad de su mirada y de su voz alivió un poco la presión.

—Gracias —susurré.

Carson asintió con la cabeza. Hubo otro silencio.

—Después de clase ha venido a casa el inspector —le expliqué, mirando el cuenco embadurnado—. Papá se ha cabreado tanto que casi lo echa a patadas.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—No le ha gustado que Ramirez me hiciera preguntas sin que estuviera él... o un abogado. —Levanté la vista y respiré profundamente—. Según papá, soy su sospechosa principal.

Carson frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?

—Sí. Soy la última persona que la vio.

—Eso no se sabe —alegó Carson para mi alivio—. Cualquiera os pudo acompañar. Y es posible que lo que le ocurrió a ella no tenga nada que ver con lo que te pasó a ti. Todo podría haber sido una coincidencia alucinante, un accidente.

—Eso espero —murmuré. Luego elevé la voz—. De todos modos, ¿quién crees que pudo haber estado con nosotras? Si no fue un accidente, quiero decir.

—¿Me estás preguntando quién pudo haber estado con las dos y haber querido... hacerle daño a Cassie? ¿O a ti? —Carson se apoyó en el respaldo, pasándose la mano por el pelo revuelto—. Caramba, Sam, qué idea más retorcida...

—A quién se lo dices... —Empecé a roerme el pulgar, pero ya no me quedaba uña—. Por lo que sé, podría haber sido yo.

—¿Qué? —Carson alzó las cejas—. No. Imposible.

Hice un gesto.

—La Sam de antes parecía muy capaz de cualquier cosa y, por lo que he oído, entre Cassie y yo había una amistad un poco rara. Quizá nos peleáramos y...

—¿Y qué? ¿Y la mataste? —Carson puso los ojos en blanco y se rio—. Imposible. Tenías un punto malvado, es verdad, pero no podrías haberle hecho daño a nadie. Además, eso no explica tus heridas.

Era verdad. Por una vez, la imposibilidad de algo me tranquilizó. Me eché el pelo hacia atrás.

—Vale. Si tuvieras que elegir a alguien, ¿quién sería?

Carson se quedó mirándome, estupefacto.

—¿Elegir a alguien capaz de matar a otra persona? ¡Buf! Espero no conocer a nadie que lo sea.

—Ya, pero si tuvieras que elegir a alguien que pudiera haberle hecho daño a Cassie, ¿quién sería? —insistí. Él apartó la mirada, parpadeando.

—La lista de los que estaban enfadados con ella es enorme, pero de ahí a matarla... No, no creo.

—Carson...

Maldijo en voz baja mientras me miraba.

—Vale. Está Trey. Su relación con Cassie daba pena. Luego hay al menos cien chavales del instituto que muy probablemente hayan fantaseado más de una vez con empujarla delante de un autobús.

—Muy bonito —dije arrugando la nariz.

—Es que tú no la recuerdas, Sam. Cassie era... Digámoslo así..., tenía muy pocos buenos momentos. Se portaba fatal con quienes no eran de familia rica, ni llevaban coches de lujo, ni pasaban los veranos en un yate, lo cual bien pensado es de risa, porque sin el padre de su madre ella no habría tenido nada. Encima, era una manipuladora. —Se inclinó y apoyó los codos en la barra—. Cada mes elegía a una nueva víctima, alguna chica de quien fingía querer ser amiga, porque tenía algo que le convenía. Primero era simpática con ella, y el resto le seguía la corriente. Luego, cuando ya había conseguido lo que quería, la avergonzaba delante de todos. Una vez hizo que todo el instituto creyera que Sandy Richards era lesbiana.

Sandy iba a mi clase de historia. Una chica callada. Me caía bien.

—¿Y a quién le importaba que fuera lesbiana?

—A nadie, pero Cassie iba contando que Sandy estaba obsesionada con ella y que se le insinuaba. Mentira podrida. Estoy seguro de que la mitad del instituto no se lo creyó, pero nadie se enfrentaba con Cassie. —Carson se echó hacia atrás con los brazos cruzados—. Porque nadie se enfrentaba contigo, y todos sabían que meterse con Cassie era como meterse contigo.

Volví a sentir el mismo peso de antes oprimiendo mis pulmones.

—¿Por qué crees que era así?

—Ni idea. En todo caso era... retorcida. —Carson giró la cabeza. Volvió a mover la mandíbula—. A veces, cuando salía de marcha se pasaba... y de repente se ponía a llorar y le entraban arrebatos sin motivo. Trey decía que era por culpa de su padre, pero vete a saber.

¿Por su padre? Me quedé pensativa al recordar que, por lo visto, su padre había figurado en la lista de ausentes de Cassie. Después hice una pregunta que tal vez no debería haber hecho.

—¿Y yo por qué actuaba así?

Carson volvió a parpadear y abrió mucho los ojos.

—Jo, Sam, qué más quisiera saber yo... Pero no lo sé. Tus padres te trataban bien. Lo mismo que Scott. Y aunque cambiabas cuando te juntabas con Cassie,

tampoco se le puede echar la culpa de todo a ella. Las decisiones fueron tuyas.

—Ya lo sé. —Bajé la vista—. Juntas, Cassie y yo éramos tremendas, ¿no?

Resopló con fuerza. Cuando levanté la vista, vi que miraba por la cristalera.

—Era muy raro. Dos personas que cuando estaban juntas sacaban lo peor de sí mismas. Si sabíais algo comprometedor de alguien, lo usabais en vuestro provecho. Erais muy oportunistas. Y había mucha gente con motivos de sobra para sentir rabia hacia vosotras, pero de ahí a...

La vergüenza volvió a quemarme por dentro como un ácido. Tomé la última cucharada de helado derretido, arrepentida de haber abierto la boca. Carson me miró y se rio en voz baja. Dejé la cuchara en el cuenco.

—¿Qué pasa?

—Tienes helado en la barbilla.

—¿Ah, sí? —Me la limpié—. ¿Ya?

Él sacudió la cabeza, estiró el brazo por encima de la barra y me pasó el pulgar por el labio inferior, dejándome sin respiración. Su pulgar se quedó justo debajo de la comisura de mis labios, pero el resto de sus dedos se extendió por mi barbilla. Más callosos que mi piel, me dieron un escalofrío de placer. Nos miramos. Yo esperé a que apartase la mano, porque a esas alturas seguro que la manchita había desaparecido, pero él no lo hizo.

Lo que hizo fue deslizar el pulgar por mi labio inferior. Yo aspiré una bocanada de aire que se perdió en algún sitio, como la anterior. Una embriagadora ola de calor me recorrió todo el cuerpo. Tragué saliva.

—¿Más helado? —pregunté.

Una sonrisa asimétrica se extendió por los labios de Carson.

—Vale.

Una parte de mi cerebro se desconectó. Puse las manos en el borde de la barra, me incliné y dejé de pensar en otra cosa que no fuera la sensación eléctrica que había creado Carson solo con sus dedos. No estaba muy segura de lo que hacía, pero mi cuerpo tomó el mando. Mi corazón, que parecía un tambor, saltó cuando la mano de Carson se deslizó hasta mi mejilla.

Estaba mal, pero al mismo tiempo sentaba tan increíblemente bien...

Se oyó un carraspeo. Di un respingo que a punto estuvo de hacer que me cayera del taburete, y descubrí horrorizada a mi madre, con una copa llena de algo rojo en la mano.

—Es tarde, Carson —dijo ella con un tono tan frío como su mirada—. Me parece que es hora de que te vayas a casa.

Carson me sonrió fugazmente mientras se levantaba.

—Perdone, señora Franco. No había visto la hora.

Ella hizo un gesto seco de asentimiento. Carson me miró por encima del hombro.

—Nos vemos en el instituto, Sam.

Cuando me levanté tuve la impresión de que me ardían las mejillas. Quise

acompañarlo a la salida, pero ya había desaparecido por la esquina. Al cabo de unos segundos se oyó una puerta que se abría y luego se cerraba. Yo había acaparado su tiempo por completo. Ni siquiera había pasado a ver a Scott.

—¿Qué haces, Samantha?

Respiré hondo.

—Comer helado.

—No te hagas la ingenua conmigo.

—No me hago la ingenua, mamá. Estaba comiendo helado con Carson. ¿Por qué? ¿Pasa algo? —Le di la espalda para recoger los cuencos y dejarlos en el fregadero—. Tampoco es que...

—Ya ni siquiera estoy segura de conocerte —dijo ella tensa, dejando la copa en la barra—. Hace dos semanas no habríamos tenido esta conversación.

—Ya, y hace dos semanas era una bruja como la copa de un pino. —Que al parecer tenía enemigos repartidos por todo el instituto—. Si te decepciona tanto que sea mejor persona, tendrás que acostumbrarte.

—No se trata de ser mejor persona. —Me siguió al fregadero y me arrebató los cuencos, uno de los cuales chocó con el acero inoxidable y rodó sobre un lado. El otro se partió en dos grandes trozos. Yo me quedé de piedra y le lancé una mirada asesina—. Si te enredas con chicos así te fastidiarás la vida.

Yo retrocedí.

—Mamá, solo estábamos hablando.

—A mí no me lo ha parecido —replicó. Tenía las mejillas del mismo color que su blusa de seda—. Los chicos como él...

—¡Carson no tiene nada de malo! —Rocé a mi madre al pasar por su lado. No me apetecía discutir. Bastantes problemas tenía como para enzarzarme ahora en combates verbales—. Estoy cansada.

—No te equivoques como yo lo hice —dijo ella con una voz casi inaudible, mientras se le ensanchaban las fosas nasales.

—¿Qué? —La sorpresa me hizo abrir más los ojos—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Da igual. —Mi madre clavó los tacones en el suelo de madera noble—. No dejaré que hagas más el ridículo. Bastante malo es que...

Di media vuelta.

—¿Qué es bastante malo, mamá? —A la mierda con lo de no pelearme. De golpe no sentía otra cosa que una rabia desbordante—. ¿Todavía te avergüenzo? ¿Otra vez soy la comidilla de todos tus amigos, solo que ahora hablan de lo que nos pasó a Cassie y a mí? Debes de estar pasándolo muy mal.

La mirada de mi madre se endureció.

—¿Seguro que no has recuperado la memoria? Porque todo eso me suena mucho, Samantha.

—¿Ah, sí? Pues me alegro.

Intenté pasar de largo, pero me cerró el paso. Qué rápida, por Dios... El arrepentimiento oscurecía las manchas verdes de sus ojos.

—Perdona, cariño —dijo—. No es culpa tuya. Al margen de lo que pasara, o de lo que hicieras, nada es culpa tuya.

Luego se giró, dejándome de piedra. Oí que se paraba en el mueble bar. Supe que se estaba llevando una botella. Salí aturdida de la cocina, y entonces vi a mi padre.

Apartó la vista, con los ojos cerrados y el ceño fruncido.

—Samantha...

—¿Cree que lo hice yo? —Me salió una voz aguda, pero ronca—. ¿Cree que le hice algo a Cassie?

—No. —Abrió mucho los ojos—. No, nada de eso. Lo que le pasa es que está cansada, y que tanto estrés... la ha afectado. Tu madre no... —Sacudió la cabeza—. No piensa eso.

Muy amable por su parte intentar convencerme, pero no me lo creí.

—¿Y tú sí?

—No, nena, no creo que tuvieras nada que ver con lo que pasó —dijo, intentando sonreír sin conseguirlo—. Es tarde. Sube a tu habitación; mañana irá todo mejor.

Al principio no pude hacer otra cosa que mirarlo fijamente, con gélida incredulidad, mientras sentía en mi garganta el escozor del llanto. Cuando logré moverme, pasé corriendo a su lado. No sabía muy bien de qué huía, pero tampoco importaba adónde iba. Me desvestí y me cambié con manos temblorosas, sin poder borrar de mi cabeza las palabras de mi madre.

Me senté en la cama y junté las piernas con el pecho. Con la cabeza apoyada en las rodillas, mi respiración entrecortada no lograba atajar el pánico. Por mucho que Carson no me creyera capaz de algo así, ¿qué podía pensar yo si mi propia madre creía lo contrario?

La señora Messer tenía una manía con las gafas; se las ponía cuando empezaba a hablar, se las quitaba antes de haber acabado la frase y luego mordisqueaba una patilla. En los primeros cinco minutos de nuestra sesión del miércoles ya había completado el ciclo cinco veces.

Me arrellané en la silla, disimulando un bostezo con la mano. La señora Messer se había pasado casi todo el tiempo leyendo los informes de mis profesores. Por fin metió los papeles en una carpeta y la apartó.

—Era lo que me esperaba, no hay ningún profesor preocupado. Incluso atiendes más en clase que antes.

—Bueno, al menos ha servido de algo —respondí. Ella sonrió apretando los labios.

—¿Cómo va todo en casa?

Ordené a mi rostro que no expresara nada.

—Todo va bien.

Y venga a ponerse las gafas.

—Ayer me llamó tu madre. Está preocupada por tu adaptación.

Me erguí en la silla, con la boca bien cerrada. Mi madre no me había dirigido la palabra desde el estallido del lunes por la noche. Por mí perfecto.

—¿La ha llamado?

—Sí. Tiene miedo de que te cueste conectar con las cosas anteriores al... incidente con tu vida actual. —Y venga a quitárselas—. ¿Te apetece hablar del tema?

Los dientes me dolían de tanto apretar la mandíbula.

—El problema lo tiene más bien ella con mi manera de ser actual.

La señora Messer mordisqueó la patilla.

—Dijo algo sobre un chico...

Se me colorearon las mejillas.

—Estaba comiendo helado con un chico y a mi madre casi le da algo. —¡Me parecía mentira que hubiera llamado a la señora Messer! No había cumplido su promesa de contactar con un buen psicólogo, pero que se lo hubiera contado a la orientadora del instituto sí que era grave. Respiré hondo, aferrada a los brazos de la silla—. No soy la misma persona que antes del incidente. ¿Y sabe qué le digo? Que creo que es para bien. Antes era una bruja de cuidado.

Ella volvió a ponerse las gafas y le temblaron los labios como si quisiera sonreír de verdad, no de esa manera falsa y envarada propia de ella.

—Bueno, si te sirve de consuelo, le expliqué que notaría cambios de personalidad.

—Seguro que se alegró —rezongué—. Ella cree que soy una...

—¿Una qué, Samantha?

Empecé a mordirme la uña del pulgar mientras daba golpes nerviosos en el suelo con el pie. El impulso de revelar mis secretos era muy intenso, y yo tenía ganas de ceder.

—No lo sé. Se avergüenza de mí. Me parece que siempre ha sido así.

—No creo —dijo la orientadora observándome—. ¿Has conseguido rescatar más recuerdos?

Me concentré en una foto que había sobre la mesa, un niño con cara de querubín, y encogí un solo hombro.

—Solo cosas sueltas, sin demasiado sentido. No ha habido ninguna avalancha de recuerdos, y eso que he seguido todas sus indicaciones. Creía... creía que la noticia sobre Cassie despertaría algo, pero no fue así.

—¿Cómo te has tomado lo de Cassie? ¿Sigues igual de apática en todo lo que se refiere a ella?

Me daba mucha rabia cuando hablaba así, aunque por otro lado lo entendía. Una cosa era cierta: al no poder recordar ninguna emoción vinculada a mi relación con Cassie, compartir el dolor que sentía todo el mundo por su muerte inesperada se me hacía difícil.

—Estoy tratando de recordarla.

—No lo he preguntado en ese sentido.

Yo seguí mordéndome la uña sin querer contestar.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dije. La señora Messer asintió—. ¿La gente que empieza a recuperar la memoria ve... cosas raras?

Ella parpadeó despacio detrás de sus gafas.

—¿Cosas raras de qué tipo?

Volví a alzar los hombros.

—No sé, como ver cosas raras u oír voces...

Se quitó de nuevo las gafas, y esta vez las dobló.

—Algunos recuerdos pueden volver en forma de voces o imágenes que pueden parecer extrañas. Si me dieras algún ejemplo...

Esperé a que se pusiera las gafas o las mordisqueara. Al ver que no lo hacía, supe que la había descolocado. Mal asunto. Ese mero detalle me indicó que oír y ver cosas raras no era normal.

La señora Messer cambió de tema cuando vio que yo no quería hablar más de eso, pero tuve la seguridad de que lo sacaría a relucir otra vez, probablemente el viernes.

—El lunes entierran a Cassie. Te podría resultar... difícil.

—O ayudarme a recordar algo.

—Es posible —asintió, apuntando algo en la libreta.

La sesión había terminado. Tuve que correr a mi taquilla para no llegar tarde. Lo primero que vi al abrir la puerta metálica fue un mensaje escrito en un papel amarillo doblado en forma de triángulo. Antes de desplegarlo miré a mi alrededor para comprobar que no había nadie cerca.

Aquellos mensajes me desconcertaban. Me daban miedo. Si había sido yo... Si le había hecho algo a Cassie, y había salido herida yo también, ¿cómo se podían explicar aquellas notas? ¿Qué era peor, ser responsable de la muerte de Cassie o la posibilidad de que el culpable aún anduviera suelto? La misma persona que me perseguía con reservas inagotables de papel amarillo...

No tenía respuesta para eso. Abrí el mensaje con un suspiro.

Tú sabes por qué estaba en el lago.

Por un momento tuve ganas de reír al doblarlo otra vez y guardarlo en el bolso con los demás mensajes, pero una inquietud ya conocida impregnó mi garganta. Obviamente, yo no sabía por qué había estado Cassie en el lago. Quien estuviera dejando aquellas notas debía aclararse un poco acerca de mi situación. Y eso suscitaba una pregunta aún mayor.

¿Quién dejaba los mensajes, y cuánto sabía?

Cerré la taquilla y me giré justo cuando Del aparecía por la esquina y se acercaba tan tranquilo. Cuando me acordé de mis ganas de besar a Carson, sentí una pequeña punzada de culpabilidad.

Del me rodeó los hombros con un brazo y me dio un beso en la mejilla. Después se apartó y me estiró un poco la coleta.

—Te veo cansada. ¿Estás bien?

Me alisé el pelo, cohibida.

—La verdad es que hoy no me he esmerado mucho en arreglarme.

—No pasa nada —dijo, agarrándome de la mano en el pasillo—. Todo el mundo entiende que lo has pasado mal, y después de la noticia de Cassie nadie espera mucho.

Arqueé una ceja, pero no dije nada. Del se paró a la entrada de mi clase de mates y se despidió con un beso, esta vez en los labios. No estuvo nada mal. Un beso cálido y seco, suave. Paciente, incluso, aunque a mí se me seguían encogiendo los dedos de los pies, y no por un buen motivo. Luego se apartó y clavó en mí una mirada escrutadora.

—¿Seguro que solo estás cansada?

Aparte de los mensajes misteriosos, de la posibilidad de haber intervenido en la suerte de Cassie y de los pensamientos de loca, tenía graves problemas con los chicos. Por si mi vida no fuera ya lo bastante complicada, yo deseaba a quien no debía desear —el mejor amigo de mi hermano—, mientras mi novio esperaba con

paciencia que volviera a ser la de siempre.

Si lo mío con Del tenía algún futuro, este pasaba por aclarar mis sentimientos hacia él, porque era injusto darle falsas esperanzas. Si yo ya no era la chica que se había enamorado de él, no estaba bien seguir con aquella... farsa.

Durante las clases de la mañana barajé mis opciones sin decidirme por ninguna. No sabía por qué lo retrasaba tanto. ¿Por miedo a desprenderme de una de las últimas cosas que me vinculaban a mi vida anterior? A esas alturas, mi relación con mis antiguas amistades era prácticamente inexistente, así que Del era el último vestigio de la antigua Sam. Incapaz de formarme una idea clara sobre lo que sentía, opté por apartarlo de mi cabeza y concentrarme en Cassie. El último mensaje no me decía nada, pero me encaminaba en la buena dirección.

Tenía que ir al lago.

Verlo tal vez despertase un recuerdo esencial, o me ayudase a recordar un detalle importante. Por egoísta que pudiera parecer, ya no necesitaba averiguar lo ocurrido solo por Cassie. Tenía que demostrarme a mí misma que no era la culpable de lo que había pasado. De lo que nos había pasado.

Poco a poco se formó en mi cabeza un plan que a la hora de comer, antes de reunirme en la mesa con mis amigos, ya había empezado a poner en práctica. Me paré en la mesa de mi hermano.

—Scott, ¿me prestarías tu coche después del entrenamiento?

Sus cejas se elevaron en su frente.

—Eeh... No lo veo muy claro.

Me senté, dispuesta a suplicar.

—Te prometo que no le pasará nada. Es que tengo que hacer algo después del instituto.

—¿El qué? —preguntó él, aguzando la mirada.

—Algo —dije yo—. Por favor, Scott.

Julie sonrió a mi hermano, burlona.

—No recuerdo haberla oído decir nunca «por favor», así que no tienes más remedio.

—Qué poco me ayudas. —Scott se echó hacia atrás sin quitarme la vista de encima—. ¿Por qué no dejas que te lleve Julie?

—No puedo —dijo ella enseguida. Luego se puso roja—. No es que no quiera, ¿eh, Sam? La verdad es que me apetece que nos veamos.

—Vale, no te preocupes.

No dejé de sentirme algo dolida, aunque mi plan no era ir acompañada. Sin embargo, Julie parecía sincera en su deseo de que volviéramos a ser amigas. Sonrió con una expresión de alivio.

—Después de clase debo trabajar en el teatro. Hoy es mi turno.

—Mierda, se me había olvidado. —Scott suspiró—. Bueno, vale. Llegaré a casa antes de las cinco. Si quieres entonces te lo llevas, pero como le pase algo a mi tesoro

te la cargas. Fijo.

Di un salto, eufórica, y me lancé por la mesa para darle un abrazo.

—Eres el mejor.

Mi hermano se quedó boquiabierto y sacudió la cabeza sin poder decir palabra mientras yo me despedía de Julie, no menos atónita, y seguía hacia el fondo del comedor. Hasta que no dejé mi plato junto al de Lauren no caí en la cuenta de que Carson no estaba en la mesa de mi hermano y Julie. En biología había hecho como si no hubiera pasado nada entre los dos. Probablemente fuera lo mejor, al menos mientras yo no decidiera qué hacer con Del.

Hacía días que no me sentía tan bien. Era como si por fin tuviera un objetivo, algo que investigar en lugar de quedarme sentada y aturdida. Clavé el tenedor en algo que me pareció jamón en lonchas.

—Oye, te he visto hablar con Julie. —Veronica estaba arrancando la etiqueta de su botella de agua—. ¿Habéis hecho las paces?

—Bueno, en realidad estaba hablando con su hermano —dijo Lauren, repartiendo nerviosa sus miradas entre nosotras dos.

—No entiendo qué hace con ella tu hermano —dijo Candy—. Está clarísimo que podría aspirar a más.

Yo traté de disimular la rabia que se me estaba acumulando.

—¿Qué tiene de malo Julie? Es muy simpática, y a mi hermano le gusta.

—¿Cómo que qué tiene de malo? —Candy le lanzó una mirada a Veronica, que estaba al otro lado de la mesa—. Pues que su padre trabaja en una tienda de puros en el pueblo. Y no es que sea el dueño, sino que le pagan el salario mínimo, como a un esclavo.

—¡No me digas! —Me fingí escandalizada—. Madre mía... Parece mentira que la dejen estudiar aquí.

—¡Exacto! —dijo Candy, asintiendo.

Lauren se puso la mano en la boca para aguantarse la risa.

—Era un sarcasmo —explicó Veronica con las mejillas rojas—. Pero qué burra eres, por Dios.

—Yo de burra no tengo nada —dijo Candy cruzando sus brazos finos y soltando una risita—. Bueno, vale, puede que no sea una genia.

Me quedé mirándola.

—Se dice genio, no genia —dije.

—Bueno, como se diga —replicó encogiéndose de hombros.

—Y qué, ¿ya hay ganas de que llegue la fiesta? —preguntó Lauren en un esfuerzo por aliviar la tensión que se estaba creando en la mesa—. Falta menos de un mes. Papá me comprará un vestido de color champ...

—Cállate —la cortó Veronica—. A nadie le importa un pito tu vestido.

—¡Eh, no le hables así! —exclamé apretando el tenedor. Menos mal que era de plástico, porque me estaban dando ganas de clavarlo en lo que sospechaba que eran

labios operados—. Hay que ver...

La piel de Veronica se tiñó de un rojo poco atractivo por debajo del bronceado.

—Vale, vale. Te has puesto hecha una bruja, Sammy.

—¿Ah, sí? —Dejé el tenedor, perpleja. Toda mi irritación salió a flote, y caí presa de una rabia incontenible—. Yo no me burlo de nadie porque sus padres no sean ricos, o porque no lleven ropa de Gap. Eso solo lo haces tú.

—Mira, te voy a ser sincera. —Veronica apoyó las manos en el regazo y se giró hacia mí. Con el cuello de su blusa sobre un jersey gris, parecía estar a punto de pronunciar un sermón—. Comprendo que hayas tenido ciertos problemas...

—¿Te refieres a no tener recuerdos? —repliqué.

—Lo que sea. En todo caso, no es excusa para actuar como lo estás haciendo. Como sigas vistiéndote como una indigente y...

—¿Qué tiene de malo mi forma de vestir?

¡Por Dios, pero si llevaba unos vaqueros y una blusa! La mayoría de la ropa que tenía en casa era demasiado elegante para ir a clase. Además, ¿por qué narices iba a llevar cada día un vestido o una falda? Ella me miró como si fuera una obviedad.

—Y como sigas hablando con gente así... —Supuse que se refería a cualquier persona con ingresos familiares de menos de seis dígitos—, acabarás convirtiéndote en una pringada. Y entonces tendremos graves problemas.

Nuestra pequeña discusión estaba llamando la atención de los que estaban más cerca de nosotras. Podría haberme callado, o haberme levantado para irme, pero no fui capaz. Estaba tan cansada de... de todo: las miradas, los comentarios malévolos, la actitud de Veronica y Candy, como si me faltara algo más que la memoria... Y quizá hubiera algo más, la frustración de no saber nada, de sentirme siempre confusa. En todo caso, estaba harta de aquel par de brujas.

—¿Sabes qué te digo? —repliqué—. Que los problemas ya los tenemos.

—¿Ah, sí? —Veronica entornó los ojos.

—¿Recuperar la memoria significa convertirme en un pedazo de bruja como tú? Pues creo que paso, tía.

Algunos dejaron de comer. Otros se atragantaron con lo que tenían en la boca. La rabia me consumía. Tuve ganas de decir algo más, pero recogí la bandeja y me levanté.

—Ni se te ocurra volver a sentarte aquí —dijo Veronica mientras su pecho subía y bajaba a gran velocidad.

—Tranquila, por mí perfecto —le espeté. Ella respiró profundamente y se giró en la silla.

—Te arrepentirás.

—No, bonita. Arrepentida ya estoy.

No esperé a oír su respuesta. Rodeé la mesa y me fui al principio del comedor. Me daba igual ser el centro de todas las miradas. Me había quitado un gran peso de encima. Me sentía libre, libre de tener que encajar a la fuerza entre personas con

quienes ya no tenía nada en común. La adrenalina me hizo caminar y dejar la bandeja con un ímpetu especial. Una parte de mí tenía ganas de volver corriendo y raptar a Lauren, que era la única decente del grupo.

De camino eché un vistazo a la mesa de mi hermano. Estaban demasiado lejos como para habernos oído, pero los rumores que circulaban por el comedor ya habían llegado hasta ellos. Julie advirtió que la miraba, sonrió y apoyó la barbilla en el hombro de mi hermano.

Como aún tenía tiempo antes de que acabara la hora de comer, recorrí el pasillo hacia mi taquilla. Cuando giré en una esquina, me quedé de piedra.

Frente a la biblioteca estaba Carson, apoyado de espaldas a mí en una taquilla. Le sonreía una morena muy guapa, mientras él le daba una mochila que debía de ser de ella. Lo único que oí por encima del zumbido irracional de mis oídos fue la risa grave y ronca con que le puso la mochila a la chica, esa risa que me encogía los dedos de los pies por un buen motivo.

La visión me dejó el corazón hecho pedazos. No tenía derecho a sentir aquel dolor. Ni a la hoguera que había prendido en mi interior, pero lo cierto es que tuve ganas de abalanzarme sobre ellos y obligarlos a guardar al menos un metro y medio de distancia.

Pero no, no haría eso ni muerta. Quizá la Sam de antes lo habría hecho. Claro que a ella Carson casi nunca le gustaba...

Di un paso hacia atrás, y de repente fue como ver a dos actores en un viejo televisor en blanco y negro. Solo que la chica que estaba delante de Carson... era yo. Estaba de puntillas, con el rostro de Carson justo delante. Al principio pensé que le estaba dando un beso, de tan cerca como estaba, pero después me oí hablar; a mí o a aquella versión inerte y gris de mi persona.

—*Te he visto —dije con desdén—. Te he visto con Dianna. Sé lo que habéis hecho.*

Carson levantó las manos y soltó una risa lúgubre.

—*Estás metiendo tus narices de creída donde no te llaman, como siempre. No tienes ni idea de lo que has visto, Sam.*

Yo me eché el pelo hacia atrás, riéndome.

—*Vamos a fulminarte, Carson. Tú espera, que...*

Se me escapó el resto de la frase. Había tropezado con una taquilla, y el ruido me expulsó de la visión. Lo único que sabía era que la chica que de verdad estaba frente a Carson era Dianna. En cuanto al motivo de nuestro enfrentamiento, lo ignoraba. ¿A quién se refería el «vamos»? ¿Y qué le había visto hacer con Dianna que fuera motivo de amenaza?

Carson miró por encima del hombro y frunció el ceño.

—¿Sam?

Yo retrocedí y sacudí la cabeza, confusa. Saltar de un recuerdo —o posiblemente una alucinación— a la realidad hizo que la cabeza me diera vueltas, sin tiempo para

adaptarse. Eso sin contar mi reacción al ver a Carson con una chica.

—Perdona, no... no quería interrumpir.

—Espera —dijo Carson, deteniéndome—. ¿Va todo bien?

Yo asentí.

—Sí, sí, muy bien.

Carson se giró hacia Dianna con una mirada más incisiva.

—¿Puedes esperar un momento?

—Sí, claro —dijo ella mientras sacaba su móvil y le dedicaba toda su atención.

Carson recorrió la distancia que nos separaba y levantó un brazo como si quisiera tocarme, pero se paró antes de hacerlo.

—¿Qué ha pasado, Sam? —preguntó en voz baja—. Estás sangrando.

—¿Qué? —Miré hacia abajo. Mi jersey, arremangado hasta el codo, dejaba a la vista dos rasguños irregulares de los que brotaban pequeñas gotas de sangre. Mi brazo irradiaba un dolor sordo—. No sé. Debo de haberme... hecho un arañazo.

Carson tragó saliva al agarrarme de la mano.

—¿Cómo puede ser que no lo sepas, Sam? Es un poco...

¿Raro? Solté la mano.

—Tengo que irme.

—Sam...

—Te está esperando —susurré al apartarme—. Ya hablaremos luego.

Él apretó la mandíbula, mirándome de reojo.

—Vale. Ya habrá tiempo.

Asentí, aunque no estaba segura de qué había querido decir. Después sonreí forzosamente, percibiendo que me temblaban los labios, y di media vuelta para ir al baño más cercano. Un peso en el pecho se extendía por mis hombros. Con una sensación de ardor en la garganta, dejé mi bolsa al lado del lavabo y abrí el grifo.

¿Cómo me había hecho daño sin darme cuenta, ni notarlo hasta ahora? ¿Y cuándo me lo había hecho? Tragué saliva, y cuando puse el brazo debajo del grifo el estómago me dio un vuelco. El picor de los arañazos se sumó a la opresión abrumadora del llanto contenido. El agua corrió hasta teñirse de rosa, en contraste con la porcelana blanca del lavabo.

Levanté la barbilla y contemplé mis ojos asustados. Mi corazón latía contra la caja torácica. ¿Qué habría dicho la señora Messer sobre el hecho de hacerse, sin percatarse, un rasguño tan profundo que atravesaba toda la piel? Probablemente lo mismo que sobre los reflejos que hablaban desde el espejo. Una risa ahogada escapó entre mis labios. Dudaba que alguna de esas cosas se pudiera calificar como un mecanismo de superación normal.

Traté de respirar hondo, pero el aire se me atragantaba. Decididamente, algo me estaba pasando. Algo demencial.

Cuando Scott volvió a casa después del entrenamiento, bajé al garaje con el bolso y unas indicaciones que había escrito a toda prisa. Tenía apenas dos horas hasta la puesta de sol, así que me las arreglé para eludir la mayoría de las preguntas de Scott. No me gustó ser tan cortante, sobre todo cuando me estaba prestando su coche, pero tenía muy poco tiempo.

Tardé algo más de cuarenta minutos en llegar a la Reserva Forestal Michaux y encontrar la casa. El sentido común me decía que, si en algún sitio podía empezar la historia, era allí.

Me interné por el camino de grava y me incliné hacia el volante cuando vi una casa de madera de dos plantas. Debajo del porche elevado había dos puertas de garaje. La parte delantera era todo ventanas. Habían talado una parte del terreno para dejar a la vista la fachada. Por detrás, los árboles llegaban hasta la misma casa. Después de aparcar, apreté las llaves en la mano y bajé.

Tiritando, respiré el olor de los pinos y la tierra fértil. También distinguí otro olor, húmedo y familiar.

La mayoría de las casas que había visto por el camino tenían porches cerrados con tela mosquitera, pero en aquella había una terraza de varios niveles. Mientras me acercaba a los escalones, mis zapatillas de deporte hacían ruido al pisar la grava y las pequeñas ramas rotas. Traté de imaginarme a mí misma en verano, recorriendo decenas de veces ese mismo camino.

Los escalones crujieron con un eco estremecedor a cada paso que daba. En un rincón había un jarrón de cerámica. Me acerqué al segundo tramo de escaleras y accedí a la galería principal, que parecía de aquellas que rodean toda la casa.

Tal como esperaba, me encontré la puerta cerrada con llave. Seguí lentamente la baranda. Vi una lata llena de colillas que parecían recientes. Según mis padres, la casa no se había abierto desde septiembre, pero dudé de que las colillas conservaran tanto tiempo su color.

¿Había venido alguien? ¿O fumaba yo?

Sacudí la cabeza y me dirigí a la parte trasera de la casa, donde se oía un susurro apacible que despertó en mi interior una inquietud, un removerse del abismo donde pervivían mis recuerdos. Aquel ruido...

Agua.

Me entusiasmé. Reconocí el sonido del lago. Bajé a toda prisa por los escalones de la parte trasera, y más que caminar me deslicé por la ladera que llevaba a la parte más frondosa. El suelo estaba cubierto de piedras y ramas caídas. Pese a no tener ningún recuerdo consciente de la disposición del terreno, me orienté sin problemas. Quizá ya hubiera estado antes. Era la única explicación. Si alguien se metía de noche en el bosque que había detrás de la casa sin conocerlo un poco, lo más probable era

que se partiera la crisma. Fui hacia el origen del sonido, apartando ramas bajas y desnudas.

Delante había una barca amarrada, *Angel*. La reconocí por una de las fotos del tablón de mi habitación. Subí al embarcadero, cuyo balanceo me pilló desprevenida. Cuando miré más allá se me cortó el aliento.

El lago, de un azul oscuro y reluciente, era mayor de lo que me esperaba. La superficie ondeaba suavemente con la brisa, guardando en sus profundidades toda una vida de secretos, y se extendía hasta perderse en una curva. Levanté la vista y no encontré nada en las inmediaciones que pudiera explicar mi recuerdo de una caída. Nada más que árboles llenos de pequeños capullos y barcas amarradas en todo el perímetro del lago.

Metí las manos en los bolsillos de la sudadera y caminé por la playa artificial. El inspector Ramirez había hablado de una cascada. Parecía el lugar más probable para que alguien se cayera.

Me froté los rasguños del brazo con la manga, intentando no pensar cómo me los había hecho. A partir de un punto, la arena dejó paso al barro y a un camino en mal estado. Las orillas empezaron a llenarse de árboles. Cuanto más me alejaba, más se oía el agua. Rodeé un gran roble y me detuve.

Ante mí había un precipicio con seis o siete metros de caída hasta el lago. Sobre las rocas recortadas y afiladas que sobresalían corría un agua blanca y espumosa. Levanté la vista y tuve un ataque de vértigo. Busqué a tientas hasta apoyarme en un árbol.

Por encima de la cascada había unos treinta metros de barrancos, por donde el descenso era muy accidentado. De la ladera surgían grandes rocas, entre matorrales tupidos y árboles pequeños. Por la montaña bajaba un arroyo sinuoso.

Me costaba mucho creer que alguien pudiera haberse caído desde tan alto. Había demasiados obstáculos con los que no sería difícil partirse los huesos. Ahora bien, si a ese alguien lo hubieran empujado... habría llegado hasta el pie de la montaña. Recorrí con la mirada el espantoso desnivel. Habría acabado abajo, en el lago.

Una inquietante sensación de que estaba en lo cierto se infiltró en mis huesos. Un empujón. A Cassie la habían empujado. ¿Y a mí? ¿Me había caído por el mismo sitio que ella? Tuve escalofríos al recordar aquella sensación de caer, y caer... Tenía que ser eso.

La visión del precipicio no despertó ningún recuerdo en mí, pero aun así lo supe. Todo había acabado allí. Tenía que haber otra manera de subir. La escalada era demasiado ardua; yo no me veía capaz. Necesitaba a alguien que conociera bien el terreno y me llevara a la cima. Scott, tal vez... ¿Carson? Al pensar en él, un calor se propagó por mi estómago. Quizá conociera el terreno, pero no tenía sentido pedírselo a él, y menos después de haberlo visto con Dianna...

¡CRAC!

Me quedé de piedra. ¿Qué había sido aquel ruido? Escuché, tratando de aguantar

la respiración. Distinguí el canto de los pájaros y el rumor de las ramas que se movían sobre mi cabeza, pero no era eso lo que había oído.

¡CRAC! Se partió otra rama. Segundos después se oyó el mismo ruido de antes, el sonido inconfundible de una persona caminando. Se me erizó el vello de la nuca. Mi corazón empezó a golpear la caja torácica.

Otra vez, más cerca.

Di media vuelta y escruté los árboles. Podía ser cualquiera, alguien que hubiera salido a caminar o a correr. Agucé el oído, pero no se oyó nada, ni siquiera sonidos naturales. Todo el bosque había caído en un silencio sepulcral.

Detrás de un árbol, frente a mí, apareció una mancha negra. Al verla con el rabillo del ojo me di cuenta de que era alta, y de que no tenía en absoluto forma de oso.

—¿Hola? —dije elevando la voz y apretando las llaves del coche.

No hubo respuesta. Tampoco vi qué o quién era. Volví hacia la casa, intentando sosegarme para que mi corazón latiera más despacio. Después de uno o dos metros oí un crujido a mis espaldas. Me giré para mirar la oscuridad que empezaba a formarse entre la espesura.

La mancha se movió velozmente entre dos árboles. Era un hombre, vestido de negro. Una gorra calada le tapaba la cara. Sentí una chispa de esperanza que la aprensión apagó enseguida. No podía ser Carson. Él no se habría escondido detrás de los árboles, ni se habría hecho el sordo.

Una persona normal habría contestado a mi llamada.

Unos dedos de hielo recorrieron mi columna vertebral. Retrocedí con una sensación de aplastamiento en el pecho.

—¿Hola?

Nada.

Me giré con la garganta seca y caminé más deprisa. Podía ser cualquiera. También el responsable de lo que nos había pasado a Cassie y a mí. Miré por encima del hombro para no arriesgarme. Al principio no vi nada. Luego... estaba a unos cuantos metros, fuera del camino, dando rápidas zancadas.

Me detuve.

Él también.

Di un paso... y él respondió con otro.

No era buena señal, en absoluto... Se me estaban disparando todas las alarmas. Al final pudo más el instinto y eché a correr. Por encima del ruido de mis pies en el suelo, y del latido de mi corazón, oí que se abría paso entre los arbustos. Me seguía. Me perseguía.

Me lancé entre la vegetación, levantando tierra y piedrecillas. Con la respiración entrecortada a causa del miedo, apartaba las ramas que se enredaban en mi pelo. El borde de una de mis zapatillas tropezó con una rama desnuda, y al caer de bruces recibí lo peor de la caída en las rodillas y las manos. Las piedras me hicieron cortes en las palmas y desgarraron la tela de los vaqueros y la piel de mis rodillas. Mi

reacción al intenso dolor fue un grito muy agudo.

Mi visión se emborronó. El color de las hojas secas y del barro se diluyó en un tono gris. Ahora no, pensé; por favor, Dios mío, ahora no. Demasiado tarde. La visión me succionó.

Me arrastraba por el suelo, poniendo una mano delante de la otra. No, el suelo no; una ladera rocosa y resbaladiza. Las piedras y los terrones que se desprendían me acribillaban la cara. Aturdida, me movía por puro instinto. No me dolía nada. Trepaba con las manos, y los dedos me resbalaban. Aferrándome con desesperación a las rocas, las raíces o a cualquier otro asidero, resbalé unos metros y volví al punto de partida. Tenía las manos grises, pero unas manchas rojas en la parte superior me cubrían las uñas. Uñas partidas.

Parpadeé, llenando la boca de aire, y el mundo recuperó su color. Miré por encima del hombro. Detrás de mí, a un par de metros, había dos piernas enfundadas en unos vaqueros negros. Sentí que el miedo golpeaba mis entrañas. Sorda al dolor, me arrastré por el suelo y corrí.

Tuve la sensación de que pasaba una eternidad hasta que volví a ver las barcas y pisé la arena. Sin atreverme a mirar hacia atrás, me lancé hacia el bosque que separaba el lago de nuestra casa. Respirando a zarpazos, me libré de las ramas enredadas y corrí por el porche. Cuando vi el coche de Scott pegué un grito y, levantando grava, di la vuelta a la capota y miré finalmente a mis espaldas.

No había nadie.

Di media vuelta y escudriñé el frondoso bosque. Podía estar en cualquier sitio, esperando para saltar y... ¿Qué más? ¿Acabar lo que había empezado? Pero ¿por qué? ¿Quién era? Puse la mano en la manija. La puerta del coche se abrió. ¿No había cerrado con llave? No me acordaba.

En cuanto estuve dentro, pulsé el botón lateral que bloqueaba todas las puertas. Después me desmoroné en el asiento, respirando grandes bocanadas de aire que me sacudían todo el cuerpo. Entre las náuseas y el vértigo, la adrenalina me hacía sentir como si hubiera tomado demasiadas bebidas energéticas.

Abrí los ojos y apoyé mis manos temblorosas en el volante mientras algo llamaba mi atención en el asiento del copiloto. Un papel amarillo doblado en forma de triángulo. Mi corazón dio otro respingo que me causó dolor.

Antes no estaba ahí.

Mis manos temblaron al agarrar el papel, que me apresuré a abrir. Una sola frase, escrita con la misma letra pueril que empezaba a resultarme tan conocida como la mía propia:

Sabes quién mató a Cassie.

Arrojé el mensaje al bolso y puse el coche en marcha. Al final del camino de

grava salí a la estrecha carretera con un hormigueo en la nuca.

Tomé la carretera principal, tratando de alargar y acompasar mi respiración. Ya habría tiempo más tarde para perder los papeles, cuando no estuviera al volante de la joya de mi hermano. Acerqué la mano al volumen de la radio para tratar de ahogar mis pensamientos. En ese momento alcé la vista.

Apenas vi la forma oscura en el asiento trasero, un reflejo fugaz en el retrovisor, pero el mundo entero dio un vuelco que me zarandeó.

Dios mío.

Estaba dentro de mi coche.

El terror sacudió mi cuerpo como un trueno oscuro y amenazador que me dejó sin aliento. Fue todo muy rápido. Pensé en parar, saltar del coche y correr, o bien dar un frenazo. No sé qué hice. Exudaba pánico por todos mis poros, una pátina que recubrió mi piel. Mi cerebro emitía señales inservibles. Reconocí el sonido de una bocina, pero sonó como si estuviera a varios kilómetros de allí. No podía respirar.

Está dentro de mi coche.

De lo más hondo de mi cuerpo brotó un grito, mientras la oscuridad se movía hacia mí. Después, un sonido de metal aplastado y desgarrado cortó mi voz. En apenas un suspiro me vi arrojada hacia un lado antes de ser lanzada hacia atrás. Me golpeé la cabeza contra el volante. Un dolor intenso, cegador, paralizante, se hincó en mi cráneo. El cristal se hizo añicos, y algunos trozos se clavaron en mi piel.

Y después, nada.

Un pitido molesto, persistente, me arrojó a un mundo en el que mi piel parecía demasiado tensa y seca. Todas las partes de mi cuerpo me dolían como si hubiera chocado de frente contra un camión. Se abrió un resquicio entre mis párpados. La luz era demasiado intensa. Lamenté con un gemido no poder volver a desaparecer en las tinieblas.

—¿Sam? —La cama se hundió un poco a mi lado—. ¿Estás despierta?

La voz de mi hermano tiró de mí y obligó a mis ojos a abrirse. Su cara, justo encima de la mía, tapaba parcialmente la luz. Bajo sus ojos se extendían unas sombras oscuras. Su pelo era un alboroto de mechones que apuntaban a todas partes. Sonrió ligeramente.

—¿Te acuerdas de mí?

—Sí —grazné. Intenté levantar el brazo, pero sentí un doloroso tirón en la mano. Tubos. Estaba todo lleno de tubos que me conectaban a un maldito aparato. Me humedecí los labios—. ¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

—Has tenido un accidente de tráfico. —Scott me pasó una mano por el pelo—. Papá está fuera, en el pasillo, hablando con los médicos. Según la Policía, perdiste el control del coche en la carretera.

Traté de incorporarme, pero me sentía demasiado débil como para levantar la cabeza.

—¿Y los del otro coche? ¿Están bien?

—No intentes levantarte. Ya lo tengo. —Scott quitó una almohada de la silla, me pasó los dedos suavemente por debajo de la cabeza y me la levantó despacio para deslizar la almohada—. No fue un choque muy fuerte. Están perfectamente.

Mi cabeza, y casi todo mi cuerpo, protestaron por el movimiento.

—Tu coche... Dios mío... Lo siento.

Scott volvió a sentarse y puso los ojos en blanco sin apartar la vista de la fina manta de hospital.

—El coche me importa un rábano. Ya está resuelto. Por la mañana tendré uno de alquiler. —Levantó la vista y nos miramos—. ¿Cómo te encuentras?

—Como después de un accidente de tráfico —dije, levantando la otra mano después de comprobar que no estaba conectada a nada. Me palpé la cabeza con cuidado. Tenía la frente vendada—. ¿Es... grave?

—No demasiado. De todos modos el cerebro no te hacía mucha falta, ¿no?

Primero me reí, y después gemí.

—Ay.

—Tienes muchas contusiones, y lo más seguro es que te duela durante varios días, pero sobrevivirás.

—Me alegro. —Cerré los ojos. Quería moverme, pero sabía que no era buena idea. Algo esperaba al borde de mis pensamientos, algo que se me escapaba. Un vistazo a la ventana me permitió saber que era noche cerrada—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Scott miró por encima de mi hombro, suspirando.

—Son casi las cinco de la mañana. Has dormido todo este rato.

Dios mío...

—Creo que he oído que el médico decía que te quedarás aquí todo el día en observación. Como pasó... lo otro... —Volvió a sonreír, pero con un punto de dureza, de recelo—. Vamos, que en lo que queda de semana no pisarás el instituto. Qué bien te lo montas.

Tuve ganas de reír y seguir el chiste, pero la sonrisa de Scott era burlona.

—¿Has estado todo el tiempo aquí?

Mi hermano asintió con la cabeza.

—Hacia el final del horario de visita ha venido Del el Glande. Y también Julie. —Hizo una pausa. Esta vez la sonrisa que tensaba sus labios era sincera—. Cuando le he mandado a Carson un *sms*, no ha tardado ni diez minutos en venir. No le ha hecho mucha gracia que no le dejaran quedarse.

—Carson —murmuré.

—Sí. Estaba... francamente preocupado, hermana. Tendré que hablar con él. —Una sombra de inquietud nubló su sonrisa—. Sam, los de la ambulancia y la Policía dicen que te encontraron hablando. Algo sobre...

Justo en ese momento entró mi padre, hecho un pincel, como salido del cartel del socio del mes del club de campo; ni un pelo fuera de su sitio. Se acercó sonriendo al otro lado de la cama.

—¿Qué, princesa, cómo estás? —preguntó mientras me apartaba el pelo de la frente vendada.

—Bien. —Eché un vistazo a mi hermano, que de repente se había quedado callado—. ¿Dónde está mamá?

La sonrisa de mi padre perdió intensidad.

—Ha venido antes, pero ahora está en casa... descansando.

Parpadeé para evitar las lágrimas. Mi madre no se había quedado. Yo entubada en el hospital y mi madre en casa, «descansando»... Todo el cuerpo me dolía, y mi madre ni siquiera estaba allí conmigo. Yo la quería a mi lado. De repente necesitaba que me dijera que todo iba bien.

Tal vez no fuera ya capaz siquiera de mirarme, convencida de que yo había tenido algo que ver con la muerte de Cassie. En ese momento, todo volvió de golpe a mi cabeza.

La cabaña, el lago, el precipicio sobre la cascada, mi perseguidor, la nota..., el coche... Mi corazón empezó a latir más deprisa, lo que se reflejó en la máquina que llevaba la cuenta de mis pulsaciones. Hice otro esfuerzo para incorporarme, pero Scott y mi padre me lo impidieron.

—No lo entendéis —balbuceé con un fuerte dolor de cabeza—. Dentro del coche había alguien. Estaba en el asiento trasero. ¿Lo han atrapado?

Mi padre me empujó un poco los hombros y carraspeó.

—Samantha, dentro del coche no había nadie.

Me dolía la frente.

—No..., no lo entiendes. Me estuvo siguiendo por el bosque y me dejó una nota en el coche...

—Samantha, ¿qué hacías en la casa de verano? —preguntó mi padre mirándome a los ojos.

Yo tragué saliva, lanzando una mirada a Scott. ¿Qué importaba la razón? Pero ¿no lo entendían?

—Pensé que si iba... me acordaría de lo que ocurrió. —Mi garganta parecía de papel. Cada sonido que salía era una especie de susurro seco—. Papá, me persiguió. Y luego estaba en el coche. Por eso tuve el accidente.

—¿Quién era? —preguntó mi hermano.

—Scott —lo avisó mi padre. Mi hermano se quedó muy serio.

—Sam, ¿quién te seguía?

—No sé quién era. —Me cubrí la frente con la palma de una mano—. No pude verle la cara, pero me ha estado dejando mensajes. —Scott puso cara de que lo entendía—. El último lo guardé en el bolso. ¿Dónde está?

Scott miró a nuestro padre, que sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa? —Quise saber.

—Cariño, deberías descansar un poco. —Mi padre me tomó la mano y me la apartó de la cara—. Te estás poniendo nerviosa.

Yo aparté el brazo, y algo se me tensó en el pecho.

—¿Mi bolso aún está en el coche? —pregunté.

—No —contestó Scott apartando la mirada—. El bolso estaba en tu cuarto. No te lo llevaste contigo.

—¿Qué? —Me sentía muy confusa. No tenía sentido—. No puede ser. Me lo llevé y guardé el mensaje dentro.

Scott sacudió la cabeza.

—Sam —dijo, apenado—, tuvimos que ir a buscarlo porque cuando llegó la Policía no llevabas ningún documento encima. No te lo llevaste.

Sentí frío al mirarlo, aunque empecé a sudar.

—Pero... dentro del coche había un hombre...

Mi padre puso una de sus manos sobre la mía.

—Dentro del coche no había nadie.

No, no, no.

—Sí. En el asiento trasero. Me seguía. No... —Una enfermera con cara de amargada entró y se acercó sin decir nada a los tubos del gotero. Llevaba una jeringuilla en la mano. El pánico hizo que mis entrañas se retorrieran—. ¿Qué va a hacer? ¿Papá?

—Nada. Solo va a inyectarte la medicación para el dolor. —Mi padre me dio unas palmadas en la mano—. Tranquila.

Observé cómo la enfermera presionaba la jeringa, haciendo aparecer burbujas en el gotero. Luego salió sin mirarme, ni decir una palabra. Yo creía que las enfermeras tenían que ser amables.

—Papá...

—Tienes que descansar.

Yo no quería descansar. Quería que me creyeran. Giré la cabeza hacia los ojos preocupados de mi hermano.

—Scott, cuando fui a la cabaña alguien me seguía. Y antes de mí otra persona había estado allí. Había colillas recientes, y...

—Eran mías, cariño. —Mi padre hizo un gesto con la mano en alto—. A veces voy allá a fumar. Tu madre no lo sabe. Lo dejé hace años, pero con lo que ha pasado últimamente...

Me quedé mirándolo.

—Pero... pero dentro del coche había alguien. Me asustó. Por eso me despisté.

—Sam, cuando llegó la Policía, el seguro de las puertas estaba puesto —dijo Scott bajando la vista. Luego continuó hablando despacio, con cuidado—. No podría haberlo echado nadie después de salir del coche. El ordenador de a bordo estaba quemado. Han tenido que serrar la puerta para sacarte.

Su coche. Vaya.

—La compañía de seguros ya está...

—Dentro del coche había alguien —interrumpí a mi padre elevando el tono. La voz se me quebró. Todo había sido demasiado real como para atribuirlo a una alucinación. Además, recordaba una imagen de mí misma arrastrándome por el suelo. ¿Cómo podía tener una imagen dentro de una alucinación?—. ¡No son imaginaciones mías! No me lo invento.

Mi padre se echó hacia atrás con cara de impotencia.

—Ya sé que no te lo inventas, cariño. No dudo que creas que hubiera alguien en el coche.

Cuando comprendí lo que no había dicho, me quedé sin aliento.

—No estoy loca.

Mi padre hizo un ruido raro. Parecía a punto de estallar, de desmenuzarse en mil pedazos.

—Ya lo sé, nena. No lo estás.

Fue entonces, en el momento en que apartó la vista con un tic en la mandíbula,

cuando supe que no me creía.

Me dejaron salir del hospital el jueves por la tarde, con una receta de analgésicos y la indicación de que estuviera un par de días tranquila. Si no hubiera estado ingresada unas semanas antes, probablemente ni siquiera me habrían retenido tanto tiempo.

En la mesa de mi dormitorio había unas rosas rojas enviadas por Del cuyo olor, fresco e intenso, llegaba hasta el último rincón. Detrás del jarrón se asomaba una cesta más pequeña de peonías de color rosa vivo. Eran de Veronica y las otras chicas.

Mi bolso estaba delante de la mesa, encima de la silla. Dentro se encontraban las llaves de casa, la cartera y el móvil. Volqué su contenido en el sillón. No había ningún mensaje.

Me mareé.

¿Cómo podían ser alucinaciones? Tenía poca sensibilidad en la piel. Pensaba muy despacio. Mi organismo seguía bajo los efectos de los analgésicos. Arrastré los pies hasta el baño. Sin el vendaje, el morado violáceo rebasaba el cuero cabelludo y se extendía por la sien izquierda. Tenía pequeños rasguños en los brazos, a causa de los cristales. Nada en comparación con lo que me había hecho el miércoles.

Se me formó una bola en la garganta, pero me la tragué. Tenía las palmas de las manos en carne viva. Cuando me cambié, lentamente, y me puse un top y unos *shorts* de pijama vi que mis rodillas no habían salido mucho mejor paradas. Al menos la caída era real.

Me cepillé dos veces los dientes, aturdida, y me metí en la cama, donde hice el esfuerzo de no abrir los ojos. Mi madre vino una vez a verme. No habló mucho, pero tenía las uñas, siempre tan perfectas, roídas hasta la raíz.

—Me alegro de que estés bien —dijo cuando se dirigía hacia la puerta.

Yo no contesté.

—Te... te quiero, cielo.

Yo no tenía nada que añadir. Las palabras se quedaron en la punta de mi lengua. Más allá de peleas, de pérdidas de memoria, seguía queriéndola, pero no me salió nada. Ella me miró, triste y cansada. Luego se fue.

Ella me creía capaz de haber matado a alguien. No hacía falta un gran esfuerzo de imaginación para suponer que también sospechaba que yo estaba loca.

Scott entró a verme justo antes de las diez, pero tampoco le dije nada. Me hice la dormida. Después dormí de verdad. Para eso no hacía falta pensar. Pensar me llevaba a cuestionarme mi propia salud mental.

Más tarde, no sé a qué hora, sentí la caricia de algo blando en la nariz, y luego un olor que me recordó la primavera y el principio del verano. Entreabrí los ojos. Tenía justo delante de la cara una de las rosas de Del, pero los dedos morenos que rodeaban el brillante tallo no eran los de mi novio.

La sonrisa insolente de Carson se ensanchó.

—Arriba, dormilona...

—¿Estás aquí de verdad?

—Sí —respondió bajando la rosa—. ¿Por qué lo preguntas?

Probablemente no fuera aconsejable explicar que estaba teniendo unas alucinaciones de lo más realistas. Parpadeé para quitarme el sueño de los ojos. Cuando mi cerebro asimiló que la presencia de Carson era real, sentí un revuelo en el pecho.

—¿Qué haces tú aquí? —opté por decir.

Se apoyó en el cabezal y estiró sus largas piernas. Iba sin zapatos, y llevaba unos calcetines de cuadros.

—Quería verte. Nos has pegado un buen susto, Sam. Uno más.

—Lo siento —mascullé mientras me incorporaba, con la manta hasta el cuello. Cuando se me pasó el mareo, miré el reloj y vi que eran poco más de las diez de la mañana—. ¿Has faltado a clase?

—Sí.

Carson dejó la rosa apoyada en uno de sus muslos y cruzó las manos detrás de la cabeza.

—¿Cómo has entrado?

Otra vez la sonrisa pícara de antes. Me resultó difícil enfocar la vista en algo que no fueran sus labios, tan deseables.

—Mi padre está trabajando en el cuarto de juegos, cambiando el suelo. He esperado a que tu madre se fuera para pasar sin que me viera nadie.

Me quedé observándolo. En sus ojos, de un azul profundo, brilló una cierta indecisión.

—Scott sabe que he venido.

No sabría describir la agitación que crecía en mí con cada respiración. Las emociones iban y venían como un torbellino de pájaros en pleno vuelo; turbadoras, llenas de esperanza, pero a la vez desconcertantes.

—Si... si quieres me voy.

—No —me apresuré a contestar—. No, no hace falta que te vayas. Es que me sorprende.

Carson sostuvo mi mirada.

—Tus padres no querían que te visitara nadie. —Apartó la vista y se quedó callado. Una cierta pérdida de naturalidad en su postura le tensó los bíceps—. Scott está preocupado.

Decepcionada, hundí el puño en la colcha.

—¿Has venido por eso, porque mi hermano está preocupado?

Carson movió rápidamente la cabeza hacia mí. Había bajado las cejas, y estaba muy serio.

—Sam, he venido porque el que está preocupado soy yo.

—Ah. —Me sonrojé y bajé la vista hacia sus labios. Maldición—. Estoy bien.

—¿Seguro?

Me observó con atención, tan serio como yo. Asentí con la cabeza. Él bajó lentamente los brazos y acercó las manos a mi frente para tocar aquel morado tan horrible. Fue un contacto breve, como de mariposa, pero provocó que me estremeciera.

—¿Qué te pasó?

—Tuve un accidente de tráfico.

Su expresión se hizo cómica. Volvió a poner los brazos detrás de la cabeza.

—Hasta ahí llego.

Me mordí los labios agrietados mientras echaba un vistazo al sillón, donde aún seguía el contenido de mi bolso. Nada de mensajes. Nada de hombres en el asiento trasero. Y era muy probable que tampoco en el bosque.

Miré a Carson de reojo, con la garganta seca.

—¿Te quedas?

Arqueó una ceja.

—No me voy a mover.

Mi cerebro no fue capaz de entender que mi corazón y mi cuerpo se alegraran tanto de oír esas palabras. Asentí con la cabeza y aparté las sábanas para bajar de la cama e ir al baño, donde me lavé rápidamente los dientes y la cara. Cuando salí del baño, Carson permanecía en el mismo sitio que antes. Agarré una botella de agua que había sobre la mesa y, en lugar de los analgésicos, me tomé dos aspirinas. Luego quise preguntarle si quería beber algo, pero él ya tenía una bebida energética apoyada en el suelo.

Su mirada me siguió hasta la cama. Fue entonces cuando me di cuenta de que solo llevaba unos *shorts* de pijama minúsculos y una camiseta fina. Intuí que la Sammy de antes habría caminado más despacio, o se habría contoneado, pero lo que hice fue meterme a toda prisa en la cama y taparme con el edredón, no con la sábana, ruborizada de pies a cabeza. Carson se rio entre dientes.

—Cállate —murmuré. Él se giró de lado y me miró con malicia.

—¿Qué pasa? Me gusta lo que veo.

Puse los ojos en blanco y me acurruqué.

—¿Has venido a hablar de mi pijama?

—No, pero es una buena manera de entablar conversación. —Carson se tumbó a mi lado. Se me hizo rarísimo estar en la misma cama que él, con la manta de cuadros como única separación; rarísimo pero agradable—. ¿Piensas explicarme qué pasó?

—¿Te ha comentado algo mi hermano?

Sonrió un poco.

—No.

Sentí un impulso como el que había tenido el miércoles con la señora Messer. Quería —necesitaba— contárselo a alguien, y con Carson había cierto nivel de

confianza explícita. Además, estaba ahí conmigo porque le importaba. Si tan preocupado estaba Del, que hubiera venido a visitarme. No era justo, lo sabía, pero era la verdad.

Carson estaba allí, conmigo.

Después de haberlo tratado de pena durante cinco o seis años. Ya había visto lo peor de mí. Mis defectos estaban a la vista, como un cable eléctrico pelado.

Respiré, superficialmente.

—Creo que estoy loca.

Por lo visto, Carson esperaba cualquier cosa menos eso. Cerró un poco los ojos.

—Tú no estás loca.

Lo dijo con tanta sinceridad que se me hizo un nudo en la garganta.

—No entiendes lo que me ha pasado.

—Pues explícamelo —dijo sin dejar de mirarme a los ojos.

Lo hice. Se lo expliqué todo: los mensajes y lo ocurrido en el lago y el coche. Hasta le hablé de las sospechas de mi madre, y de las alucinaciones, que eran lo peor de todo. Cuando terminé, sentí que me había quitado un peso enorme de encima. Nada se había resuelto ni arreglado, pero tuve la impresión de poder respirar por primera vez desde que había vuelto en mí y me había encontrado caminando por aquella carretera solitaria y desconocida.

Yo suponía que Carson me daría una palmadita en la cabeza y luego saldría corriendo de la casa. Pero no hizo ninguna de esas cosas.

—Tú no estás loca —insistió con vehemencia.

—¿No? —El llanto contenido acabó por derramarse y cayendo por las mejillas—. Ya no sé diferenciar entre lo que es real y lo que no. Te lo digo en serio.

Carson se acercó un poco y me secó las lágrimas con el pulgar.

—Mira, seguro que muchas de esas cosas tienen alguna explicación. Has dicho que Scott vio el primer mensaje, ¿no? Y yo aquel día en bio vi el papel amarillo. Los mensajes existían.

—Pero ¿y el del coche? Ni siquiera llevaba el bolso encima, y habría jurado que sí.

—Bueno, yo no descartaría el estrés. Cuando... murió mi madre, mi padre creía que hacía muchas cosas que en realidad no hacía. Una vez se dejó el coche en marcha y me echó la culpa a mí. Hasta escribía notas, como listas de encargos, y luego se le olvidaban. —Me secó otra lágrima—. ¿Dices que el hombre era como una mancha negra? —preguntó. Yo asentí, sorbiendo por la nariz—. Un día, en clase, dibujaste una figura oscura. Creo que lo que está pasando es que tu subconsciente se manifiesta. El hombre del bosque y del coche... podría ser un recuerdo. —Le tembló uno de los músculos de la mandíbula, pero sus ojos, de un azul tan intenso que parecían violetas, seguían conteniendo una dulzura extraordinaria—. No sabes qué te pasó. Quizá te persiguiera alguien. Todas esas alucinaciones podrían ser recuerdos.

—¿Cuando mi reflejo habla conmigo también es un recuerdo? —Al plantear la pregunta me sonrojé, a pesar de que ya se lo había contado.

—Ya te digo que lo más seguro es que sea por culpa del estrés. No tiene nada de vergonzoso —dijo amablemente Carson—. Te han pasado muchas cosas, Sam. Y encima te presionan a ti misma para acordarte. —Me puso una palma en la mejilla—. Por favor. No llores, por favor.

Su ruego en voz baja me llegó tan hondo que se apoderó de mi corazón. Asentí con la cabeza y me esforcé al máximo por no llorar. Algo realmente difícil, teniendo en cuenta lo perfecto que lo hacía todo el muy puñetero de Carson.

—Gracias —dije por fin, cuando el llanto se alivió y él apartó la mano—. Lo digo en serio. Ya no me siento tan... loca.

Un esbozo de sonrisa le tensó los labios.

—Me alegro de saberlo.

Volví a tener palpitaciones. Me puse boca arriba y respiré profunda, acompasadamente. Ya le había contado la visión de Dianna. Yo quería saber más, pero pensé que era mejor no insistir.

Carson también se puso boca arriba. Estuvimos un buen rato así. No era un silencio incómodo, sino tranquilizador.

—¿Lo de que te iría bien subir al precipicio lo decías en serio?

—Sí —suspiré, pasándome las palmas de las manos por las mejillas húmedas—. Creo que sí. La señora Messer siempre me aconseja que vaya a sitios conocidos.

—Si quieres te acompaño —se ofreció Carson—. Conozco bastante bien la zona. Tú antes también te orientabas.

Antes sabía muchas cosas. Giré la cabeza hacia él y sonreí.

—Si puedes... Sería genial.

Arqueó una ceja, como burlándose.

—¿No se enfadará Del el Glande?

Buena pregunta. Encogí un hombro.

—No creo, pero mejor que no lo lames así.

—¿Te importa que se enfade? —preguntó riéndose entre dientes.

Estuve a punto de responder enseguida, pero me callé y cambié de tema.

—Dudo que mis padres me dejen salir este fin de semana, pero quizá cuando terminen las clases...

—Cuando quieras me avisas.

—Vale.

Volví a mirarlo. Deslicé la vista lentamente por sus pómulos anchos y sus labios entreabiertos. Nunca me cansaría de contemplarlo, lo sabía, pero era algo más, mucho más. Carson conseguía que me sintiese normal, cuerda. Nunca podría pagárselo, ni con palabras ni con actos.

—Gracias por venir a verme. Lo digo de verdad.

Él sonrió otra vez, dejando a la vista el diente mellado. Me quedé sin respiración.

—De nada. Me sorprende que aún no me hayas echado.

—¿En serio? Pues que no te sorprenda. Me caes bien —dije, ruborizándome—.

Seguro que hago mal en reconocerlo, pero es la verdad. Me caes bien, y no entiendo cómo no me he dado cuenta antes.

Me miró sin sorpresa, solo con curiosidad. Después se puso de lado y me apretó el muslo con una rodilla. Su cercanía, solo la manta entre él y yo, hizo que la cama pareciera mucho, mucho más pequeña.

—Qué raro —dijo finalmente—. Reconozco algunas cosas de ti. Tu... tu atrevimiento me resulta familiar. Esa manera de decir todo lo que piensas...

En ese momento pensaba que era de locos sentir un cosquilleo a lo largo de la pierna y no poder apartar la vista por nada del mundo. Teníamos las caras a pocos centímetros, un espacio dulce y torturador. Cuando estaba con Del, nunca tenía aquellas sensaciones. Algo significaría.

—Pero hay otra cosa, nueva y diferente. —Levantó una de las comisuras de sus labios—. Lo curioso es que esta nueva versión de Sam me recuerda a como eras de pequeña.

Bajé la mirada hacia sus labios, tan carnosos y de aspecto tan suave.

—¿Eso es bueno?

Se le borró la sonrisa.

—Es diferente.

—Ah. —Volví a mirarlo a los ojos, curiosa por saber si habría podido manejar su voluntad para que me besara. Bien pensado, ni siquiera estaba segura de que me conviniese—. Eso ya no suena tan bien.

—La diferencia es buena.

Carson respiró de forma entrecortada y apartó la vista. Cuando me di cuenta de que yo seguía mirando fijamente su perfil, traté de enfocar los ojos en las estrellitas del techo.

—El primer beso te lo di a ti —dijo él en voz baja.

Estuve a punto de saltar del susto, y de lo bien que habían sonado sus palabras.

—¿En serio? ¿Estuvo bien? ¿Para mí también era el primero?

Di que sí, por favor, di que sí, pensé. Carson echó la cabeza hacia atrás y se rio en silencio, moviendo los hombros.

—Espero que sí, porque teníamos diez años.

¿Diez? Me desinflé. Demasiado pequeños como para que tuviera alguna importancia.

—Estábamos jugando a girar la botella o alguna tontería así —añadió, bajando la barbilla hasta mirarme—. Tus padres nos pillaron. A tu madre casi le da algo, pero tu padre se rio.

—Me lo puedo imaginar —dije frunciendo el ceño.

Nos quedamos en silencio. Tampoco esta vez fue un silencio provocado por la lástima o el malestar, sino el de dos personas capaces de estar sentadas —o tumbadas— una al lado de otra de manera apacible. Fue perfecto.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Carson, acariciando mi frente con su

aliento. Yo sacudí la cabeza.

—No, por mí no... Todavía no.

Pareció que lo entendía, y no insistió. Al cabo de unos minutos cambió de postura y, antes de que yo hubiera podido sentir el frío aguijonazo de la decepción, levantó un brazo y se quedó a la espera. Cuando me di cuenta de lo que me ofrecía, mi corazón latió con fuerza contra mis costillas. Me acerqué, aturdida y sin aliento, y apoyé lentamente una mejilla en su pecho. Después de una pausa cargada de tensión, me rodeó con sus brazos y dobló los dedos alrededor de mi hombro.

Yo no sabía qué hacer con mis manos, pero Carson olía a ropa limpia y un poco a colonia, era un olor único. Al final las apoyé en un lado de su cuerpo, y él dio un pequeño respingo. Temiendo haber hecho algo mal, levanté la barbilla y me quedé otra vez sin aliento.

Carson me miraba. Nuestras bocas estaban a apenas cuatro o cinco centímetros una de otra. Sus pestañas oscuras le tapaban los ojos, pero aun así percibí su intensidad. También su urgencia, como si fuera mía. Y lo era.

De repente no importaba que todos estuvieran convencidos de que yo ya ignoraba quién era, porque con él, con Carson, sabía quién quería ser, y eso era lo único importante.

Emitió un sonido gutural y se movió hacia mí, uniendo su frente con la mía. Parecía que mi mano sabía qué hacer. Se la puse en la mejilla y rocé con el pulgar la piel de debajo del labio. Él se estremeció. Tuve la sensación de que era la primera vez que lo hacía, a pesar de que Del dijera que lo habíamos hecho todo.

Que yo recordase, esta era mi primera vez. Con Carson. Me gustaba pensarlo.

Mi pulgar llegó a su labio inferior. El borde afilado de sus dientes me rascó la piel. Fue un acto de una extraña intimidad, brusco y sensual. Cerré los ojos, parpadeando, y esperé mi segundo primer beso...

Carson rodeó mi mano con la suya y la apartó con suavidad. No era lo que yo esperaba. Maldición. Abrí los ojos, desconcertada.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Ahora tus palabras favoritas son «por qué», ¿verdad? —Lo dijo sin enfado ni contrariedad, sino con humor—. Sigues siendo un terror, un terror de narices.

En boca de Scott esa idea no me había gustado, pero en la de Carson me resultó entrañable y divertida. Sonreí.

—Quiero que me des un beso.

Se le iluminaron los ojos. Algo dentro de mí supo cómo reaccionar. El borde de la manta resbaló por mi muslo. Me acerqué hasta que nuestros pechos se tocaron. En cada punto donde nuestros cuerpos se encontraban, mi piel sentía un calor completamente nuevo.

De repente se le oscureció la vista, y la mandíbula se le tensó.

—Sam...

—¿Carson?

Cerró los ojos un momento. Después se puso encima de mí y apoyó su peso en un brazo con tal rapidez que mis pulmones se vaciaron de golpe. Me miró fijamente, con un mosaico de todos los azules posibles en sus ojos.

—No deberías pedirme eso.

Apenas nos separaban dos centímetros. Me resultaba difícil concentrarme.

—Ya lo sé.

Aproximó la mano a mi mejilla, de la que apartó gruesos mechones. Sus dedos, pegados a mi piel, bajaron hacia mi mandíbula. Yo estaba hipnotizada por sus labios, ansiosa por conocer su tacto y su sabor. Una aspiración brusca provocó que mi pecho volviera a tocar el suyo. Un vertiginoso torrente de sensaciones corría una y otra vez sobre mí, y una vez más me sorprendió que todo me pareciera tan bien.

Carson bajó la cabeza. Mi corazón se paralizó. Primero rozó mi frente con sus labios y después los posó en mi sien, desde donde recorrió la mejilla hasta plantar al borde de mi boca un beso de una páfida castidad. Habló a través del cálido espacio que dejaban nuestros labios.

—No tengo derecho a besarte, Sam.

Sentí el irrefrenable impulso de poner mala cara. Carson debió de darse cuenta, porque se rio en voz baja y me rodeó la mejilla con la mano. Tal como se apoyó sobre mí, su cuerpo desmintió lo que había dicho con palabras. Yo me moví, deseando que no hubiera una manta entre los dos. Los ojos de Carson se cerraron, y la mano que estaba junto a mi cabeza se apoyó en el colchón mientras movía la mandíbula. Volví a mover las caderas. Después estuve a punto de gritar a causa del salvaje escalofrío que me recorrió la espalda. Carson volvió a apoyar su frente en la mía.

—Sam, me estás poniendo muy, pero que muy difícil ser buen chico —dijo. Yo le acaricié la mejilla con las puntas de los dedos. Sus pestañas se levantaron.

—¿Y si no quiero que lo seas?

—Contigo quiero ser bueno. —Respiró otra vez—. Te lo mereces.

Vaya...

—Del no me cae bien —reconoció, mirándome a los ojos—. Es un capullo. Siempre te has merecido algo mejor, pero yo no soy de esos. Al menos contigo trato de no serlo.

—Bueno, pero no soy suya.

Se apartó, arqueando las cejas. Sus dedos encontraron la cadena de plata de mi cuello. Me rozó la clavícula con los nudillos, cortándome la respiración, y puso entre los dos el corazón de Tiffany's.

—Según esto, sí lo eres.

El día del entierro de Cassie la primavera nos obsequió con un chaparrón matinal, pero al cabo de una hora las nubes se abrieron y salió un sol que iluminó el gran espacio de la funeraria. No habían cancelado las clases, aunque podrían haberlo hecho, porque daba la sensación de que todos los alumnos del instituto arrastraban los pies en la pasarela que separaba la parte antigua del cementerio de la nueva. Era un mar de ropa negra; algunos llevaban pantalones informales, otras habían recurrido a viejos vestidos de fiesta de color negro.

La ceremonia... fue como me esperaba, solo que peor. Todo fueron lágrimas, incluso en personas que no me imaginé que hubieran recibido alguna vez un gesto amable de Cassie. En varias ocasiones tuve que reprimir el impulso de salir corriendo. Dentro era difícil respirar. Con tantos recuerdos y canciones costaba hasta pensar, pero con la mano de Del aferrada en todo momento a la mía, y con mis padres como dos halcones a mi espalda, no me atrevía a moverme.

Cerré por enésima vez mis ojos secos y respiré de manera agitada. Mi pecho acumulaba pena por aquella chica a quien no recordaba, pero era una pena que no se desbordaba, prisionera, como yo.

Miré los pulcros dedos enroscados en los míos, y en medio de tanta tristeza me sentí culpable: culpable por no poder verter ni siquiera una lágrima, y por tomar la mano de aquel chico cuando pocos días antes le había suplicado un beso a otro. Mi vida era un desastre. Sin embargo, cuando enfoqué la vista en el ataúd de caoba bruñida supe que mi vida, por muy jodida que estuviese, era forzosamente mejor que ninguna.

El féretro estaba rodeado de tulipanes. Sobre un lecho de velo de novia había una fotografía. Yo no me había acercado durante el velatorio, pero desde mi sitio podía verla.

Era de las dos.

Salíamos sentadas en un banco del instituto, espalda contra espalda, sonriendo a la cámara. Nunca había visto aquella foto. Parecíamos más jóvenes, con sonrisas sinceras, unidas de verdad por algo.

—Esa foto la hice yo —me susurró Del al oído cuando me sorprendió mirándola.

Asentí con la cabeza y aparté la mano. En la primera fila reconocí a la madre de Cassie. Solo supe que era ella porque lloró durante toda la ceremonia, apretando contra el pecho una foto enmarcada. Se me partió el corazón.

Cate Winchester era guapa incluso cuando lloraba. Joven. Llevaba el pelo, de

color castaño claro, en una media melena a la moda que acentuaba sus pómulos y su cuello elegante. Compartía algunos rasgos con Cassie: los labios y el cuerpo esbelto.

Hubo un momento de silencio, mientras el pastor volvía al atril. Sentí un cosquilleo en la nuca y me giré. En la última fila, mi mirada se topó con los ojos oscuros del inspector Ramirez.

—Samantha —siseó mi madre para llamarme la atención. Parecía mortificada—. Date la vuelta.

Scott puso los ojos en blanco. Yo me giré hacia delante, mordiéndome el labio. Del dejó caer pesadamente una mano sobre mi rodilla y me la apretó, sobresaltándome. Veronica me lanzó una mirada sobre la montura de sus gafas de sol, antes de bajar la vista. Sus gruesos labios se afinaron. Me dio la espalda, muy rígida.

Respiré profundamente e incliné la cabeza para rezar. En la iglesia resonaban palabras conocidas. Del deslizó su mano por mi muslo. Sentí que se me bloqueaba todo el cuerpo; no solo porque no fuera el momento, por decirlo suavemente, sino porque en algún punto de aquel largo fin de semana había tomado la decisión de que debíamos hablar los dos en serio.

De repente, la vista se me puso borrosa y lo vi todo gris. La iglesia, el ataúd, la mano furtiva de Del..., todo desapareció, y solo quedamos Cassie y yo.

Se dejó caer en una cama. En la suya.

—No te quejes tanto; tienes suerte de tener un padre que quiera formar parte de tu vida.

Yo me senté al borde de la cama con un gesto de exasperación y me miré los dedos de los pies. Tenía un frasco de pintaúñas rojo en la mano. Todo lo demás carecía de vida y dinamismo. Miré por encima del hombro.

—Por mí te lo puedes quedar.

—¿En serio? —Cassie se puso de costado y echó su largo pelo por encima de uno de sus finos hombros—. Pues me lo quedo. Y ese jersey tan requetemono que llevas también. Ah, y ya que estamos, ¿también puedo quedarme con Del?

Un destello de rabia creció dentro de mí como las malas hierbas.

—Ni siquiera intentas disimular que siempre quieres lo que tengo yo. Ah, y el jersey no te lo pienso dar.

Cassie me observó con una sonrisa descarada y un interés de gata.

—Pero ¿me puedo quedar con Del? ¡Genial!

Enrosqué el tapón del pintaúñas mientras se me endurecía la mirada. Después me incorporé para dejarlo en la mesita de noche y levanté la caja de música.

—Te gustaría, ¿eh?

Ella saltó de la cama y me arrebató la caja de música, que apretó contra su pecho con una sonrisita.

—En el fondo no lo quieres, pero tampoco quieres soltarlo.

Durante un momento pensé que me daría un golpe en la cabeza con la caja.

—Me voy —dije. Cassie se rio.

—No te cabrees tanto, Sammy, que se te marcan las arrugas alrededor de la boca. Sería una pena que envejecieras antes de tiempo.

—No seas bruja —repliqué de camino a la puerta.

Ella se interpuso en mi camino y me asió por los brazos. Sus ojos, más verdes que los míos, estaban llenos de arrepentimiento.

—No te enfades conmigo, Sammy. No lo he dicho en serio. Lo sabes, ¿verdad?

Yo me apoyé en un pie, y después en el otro. Por un lado quería rechazarla. Se creía que no sospechaba nada, que no lo sabía... Por otro lado, en cambio..., me daba pena. A fin de cuentas, entendía mejor que nadie a Cassie. Sabía por qué hacía aquellas cosas, incluso a mí, su mejor amiga.

—Por favor...

Dio unos saltitos sobre los talones. Yo asentí con una sonrisa forzada.

—Vale, no estoy enfadada.

Cassie soltó un grito y me rodeó con sus brazos.

—¿Sabes qué? Que cuando seamos viejas y feas seguiremos siendo tan amigas como ahora. ¿Vale?

Me reí.

—Si no nos matamos antes...

Tuve la sensación de que toda la sangre abandonaba mi cabeza. La mano de Del entre mis muslos me arrancó del recuerdo. Contuve un grito y sujeté su muñeca para que no fuera más lejos. Él me sonrió con inocencia. Asqueada, dejé caer su mano en su regazo. Las mías, temblorosas, apartaron mechones de mi cara mientras fijaba la vista en el banco.

—¿Qué te pasa? —preguntó él en voz baja.

—¿Aparte de que me estés metiendo mano durante un funeral? —repliqué yo con voz sibilante—. Que he recordado algo.

Del se apartó un poco, con los ojos muy abiertos.

—¿El qué?

Cuando vi que Veronica nos observaba bajé aún más la voz, aunque estaba claro que me había oído.

—Estaba hablando con Cassie en su cuarto.

Del arqueó las cejas.

—Pues entonces no es gran cosa.

Para él no lo era, pero era la primera vez que recordaba algo normal de Cassie. Ahora bien, ¿a qué se debía mi recelo? ¿Y qué sabía sobre Cassie que explicara su conducta? La trama se complica, pensé. Torcí los labios. Después mi estómago dio un vuelco al recordar las últimas palabras que le había dicho.

«Si no nos matamos antes...».

Después de la ceremonia, todos se reunieron en el aparcamiento. El entierro era exclusivamente para la familia.

Busqué a mis padres entre la multitud.

Mi madre estaba al lado del Bentley, con los labios apretados. Miraba fijamente hacia el cementerio, más en concreto a mi padre. Este hablaba con el abuelo de Cassie, cuyo aspecto era tan triste como el día que lo habíamos visitado Carson y yo. Después de darle la mano se volvió y le dirigió una sonrisa compasiva y apenada a la señora Winchester, a quien justo entonces se le descompusieron las facciones antes de romper a llorar de nuevo.

Tuve que apartar la vista.

Miré otra vez a mi madre, y me pareció raro —además de maleducado— que no se hubiera acercado para dar el pésame. Al levantar la vista por encima del hombro creí ver la cabeza oscura de Carson, pero desapareció con demasiada rapidez.

—¿Estás lista? —preguntó Del poniéndome una mano en el hombro.

Me fijé en que Scott observaba el brazo de Del con una mirada penetrante. ¿Estaba realmente lista? No, pero Del y yo teníamos que hablar.

—Sí, lo estoy.

En más de un sentido.

Al final no pude estar mucho tiempo a solas con mi novio. Después de la ceremonia, un grupo muy numeroso de chicos volvió a la «granja» del padre de Del, en realidad un simple establo reconvertido en una especie de club para niños bien.

La planta baja estaba llena de sofás muy mullidos alrededor de una tele del tamaño de un Hummer. Supuse que los animales habían estado en el sitio que ocupaba la barra, ahora en pleno uso. El pajar se había dividido en tres habitaciones de invitados.

También en pleno uso.

Por lo visto, sexo, alcohol y muerte iban de la mano. Quizá la gente lo superaba así. Era la tentación de olvidarse de uno mismo frente a algo tan definitivo.

Yo, no obstante, ya me había olvidado de mí misma.

Un chico chocó conmigo. Me fui a un rincón. Quizá unos meses antes ese hubiera sido mi rollo, pero ahora lo que más me apetecía era fundirme con las paredes. Era todo demasiado ruidoso: música, conversaciones, risas...

A quien no vi fue a Scott, que había desaparecido junto con Julie y Carson. Carson...

El viernes me había quedado dormida a su lado. Cuando me desperté ya no estaba allí, y desde entonces no habíamos vuelto a hablar.

Me pegué a la pared con el vaso de plástico rojo contra el pecho, para observar la multitud mientras intentaba que se me calmase el corazón.

—Ah, estás aquí —dijo en voz alta Del, pasando al lado de una pareja que parecía estar intentando batir el récord del beso más largo sin tomar aire—. He estado buscándote por todas partes.

Vi que tenía una botella de Jack Daniel's en la mano. El establo no era tan grande como para perder a alguien.

—Estaba aquí.

Se inclinó y me dio en la mejilla un beso baboso que olía a alcohol.

—¿Por qué te quedas aquí sola, en un rincón? Veronica y Candy están allí.

Las vi sentadas en uno de los sofás, rodeadas de chicas a quienes no reconocí. Lauren no estaba allí; se había ido a casa después del funeral. No se lo pude reprochar.

—Aquí se te ve muy sola —dijo Del acercándose y pasándome un brazo por los hombros. Luego me agarró con la otra mano un mechón del pelo y se lo enroscó en un dedo—. Tus amigas te echan de menos, Sammy.

Yo también quería echarlas de menos a ellas, lo digo de verdad, pero ahora la única a quien soportaba era Lauren, que ni siquiera había venido. Levanté la vista hacia Del y me fijé en sus dientes rectos, su mandíbula cuadrada y su nariz aristocrática. Era un dechado de perfección, desde los reflejos estratégicamente repartidos de su pelo bien peinado hasta las puntas de los zapatos. Comprendí que me hubiera atraído. ¿A quién no? Pero nada se agitó en mi pecho.

—Ven —dijo él, más arrimado a mí—, vamos a algún sitio más tranquilo.

¿Tranquilo? Se me cayó el alma a los pies, mientras miraba el techo del establo. Teníamos que hablar, pero no en una de las habitaciones, ni estando él borracho.

—Prefiero quedarme aquí abajo.

Del bebió de la botella y frunció el ceño.

—Pero... si aquí abajo no haces nada. Estás apoyada en la pared como...

—¿Como qué?

Me agaché para liberarme de su brazo y dejé mi vaso en la mesa que teníamos al lado. Del giró hacia un lado la cabeza, moviendo la mandíbula.

—No sé, es que no te reconozco. Lo normal habría sido tener que apartarte a rastras de la gente para estar a solas contigo.

Dentro de mí creció la irritación. Echaba chispas por los ojos.

—Del, por si no te habías fijado, he cambiado.

Él soltó una risa seca y bebió otro trago.

—Sí, me había fijado.

El sentimiento de culpa se sobrepuso al enfado, porque quien había cambiado era yo, no él. No era justo echarle la culpa. Apoyé el cuerpo en el otro pie.

—Lo siento, Del.

Se acabó la botella y la tiró a un cubo de basura muy lleno.

—No estoy enfadado. Lo que pasa es que es duro. Eres una persona totalmente distinta, y por mucho que te esfuerces sé que no sientes nada.

Se me arquearon las cejas. Buf... Bueno, vale, quizá sí fuera el momento de hablar. Y tal vez fuera más fácil de lo que me pensaba. Del ya sabía que yo no era como antes. Di un paso y me detuve cuando faltaban pocos centímetros para que nos tocásemos.

—Me estoy esforzando mucho, de verdad, pero...

—Pero tenemos que esforzarnos más. Ya lo sé.

Vaya. No, por ahí no íbamos bien.

—Del...

—Sammy, yo aún te quiero, aunque... no te portes bien. —Me puso las manos en los hombros y me acercó a su pecho mientras apoyaba su peso en la pared. Recibí una mirada vidriosa—. Estamos hechos para estar juntos. Y peores cosas hemos superado.

Lo miré fijamente, mientras la música me retumbaba en los oídos.

—¿Ah, sí? Creía que nuestra relación era perfecta, Del.

Se me quedó mirando.

—Lo era... ¡lo es!

—Pues entonces ¿qué hemos superado?

Abrió y cerró la boca.

—Sammy, no nos centremos en eso. Dime qué tengo que hacer para que lo nuestro funcione y lo haré.

—No. Quiero que me lo digas, porque tengo la sensación...

—¡Anda, tiene una sensación! —trinó la voz de Veronica sobre la música y las conversaciones—. Eso me recuerda algo.

Al girarme vi a Veronica a pocos metros, tambaleándose. Alguien bajó la música. Mis ojos descubrieron quién había sido: Candy. El pánico me agarrotó los músculos.

—Tuviste esa sensación en el entierro, ¿no? —La estentórea voz de Veronica sonó con falso interés.

Todos se quedaron quietos. Decenas de pares de ojos nos observaban. De repente, el establo me resultó muy pequeño. Retrocedí y choqué con la pared. Del, que se había apartado un poco, miraba el suelo. Algo le tensó las facciones. Al principio pensé que era preocupación, pero luego comprendí que era vergüenza.

Estaba sola.

—Venga, cuéntenos cómo son esas sensaciones —se sumó Candy mientras se echaba por encima del hombro su lámina glacial de pelo rubio—. ¿Es como en esos programas de médiums de la tele?

Una chica se rio abiertamente. Otras lo hicieron con disimulo. Me abracé a mí misma, deseando poder esconderme en algún agujero.

—No creo.

—¿Ah, no? —Veronica se apoyó en el respaldo de un sofá, entornando sus ojos de gata—. ¿Pues entonces cómo son?

Empecé a caldearme. ¿Por qué lo hacían? De acuerdo, era evidente que nos habíamos distanciado, pero de ahí a ponerme en aquella situación...

—No me apetece hablar del tema, la verdad.

—¿Por qué no? —dijo Candy con tono quejumbroso, aunque en sus ojos había un brillo malévolo—. Todo el mundo se muere de ganas de saber cómo es no tener ni idea de quién eres. Y ser la última persona que vio viva a Cassie. Guau... ¿Cómo sienta eso?

—Ya vale —intervino finalmente Del, que había encontrado otra botella y la apretaba con fuerza—. La estáis poniendo en evidencia.

¿No sería yo quien lo estaba poniendo en evidencia a él? Candy puso los ojos en blanco. Un chico moreno se acercó a ella por detrás y enlazó su pequeña cintura. Trey. Casi no lo reconocí. Le susurró algo al oído, mirándome a los ojos. Después sonrió con socarronería. Candy se arrimó a él y se rio. Veronica apretó los labios.

—¿Qué ha pasado en el entierro?

Giré bruscamente la cabeza hacia ella.

—No pienso hablar de eso aquí. Lo siento.

—No seas bruja, Sammy. Todos quieren saber cómo es. —Se giró, levantando la voz—. ¿Verdad que sí?

Se oyeron gritos de entusiasmo. Alrededor de mí, la gente hablaba sin parar. Se acercaron, taladrándome con la mirada. Volvía a caer, pero no desde un precipicio. Había estado en lo más alto del escalafón social, por encima de ellos, pero ahora caía rodando y chocaba con todos los escalones. Magullada, conmocionada, sentí crecer la opresión en mi pecho.

A saber cuántos habían esperado que llegara el día. ¿Y quién se lo podía reprochar? Lo más probable era que hubiera tenido aterrorizados a la mitad de aquellos chicos. Busqué en el mar de caras a mi hermano y a Carson. Mi mirada se deslizó por un rostro al que volví de golpe. Se me paró el corazón. Me pareció ver a Cassie, que me sonreía. Contenta. Encantada.

No podía respirar.

La sonrisa de Veronica se ensanchó.

—Vale, no quieres hablar de eso. Es comprensible, pero ¿sabes qué he oído?

—No —creo que susurré.

—Cuando te estrellaste con el coche de tu hermano... Mike Billows dijo que no parabas de decir que ibas con alguien más, pero que estabas sola. —Levantó la voz—. Dijo que estabas loca. Samantha la Pirada, creo que dijo.

Loca. Samantha la Pirada. Las palabras rebotaron en las paredes de mi cráneo. Durante un momento, las caras que me rodeaban se volvieron borrosas. Estaba loca. En el coche no había nadie. ¿Cómo lo sabía Veronica? Miré a Del, pero seguía concentrado en el suelo. Un segundo después recordé quién era Mike Billows; uno de

mi clase de biología que era voluntario en los bomberos.

—¿Tienes visiones? —preguntó Candy, fingiendo compasión—. Debe de ser horrible.

—No seas bicho —dijo Trey dándole una palmada en la cadera. Ella soltó una risa aguda.

—También puede ser —continuó Veronica— que siempre hayas estado loca, pero que no lo supiéramos. —Tuve ganas de lanzarme sobre ella, pero no podía moverme—. ¿Seguro que no recuerdas la última vez que viste a Cassie... viva?

Se me cortó ruidosamente la respiración. Algunas sonrisas se borraron. Ahora se miraban entre ellos; ya no parecían tan seguros de que mi caída en desgracia fuera tan divertida.

Una rubia alta apartó a la gente para abrirse paso. Julie miró a Veronica con cara de desprecio.

—¿Estás borracha o solo eres imbécil?

—¿Perdona? —replicó Veronica con una mueca—. Es imposible que estés hablando conmigo.

Julie se le plantó delante.

—Tienes razón, aquí imbéciles hay unas cuantas, pero sí, hablo contigo. Lo dicho, ¿qué te pasa?

De pronto la música retumbó en el aire, ensordeciendo lo que se decían, pero en todo caso estaban muy acaloradas. Yo le estaba muy agradecida a Julie, pero tenía que irme. Las paredes de color marrón oscuro del establo habían empezado a girar. Me estaba dando un ataque de náuseas.

Del quiso tocarme.

—Sammy...

Me aparté y me interné en el grupo más cercano, que ahora estaba concentrado en las dos chicas que estaban a punto de pelearse.

—¡Eh! —me espetó una chica—. Mira por dónde vas.

—Perdón —murmuré sin apartar la vista del suelo.

Otro cuerpo me cerró el paso. Me eché a un lado. Demasiado calor. Tenía demasiado calor. Por todas partes había cuerpos que se apretujaban contra mí y me sofocaban. Demasiado perfume, demasiado ruido. El corazón me rebotaba en las costillas, y los pulmones estaban a punto de explotar. Debía salir y respirar aire fresco. La opresión aumentó y se me pegó al pecho, robándome el oxígeno. Mis pensamientos daban vueltas. Las paredes se inclinaban.

—¿*La mataste?* —susurró una voz.

Me giré de golpe.

—¿Quién...? ¿Quién lo ha dicho?

El chico que estaba más cerca de mí arqueó las cejas, murmuró algo entre dientes y me dio la espalda.

—¿*Mataste a Cassie?* —dijo la voz detrás de mí.

Me giré, intentando respirar. Las caras se emborronaron. Los bordes de mi campo visual se oscurecieron. Un temblor recorrió mis piernas. Iba a desmayarme delante de todos. Qué patético...

En esa marea humana, una mano fuerte encontró la mía y me la apretó con suavidad. Me envolvió su olor. Inhalé profundamente, ensanchando los pulmones. Después levanté la cabeza y descubrí unos ojos de un azul increíble.

Era Carson, muy serio.

—¿Quieres salir de aquí?

Una vez en la vieja camioneta roja del padre de Carson, que olía un poco a humo de cigarrillo, me apoyé en el respaldo y seguí respirando con fuerza mientras me apretaba el vientre con las manos. Por fin el corazón había empezado a latirme más despacio.

—Si hubiera sabido lo que estaba pasando, habría entrado antes —dijo Carson en voz baja.

Tragué saliva.

—No es... problema tuyo. No pasa nada.

—Tampoco debería ser problema tuyo, y sí que pasa. —Carson levantó el brazo y me separó las manos con suavidad—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. —Exhalé entrecortadamente—. Creo que estaba teniendo un ataque de pánico. Me ha parecido oír...

—¿Qué?

Su mano se posó encima de la mía y se cerró sobre ella. Si Carson me tocaba así, creo que habría estado dispuesta a admitir cualquier cosa. Giré la cabeza hacia él. Una fina corriente de electricidad vibraba entre los dos.

—Me ha parecido que alguien me preguntaba si yo maté a Cassie, pero es que... oía voces. —Me reí sin ganas y miré por la ventanilla. Por las puertas del establo salían chicos sin parar, entre ellos Del—. A menos que algunos creen que la maté yo.

—No lo creen —aseguró. Yo lo miré con ojos apagados.

—No se puede decir que tenga muchos admiradores. Ni los tenía antes ni los tengo ahora.

Sus labios temblaron.

—Bueno, pues si lo creen es que son idiotas. —Me soltó la mano y arrancó la camioneta, que se despertó con un ruido sordo—. ¿Quieres que te lleve a casa? ¿O que vaya a buscar a Scott?

—¿Tienes algún plan? Estaba pensando que podríamos hacer algo juntos.

Carson levantó una ceja.

—La respuesta es sí, siempre, y creo que durante mucho tiempo. —Su mirada bajó a mis labios—. Pero tendré que negarme, a menos que le hayas dado calabazas a Del el Glande.

El alfilerazo me hizo sentir un picor en las mejillas y un calor en el estómago.

—Bueno... No era eso lo que te preguntaba, pero me alegro de saberlo.

—Mmm..., ¿no? —Los labios de Carson dibujaron una media sonrisa—.

Entonces ¿qué me preguntabas?

Mi pensamiento estuvo ocupado otro par de segundos por imágenes de los dos juntos.

—Quería saber si podrías llevarme al precipicio.

—Eso sí puedo hacerlo. —Carson metió primera. Su mano rozó mi muslo y me hizo dar un respingo—. Aunque supongo que antes querrás cambiarte de ropa.

Seguía viendo las imágenes, mucho más detalladas que antes. Los dos besándonos. Tocándonos. Hablando.

Carson me miró de soslayo. Una sonrisa socarrona separó sus labios.

—Sam.

Parpadeé.

—Cambiar de ropa. Lo he pillado.

Se rio. Luego volvió a cambiar de marcha y me rozó la pierna con un lado de la mano. Dudé que hubiera sido accidental. Pasó un brazo por el respaldo de mi asiento y giró hacia mí la cabeza. Yo lo estaba mirando fijamente y el movimiento acertó la distancia, que era tan escasa que podíamos besarnos. El corazón se me salía por la garganta. Durante un momento pensé que Carson mandaría al cuerno aquello de ser un buen chico, y que adelante, pero al cabo de un segundo me di cuenta de que se apartaba.

Qué incómodo.

Me miró a los ojos y me hizo un guiño. Solté el aire que tenía en los pulmones, tan consciente de Carson que estaba como fuera de mí. Y él lo sabía. No abandonó esa media sonrisa socarrona en todo el trayecto hasta mi casa.

Subí a mi cuarto y me cambié deprisa, para ir a la montaña con ropa adecuada. No parecía que hubiera nadie en casa, pero tampoco me quedé a averiguarlo, ya que dudaba que mi madre o mi padre vieran con buenos ojos que estuviese con Carson.

También pasamos por su casa y volvió en menos de dos minutos con unos vaqueros y un jersey fino.

El trayecto a la reserva forestal fue accidentado, a causa de los baches. La camioneta daba tumbos sin parar. El teléfono se me escapó y cayó al suelo. Cuando bajé la mano para recuperarlo topé con algo blando, que agarré al mismo tiempo que el móvil.

Era una gorra, la gorra negra de béisbol que ya le había visto puesta.

En ese momento se me apareció una imagen del hombre del bosque. Llevaba una gorra negra, pero... solo era un recuerdo, o una alucinación provocada por el estrés. No podía ser...

—¿Es tuya esta gorra? —pregunté con voz ronca. Carson me miró con las cejas en alto.

—Sí, hace años que la tengo.

La dejé sobre el salpicadero, descartando mi miedo irracional. Mientras recorríamos la estrecha carretera de tierra miré a Carson.

—Antes de que Veronica se metiera conmigo he intentado hablar con Del.

Él me lanzó una mirada de reojo.

—Sam, no quiero ser la razón de que rompas con él.

—No lo eres —dije sinceramente—. Lo nuestro ya no es como antes. No tiene nada que ver contigo.

—Vale. —Dio unos golpecitos con un dedo en el volante—. ¿Te ha contado algo sobre vuestra relación?

Sacudí la cabeza.

—¿Aparte de que era perfecta? No.

A Carson se le escapó la risa.

—¿Eso te ha dicho? Pues vaya.

—¿Qué pasa? —Me había picado la curiosidad.

—Vuestra relación tenía muy poco de perfecta. —Nos metimos por un camino de grava lleno de baches en el que nos daba el sol de cara. Carson estiró el brazo, agarró la gorra negra y se la puso—. Erais como Cassie y Trey. Os peleabais todo el rato.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. —Hizo una mueca y dio un giro brusco a la derecha—. No rompíais a todas horas, como Trey y Cassie, pero teníais unas peleas del demonio.

Me desplomé en el respaldo. Del me había mentido, y yo le había creído; me había tragado lo del amor perfecto de cuento de hadas. Miré muy seria por la ventanilla. Me sentía una idiota. Había indicios de sobra de que nada era perfecto. La manera de mirarme de las chicas, las meteduras de pata de Del...

—Qué, ¿cómo vas?

—¡Estoy cabreada! —exclamé, apretando los puños—. Ya es bastante malo no acordarse de nada, pero mentirme... Se ha aprovechado de mí. Me siento una idiota.

—Tú de idiota no tienes nada, Sam.

Sacudí la cabeza con los labios apretados. Tal vez no lo fuera, pero lo había sido. ¿Qué otras personas me mentían? ¿Sobre qué? Seguro que sobre temas mucho más serios que mi relación con Del. Me dolió el pecho cuando pensé en todas las posibilidades. ¿Y si era una adolescente malcriada y asesina? ¿Y si se me notaba, pero nadie hubiera querido decírmelo?

Frenamos en un camino sin salida, cerrado con una cadena y un cartel gastado que indicaba que se trataba de una propiedad privada. Carson apagó el motor, se apoyó en el respaldo y me miró.

—Hay un camino que va directamente desde la casa de tus padres al precipicio; lo sé porque ayudé a mi padre a hacer reparaciones en la casa de verano. Podrías haberlo usado por la noche.

Miré a mi alrededor y, como solo veía maleza, me costó imaginarme paseando por ahí sin que me comiera un oso.

—¿De quién es?

—Supongo que del estado. No estoy del todo seguro, pero de pequeños tú y Scott

veníais mucho por aquí. —Carson hizo una pausa—. Yo a veces os acompañaba, cuando tus padres me dejaban. Te gustaba mucho asomarte al borde de los precipicios. Scott y yo nos moríamos de miedo.

Sonreí sin ganas.

—¿O sea, que este sitio era importante para mí?

—Creo que sí.

Respiré hondo con la mano en la puerta.

—¿Preparado?

—¿Puedes esperar un segundo? —me pidió Carson mientras se quitaba la gorra. Se pasó una mano por el pelo y tiró la gorra al salpicadero—. Tengo que contarte algo.

Me quedé paralizada, con el corazón en la punta de los pies. De aquel tipo de frases casi nunca salía nada bueno. Solté la puerta y me giré hacia él.

—¿Qué?

Carson miraba al frente, con los ojos entornados y la mandíbula tensa.

—No he sido totalmente sincero contigo sobre algunas cosas.

Abrí la boca, pero lo único que salió de ella fue una respiración entrecortada. Volvió a dolerme el pecho, aunque esta vez era un dolor distinto, centrado en mi corazón; un dolor en carne viva, como una herida demasiado expuesta. Por un lado no quería saberlo, pero por otro no podía ni quería evitar el tema. Erguí los hombros y me preparé para lo que estuviera a punto de decir.

—Vale —dije finalmente—, habla.

Su mirada se posó en mí.

—¿Recuerdas cuando te dije que mi primer beso te lo había dado a ti? —Suspiró al ver mi gesto de asentimiento—. Pues el último también.

Ladeé la cabeza, sin estar segura de haber oído bien. Eso no estaba en mi lista de cosas que esperaba oír, ni siquiera al final.

—A ver, repite.

Un esbozo de sonrisa hizo temblar sus labios, pero desapareció enseguida.

—Te vi la noche de tu desaparición.

Tuve que hacer un esfuerzo para no trepar al respaldo y estrangularlo, mientras me sujetaba las rodillas. Estaba tan furiosa que me picaba la piel.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Es complicado. Ya sé... ya sé que no es excusa suficiente. Me sorprende que no te lo haya dicho la Policía, porque se lo conté. —Apartó la vista, moviendo los músculos de la mandíbula—. Pero lo que pasó entre tú y yo...

Estuve a punto de gritar. «Entre tú y yo» no podía significar muchas cosas. Si me había mentado sobre eso... La presión que empezaba a formarse en mi garganta y detrás de mis ojos lo decía todo.

—¿Qué pasó?

—Yo estaba con Scott, viendo una peli en el sótano. Me fui poco antes de las

diez. La casa estaba totalmente a oscuras. Creo que no había nadie, ni siquiera tu padre. Salí por la parte trasera, cruzando el solárium, por si estaba tu madre rondando. Al principio no te vi. —Se pasó las yemas de los dedos por la cara, arrugando la frente—. Luego te oí. Estabas sentada al lado de la ventana, y llorabas. Debería haber dado media vuelta y haberme ido por el otro lado, pero estabas llorando, y fui incapaz de hacerlo.

Mis dedos soltaron mis rodillas. Ya no estaba tan tensa. Carson no era de los que se van cuando ven llorar a una chica. Tuve un regusto amargo al acordarme de lo que sí tenía en la memoria sobre aquella noche.

—Yo estuve con Del hasta las nueve.

Carson asintió despacio.

—Te pregunté si estabas bien. Tú te levantaste y encendiste la luz. Como no llevabas el... collar, deduje que habíais tenido una pelea de las gordas.

—Él me dijo que me lo quité para ducharme después de... mmm...

Carson levantó una ceja.

—Sospecho que no te lo quitaste por eso, a menos que sea normal llorar después de acostarse con alguien.

Sentí que todo mi cuerpo se sonrojaba. No era algo de lo que quisiera hablar con Carson.

—Vale, vale, tienes razón. Sigue.

—Total, que te comportaste como de costumbre. Te pusiste borde y empezamos a discutir, pero esa vez fue diferente. —Carson apoyó la cabeza en el respaldo con los ojos cerrados—. Aunque estuvieras de tan mala hostia, todavía llorabas. Yo nunca te había visto así. No sé qué se me pasó por la cabeza, pero el caso es que me acerqué para... consolarte, o algo... y te echaste encima de mí.

—¿Que me eché encima?

Se le curvó un lado de la boca.

—Me diste un beso. Sin avisar. Me besaste por las buenas.

Dios santo. Me dejé caer en el respaldo. Aparte de no ser buena chica, había abusado de Carson. Muy bonito.

—Al principio fue un *shock*... Pero luego yo también te besé. —Carson volvió a suspirar—. Fue bastante intenso, por no decir rabioso. Y también tuvo su morbo. Luego recibiste un mensaje de texto en el móvil, me apartaste y te fuiste hecha una furia. Fue la última vez que te vi.

Me quedé mirándolo, sin saber cómo reaccionar. Lo del enfado debía de tener algo que ver con Del. En cuanto al teléfono... ¿Cassie? Reflexioné un momento. Después, mis pensamientos volvieron al beso que le había dado a Carson. Un beso de verdad.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —pregunté en voz baja.

Él ladeó la cabeza hacia mí y sostuvo mi mirada con sus ojos cristalinos.

—No te lo tomes a mal. Tampoco es algo que me enorgullezca. Aunque no

llevaras el puñetero collar, que yo supiera aún salías con Del, y no es que me mole mucho enrollarme con las novias de los demás. Ya sé que tengo cierta fama. Quizá no lo recuerdes.

—Algo he oído —murmuré.

Carson resopló por la nariz.

—Además, estabas enfadada. ¡Joder! Habría sido como aprovecharme de ti. Si mi madre estuviera viva, me daría una colleja.

El comentario me hizo sonreír un poco, hasta que me acordé de Candy y Trey. ¿Y si habían estado tonteando antes de que Cassie y Trey rompieran? Probablemente ya no tuviera importancia, pero por alguna razón me preocupaba.

—¿Estás cabreada conmigo? —preguntó Carson en voz baja.

Buena pregunta. No sabía cómo debía sentirme. Del me había mentido. Mis amigos también. Y ahora Carson. En parte comprendía que hubiera considerado que tenía que esconderme la verdad, pero no por eso me parecía bien. Aparté la vista, mordisqueando suavemente la uña del pulgar.

—No lo sé.

Después de un buen rato, Carson me apartó la mano de la boca.

—Tendrías que dejar de hacer eso.

—Ya... —Me ruboricé—. Supongo que es un hábito nervioso.

—Ya lo hacías cuando eras pequeña.

—Eso dice mi padre. —Nuestras manos seguían en contacto. A pesar de la mentira, el calor de los dedos de Carson era agradable—. ¿Dices que te besé?

—Sí.

Asentí despacio.

—¿Y tú a mí?

—Sí.

Levanté las cejas mientras lo miraba de reojo.

—Y aparte de que no te enorgulleciera hacerlo..., ¿te gustó?

Una sonrisa curvó sus labios mientras un brillo travieso oscurecía el azul de sus ojos.

—Pues sí, la verdad es que me gustó.

Noté que mis labios correspondían a su sonrisa.

—Pues eso me ayuda a no estar demasiado enfadada contigo. —Solté la mano y la acerqué a la puerta del coche—. ¿Estás preparado?

Carson asintió. Bajamos de la camioneta. Él se acercó a la cadena y levantó el metal oxidado para que yo pudiera pasar por debajo. Nos pusimos en marcha, él en cabeza. Yo seguía pensando en lo que acababa de revelarme. A decir verdad, no sabía cómo tomarme su mentira. De hecho, eso no era lo más importante de lo que me había contado.

¿Por qué lloraba yo después de volver de casa de Del?

Del me había mentido sobre nuestra relación. Eso estaba claro, pero ¿en qué

exactamente? ¿Habíamos roto? ¿Por eso me había quitado el collar? Y sobre todo, ¿tenía algo que ver nuestra ruptura con Cassie?

Una vez más surgió en mis pensamientos la imagen de Cassie y Del, aunque... esta vez fue distinto. Esta vez había sentimientos vinculados a la imagen: rabia, decepción... Y supe que había algo más, casi al alcance de mi mano, a la espera de que yo atara algunos cabos.

Cassie.

Del.

Me detuve al lado de unas zarzas, anonadada por extrañas emociones. Cassie y Del...

Carson se dio cuenta de que yo no lo seguía y retrocedió.

—Eh, ¿te pasa algo?

—No, es que acabo de... No sé. —¿Cómo explicar lo que sentía, o pensaba? Eché la cabeza hacia atrás. El azul oscuro del cielo se recortaba entre las ramas—. ¿Tú crees que entre Cassie y Del había algo?

—No lo sé, la verdad —dijo él, apoyado en un árbol—. Pero creo que eran capaces.

—¿Y por qué era yo amiga de alguien así? ¿Cómo podía salir con alguien como Del? —Supe la respuesta antes de que Carson pudiera contestar. Y, aunque no era nueva en absoluto, la revelación me dolió como la picadura de una avispa—. Porque yo era igual que ellos.

Carson se apartó del árbol, me agarró la mano y enlazó sus dedos con los míos.

—No, en el fondo no, o no siempre. Además, ahora ya no lo eres. Algo querrá decir.

Lo miré.

—Una segunda oportunidad, ¿eh?

Carson asintió y siguió caminando sin soltar mi mano. Intenté no darle más vueltas.

El sendero por donde íbamos no era tanto un camino como una simple cuesta que a partir de un momento nos obligó a separarnos para no resbalar. Mientras ascendíamos, nuestros pies desprendían terrones y piedras que bajaban rodando. Por fin dejamos atrás los árboles y cruzamos un pequeño prado.

Me aparté de Carson para aproximarme lentamente al precipicio. Un viento frío y húmedo me echó el pelo hacia atrás. Abajo, la cascada estaba bordeada por las copas de los árboles. Era una pared de roca casi vertical, tal como sospechaba.

Creía que sufriría un ataque de vértigo, pero al asomarme al borde me di cuenta de que la altura no me angustiaba. De hecho, estar ahí arriba tenía algo de emocionante.

—Creo que aún me queda algo de la adicción a la adrenalina —dije.

La risa de Carson sonó forzada.

—No es que no me alegre de oírlo, pero ¿y si te apartas un poco del borde?

Se había quedado cerca de los árboles. Me pregunté si le darían miedo las alturas.

—Si nos caímos desde aquí..., ¿tú crees que se puede sobrevivir?

—Es posible. Cosas más raras se han visto. También podría haber saltado solo ella.

Me giré y lo miré fijamente. No se me había ocurrido. Él apartó la vista y la enfocó en el espacio vacío al otro lado de las copas de los árboles.

—Es una simple posibilidad —dijo en voz baja—. Hay un montón de gente que hace ese tipo de barbaridades.

Sin embargo, todo lo que sabía yo de Cassie me decía que no lo habría hecho. Sola no. Tragué saliva sin terminar de captar la idea en ciernes que se estaba formando en mi cabeza.

—¿Estás sintiendo... o acordándote de algo? —preguntó Carson.

Sacudí la cabeza, desilusionada. No salía nada a relucir, aparte de más preguntas y un desconcierto cada vez mayor. Volví hacia los árboles situados a mi derecha y empecé a morderme la uña. Alrededor de los peñascos que salían del suelo se enroscaban unos pinos de gran tamaño. Más allá de las rocas no había más que una caída libre en el vacío, la que debía de haber sufrido yo.

Decir que era una suerte haber sobrevivido era quedarse corto.

Los minutos pasaron en silencio. Carson seguía esperando al otro lado, dándome todo el tiempo que necesitara. Me apoyé en un árbol al borde del precipicio, aguzando la vista. Y justo cuando iba a desistir y decirle a Carson que regresáramos, unos dedos helados recorrieron mi columna. Fue el único aviso.

No era como las visiones que había tenido antes. No hubo ningún velo gris, ni vi nada. Solo lo sentí, oí mis propios pensamientos como si la capa del pasado hubiera estado debajo de la del presente, pero ahora volviera a la superficie.

En un abrir y cerrar de ojos vi a Carson delante de mí, con una expresión de preocupación.

—¿Qué pasa?

Moví la boca para contestar. Se me estaba acelerando el pulso.

—No debería haber estado aquí.

—¿Aquella noche? —preguntó él.

Me giré asintiendo hacia el árbol, y pasé la mano por la corteza rugosa. Me sentía como una de esas videntes de la tele a las que se había referido Veronica, pero lo cierto es que sabía que había estado ahí, en aquel mismo lugar.

—Creo... que estaba escondida detrás de estos árboles. Es como si no tuviera que haber estado aquí, pero hubiera estado. Ya sé que no tiene sentido.

—Tranquila.

Carson me siguió alrededor del árbol. Cerré los ojos pero no «vi» nada.

—Fue ella la que quiso que estuviera. Cassie. Quería que los viera juntos.

—¿A quiénes, Sam?

Sacudí la cabeza por la frustración y abrí los ojos.

—No lo sé, pero creo que sabía que Cassie quería que lo viera y lo supiera. También sé que era un tío, un tío con quien ella quería que la viese.

Carson dio un paso hacia atrás, inhalando bruscamente. Nos miramos a los ojos. La sensación de frío fue subiendo por mi espalda.

Me agarró la mano.

—Sam, ¿sabes con quién estaba Cassie?

—No, pero creo que tengo una idea.

Comprendí, por su expresión, que Carson estaba pensando lo mismo que yo. Algo terrible, tan desolador que me enfermaba en lo más hondo y me daba vértigo. Todo fue encajando pieza a pieza, pista a pista, a cual más turbadora.

—Del —susurré.

«**E**stamos hechos para estar juntos».

¿No era eso lo que había dicho Del? Y, a juzgar por lo que se adivinaba de su mundo y el mío, había mucha expectación en torno a lo nuestro.

¿Bastante como para matar, para que no se divulgara una infidelidad? «Niños ricos de segunda o tercera generación, como en la realeza...».

Yo había intentado hablar muchas veces con Del sobre Cassie, pero él siempre se negaba, visiblemente incómodo. Resurgió en mi cabeza el recuerdo más reciente de Cassie, aquel en el que ella me preguntaba si podía quedarse con Del, y ya no se borró. ¿Se acostaban juntos? ¿Había querido Cassie que yo lo supiera? ¿Nos había atraído a los dos al precipicio? ¿Y la había empujado Del, sin saber que yo los estaba viendo?

Estaba mareada.

El viaje de vuelta a casa de Carson fue tenso y silencioso, los dos sumidos en pensamientos oscuros. Carson aparcó la camioneta en la entrada y apagó el motor. Cuando me miró lo hizo muy serio, con los labios tensos.

—No me lo puedo creer. Por muy mal que me caiga, no puedo imaginármelo haciendo algo así.

Yo tampoco quería creérmelo.

—Tal vez fue un accidente.

—Vale, supongamos que fue un accidente. —Se pasó los dedos por el pelo—. ¿Y tú? ¿Primero empujó sin querer a Cassie y luego a ti?

—No lo sé —susurré, cebándome en mi pobre uña.

En el fondo, cuanto más lo pensaba menos sentido tenía que Cassie se hubiera caído. Mi primer recuerdo era el de la sangre sobre las piedras, en esas rocas planas, de color arena, que cubrían el precipicio.

—Además, Del no tiene valor para hacer algo así —dijo Carson, casi como si hablara solo.

Yo hice una mueca, pero de pronto noté como si me saltara el corazón.

—¿Y yo? ¿Lo tenía como para hacer algo así?

Carson se rio. Luego abrió mucho los ojos.

—¿Lo dices en serio? ¿Crees que la empujaste a causa de Del? —Su tono rezumaba incredulidad—. Sam, tú no eres una asesina. Ni ahora ni entonces.

—Pero ¿y si estaba enfadada? ¿Y si Del se marchó, le pedí cuentas a Cassie y la situación se nos fue de las manos? —Cuanto más lo pensaba, más ganas tenía de

vomitarse—. ¿No éramos tan explosivas juntas? Pues quizá la empujara sin querer.

—No, Sam, tú no lo hiciste. —Carson me tomó por la muñeca y me apartó la mano de la boca—. No eres de ese tipo de personas. Nunca lo has sido. Además, no explicaría lo que te pasó a ti. ¿Qué pasa, que primero la empujaste y luego cambiaste de idea y saltaste? No, no fuiste tú.

—No es mal argumento.

Carson suspiró y me soltó la muñeca.

—No me crees. ¿Por qué? ¿Porque has estado teniendo alucinaciones? ¿Porque unos cuantos críos idiotas hablan de lo que no saben? Eso no te convierte en una loca, ni en un bicho raro, ni en una asesina. Eres una buena persona. Eso no lo dudas nunca.

Sus palabras me ensancharon los pulmones y me llenaron los ojos de lágrimas. Me incliné impulsivamente sobre el cambio de marchas y le di un beso en la mejilla. Carson se quedó rígido durante un segundo. Después giró la cabeza, aproximando tanto nuestros labios... Un temblor recorrió todo mi cuerpo.

—Gracias —susurré, seguro que por centésima vez.

Él asintió. Su cuello se movió al tragar saliva.

—Lo digo en serio, Sam, no para que te sientas mejor.

Cada palabra provocaba que sus labios rozasen mi mejilla, dándome un escalofrío. Me aparté.

—Ya lo sé.

—¿Me harás un favor? —preguntó con una vaga sonrisa.

—Lo que sea.

—En el fondo no creo que Del sea capaz de hacer algo así, pero... ten cuidado.

—Me miró fijamente—. Por favor.

—Vale.

No quise preocuparlo. Aun así, tenía que hablar con Del. La sonrisa de Carson permaneció en sus labios, sin llegar a los ojos. Estaba preocupado, y con razón. Si yo no era la culpable, era seguro que el asesino tendría miedo de que yo recuperase la memoria.

Por la noche me puse unos pantalones de estar por casa y una camiseta que encontré en el armario, de esas que dejan el ombligo a la vista. Me senté en la cama y me quité el collar de Tiffany's. Después lo extendí en la mano, para que la lámpara del techo se reflejase en su diseño de oro blanco, e intenté acordarme de cuándo me lo había quitado por primera vez.

Nada me vino a la cabeza, ni emociones ni pensamientos. Suspiré y lo dejé sobre la colcha.

Oí pasos en el pasillo, y cuando miré hacia arriba vi la sombra del cuerpo antes de

que este llegara a la puerta abierta. No esperaba esa visita.

Del.

Me quedé sin aliento al verlo apoyado en el marco de la puerta. No tenía la menor idea de dónde estaban mis padres, y estaba casi segura de que Scott había bajado al sótano.

—¿Cómo has entrado? —pregunté. Del elevó las cejas.

—La puerta de la casa no estaba cerrada con llave.

—¿Y vas y entras?

La frialdad de mi voz no era voluntaria.

—Pues... sí. —Dio unos pasos por mi dormitorio con cara de perplejidad. Llevaba los mismos pantalones de vestir y la misma camisa que en el funeral—. ¿Desde cuándo está...? —Se paró justo antes de llegar a mi cama—. El collar. ¿Te lo has quitado?

Lo recogí, ignorando mi nerviosismo.

—Solo lo estaba mirando.

Le brillaron los ojos, mucho menos vidriosos que en el establo, aunque aún olía a alcohol.

—Me he ido de la fiesta.

—¿Ah, sí?

Apreté el corazón, clavándome el metal en la parte carnosa de la palma.

—Ya veo que estás cabreada. —Del se sentó al borde de la cama y giró el torso hacia mí. No apartaba la vista de mi mano—. Veronica y Candy solo te estaban tomando el pelo.

—¿Tomándome el pelo? —pregunté yo alzando las cejas—. Y tú solo... —No acabé la frase. El problema no era lo que hiciera o no hiciera Del. Ni siquiera tenía importancia—. Del...

—Yo no he movido un dedo, lo sé. Debería haberlas hecho callar. —Respiró hondo mientras se frotaba la mandíbula con la base de la mano—. Lo siento. No me gusta verte avergonzada ni dolida.

Suspiré cansada mientras lo observaba. No podía evitar imaginármelo con Cassie, pero ¿podía ser el responsable de todo? Mi intuición me decía que no, y sin embargo ¿hasta qué punto podía fiarme de ella? Además, ni siquiera era el motivo de que fuera necesario acabar de una vez con lo nuestro.

Él suspiró y se tumbó en mi cama, de costado.

—¿No te gusta el collar, Sammy? Te puedo comprar otro, mejor que este... ¿De zafiros? Es tu piedra preciosa favorita. Bueno, al menos lo era...

Mis dedos se aflojaron alrededor del collar.

—No me hace falta ninguno nuevo.

Él me miró con una expresión clara de incertidumbre.

—Pues entonces dime qué debo hacer para que estés contenta. Puedo llevarte a aquel restaurante de Filadelfia donde hacen el *sushi* como a ti te gusta. También

podemos pasar el fin de semana en las montañas Pocono. Seguro que tus padres no pondrían ninguna pega.

Me estremecí. No había nada que Del pudiera hacer. Más allá de las mentiras sobre nuestra relación, más allá de mis sospechas, era algo que se veía venir. Hacía días que yo sabía que debía cortar con él. Cuando estábamos juntos no sentía lo que tenía que sentir. No se me cortaba la respiración. No me temblaba el pecho por dentro. No me daba un vuelco el estómago solo con oír su nombre. Todo eso lo sentía por otro chico..., lo cual no estaba nada bien.

Del debió de adivinar mis pensamientos en mis ojos, porque se incorporó y me miró atentamente.

—Podemos hacer que funcione.

—No creo —dije yo con suavidad.

Él apartó la vista, sacudiendo un poco la cabeza.

—¿Es por lo que ha pasado hoy?

—No, la verdad es que no —balbuceé. ¿Ya lo había hecho antes? Y en caso de que sí, ¿me había salido también así de mal?—. Lo siento, de verdad. Es que no...

—Podemos arreglarlo. —Del se giró otra vez hacia mí con unos ojos tan oscuros que casi parecían negros—. Necesitas más tiempo. Eso es todo.

—El tiempo no cambiará nada —dije sosteniendo su mirada—. No me haces sentir así. Seríamos buenos amigos, pero...

—No quiero que seamos amigos. —Se apartó de golpe con los ojos muy abiertos—. No me lo puedo creer. Con lo que ha pasado...

Me dolió más de lo que me esperaba. Tomé a Del por la muñeca y le giré la mano.

—No, Sammy —susurró él—, no me hagas esto.

Yo, medio llorosa, puse mi mano encima de la suya y deposité el collar en su palma. En cuanto nuestras manos se tocaron, tuve un estremecimiento y los ojos se me velaron de gris.

—*¡No te atrevas a actuar como si fuera culpa mía!* —grité.

—*¡Yo no actúo como nada! Por Dios...* —*Se dejó caer otra vez en la cama y agarró el mando a distancia—. No sé por qué le das tanta importancia. En ese momento disfrutabas.*

Bajé la vista con lágrimas en los ojos. La palabra humillación no habría descrito ni de lejos lo que sentía al ir pasando las fotos en su móvil, todas vinculadas a mensajes de texto para Trey, que a su vez se las había enviado a todo el mundo.

Estaba sentada al borde de la cama. Pero qué tonta, qué rematadamente tonta... Tenía ganas de morirme.

Él me tocó la espalda con un pie descalzo.

—No te enfades conmigo por esto, ¿vale?

¿Que no me enfadase? Todo el mundo había visto aquellas fotos. No me extrañaba que por la mañana Veronica se comportara como si hubiera conseguido

toda la colección de primavera de Prada. Y seguro que Cassie estaba igual de feliz. En aquel momento las odiaba a todas.

Del se incorporó, murmurando para sus adentros, y me abrazó por la cintura.

—Oye..., a todos los tíos les parece supersexy. Se mueren de celos.

Me puse tensa. Todos los chicos. Las fotos habían circulado entre el equipo de béisbol entero. La vergüenza me pesaba tanto en el pecho que no me dejaba respirar. ¿Mi hermano me había visto haciendo... aquello? ¿Y también Carson? Me encogí de hombros para quitarme a Del de encima y me levanté.

—No me toques.

Él hizo un gesto de hastío.

—Bueno, bueno.

—No me puedo creer que hayas hecho esto.

Tiré su móvil, que rebotó en el suelo de madera noble y se abrió. Al ver que la pantalla se ponía gris, tuve una sensación enfermiza de justicia. Del saltó de la cama y lo recogió.

—¡Mierda, Sammy! ¿Tú sabes lo que me ha costado?

—¿Tú sabes la vergüenza que he pasado? —Toqué el corazón que colgaba del collar—. ¿O no te importa?

Del levantó la vista con los ojos entornados y se acercó a mí, tirando el móvil.

—No deberías haberlo hecho.

Yo retrocedí, tragando saliva.

—Te odio —susurré.

—Mentira. —Del me agarró la mano y me la apretó con tal fuerza que el corazón se me clavó en la palma. Me estremecí—. Y no me vengas con el numerito de que «voy a romper contigo», que ya sabes que no es verdad, así que quítatelo de la cabeza.

La falta de respiración me expulsó del recuerdo. Los brazos de Del me rodeaban, apretándome contra su pecho. Sentí que el corazón le latía tan rápido como a mí.

—¡Sammy, di algo, por Dios! ¿Te encuentras bien?

La rabia me consumía por dentro. Ahí estaba la explicación a las misteriosas fotos a las que se había referido mi madre. Intenté hablar, y me salió un susurro entrecortado.

—No me toques.

Él se quedó muy quieto.

—Sammy...

La rabia hervía en mi interior, afilada, explosiva.

—¡No me toques! —chillé mientras me quitaba de encima sus brazos, que de repente habían perdido su tensión. Salté de la cama y me aparté. Mi pecho subía y bajaba de forma irregular—. ¿Me hiciste fotos haciéndote... eso?

Del se quedó boquiabierto, con cara de shock.

—¿Te acuerdas?

—¿Cómo pudiste? —exigí saber, con la misma sensación de humillación que si hubiera pasado el día anterior. Todos habían visto esas fotos. Todos—. ¿Cómo pude prestarme? ¿Qué narices me pasaba? Alucino de que siguiera saliendo contigo. Madre mía...

—¿Te acuerdas de todo?

Del, que se había levantado, dio un paso hacia mí.

—¡No te acerques! —Yo retrocedí otro paso y choqué con la pared—. No me hace falta recordar nada más. Ya es bastante.

El destello de alivio de sus ojos fue tan fugaz que creí haberlo imaginado. De pronto sentía un agudo recelo.

—Sammy, me perdonaste.

Me reí con aspereza.

—Pues entonces soy imbécil, porque si no recuerdo mal no me sentó muy bien.

Del se pasó una mano por el pelo y se estiró las puntas.

—No fue culpa mía. Trey se hizo con mi móvil, vio las fotos y se las reenvió. A partir de ese momento fue todo una locura.

—Claro, eso le quita toda la gravedad... —Contuve las ganas de darle una patada en la entrepierna—. ¿Yo sabía que habías hecho las fotos, Del? ¡Y no te atrevas a mentirme!

Del apartó la vista, y con eso lo dijo todo. Me aferré al ataque de asco que sentí; mejor eso que odiarme a mí misma. ¿Cómo podía haber seguido con Del después de semejante traición? Además, intuía que él decía la verdad; yo lo había perdonado. Tuve ganas de gritar.

—Sal de aquí —dije con voz temblorosa.

Él giró de golpe la cabeza y me miró.

—Estás exagerando. Tienes que calmarte. Podemos...

—¡Deja de hablar en plural! Esta vez, el «numerito de que voy a romper contigo» va en serio. —Del dio otro paso. Yo volví a gritar—: ¡Que salgas!

—Sammy, lo siento. Lo que hice estuvo mal; eso lo entiendo, pero podemos hablarlo.

Me golpeó una sensación aplastante de *déjà-vu*. ¿Cuántas veces habíamos pasado por la misma situación? Del hacía algo, yo me enfadaba, nos peleábamos... Aclarábamos las cosas y vuelta a empezar. Esta vez, sin embargo, era distinto. Yo era distinta.

—Vete, por favor —dije, mucho más tranquila.

Él abrió la boca, pero justo entonces retumbaron unos pasos en el pasillo y un segundo después Scott irrumpió en la habitación con las mejillas encendidas. Primero miró a Del, luego a mí.

—¿Se puede saber qué pasa aquí?

Del puso cara de fastidio.

—Nada que te importe.

Mi hermano avanzó dos pasos con los puños cerrados.

—¿Lo dices en serio? —Me miró con los ojos brillantes de rabia—. ¿Por qué gritabas, Sam?

—Quiero que se vaya —dije, cruzándome de brazos. En la cara de mi hermano apareció una sonrisa amenazadora.

—En ese caso, más vale que te vayas, Del —dijo.

El fastidio dejó paso a un enfado que evocó mi primer recuerdo de Del, con esa rabia que latía bajo la desesperación. Comprendí que no estaba acostumbrado al rechazo.

—No me hagas esto, Sammy —dijo sin cambiar de expresión.

Yo no entendía que aún quisiera arreglar las cosas, pero daba igual. Yo no daría marcha atrás. Ni siquiera lo habría hecho antes del recuerdo que se había despertado en mi cerebro, y que no hizo otra cosa que afianzar mi decisión.

—Vete, por favor.

Del dio un paso hacia mí. No hizo falta más. Mi hermano cruzó la habitación como un relámpago. Durante un breve segundo no estuve segura de lo que iba a hacer. Luego vi que echaba el brazo hacia atrás. Su puño se estampó en el rostro de Del, que se derrumbó como un saco de patatas e hizo un ruido sordo al chocar contra el suelo.

Scott bajó el puño.

—No te imaginas cuánto tiempo llevaba deseando hacer esto.

Esperé abajo mientras Scott revivía a Del y lo sacaba de casa. Resultó que había estado todo el tiempo en el sótano, y que había cerrado con llave después de entrar. Otra mentira de Del, que probablemente tuviera la llave. Tendría que recuperarla en cuanto pudiera. Scott me aconsejó que lo dejara en sus manos.

—¿Piensas explicarme qué ha pasado? —preguntó mientras sacaba una bolsa de guisantes del congelador.

Me senté frente a la barra con una sensación de ardor en las mejillas.

—Me he acordado de algo.

—Algo bastante gordo, supongo. Le has dejado más tirado que a una colilla. — Scott se aplicó la bolsa en los nudillos enrojecidos con un gesto de dolor—. Cuéntamelo de una vez.

—Pues mira, no; antes de acordarme ya estaba a punto de romper con él.

Scott se sentó enfrente de mí con las cejas arqueadas.

—¿Tiene algo que ver con Car?

—¡No! —respondí, con las mejillas aún más encendidas.

—Vale. —En sus labios apareció una sonrisa burlona—. ¿Pues entonces de qué va?

Me encogí de hombros, mordisquéandome la uña del meñique.

—Decidí poner punto final porque lo nuestro ya no es como antes. Cuando le he devuelto el collar me he acordado... de algo que pasó.

Mi hermano alzó aún más las cejas. Yo suspiré.

—Hizo... fotos.

Scott arrugó la cara como si estuviera a punto de vomitar encima de mí.

—Esas...

Me despedí de cualquier esperanza de que no las hubiera visto ni hubiera oído hablar de ellas. Apoyé la cabeza en la encimera y suspiré.

—Me da tanta vergüenza... ¡No tenía ni idea! Vaya, ni siquiera sabía que las hubiera hecho. Supuestamente fue Trey quien las encontró y las envió, pero bueno...

Scott soltó una palabrota.

—¿No sabías que las había hecho?

—No —me lamenté yo.

Otra palabrota explosiva, que me hizo dar un respingo.

—Sam, cuando te pregunté por esas fotos, porque estaba cabreado, te comportaste como si tampoco tuviera tanta importancia. Si lo hubiera sabido, le habría dado una

paliza mucho antes.

Yo levanté los brazos con un gesto de impotencia, sin despegar la cabeza de la encimera.

—No, si parece que lo superé.

Pasaron varios segundos antes de que mi hermano hablase otra vez.

—Creo que voy a darle en el otro ojo.

Levanté la cabeza. Sus palabras me habían dado un calor reconfortante.

—No, déjalo en paz, ya se ha acabado. Lo nuestro se ha terminado. —Me tapé la cara con las manos—. Pero ¿cómo puedo dejar que me vean la cara?

—Sam, eso pasó hace más de siete meses.

—¿Y qué? Yo acabo de acordarme. —Volví a suspirar—. Es horrible.

—Con todo lo que ha pasado después, nadie se acuerda ya de eso —dijo él suavemente.

—Claro, porque creen que yo maté a Cassie, o que estoy pirada. —Dejé caer las manos. Scott me miraba a medio camino entre la diversión y la piedad. Yo lo fulminé con los ojos, hasta que me di cuenta de cuánto se le estaban hinchando los nudillos debajo de la bolsa—. ¿Duele?

Él se encogió de hombros.

—Vale la pena.

—Gracias —dije, cambiando de postura en el taburete—. Sé que he sido una hermana de mierda...

—Para. —Scott agitó su mano ilesa, con la mirada fija en la bolsa—. Volvamos a eso de que todos piensan que mataste a Cassie. Julie me ha contado lo que han dicho hoy las chicas en la fiesta. Eran tonterías, ya lo sabes. Nadie piensa eso.

Lo miré inexpresivamente. Luego cambió de tema y pasó a lo que habíamos hecho Carson y yo cuando nos marchamos del establo. Cuando le conté nuestra excursión al precipicio para ver si se me despertaba la memoria, puso cara de querer darme una colleja con la bolsa de guisantes.

—Ese precipicio es peligroso —rezongó mientras se levantaba. Llevó la bolsa al cubo de la basura y se giró—. No deberías subir allí.

—¿Por qué no? —pregunté frunciendo el ceño—. Podría ayudarme a recordar.

Tiró los guisantes y abrió el puño despacio.

—¿Qué necesidad tienes de recordar? Tampoco cambiará nada. Cassie seguirá estando muerta.

—Eso ya lo sé. —No entendía que Scott estuviera tan en contra—. Pero es que necesito saber lo que pasó. Probablemente no fuera un accidente, y Cassie se merece que se haga justicia.

Mi hermano hizo un gesto de impaciencia.

—Cassie se merecía muchas cosas —dijo.

Me quedé boquiabierta.

—¡Scott! Eso no mola nada.

Me miró como yo antes a él.

—Tú no te acuerdas de ella. No tienes ni idea de lo retorcida que era. Antes de hacerte amiga suya eras de lo más normal. Perdona si no estoy destrozado. —Hizo una pausa y vació los pulmones bruscamente—. Vale, no ha estado bien. —Levantó la vista hacia el techo—. Perdona, Cassie, donde estás.

Bajé del taburete.

—Necesito saber la verdad. Es como una manera de hacer las paces conmigo misma. Hasta entonces no podré seguir con mi vida.

Nuestras miradas coincidieron durante unos segundos. Después Scott arqueó las cejas, pero no de manera burlona, sino con preocupación.

—¿Y si la verdad no te gusta, Sam? ¿Y si solo sirve para empeorarlo todo?

Era la pregunta del millón. La sensación de haber hecho algo mal se apoderó otra vez de mí y se enroscó con tal fuerza en mis entrañas que acabé teniendo la certeza de que no tardaría mucho tiempo en sufrir una úlcera de proporciones épicas.

—Pues tendré que aceptarlo —dije por fin. Volví a sentarme—. En todo caso, debo saberlo. Sea bueno o malo.

Scott apartó la vista y se mordió el labio inferior. Vi que estaba disgustado por la conversación, y comprendí que tenía miedo de que tanto agitar el pasado acabara por hacer salir a la superficie algo que me superase. Intenté cambiar de tema.

—¿Entonces papá no está en casa? —pregunté. Él sacudió la cabeza—. La verdad es que nunca está, ¿verdad?

—Lo más seguro es que esté en la oficina. Se queda allí muchas veces. —Scott se dejó caer a mi lado y apoyó la barbilla en la mano que no se había dañado—. Vuelve tarde a casa.

—¿Y mamá siempre está en la cama? —Me giré hacia él.

—Bueno, más que nada se esconde en el dormitorio, pero sí.

—¿Siempre ha sido así?

Scott arqueó las cejas, como si se lo pensara.

—Desde hace unos cinco años. Prácticamente no se hablan, ni coinciden más de unos minutos en la misma habitación.

Bajé la vista.

—¿Por qué siguen juntos?

—¿Quieres que te conteste en serio? —Se rio entre dientes al ver que asentía—. Antes de que perdieras la memoria lo sabías.

—¿Ah, sí?

Asintió.

—Mamá nunca se divorciaría de papá por el qué dirán, a menos que seguir casada con él fuera peor aún de lo que ya es. Papá lo sabe, y nunca la dejará porque... bueno, porque él le pertenece.

—¿Cómo que le pertenece? —Fruncí el ceño.

—Sin mamá, papá no tiene nada. —Soltó una risa cáustica—. Todo nuestro

dinero viene de ella. De hecho, estoy convencido de que redactaron algún tipo de asquerosa cláusula prematrimonial por la que ella se quedaría todo en caso de divorcio, mientras que él conservaría únicamente lo que aportó al matrimonio, que no fue mucho.

—Pero si papá trabaja... —Sacudí la cabeza—. Aunque se divorcieran, tendría todo el dinero que gana.

Scott se sonrió.

—Olvidas un pequeño detalle: papá trabaja para la familia de mamá. Si se divorcieran se quedaría sin trabajo, y nuestro abuelo tiene suficientes influencias como para conseguir que a papá le costase mucho encontrar otro trabajo del mismo nivel en el sector de las inversiones.

—Ya veo... —Me eché hacia atrás.

Poco después nos despedimos. Yo volví a subir y me encerré en mi cuarto. Estaba agotada por todo lo que había pasado durante las últimas veinticuatro horas, y solo quería dormir. Mi cerebro seguía dando vueltas lentamente a lo que había descubierto, y a pesar de que hubiera rebrotado el recuerdo de las fotos tuve la seguridad de que mi relación con Del aún me reservaba alguna que otra sorpresa. Seguro que existía una buena razón para haber seguido con él después de algo así. Se me ocurrían unas cuantas personas que se sincerarían sin tapujos sobre nuestra relación pero, aparte de ellas, el número de las que me habrían hablado de ella era limitado.

¿Habíamos seguido Del y yo el mismo camino que nuestros padres, el de casarse solo porque era lo que se esperaba, y por dinero? No tenía sentido, ambos tendríamos acceso a nuestros propios fondos.

Entré en el cuarto de baño, y al agarrar el cepillo de dientes me vi reflejada en el espejo. Me habían salido ojeras. Aparté la vista uno o dos segundos mientras ponía pasta en el cepillo.

Cuando volví a levantar la vista, Cassie me miraba con las mismas manchas negras debajo de los ojos.

Retrocedí de golpe sin aliento. Las sombras de los ojos se extendían por unas mejillas por lo demás inmaculadas, siguiendo el rastro de sus venas como si le hubieran inyectado tinta. No pude apartar la vista mientras Cassie abría la boca en un grito mudo que me puso el vello de punta en todo el cuerpo.

No es real, pensé. No puede ser real. Apreté los ojos y conté hasta diez antes de volver a abrirlos. La imagen reflejada en el espejo era la mía.

Apoyé las manos en el lavabo, respirando con dificultad, y entre mareos y náuseas tardé bastante en estar segura de que no vomitaría.

Tiré el cepillo de dientes y salí, conmocionada. Aparté las sábanas, y cuando empezaba a meterme en la cama vi sobresalir el borde de algo amarillo por debajo de la caja de música de la mesita de noche.

Me senté con el corazón agitado y acerqué la mano para levantar la caja. Debajo

había un papel amarillo doblado en forma de triángulo que me contemplaba como una serpiente enroscada. Una parte muy grande de mí tenía ganas de devolver la caja a su sitio y tapar de nuevo el papel.

Al final lo levanté, sin haber recuperado del todo la respiración, y dejé la caja en su lugar. Lo abrí con los dedos agarrotados, destapando una sola frase escrita con una letra infantil:

Que él no se entere de que te acuerdas de todo.

¿Que «él» no se enterase de que me acordaba de todo?

¿Quién era «él»? La pregunta me tuvo casi toda la noche en vela, por muy agotada que estuviera. Y había otra pregunta aún más importante: ¿quién dejaba las notas, y por qué?

Cuando amaneció, me levanté a duras penas de la cama y me duché. El trayecto al instituto con Carson y Scott fue tranquilo, pero me imaginé que la calma no duraría mucho.

No me equivocaba.

En cuanto crucé la puerta doble, me vi rodeada de susurros y miradas insistentes. La noticia de mi accidente, y de la posterior caída en desgracia en la fiesta del establo, había llegado a los que no habían acudido. Parecía como si todos estuvieran al corriente del hombre del asiento trasero que no podía haber estado allí.

Cuando me acerqué a mi taquilla vi a Del al fondo del corredor, con aspecto de haberse zurrado con un boxeador profesional y haber perdido. Tenía cerrado el ojo izquierdo debido a la hinchazón, de un tinte azul violáceo. Tenía pinta de doler. También a él lo miraban mucho.

Me apresuré a sacar los libros de la mañana y traté de huir en dirección contraria sin levantar la cabeza.

No lo conseguí.

—Sammy —dijo Del no muy lejos.

Seguí caminando con el corazón en la garganta. Si algo no me convenía, era una escena. Bastantes razones tenía ya la gente para hablar de mí.

—Maldita sea —gruñó al darme alcance en la escalera. Me retuvo por el brazo—. ¿Piensas ignorarme?

Me giré, aguantando la respiración. De cerca el ojo estaba aún peor, pero en el otro había un brillo que me dejó helada por dentro y me dio ganas de salir corriendo.

—Tenemos que hablar —dijo en voz baja. Yo sacudí la cabeza.

—No hay nada de que hablar.

Del se inclinó hasta que apenas quedaron unos centímetros de separación entre nuestras cabezas. Su aliento olía a menta.

—Lo mínimo que me debes es la oportunidad de explicarme, sobre todo después

de lo que hizo tu hermano.

En ese momento, todos mis temores dieron paso a la irritación. Solté el brazo sin preocuparme por lo que pensarán los demás. ¿Que yo le debía algo?

—Yo a ti no te debo nada, Del.

Él exhaló.

—Ya sé que estás enfadada, y lo entiendo, pero solo quiero hablar contigo. No puedes romper lo nuestro y pretender que la cosa quede así. No puedes tomar una decisión como esa sin darme la oportunidad de arreglarlo.

Retrocedí, boquiabierta, y choqué con el canto de una vitrina llena de placas y trofeos.

—Mira, lo siento; puede que Scott hiciera mal en pegarte, pero aquí la que elige soy yo. No necesito tu permiso —le espeté. Él abrió la boca.

—No he querido decir eso. Ya sé que no necesitas mi permiso. Estás tergiversando mis palabras.

Al otro lado había varios chicos que mandaban mensajes con el móvil. Me encogí al pensar que ya desde primera hora de la mañana sería la comidilla del instituto.

—Del, no quiero hablar del tema. Quizá más tarde...

—¿Más tarde? ¿Me lo prometes? —Volvió a tomarme de la mano—. Dime que me lo prometes y me lo creeré, ¿vale? Porque si alguien quiere protegerte soy yo, Sammy. Lo que pasa es que tú no te das cuenta.

Abrí la boca, pero no me salió nada. La desesperación que irradiaba Del cubría mi piel como una sustancia sucia y viscosa. ¿Por qué tenía tantas ganas de salvar nuestra relación? Ni antes había sido fabulosa, ni mucho menos valía la pena luchar por ella ahora que había perdido mis recuerdos.

—¿Todo bien? —Era la voz de la señora Messer, que había aparecido como por ensalmo—. ¿Samantha?

Del me soltó la mano. Yo me giré tragando saliva.

—Sí, todo bien.

Los ojos oscuros de la señora Messer se posaron en Del.

—¿Y tú?

Del asintió con la cabeza, dando un paso hacia atrás.

—Todo genial.

—Pues entonces os aconsejo que entréis en clase —respondió ella con frialdad.

La media sonrisa de Del, que estaba delante de mí, no parecía encajar con el ojo morado.

—Más tarde —dijo. Luego dio media vuelta, sin que yo dijera nada, y se fue a paso rápido. Mi piel seguía recubierta por una sensación viscosa que se iba filtrando por ella. Me estremecí, aferrada a la correa de mi bolsa.

—¿Seguro que va todo bien, Samantha? —preguntó con suavidad la señora Messer, que se había quedado de pie a mi lado.

Yo asentí y me esforcé por mantener un tono de serenidad.

—Sí, solo estábamos hablando.

Su mirada no perdía detalle.

—¿Tengo algún motivo para preocuparme por el estado de su cara?

—No —dije yo, sacudiendo la cabeza—. Tengo que irme.

La señora Messer asintió.

—Nos vemos mañana por la mañana.

No podía escapar de nuestras reuniones. De todos modos, eran mejores que la alternativa: un psiquiatra con todas las de la ley. Me apresuré en llegar al aula y ocupé mi asiento pocos segundos antes de que sonara la campana. La clase de lengua no estuvo mal. La que me daba miedo era la siguiente.

Cuando entré y fui hacia donde me había sentado desde mi regreso al instituto me encontré allí a Veronica, que tendió uno de sus brazos delgados para impedir que me sentara.

—Aquí no puedes sentarte.

Por un momento, cuando oí eso, alimenté la idea de arrastrarla al suelo por su pelo repeinado.

—¿Por qué? —inquirí.

Sus labios se torcieron en una sonrisa gélida que me resultaba extrañamente conocida. Desde su asiento, Candy soltó una risita.

—Señor Dase... —dijo en voz alta, agitando el brazo—. Señor Dase...

El profesor levantó la vista del montón de papeles que tenía en la mesa y suspiró en voz alta.

—Dime, Candy.

—¿Puede decirle a Sammy que se siente en otro sitio? —le imploró ella—. Es que nos incomoda tenerla cerca.

Sentí que mis mejillas ardían cuando vi la docena de caras que se giraban hacia mí. Una de ellas destacaba entre las demás, la del gótico con quien había tratado de hablar el primer día de mi regreso. Esperaba verlo disfrutar de que me hicieran pagar los años de malos tratos a los que lo había sometido, pero detrás de sus mechas de pelo negro sus ojos almendrados no traslucían más que pena.

El señor Dase levantó las cejas.

—¿Por qué os incomoda, Candy?

—No pasa nada —dije yo, odiando el temblor de mi voz, mientras buscaba un asiento libre al fondo—. Aquí estoy bien.

Satisfecho con la decisión, el señor Dase siguió mirando sus papeles. Sin embargo, sorprendí de reojo una mirada elocuente entre Veronica y Candy.

—Señor Dase... —se quejó Candy, mientras volvía a agitar el brazo.

Yo me senté, agarrándome a los bordes de la mesa.

—Dime —suspiró el señor Dase.

Candy se irguió, sacando el pecho y arqueando la espalda.

—No me gusta que esté sentada detrás de mí. —Bajó la voz como en un aparte

teatral—. Sabe que fue la última persona que vio viva a Cassie, ¿no?

Me dolían los nudillos a causa de la fuerza con que apretaba la mesa. Ya estaba bien. Había muchas posibilidades de que les hiciera daño a alguna de las dos, o a las dos.

La expresión de nuestro profesor siguió siendo igual de insulsa.

—Estoy seguro de que no corres ningún peligro.

Luego empezó a pasar lista y Candy se calmó, pero el daño ya estaba hecho. Cegada por la rabia y la vergüenza, ni siquiera me enteré de lo que se trataba en clase. Cuando sonó la campana, tuve que hacer un esfuerzo para salir del aula sin pedirles explicaciones a las dos. Su risa me persiguió por casi todas las clases del día.

En bio supuse que, en ausencia de Veronica, Candy cerraría la boca. Me pregunté si yo había sido así, la que mandaba, como Veronica, la que hacía que las otras chicas cometieran auténticas barbaridades por rencor y aburrimiento.

Ahora creía más en el karma.

Mi día asqueroso mejoró un poco cuando Carson entró en el aula. Mi sonrisa no era forzada, ni débil, sino grande, tonta... y real.

Se sentó sin devolverme la sonrisa. Noté que aquella pequeña alegría se me pasaba un poco.

—¿Por qué le ha puesto el ojo morado Scott a Del? No ha querido decírmelo.

—Ah. —No era lo que me esperaba. Eché un vistazo a las primeras filas y vi que Candy intentaba oír lo que decíamos, así que bajé la voz, apretando el boli para no convertirlo en un arma de destrucción masiva—. Bueno, en el fondo Del no hizo nada.

—¿Ah, no? —La suavidad del tono de Carson era amenazadora—. Pues yo ya estaba pensando lo peor, y como sea lo que sospecho Del acabará el día con el otro ojo a juego.

Abrí mucho los ojos.

—No, no, qué va... Es que rompí con él, y después me acordé de algo que había hecho. Luego discutimos un poco, y él no se quería ir. Podría decirse que Scott lo resolvió.

—¿Cómo que no se quería ir?

Los ojos azules de Carson brillaban de rabia, y de un sentimiento feroz de protección que me dio ganas de sonreír como una idiota.

—No, si tampoco es que fuera gran cosa... Todo se ha arreglado ya.

Salvo el hecho de que Del aún creía que era posible renegociar de alguna manera nuestra relación.

Carson no parecía muy convencido. Aun así, se acercó hasta que nuestras rodillas se tocaron.

—¿De qué te acordaste?

—Bueno... Es que me da mucha vergüenza.

—Lo aguantaré. —Sonrió, burlón. Me temblaron los labios.

—Seguro que tú sí, pero yo no me veo tan capaz. —Vi que Carson esperaba. Cuando me di cuenta de que no renunciaría, suspiré—. Además, ya debes de saberlo. Es algo relacionado con... unas fotos.

Una ceja arqueada. Carson se echó hacia atrás, pensativo.

—¿Ese algo pasó por casualidad hará cosa de siete meses?

—Sí —asentí, ruborizada—. Bueno, pues en... en ese mismo momento no tuve ni idea de que él estuviera haciendo fotos. —Centré la vista en el cogote de Candy, y casi me dolió seguir—. No entiendo cómo pude perdonárselo. Me resulta inconcebible. Es asqueroso.

—¿O sea que no te parecía bien?

—Que yo recuerde, no. Me cabré mucho. —Espíe a Carson por debajo de las pestañas—. ¿Y tú...? ¿Las viste?

Su mirada fue absurdamente larga. Por su cara pasó una emoción fugaz, casi imperceptible.

—Sí. Las vi.

—Genial. —Me arreglé un mechón de pelo suelto, mientras buscaba un cambio de tema más que necesario—. Anoche, después de que se fuera Del, encontré otra nota.

—¿Qué decía?

También él parecía aliviado por el cambio de tema. Saqué el papel y se lo enseñé. La expresión con que lo leyó volvió a ser difícil de interpretar.

—Estaría bien saber a quién se refiere —dijo mientras lo doblaba y me lo devolvía—. ¿Quién crees que deja estos mensajes?

—No lo sé —susurré guardando el papel en mi bolso—. Tendría que ser alguien que tuviera acceso a mi casa, lo cual limita mucho el número de sospechosos.

Carson estaba de acuerdo, pero no pudimos seguir hablando de los posibles sospechosos porque empezó la clase y tuvimos que examinar el crecimiento celular de las plantas con un microscopio compartido. A cada cambio de transparencia, cuando se rozaban nuestras manos, yo sentía un hormigueo en mi brazo.

Al salir de clase, Carson me acompañó hasta mi taquilla y esperó a que estuviera lista para ir al comedor. No sabía si estaba vigilando por si aparecía Del o si tenía tan pocas ganas como yo de dejar el aula de biología. Cuando ya estábamos cerca de la puerta, y de la sala llena de gente, me paré.

—Entro en unos minutos.

—Vale.

Parecía que Carson no quería entrar, pero le sonreí. Entonces asintió, me dio la espalda y desapareció.

Yo me quedé esperando a la única persona de quien no esperaba evasivas, sin hacer caso a las miradas de los que pasaban a mi lado. Reconocí a Julie al fondo del pasillo. Su vestido largo se arremolinaba en sus tobillos con cada zancada. Al verme sonrió, pero la sonrisa se le borró en cuanto la tomé del brazo.

—¿Qué pasa? —dijo, mirando a su alrededor.

—¿Podemos hablar a solas?

Se le movió la coleta al asentir.

—Podríamos ir al laboratorio de informática. A la hora de comer no hay nadie.

Perfecto. La seguí por el pasillo, pasando junto a la biblioteca. En el laboratorio hacía frío y reinaba el silencio. Julie dejó el bolso en una silla.

—¿Qué pasa?

Respiré hondo. Después dije algo que debería haber dicho días o semanas atrás.

—No quiero que esto parezca una reunión de alcohólicos anónimos, pero lo primero que quiero decirte es que me arrepiento mucho de lo que pueda haberte hecho o dicho. —Noté que las mejillas se me calentaban—. Estuvo mal, por muchísimas razones. Intuyo que probablemente eras la única amiga de verdad que tuve, y la cagué.

Julie titubeó antes de responder.

—Sam, podría pasarme una semana entera leyéndote la lista de tus perrerías pero, la verdad..., ya no eres la misma. La primera vez que Scott me dijo que habías... cambiado no me lo creí, pero el día en que te sentaste a la mesa vi que era verdad, y sigue siéndolo. Se nota en la manera de hablar, en tu actitud, en cómo miras a la gente. Me recuerdas a la Sam de antes, y eso me basta y me sobra como excusa. Además, es agua pasada. Yo ya lo he superado.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. No es que fuera un gran discurso de perdón, pero estaba cerca, y como tal lo tomé.

—Vale. Quiero preguntarte algo, y quiero que me digas la verdad.

Julie empezó a retorcerse la punta de la coleta.

—Adelante.

—Anoche recordé algo sobre Del y yo. Él me había hecho unas fotos...

—¿Esas donde sales haciéndole una mamada como una actriz porno?

Hice una mueca.

—Sí, gracias. Las hizo sin que me enterase. Supongo que me las encontré en su móvil y me puse como loca.

—¿No lo sabías? —Julie se apoyó en el borde de la mesa, entrecerrando los ojos—. Qué cabrón.

—Me has leído el pensamiento. —Me recosté a su lado en la mesa—. Bueno, el caso es que se lo perdoné, aunque ahora no sé por qué lo hice. Lo que me gustaría que me explicases es... cómo era yo cuando salía con Del.

—Guau. —Julie parpadeó—. ¿Quieres que te sea sincera?

Asentí. Ella se rio un poco.

—Ni siquiera estoy segura de si lo querías de verdad, o simplemente era que se esperaba que salierais juntos. Como vuestras familias son las más ricas del condado, por decirlo de alguna manera... Los dos erais populares y guapos. Se daba por sentado que acabaríais juntos. Bueno, tú o Cassie cuando volvió su madre, aunque no

creo que nadie lo pensara de verdad hasta que se hizo mayor.

—¿Cassie quería salir con Del?

—Lo que es querer... Yo creo que ella quería todo lo que tuvieras tú. —Siguió enrollándose el mechón en la mano—. En serio, era rarísimo lo que era capaz de hacer con tal de ser como tú. Siempre me recordaba aquella película de la amiga psicópata, y a Scott también.

—Entonces ¿crees que yo salía con Del solo porque era lo que todo el mundo esperaba, que estuviéramos juntos?

Mi cerebro se rebeló contra aquella idea. Todas las razones expuestas por Julie eran de una superficialidad que daba pena.

—Yo creo que sí. —Se giró hacia mí con la cabeza ladeada—. Cuando éramos más pequeñas, en el colegio, el que te tenía colada perdida era Carson.

Su nombre me punzó el vientre.

—Estabais siempre juntos, hasta que apareció Cassie —dijo Julie casi con tristeza—. Y luego Del.

Se me encogió el estómago a causa de la vergüenza y la culpabilidad. Bajé la cabeza.

—No entiendo cuándo me eché a perder. ¿Cómo podía pasar de esa manera de la gente, y aceptar lo que hizo Del?

—Yo creo que no lo aceptaste, aunque disimularas. —Julie suspiró—. Ahora bien, yo no me dejé engañar. Cuando las fotos empezaron a circular te dio vergüenza, y a mí me cabreó muchísimo que hicieras como si nada. Me daban ganas de pegarte, en serio.

—Seguramente habrías hecho bien.

—Lo tendré presente para otra vez —exclamó riendo. Yo también sonreí.

—No puede ser que cambiara solo por Cassie y Del.

—Yo tampoco creo que fuera solo por ellos. —Julie se apartó de la mesa—. Me parece que tu madre tuvo mucho que ver. No le gustaba que fuésemos amigas, porque yo no soy de ningún club de campo ni nada de eso. —Puso los ojos en blanco—. Igual que le da rabia, y mucha, que esté con Scott. En cambio a tu padre no parece que lo moleste, o como mínimo sabe disimularlo. Bueno, el caso es que te volviste como tu madre. Lo que no entiendo es que Scott haya salido tan diferente. —Se soltó la coleta y se colocó el pelo a un lado, a la vez que recogía el bolso—. Actuabas como tus padres, Sam, que son capaces de todo por quedar bien, aunque sea mintiendo, que fue lo que hiciste cuando las fotos se divulgaron. Hacías lo mismo que ellos, y estoy segura de que si tu madre pensara que podía matarme sin que la descubrieran, y esconder en algún sitio mi cadáver para que su hijo ya no saliera con una plebeya como yo, lo haría.

Me dieron ganas de reír, pero no estaba segura de que lo hubiera dicho en broma.

En casa me esperaba mi madre con una copa de vino en la mano, y su manera de torcer la boca no auguraba nada bueno. Fui a la salita de estar, tiré el bolso en el sofá y me dejé caer. Ella me siguió.

—Esta tarde me ha llamado la madre de Del.

Tomé una revista y fingí no saber de qué me hablaba.

—¿Os lo habéis pasado bien hablando?

—No mucho —dijo mi madre mientras se sentaba en el sillón de piel—. Me ha dicho que Scott le dio un puñetazo, y que tú has roto con él. Yo le he asegurado que tiene que ser un malentendido.

—¿Ni siquiera te interesa saber por qué le pegó Scott? —pregunté haciendo una mueca. Me daba rabia verla ahí, bebiendo vino—. No quería irse. Fue después de que yo intentara romper con él y supiera lo de las fotos, mamá.

Cuando dejó la copa en la mesita, su mano tembló.

—Samantha...

Me giré hacia ella con ganas de hacerle entender lo que me había pasado. Quizá quisiera que me viese tal como era ahora.

—Mamá, yo no sabía que me había hecho esas fotos. Tampoco me pareció bien.

Ella parpadeó y se alisó los pantalones de lino.

—Me alegra saber eso. Me daría mucha rabia que te pareciese bien algo tan... vulgar.

Se me ocurrieron otras palabras, aparte de vulgar. Asqueroso. Degradante.

—Entonces entenderás por qué no puedo estar con él.

—Cariño, lo que hizo estuvo mal, pero no fue más que un error. —Dejó la copa de vino en la repisa de la chimenea—. Todo el mundo los tiene.

Me quedé mirándola, muda de la sorpresa. Ella, muy erguida en el sillón, se tocaba las pulseras de oro.

—Tu padre... también se ha equivocado. Si ninguno de los dos hubiera aprendido a perdonar, no habríamos estado casados tanto tiempo.

Fui saliendo poco a poco de mi estupor.

—Del me hizo fotos haciéndole una ma...

—Sí, Samantha, ya lo sé. —Mi madre arrugó la nariz—. Pero eso pasó hace mucho tiempo. Además, seguro que se siente fatal. No puede ser de otra manera.

—La verdad, me da igual cómo se sienta —reconocí yo, dudando de si tenía que sentirme culpable—. Me parece mentira que pueda parecerme bien que siga con él

después de algo así.

Mi madre suspiró.

—No es que me parezca bien que lo hiciese, Samantha, pero es joven, y es un chico. Te aseguro que no será la última decisión tonta que tome en la vida.

—¡Pues será la última que tenga algo que ver conmigo!

No me hizo caso.

—Es lógico que estés enfadada con él. No es que te lo reproche, pero creo que deberíais hablar. Su madre y yo hemos dicho que después de... de todo, os iría bien un poco de tiempo para volver a acostumbraros el uno al otro sin tantas influencias externas que os puedan confundir.

Realmente había bastantes posibilidades de que me hubiera vuelto loca al salir del instituto. Una parte de mí tenía ganas de reírse ante la insensatez de que mi madre defendiera a Del por haber hecho algo repugnante. En cambio otra, la más fuerte de las dos, estaba atascada entre el disgusto y la turbación.

—¿Influencias externas que me puedan confundir? —dije finalmente.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí. Entre lo de Cassie y lo de tu memoria, es comprensible que necesites tiempo para...

—¿Por qué tienes tantas ganas de que esté con Del? —la interrumpí—. No lo entiendo. ¿Es normal? ¿Las madres suelen implicarse tanto?

En ese momento detecté en sus ojos un brillo que desapareció antes de que pudiera ponerle un nombre.

—Para tu padre y para mí es importante que estés con alguien que pueda cuidarte y que sea de tu misma... talla.

Había algo más. Yo lo sabía, pero quedaba fuera de mi alcance, como todo. Ni siquiera estaba segura de que tuviera alguna importancia, de modo que no insistí.

—Mamá, no voy a volver con Del. Estoy indignada por lo que hizo con el móvil.

Ella recuperó su copa y me observó por encima del borde.

—Apenas has pasado tiempo con tus amigas.

—Mis amigas son imbéciles.

—¡Samantha! —exclamó, mirándome como si yo tuviera un cuchillo en la mano. Conseguí aguantar la risa.

—Es verdad. Y olvídate de que me reconcilie con ellas.

—Creo que exageras. —Mi madreapuró la copa y sonrió, de un modo que no alteró la fría belleza de su rostro—. Siempre has tenido esa tendencia.

—Ahora me llaman Samantha la Pirada, e insinúan que tuve algo que ver con lo que le pasó a Cassie. —Mi madre se estremeció. Quizá hubiera sido mejor suavizar un poco el impacto de mi caída en desgracia social. Pero ya era demasiado tarde—. Así que no exagero.

Mi madre abrió la boca, pero pareció pensarlo dos veces antes de hablar. Aprovechando aquel momento insólito en que se mostraba pensativa, sin beber nada

ni mostrarse decepcionada conmigo, la observé.

Me puse tensa.

En cuanto se formó ese pensamiento, sentí la misma punzada de reconocimiento que otras veces, seguida de un ataque de angustia. De repente supe que ya había pasado antes por la misma situación con ella: no querer decepcionarla ni saber cómo hacerlo, ni si sería posible conseguirlo alguna vez. Unas lágrimas absurdas se formaron en mis ojos. Bajé la vista. Mi madre había cerrado la otra mano y tenía los nudillos blancos. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Ya sé que estás decepcionada...

—No, cariño, qué va.

Se puso de pie y se sentó a mi lado. Yo seguía sin levantar la vista, porque no estaba segura de que fuera verdad.

De repente, como cuando encajan dos piezas de un rompecabezas, supe que el objeto de su decepción no era solo yo, sino también ella misma. Seguro que ya lo sabía antes de la noche en el precipicio.

—Cariño, yo solo quiero lo mejor para ti. Así de claro. —Mi madre se quedó callada y me apartó un mechón de pelo de la cara—. Vas por un camino que no estoy segura de que sea el más conveniente para ti: romper con Del, distanciarte de tus amistades...

—Eran las mejores decisiones que podía tomar, mamá —la interrumpí sacudiendo la cabeza. Ella vaciló.

—También has estado viendo a Carson, ¿no es así?

Levanté la cabeza de golpe. Ella apartó rápidamente la mano.

—¿Y qué?

—Su padre limpia el despacho del tuyo para sacarse un dinero extra, Samantha. No es exactamente un buen partido.

—Bueno, pero yo no estoy saliendo con su padre. ¿O sí? —repliqué. Aquella discusión era ridícula—. Ni siquiera estoy saliendo con Carson.

—Pero te gusta.

—Sí, me gusta. No entiendo que te cueste tanto aceptarlo. ¡Bien que te casaste tú con papá! —Ella abrió mucho los ojos. La había pillado—. Y él no tenía dinero.

—A tu padre lo conocí cuando iba a Yale. Es diferente.

—¿Diferente en qué? —inquirí—. Seguía sin tener dinero, y Carson irá a Penn State.

Mi madre no contestó enseguida. Cuando lo hizo, su respuesta no fue la que yo esperaba.

—Tu padre... me hizo perder el norte, Samantha —dijo con la mirada perdida. La máscara que solía llevar ya no estaba allí. Casi pude imaginar cómo había sido cuando conoció a mi padre—. Nos encontramos por casualidad en una fiesta. No se parecía en nada a los chicos a los que yo estaba acostumbrada. Teniendo en cuenta la universidad a la que iba, di por hecho... que era como yo. Cuando se supo, a mi

padre no le hizo mucha gracia. Quizá yo habría hecho mejor en...

¿Quizá habría hecho mejor en escuchar a su padre? Mi madre no lo dijo, pero supe que era eso lo que estaba pensando. Yo no estaba muy segura de cómo reaccionar ante eso. Tras una pausa, respiró un poco y sacudió la cabeza.

—Te mereces a alguien que pueda dártelo todo y que se valga por sí mismo. ¿Me entiendes?

Me pareció que sí.

—Pero el dinero no lo da todo, mamá.

Ella abrió la boca, pero justo entonces se oyó el ruido de una puerta. Los pasos que se acercaban eran pesados y veloces. Mi madre se giró. En cuanto mi padre entró, con las cejas oscuras muy juntas y la mandíbula apretada, supe que pasaba algo malo.

—¿Qué ocurre, Steven? —preguntó mi madre, recuperando su frialdad y su altivez de siempre mientras se levantaba.

Mi padre nos miró, primero a ella y luego a mí. Parecía que se hubiera pasado varias veces las manos por el pelo, como el día en que desperté en la habitación del hospital.

—Joanna, no te asustes. Todo irá bien; no es más que un trámite.

Mi madre cruzó los brazos en el pecho.

—No es una manera muy tranquilizadora de empezar.

—Tenemos que llevar a Samantha a la comisaría —dijo mi padre, mirándonos con una sonrisa. Se me secó la garganta—. El inspector Ramirez tiene unas preguntas que hacerte. Lincoln ya está esperando.

Un zumbido en mis oídos me impidió oír lo que decía mi madre. Lincoln era el abogado de la familia. Me levanté, tragando saliva. Las piernas se me doblaron.

—Papá... —dije con voz ronca.

Estaba delante de mí. Me apretó los hombros con suavidad.

—No pasa nada. Solo quieren hacerte unas preguntas.

—Pero si ya me las han hecho mil veces... Y es la primera vez que me hacen ir allí.

Miré por encima del hombro. Mi madre, que se había movido hacia un lado, se apretaba las sienes con los dedos.

—No quiero que vaya sola —dijo para mi sorpresa—. Iré con...

—No. —Mi padre irguió los hombros—. Quédate. Yo me ocupo.

—Pero ¿por qué tengo que ir? —pregunté.

Mi padre intentó sonreír otra vez.

—Porque es lo que dicta el reglamento, cariño. Será mejor que parezca que no tenemos nada que esconder.

«No tenemos nada que esconder». Hasta entonces, en todas las visitas de Ramirez mi padre se había negado rotundamente a hablar. Algo había cambiado.

La sala de interrogatorios no se parecía en nada a las que yo había visto en la tele. No había ningún espejo unidireccional. Solo era una habitación muy pequeña, con cuatro paredes sin adornos y una mesa con tres sillas.

El gran abogado Thomas Lincoln se había sentado junto a mí, y el inspector Ramirez nos estudiaba desde el otro lado de la mesa. Tenía delante una libreta y un bolígrafo al que no paraba de dar vueltas, y que me tenía hipnotizada. Frente a mi abogado estaba la orden del registro que ya se estaba efectuando en mi casa; en ese momento, varios polis se dedicaban a desordenar la porcelana fina de mi madre.

Seguro que a ella le estaba dando un ataque.

Yo iba por el mismo camino, sobre todo porque mi padre se había quedado fuera. En principio podía entrar, pero Lincoln se lo había desaconsejado encarecidamente.

Yo pensaba sobre todo en los mensajes que guardaba en el bolso que llevaba conmigo. ¿Cómo demonios los explicaría si decidían registrármelo? Ah, sí; no tengo ni idea de quién me los deja, aunque son raros, ¿eh?... Como que no.

—¿Va a leerle a Samantha sus derechos? —preguntó Lincoln, apoyado en el respaldo.

Ramirez apartó el bolígrafo de la libreta y le dio unos golpecitos.

—Tengo pocas preguntas, y no me parece necesario, a menos que la señorita Franco confiese algo.

Sentí una chispa de esperanza.

—Ah, entiendo. Solo querían sacarla de la casa para poder registrarla —dijo Lincoln—. Así, si encuentran algo, ella ya estará aquí.

Mi esperanza se estrelló y quedó hecha trizas.

El inspector me miró con sus ojos oscuros y cansados, ignorando las palabras de Lincoln. Dudé que hubiera muchos adolescentes sospechosos de asesinato por aquella zona. Seguro que le afectaba.

—Antes de empezar con las preguntas, ¿has recordado o descubierto algo desde la última vez que hablamos?

Si respondía que había descubierto que mis amigas y mi exnovio eran unos gilipollas, probablemente no cumpliría sus expectativas.

—Nada —dije sin mentir del todo; nada de lo que había recordado era concreto, ni tenía mucho sentido—. Pero lo he intentado. He ido a casa de Cassie y...

Lincoln me tocó el brazo.

—Samantha, no es necesario que se lo expliques.

Me eché hacia atrás con los brazos cruzados. Ramirez miró al abogado con las fosas nasales muy abiertas, como si algo oliera mal.

—Puedes acabar, Samantha.

—No te lo aconsejo —dijo Lincoln. Yo los miré a los dos, confusa.

—Bueno, tampoco es gran cosa. He estado una vez en casa de Cassie. Incluso fui al lago y al precipicio. —Lincoln se puso tenso a mi lado, pero yo no había hecho nada malo yendo a aquellos sitios—. Esperaba que despertasen algún recuerdo, pero no fue así.

—¿Por qué pensaste que te harían recordar? —preguntó Ramirez.

—Mi orientadora me dijo que me rodease de cosas conocidas, pero no ha servido de mucho.

—Interesante —murmuró—. ¿Fuiste sola?

Ahí me cerré en banda.

—Al lago fui sola.

—¿Fue cuando tuviste el accidente de coche? —Cuando asentí, Ramirez anotó algo—. ¿Y las otras veces? ¿También estabas sola?

La necesidad de mentir, de proteger a Carson, parecía irracional, pero no quería pronunciar su nombre. Lo malo era que el abuelo de Cassie nos había visto.

—Un amigo me acompañó a casa de Cassie y al precipicio.

—¿Quién?

Me mordí la uña.

—Carson Ortiz.

Ramirez asintió. No supe interpretar ese gesto.

—¿Algo más que quieras decirme?

Miré a Lincoln, que parecía tener ganas de taparme la boca con cinta aislante.

—No.

—Muy bien. —La sonrisa de Ramirez no contenía una pizca de calor humano—. Quiero saber algunas cosas y pedirte tu opinión. A partir de ahí, en cuanto vuelvan mis agentes podrás volver a casa, ¿de acuerdo?

Asentí muy nerviosa, con el estómago hecho un nudo.

—El juzgado de instrucción nos ha enviado el informe de la autopsia de Cassie. —Ramirez vio que me estremecía y continuó—: Según el informe toxicológico, Cassie tomaba antidepresivos y su organismo contenía fentermina.

—¿Fentermina? —pregunté.

—Pastillas para adelgazar —explicó Lincoln mientras se ajustaba el botón fijado a su prominente barriga—. Aparte de que la mayoría de los adolescentes no conocen esa palabra, no es necesario que le recuerde que mi clienta sufre amnesia disociativa. Vaya, que no sé muy bien adónde quiere ir a parar.

—Lo comprendo, pero tenía la esperanza de que le dijera algo —contestó Ramirez. Se le notaba por el tono que no estaba del todo convencido de mi amnesia, y así se confirmó—. Me he estado documentando sobre este... trastorno, y parece que se puede simular...

Me quedé boquiabierta.

—¡Yo no lo simulo!

Lincoln me apretó el brazo a modo de advertencia.

—Inspector Ramirez, hemos accedido a venir y contestar a sus preguntas, pero si piensa hacer insinuaciones sobre el trastorno de salud de Samantha, que diversos médicos pueden corroborar, la entrevista se puede dar por terminada.

—No insinúo que ella esté simulando su trastorno, solo digo que es posible hacerlo —dijo Ramirez. El matiz me pareció una chorrada, pero bueno—. No pasa nada por hacer unas preguntas —añadió—, y menos cuando de lo que se trata es del asesinato de una chica.

Me erguí.

—Entonces ¿está claro que fue asesinada? ¿No fue un accidente?

El inspector puso una expresión extraña. Sin soltar el bolígrafo, se inclinó y apoyó un codo en la mesa.

—No, no fue un accidente. La autopsia lo ha demostrado.

La habitación se inclinó hacia la izquierda. Cerré los ojos con fuerza. Me dolía respirar. Asesinada. Se acabó darle vueltas a lo que le había pasado. La habían asesinado.

—Quiero saber qué pasó. —Me salió un hilo de voz ronca. La mano que me rodeaba el brazo se crispó.

—Samantha, no estoy seguro de que quieras saberlo.

Abrí los ojos. Los dos hombres me miraban fijamente. Algo en mí prefería no saber, pero lo corté de raíz.

—Necesito saberlo.

Hubo una pausa.

—La autopsia señala que no había agua en los pulmones. Eso significa que no murió ahogada.

Sentí cierto alivio en mi interior. Ahogarse debía de ser horrible.

—Entonces ¿qué pasó?

—Los resultados indican que lo más probable es que Cassie muriera a causa de un traumatismo craneal. —Ramirez empezó a dar golpecitos con el boli mientras sometía mi rostro a una mirada escrutadora—. Cuando cayó al lago, ya estaba muerta.

—Pero podría haberse caído, ¿no?

Miré a Lincoln. Parecía apopléjico, con las mejillas rojas y todo. El bolígrafo de Ramirez dejó de moverse.

—La Policía Forense ha estado en el lugar de los hechos, y es imposible que alguien cayera al lago desde la montaña sin saltar, ser empujada con fuerza... o arrojada. Y es muy poco probable que rodara por la cuesta y se cayera por el precipicio.

—Es lo que pensaba.

Mi voz sonó ronca. Maldita sea. ¿Quién iba a imaginar que tener razón molase tan poco?

—Samantha —intervino Lincoln—, debo insistir en que no digas nada.

El inspector saltó sobre mis palabras como una jauría de perros sobre un gato con tres patas.

—¿Qué quieres decir con que es lo que pensabas?

—No contestes. —Lincoln se enfurruñó. Yo no le hice caso.

—No, nada... Solo que al subir pensé que sería difícil caerse y chocar con el lago sin... que te empujaran. Y yo debí de caerme, porque he tenido... recuerdos de trepar por algún sitio.

—Creía que no te acordabas de nada.

El tono del inspector era incisivo. Apreté los dientes al darme cuenta de cómo había quedado.

—No es un recuerdo claro. Son más bien fragmentos y una sensación. Ni siquiera sé si es real.

Me miró un rato.

—Y ese recuerdo de trepar... ¿crees que tiene algo que ver con el precipicio?

—Creo que sí. —Bajé la vista—. La verdad es que no me acuerdo de nada más. —Que tuviera sentido, en todo caso. Al subir las pestañas topé con la aguda mirada de Ramirez—. Ojalá. Nadie tiene más ganas que yo de saber qué pasó aquella noche.

—Aparte de la madre de Cassie —me corrigió el inspector mientras se echaba hacia atrás. Su mirada sombría se posó en el abogado—. Es evidente que ambas estuvieron en el precipicio. Ya hemos llegado a esa conclusión. Una de las dos sobrevivió, y la otra murió. La pregunta sigue siendo si había otra persona, Samantha.

Dejé de contener la respiración, cosa que por otra parte no era consciente de haber hecho.

—No lo sé.

Al llegar a casa me encontré la habitación hecha un desastre, y me dio grima pensar que unos desconocidos habían estado rebuscando entre mi ropa interior. Me sentí violada. Nada se había librado de la investigación, ni siquiera mi cama. ¿Qué pensaban que podía esconder en ella? Tampoco encontré mi portátil. La Policía Científica. Según Ramirez, lo recuperaría en una semana.

Francamente, esperé no tener una adicción al porno de la que me hubiera olvidado.

Tardé casi toda la tarde en ordenar mi habitación, más que nada porque siempre tenía encima a mi madre, que no me dejaba ir más deprisa. Pálida, muy afectada, solo salió para traerme al cabo de un rato un sándwich de fiambre, cosa que me sorprendió, y también me asustó. Me di cuenta de que no parecía preocupada por la imagen que daría todo aquello entre sus amistades de alto copete.

Estaba preocupada, pero esta vez era por mí.

Lo cual no mejoraba las cosas, porque yo sabía que tenía razones para

preocuparme. Mi interrogatorio —perdón, mi entrevista— se precipitó después de que Ramirez preguntase quién era la tercera persona. Repitió varias veces las mismas preguntas, de distintas maneras, intentando pillarme desprevenida, y quedó claro que estaba convencido de que yo estaba fingiendo u ocultándole algo.

Lincoln sacó el armamento pesado. Quería pruebas. El inspector Ramirez dejó las cosas muy claras. La última persona que había estado con Cassie era yo. Mi única defensa, lo único que «se interponía en el camino de la justicia», era mi «pérdida de memoria». La Policía solo tenía pruebas circunstanciales, pero se había condenado a gente por menos. Luego Lincoln nos dijo a mi padre y a mí que a ese extremo nunca llegaría. Yo tenía ganas de creérmelo, pero mi paranoia estaba adquiriendo proporciones épicas.

«Una de las dos sobrevivió, y la otra murió».

Estuve dando vueltas por mi habitación hasta altas horas de la noche, y cuando me metí debajo de la manta, con la que me tapé la cabeza como una niña, estaba hecha un manojo de nervios y sudor. Ahí, en la seguridad y el aislamiento de mi capullo de sábanas, me puse a razonar.

Cassie había sido asesinada. Le habían aplastado el cráneo antes de tirarla por el precipicio. O se lo había aplastado al caer. En cualquier caso, la habían empujado. Había pocas o ninguna prueba de que hubiera saltado. Estaba claro que la Policía no creía en un suicidio. No había agua en los pulmones. Una de dos: o yo le había dado un golpe con algo y luego la había empujado, antes de caerme yo misma por alguna razón del precipicio, o había otra persona, la culpable de todo. Primero había golpeado a Cassie con algo y la había empujado por el precipicio. Después me había hecho a mí lo mismo, o como mínimo lo había intentado. También era posible que Cassie se hubiera dado un golpe en la cabeza durante la caída.

«Una de las dos sobrevivió, y la otra murió».

Por alguna razón, me sentí más cerca de Cassie que nunca. Seguíamos unidas por el secreto de aquella noche, un recuerdo que se me escapaba.

En algún momento me quedé dormida y soñé con el precipicio, con Cassie y otra persona que se mantenía fuera de mi campo visual, escondiéndome su identidad. Me desperté con la piel pegajosa de sudor frío y la sábana enrollada en las caderas. Tenía lágrimas en las pestañas.

Permanecí varios minutos sin abrir los ojos. Probé a contar hasta cien, pero al llegar a veinte se me puso la carne de gallina. Un escalofrío me advirtió de la presencia de algo innatural dentro de la habitación.

Mi aliento se filtraba lentamente por mis labios. Se me agarrotaron los músculos. Había alguien en la habitación. Todas las células de mi cuerpo lo percibían. Me quedé completamente quieta, demasiado asustada como para abrir los ojos.

Un aliento gélido pasó por mi frente y mi mejilla.

Tragué saliva y los ojos se me abrieron sin querer. Un grito rasgó mi garganta. No estaba sola.

Se inclinó sobre mí, envuelto por la oscuridad. Yo solo veía su pecho, pero sentía su aliento. No podía moverme ni dejar de gritar, mientras él se apartaba. «¡Levántate! ¡Pégale! ¡Vete!». Las órdenes salían una tras otra de mi cerebro, pero mi cuerpo no las obedecía.

Aún estaba allí. Una mano fría se movió por mi cuello y la vena del pulso, que latía desbocada.

—Samantha —dijo bruscamente una voz que me resultó familiar—. Esto no debería haber pasado.

En ese momento se encendió la luz, con una intensidad que me cegó, y por fin pude moverme. Me incorporé como un resorte con la boca abierta, de la que seguían brotando unos sonidos espeluznantes. De repente, unos brazos me rodeaban. Mis gritos se volvieron aún más agudos.

—Shhh, Sam, no pasa nada. Está todo bien. Shhh, que no pasa nada.

Meforcé en reconocer la voz y los brazos que me rodeaban. No podía dejar de ver al hombre sobre mí, con su aliento frío y sus dedos gélidos a la altura de mi pulso. Me resultaba imposible dejar de temblar, por muy tranquilizadoras que sonaran las palabras susurradas a mi oído.

Finalmente se diferenciaron otras voces, las de mis padres. Quien me abrazaba era Scott, que intentaba sacarme de mi trance.

—¿Qué pasa? —inquirió mi padre con una pistola negra en la mano.

Mi madre se sentó al lado de Scott y me puso una mano en la espalda.

—Samantha, corazón, dinos algo.

Me costó varios intentos formar una frase coherente.

—¡Estaba en mi habitación, inclinado sobre mí! Me lo he encontrado al despertarme.

—¿A quién? —preguntó Scott. Se apartó para mirarme a los ojos—. ¿A quién, Sam?

Mi padre corrió a las ventanas del dormitorio y comprobó que estuvieran bien cerradas, mientras yo contemplaba la cara de mi hermano.

—No lo sé, pero era él. Era él.

Scott miró por encima de mi hombro con el ceño fruncido.

—¿Era Del?

—No digas tonterías —le espetó mi madre, que me acarició la espalda—. Del nunca entraría ni le pegaría un susto así.

Me retorcí para soltarme de los brazos de Scott.

—No le he visto la cara, pero debe de haber salido por las ventanas o algo así.

Mi padre, pálido, bajó la pistola.

—Samantha...

—¿Qué? —Mi voz se hizo más aguda—. ¡Estaba aquí dentro! Encima de mi cama, tocándome.

Mi madre se levantó y se ajustó el nudo de su bata de seda. Miró a mi padre a los ojos.

—Ya no podemos seguir esperando, Steve. Tiene que ir al médico.

Me eché en la cama, clavando los dedos en el edredón. ¿De qué estaban hablando? ¿A quién narices le importaba un médico? Alguien había entrado en mi habitación.

—No le pasa nada. Solo ha tenido una pesadilla —se apresuró a decir Scott en mi defensa—. No hace falta sacar la camisa de fuerza.

—¿Qué? —chillé.

¿Camisa de fuerza? El pulso se me aceleró aún más.

—Scott —dijo mi madre con un suspiro—, vete a tu cuarto.

Él no le hizo caso. Mi padre se sentó al otro lado y me tomó la mano con la que no tenía ocupada.

—Nena, las ventanas y la puerta del balcón están cerradas por dentro. La alarma está puesta y no ha saltado.

—No. ¡No! Había alguien en mi habitación. —Me solté y me aparté—. Tienes que creerme. Estaba despierta y lo tenía a mi lado, de pie.

Mi padre sacudió la cabeza. Sus ojos brillaban de tristeza y cansancio.

—En tu habitación no había nadie. Soñabas o...

—¿O tenía alucinaciones? ¿Como la del tío del asiento de atrás? —grité. El terror se disipó y dejó paso a la rabia—. ¿Es eso lo que piensas?

Mi madre se secó la cara. Era la primera vez que la veía llorar, pero sus lágrimas no hicieron otra cosa que enfurecerme.

—Ha sido una noche muy estresante, cariño. No es que te juzguemos, pero necesitas...

—¡Yo no necesito ayuda!

Bueno, tal vez sí la necesitaba, pero me escabullí del brazo de Scott. Él quiso sujetarme, pero yo era muy rápida cuando me lo proponía. Quizá algunas de las cosas que había visto no fueran reales, pero aquella... aquella sí lo era.

—Creo que deberías sentarte —propuso mi padre, que se levantó—. Ya hablaremos por la mañana.

Saqué mi bolso de debajo de la mesa sin hacerle caso y lo vacié en la cama. Entre libros, papeles del instituto y bolígrafos cayeron cuatro notas amarillas; todas menos la que había encontrado en el coche.

—¿Qué haces? —preguntó Scott con los ojos abiertos como platos cuando vio las

notas.

En ese momento se me ocurrió algo horrible. ¿Y si era Scott quien dejaba las notas? Lo observé con muchísima atención. Él odiaba a Cassie, pero... No, imposible. Descarté la idea.

Distribuí las notas por la cama.

—¡Mirad! ¡Mirad esto! He ido recibiendo estas malditas notas cada cierto tiempo. Alguien ha intentado hablar conmigo y avisarme.

Mi madre se acercó para mirar por encima de mi hombro. De repente se tapó la boca con una mano y se giró. Le temblaban los hombros.

—Pero ¿se puede saber...? —Mi padre agarró una de las notas, la que decía: «Cuidado. No mires atrás. Lo que veas no te gustará»—. Madre de Dios...

—¿Lo veis? —Estuve a punto de dar una palmada y saltar. Las notas eran mi única manera de demostrar que no estaba completamente loca—. Esto demuestra que alguien sabe qué pasó. Quizá la persona que va dejando estas notas sea la misma que estaba aquella noche con nosotras.

Los dedos de mi padre se cerraron alrededor del mensaje, estrujando el papel, que ya estaba arrugado.

—¿Por qué no me dijiste nada cuando recibiste la primera?

—Es que...

Desvié la mirada hacia Scott, que se atusó el pelo despeinado y bajó la cabeza. Mi padre se giró bruscamente. Una vena le palpitaba en la sien.

—¿Tú lo sabías? ¿Sabías lo que pasaba y no me lo habías dicho?

—No es culpa suya —lo defendí yo—. Además, lo importante no es eso. Alguien ha estado entrando en casa y dejándome notas en la cama, en mi taquilla del instituto y en mi bolsa.

—Mañana por la mañana llamo al médico —dijo mi madre, frotándose la piel que rodeaba su cuello hasta enrojecerla—. No se hable más.

Yo levanté las manos.

—¡Llamar al médico! ¡Genial! Pero ¿podemos centrarnos en lo importante?

Scott levantó la vista con los labios apretados.

—Debería habértelo dicho cuando me enseñaste la primera nota, pero es que... no quería disgustarte. Lo siento.

Tuve un escalofrío de aprensión.

—¿Qué quieres decir?

—Que todas las notas están escritas en el mismo tipo de papel... y con tu letra. La letra de cuando eras pequeña —dijo, lanzando una mirada a mi madre—. Tú has escrito esas notas, Sam.

Tuve el impulso de negarlo.

—No. Imposible. Yo no soy la que escribe las notas.

—Espera.

Mi hermano se levantó y salió de la habitación. Yo me giré hacia mi padre.

—No soy yo, papá —le dije con tono de súplica—. Tan loca no estoy. ¡Es imposible que sea yo quien deja las notas! Recordaría haberlas escrito.

Mi padre sonrió sin ganas.

—Ya lo sé. Tú no estás loca.

Sin embargo, vi la verdad en sus ojos. Me quedé sentada, aturdida a causa de la incredulidad, hasta que Scott volvió con una cartulina verde doblada.

—Me hiciste esta felicitación de cumpleaños cuando cumplimos siete años. —Se sentó a mi lado y la abrió—. ¿Ves? —Señaló un muñeco de palo que representaba a una niña con el pelo largo—. Esta eres tú, y este yo.

Señaló un monigote con pecas. Caray, qué poco talento.

Scott respiró entrecortadamente al levantar una de las notas y ponerla encima del mensaje de cumpleaños.

—Mira, Sam.

Lo vi enseguida, y el mundo se me cayó encima un poco más. Abrí la boca, pero no pronuncié palabra. El garabato infantil de la tarjeta de cumpleaños y las letras de la nota eran iguales, incluso en el ancho de las des.

Mi letra.

—No —susurré, sacudiendo la cabeza. Después la levanté, y el llanto me nubló la vista—. No. No lo entiendo. No recuerdo haber escrito nada. No tiene sentido.

Scott dobló la felicitación y levantó la cabeza. Se le veía muy joven.

—Lo siento.

—¡No lo digas más! —grité—. Para, por favor. Yo no estoy... loca.

Mi madre corrió hacia mí y me puso las manos en las mejillas. En sus ojos no había rastro de sueño o de alcohol.

—Ya lo sabemos, cariño. Solo es el estrés. Haremos que te ayuden.

Levanté la vista por encima de su hombro, hacia mi padre.

—¿Tú crees que estoy loca?

Se me quebró la voz.

—No. —Mi padre apartó la vista. Le tembló la mandíbula—. Nunca, nena, nunca.

Lloré a mares. Alguien me abrazó, no sé quién, pero estaba atontada. Atontada. Atontada. Atontada. Las caras se emborronaron. Ya era oficial. Alucinaciones, voces, notas dirigidas a mí misma que no recordaba haber escrito... Sí, estaba loca.

La mañana siguiente me levanté y fui al instituto fingiendo no encontrarme a un paso de la esquizofrenia pura y dura. Mi padre aún estaba en casa. Tomamos café y me dijo que pasaría a buscarme después de la última clase.

No habían pasado diez horas y ya me habían concertado una cita con un psiquiatra.

Cuando subí al coche Scott no dijo nada, pero se detuvo a medio camino entre

nuestra casa y la de Carson.

—Lo siento. Debería habértelo dicho antes, pero...

—Tranquilo. —Lo dije mirando fijamente por la ventanilla, con voz monótona. Por dentro me sentía atontada, fría y como sin vida—. Debería pedirte perdón yo a ti. No es culpa tuya que tu hermana esté como un cencerro.

—Tú no estás como un cencerro. —Me tomó la mano y la apretó—. Ya se arreglará todo.

Asentí, pero no contesté. La verdad, no creía que se fuera a arreglar.

Scott me soltó. Recorrimos el corto trayecto hasta la casa de Carson. Me dolía el corazón solo de pensar en cómo me habría mirado si supiera la verdad. Hablaron de un partido que habían visto la noche anterior en la tele. Mientras tanto, yo miraba por la ventanilla, intentando evitar que se me humedecieran los ojos.

De repente Carson apoyó la barbilla en el asiento, por encima de mi hombro, tomó entre sus dedos un mechón de mi pelo y lo estiró con suavidad.

—Qué callada estás esta mañana.

Scott me miró. En sus ojos había un mensaje mudo, pero no supe descifrar su significado. Sonreí sin ganas, débilmente.

—Estoy bien. Es que aún estoy medio dormida.

Carson no insistió, pero cuando nos separamos para la primera hora me miró fijamente.

Me pasé casi toda la mañana ensañándome con lo poco que me quedaba de uñas en la mano derecha. Un reloj gigante colgaba sobre mi cabeza, marcando los minutos que faltaban para que se cumpliera alguna de estas tres posibilidades: que se me fuera del todo la cabeza, que me detuvieran por el asesinato de mi mejor amiga, o que el verdadero culpable del asesinato me hiciera callar antes de que pudiese averiguar su identidad.

Evidentemente, ninguna de ellas prometía un final feliz.

¿Había escrito yo esas notas para intentar avisarme a mí misma? Oscilaba entre la culpabilidad y la inocencia, pero en cualquiera de las hipótesis estaba mal de la cabeza.

Para empeorar las cosas, el inspector Ramirez y otro agente volvieron al instituto para interrogar de nuevo a los alumnos. De la clase eligieron a Veronica y a Candy. En bio, Carson me contó que le habían hecho algunas preguntas durante la hora anterior.

—Es una investigación por asesinato, está clarísimo. —Yo lo oía sin verlo, porque tenía la cabeza gacha—. Las preguntas eran muy obvias, como si conocía a alguien que pudiera querer hacerle daño. Incluso me han preguntado por ti, y si tenías enemigos.

Saber que alguien andaba preguntando esas cosas me hacía sentir muy vulnerable, como si me hubieran abierto en canal y estuviera expuesta a la vista de todos.

—Ayer por la tarde hablaron conmigo —reconocí, apretando el bolígrafo.

—Lo sospechaba. Me han preguntado por nuestra excursión a casa de Cassie y al precipicio.

—Lo siento. —Fijé la vista en el libro de texto, porque no era capaz de mirarlo a él—. No quería involucrarte.

—No pasa nada. —La mano de Carson buscó la mía por debajo de la mesa—. Tampoco hicimos nada malo.

Cuando sentí su contacto, y el agradable cosquilleo que se extendió por mi brazo, me pregunté si en caso de haber sabido la verdad Carson habría seguido tomándome de la mano o si por el contrario se habría limitado a llamarme Samantha la Pirada, como todos los demás. Me picaban los ojos.

Cuando el profesor empezó a dar la clase, Carson movió la mano y dibujó con el pulgar un alfabeto silencioso por mi palma. Como si no tuviera bastantes distracciones... Hubo un par de veces en que di un respingo y las patas de la silla se movieron, sobre todo cuando sus dedos llegaron al centro de mi mano. Carson se reía en voz baja, y los dos chicos de la mesa de delante se giraban a mirarnos.

Al final de la clase tenía las mejillas sonrosadas, y los nervios de punta por varios motivos. Uno de ellos, que Carson aún aferraba mi mano.

En el pasillo me llevó a la pared y bajó la cabeza para que tuviéramos los ojos al mismo nivel.

—Quiero verte después del entrenamiento.

Mi corazón, contento, dio unos pasos de baile. Aun así, sacudí la cabeza.

—No sé... si es lo mejor —respondí. A él se le curvó un lado de la boca.

—Solo te estoy pidiendo que pasemos un rato juntos, Sam.

Me ruboricé.

—Ya, ya lo sé, pero...

—Pero ¿qué? —Su media sonrisa se extendió—. ¿Qué pasa, que ahora que estás soltera quieres ver cómo está el panorama? ¿No cerrarte a otras opciones?

Me reí, con los ojos en blanco.

—No es eso.

—Menos mal. —Carson se acercó hasta que nuestros zapatos se tocaron. La gente nos miraba, pero me dio igual. Solo tenía ojos para él—. Me llevaría una desilusión. Bueno, pues quedamos a las ocho. ¿Te parece bastante clandestina la casa del árbol?

Fui consciente de que debería haberle dicho que no.

—Vale.

Mi psiquiatra era un viejo que olía a tabaco de pipa. Llevaba unas gafas de pasta que creo que pretendían parecer modernas. Tenía el pelo canoso y abundante, y una barba que no me cansaba de mirar. Las paredes estaban cubiertas de premios y títulos. También había algunas fotos donde salía cazando, sujetando un ciervo por los

cuernos y pescando en yate.

Me hizo muy pocas preguntas, pensadas para hacerme hablar de cómo me encontraba, qué me preocupaba y sobre todo qué sentía antes de «acordarme» de cosas o de «encontrarme una nota».

Mientras tanto, él escribía en una pequeña libreta. Pero, por su manera de mover el boli, tuve serias dudas de que fueran notas; creo que hacía más bien dibujitos.

La sesión duró exactamente treinta y tres minutos.

Salí de la consulta y subí al coche de mi padre con los papeles apretados contra el pecho. En lugar de acelerar y alejarse lo antes posible de la consulta del psiquiatra, como sabía que habría hecho mi madre, mi padre me observó atentamente.

—¿Qué te ha dicho el doctor O’Connell?

—Que no tengo esquizofrenia. Es una buena noticia.

Mi padre arqueó una ceja. Yo suspiré y le di mi receta de Buspar.

—Me ha dicho que tengo un trastorno grave de ansiedad, con estrés postraumático o no sé qué. Las pastillas deberían hacer efecto en unas dos semanas. Esto... —dije agitando otra receta— se llama Ativan. Parece que me lo tengo que tomar si sufro un ataque de ansiedad, que es lo que él cree que me pasa cuando... veo la sombra.

—¿La sombra?

—Sí, es el apodo que le ha puesto al tipo al que veo pero que no existe. —Hice una pausa, recordando las explicaciones del psiquiatra—. Él cree que la sombra podría ser una alucinación o un recuerdo de aquella noche, provocados por el estrés. Según él, me protejo a mí misma de verle la cara.

Ahí estaba la pega, si la sombra era fruto de mis recuerdos perdidos, esas pastillas podían suponer un obstáculo a la hora de recordar aquella noche. Me debatía entre tomármelas, para encontrarme como una persona normal, y no tomármelas, porque hacerlo podría eliminar la posibilidad de que recordara lo sucedido.

—Bueno. —Mi padre tomó el papel—. ¿Y cuánto tarda en hacer efecto cuando...?

—¿Cuando empiece a oír o ver cosas? —Me arrepentí de haberlo dicho así cuando vi que se sobresaltaba y apartaba la vista—. En una media hora estaré como unas castañuelas, felizmente sedada.

—Samantha...

—No, si no pasa nada. —Pero sí pasaba. Tragué el nudo que se me había formado en la garganta. Odiaba la idea de tomar pastillas—. El doctor no me ha dicho durante cuánto tiempo tendré que tomarlas.

—¿Y qué hay de las notas?

Antes de que yo contestara, una llovizna empezó a mojar el parabrisas.

—Ha dicho que probablemente sea mi subconsciente, que intenta ponerse en contacto conmigo.

Solté una risa seca. El psiquiatra me había preguntado cómo me sentía antes de

encontrar una nota, y si me acordaba de lo que había hecho justo antes. Yo había caído en la cuenta de que siempre que encontraba un mensaje era después de sufrir unos momentos de mareo, o un fogonazo de memoria. Supuestamente, era en esos episodios cuando me escribía las notas a mí misma. De hecho, el doctor había dicho que en esos momentos podría haberme acordado de todo, pero que yo misma lo bloqueaba.

Suspiré.

—Es como si un alien viviera dentro de mi cuerpo. Dice que puede que se me vaya con la medicación, pero que no necesariamente.

Mi padre apretó las manos en el volante.

—¿Y los recuerdos?

Me encogí de hombros.

—Puede que siga teniéndolos o que desaparezcan del todo. En todo caso, podrían verse afectados por las pastillas.

Mi padre asintió mientras guardaba los papeles en el bolsillo delantero de la americana.

—Ahora te dejo en casa y hago que te rellenen los papeles.

—Gracias. —Me puse el cinturón—. Papá...

—Cariño, no hay nada de lo que avergonzarse, ¿de acuerdo? No quiero que tengas la sensación de que te pasa algo malo.

—Pero es que sí que me pasa algo malo. ¿No te acuerdas? —dije con mordacidad—. Alucinaciones, ataques de pánico y tal y cual.

—Bueno, ya me entiendes... —Arrancó el coche y salió con cuidado de la plaza de aparcamiento—. Solo quiero que te pongas bien.

—Y yo.

Me miró. Me entristeció mucho la pena que apagaba su mirada. Cuando frenó a la salida del aparcamiento, estiró la mano y me tocó la mejilla.

—Ojalá...

—¿Ojalá qué, papá?

Él apartó la mano con un esbozo de sonrisa en los labios y salió a la calle.

—Ojalá no tuvieras que pasar por todo esto.

Yo eché la cabeza hacia atrás y escuché con los ojos cerrados el repiqueteo de la lluvia en la capota.

—Sí, ya lo sé.

A las ocho menos diez metí en mi botiquín los frascos de pastillas sin abrir y saqué del armario la sudadera. Quería hablar con Carson sin estar dopada. Debía contarle la verdad antes de que lo que había entre los dos —fuera lo que fuese— llegara más lejos.

Salí por el sótano, aunque antes le dije a Scott que me iba a ver a Carson. Ya daría él alguna excusa si mis padres preguntaban por mí.

Metí las manos en el bolsillo central y seguí la fina franja de luz de luna que parecía llevar justo al fondo del césped. A partir de ahí seguí por el camino, pensando en cómo explicarle a Carson que estaba loca.

En el mismo momento en que vi la casita del árbol, Carson asomó la cabeza por la salida al mirador. Llevaba una gorra de béisbol al revés.

A pesar de cómo iban las cosas, sonreí al subir por las planchas de madera. Carson sacó la mano por la abertura y me ayudó a llegar hasta el final.

—Gracias —dije, mirando la habitación cuadrada hecha para niños mucho más pequeños que nosotros.

Había una manta gruesa en el suelo. Me acerqué a gatas y me senté. Él se puso a mi lado con las piernas estiradas.

—Bonito detalle —murmuré.

Sonrió, orgulloso de sí mismo.

—Me ha parecido que así sería un poco más cómodo.

Junté las manos, con la garganta seca. ¿Por dónde empezar? No existían manuales de instrucciones para aquellas cosas. Carson me empujó un poco con el hombro.

—Quería preguntarte algo —dijo.

—Vale.

Clavé los dedos en mis palmas.

—Sí que tenía otra razón para hacerte venir aquí, lejos de tu hermano.

Mi corazón latió con fuerza.

—¿Ah, sí?

Carson asintió con la cabeza.

—¿Sabes qué pasará dentro de tres semanas?

—Mmm... ¿Que se acaba el mes de abril?

—Sí, y que hay una fiesta de fin de curso.

Me quedé mirándolo. Él se rio sin quitarme la vista de encima.

—Te has quedado pasmada.

—Es que... no había pensado en la fiesta.

—Me lo imaginaba. —Carson se acercó un poco más a mí, pegando una pierna a la mía—. Ya sé que están pasando muchas cosas, y que puede parecer una tontería ir a esa fiesta, pero creo que lo necesitas.

—¿Sí?

—Sí, y también necesitas algo más.

Necesitar, necesitaba muchas cosas. Lo miré a la cara inquisitivamente, y por enésima vez tuve ganas de darme patadas a mí misma por no haber visto antes cómo era.

—¿El qué? —pregunté.

Carson me recogió el pelo por detrás de la oreja y apoyó la mano fugazmente en mi mejilla.

—Necesitas que yo te lleve a la fiesta.

Abrí la boca, pero me había quedado sin palabras. De repente se sucedieron como *flashes* imágenes de invitaciones a fiestas. Invitaciones sorpresa, una tarjeta escondida entre unas rosas, una gran pancarta en el campo de béisbol... Todo muy elaborado; pero, por alguna razón, que Carson me llevase a la casita del árbol para pedírmelo me emocionó.

Él bajó la cabeza.

—Normalmente suelo intuir lo que piensa la gente por la cara que pone, pero ahora mismo no tengo ni idea de qué estás pensando. ¿Buena idea? ¿Mala? ¿Penosa?

El recuerdo de la dura realidad cortó mi risa en seco.

—Es una idea maravillosa, Carson, pero no puedo ir contigo.

—Vaya. —Carson se echó hacia atrás y apoyó las manos en las rodillas—. Reconozco que estoy un poco perplejo. ¿Te parece una idea maravillosa pero no puedes ir conmigo?

—Sí. No. —Sacudí la cabeza—. No lo entiendes.

—Eso es verdad —dijo sonriendo a duras penas—. ¿Te importaría explicármelo?

—Te aseguro que no te conviene nada ir conmigo a la fiesta.

—¿Por qué no dejas que eso lo decida yo, Sam? Espera, espera... —Su tono se tiñó de comprensión—. ¿Es por eso de que la Policía esté investigando el... asesinato de Cassie? Y crees que fuiste tú.

—Car...

—Tú no mataste a Cassie, Sam. Oye, mira, métetelo en esa cabeza bonita pero tan dura que tienes, no eres ninguna asesina.

—No es solo eso, es que... Es que no estoy muy bien.

Se quedó mirándome.

—Bueno, casi nadie está bien, ¿no?

—No, en ese sentido no. —Bajé la vista, inquieta—. De verdad que no estoy bien, Carson.

Un profundo suspiro.

—Tienes mucho estrés acumulado y...

—Hoy he tenido que ir al psiquiatra —dije por fin, tal vez más alto de lo necesario. Me obligué a bajar la voz mientras juntaba las piernas con el pecho—. Anoche... me desperté pensando que había alguien en mi habitación. Creía que me estaba tocando. Y no había nadie, Carson.

—Bueno. —Su tono era hosco—. Sería el estrés. O un recuerdo. ¿No me dijiste que algunos recuerdos parecían reales?

Reírme fue lo peor que podía haber hecho. No parecía normal.

—No es solo eso. ¿Te acuerdas de las notas que encontraba? Pues es mi letra. Me he estado escribiendo notas a mí misma, y ni siquiera me acordaba.

—Sam...

—Por favor, no digas nada para consolarme. —Carraspeé dos veces, intentando no llorar—. Hoy he salido temprano del instituto para ir a ver a un psiquiatra, y voy a tomar medicación. Así que sé que algo me pasa, algo más que simple estrés.

Después de mi discurso nos quedamos en silencio. Yo hacía todo lo posible para no llorar, debido a la importancia que tenía para mí la opinión de Carson, por encima de la de ninguna otra persona. Lo de la fiesta estaba definitivamente descartado. ¿Quién podía querer como pareja a Samantha la Pirada? Y también nuestra amistad podía irse al garete. Incluso me sorprendió que aún estuviera sentado a mi lado.

—Bueno —dijo Carson por fin—. Voy a decirte algo, y no pienso repetirlo.

Levanté mis pestañas húmedas. Ahora me lo dirá, pensé. Asentí, preparándome para lo que estaba segura de que serían las calabazas más amables de la historia de la humanidad, y me dispuse a salir disparada por la entrada de la casita del árbol.

—Yo sé que no tuviste nada que ver con lo de Cassie —dijo Carson—. Y no puedes seguir viviendo como si fuera lo contrario.

Parpadeé, esperando el resto. Carson me puso las palmas de las manos en las mejillas.

—Me da igual que tengas que ir al psiquiatra o que te mediques, Sam. Siempre he pensado que eres una persona increíble, y eso no cambia nada.

Observé su rostro con la vista nublada, buscando alguna señal de que lo dijera en broma o de que estuviera drogado.

—¿Cómo puedes decir eso...?

—¿... si durante años no has querido darme ni la hora? —terminó la frase por mí. Luego se rio—. Te recuerdo que tenías momentos buenos, Sam. Y esos momentos lo compensaban todo.

—Eres perfecto —susurré mientras parpadeaba para contener las lágrimas.

Él resopló por la nariz.

—De perfecto no tengo nada, Sam. —No me creí sus palabras—. Bueno, ¿eso es un sí o un no? —preguntó mientras bajaba las manos por mis mejillas hasta tocarme los labios con los pulgares. El gesto hizo que me estremeciera y quitó toda la importancia al hecho, muy real, de que yo estaba como una cabra—. ¿Vendrás

conmigo a la fiesta?

Era tan absurdo que me reí. Estaba oficialmente loca —veía cosas y me dejaba notas a mí misma—, y al día siguiente, mientras los demás estuvieran recibiendo la última hora de clase, yo estaría sentada en la consulta de un psiquiatra. Y como si todo eso no fuese bastante, Carson aún quería que fuera con él a la fiesta.

Ah, y había otra cosa que también se podía decir que era oficial, estaba enamorada de Carson.

Una sonrisa ancha y preciosa le separó los labios y dejó a la vista aquel único diente torcido que tan y tan encantador me parecía.

—Te voy a ser sincero. Si estás a punto de decir que no, la situación se va a poner muy incómoda aquí arriba.

Volví a sentir un nudo en mi pecho, pero esta vez era bueno. Me aparté y sujeté a Carson por las muñecas. En ese momento, una idea horrible se me pasó por la cabeza. ¿Y si antes del incidente con Cassie yo ya estaba loca, pero lo disimulaba bien? Ir a la fiesta parecía una mala idea, pero si entonces había estado loca, también ahora lo estaba. Y si lo de Cassie no lo había hecho yo, ¿de qué otras vivencias me estaba privando yo misma?

—Sam...

Le solté las muñecas y le pasé los brazos por el cuello. Él no vaciló. Sus brazos rodearon mi cintura y me estrecharon con la misma fuerza.

—¿Esto es un sí? —preguntó, hundiendo entre risas la cara en mi pelo. Yo cerré mucho los ojos con la esperanza de que la decisión que había tomado fuera la correcta.

—Sí, iré contigo.

A la mañana siguiente me giré hacia Scott y le pedí algo, quizá lo más raro que podría pedirle a mi hermano.

—¿Podrías acompañarme a comprar ropa?

Scott se atragantó con un trozo de *Pop-Tart* cubierto de chocolate, parte del cual se cayó entre el asiento y la consola central del coche de alquiler.

—¿Qué?

Me sonrojé.

—Necesito un vestido para la fiesta del instituto, y no tengo amigas con las que ir. Scott, agachado para recoger lo que se le había caído, me miró.

—Sí que... sí que tienes amigas, Sam.

—Qué va. —Le aparté la mano y conseguí encontrar el trozo de *Pop-Tart* para meterlo otra vez en su envoltorio—. En el instituto todos me llaman Samantha la Pirada.

—No todos. —Scott se metió la pasta en la boca mientras salía del garaje dando

marcha atrás. Luego la agarró otra vez con la mano—. Oye, y ¿con quién vas? Como respondas que con Del tendré que darte una patada en el culo.

Hice una mueca.

—Me lo ha pedido Carson.

Scott escupió otro trozo.

—¿Y le has dicho que sí? ¿De verdad?

—Sí. Me gusta. Mucho.

Mi hermano tiró el resto de su desayuno por la ventanilla.

—Guau... Caray... Ya hemos vuelto a la Dimensión Desconocida. —Me miró de reojo. Le brillaban los ojos—. Es mucha mejor elección que Del.

—Entonces ¿no me vas a dar una patada en el culo?

—No sé. Creo que algo sí que tendré que zurrarte. Dado que soy tu hermano y todo eso...

—Claro —convine con una sonrisa. Él puso los ojos en blanco.

—Julie irá contigo. De hecho, tenía planeado ir este fin de semana.

Yo toqueteé la correa de mi bolso, mientras miraba por la ventanilla con los labios apretados.

—No quiero que la obligues. Me resultaría violento.

—No se sentirá obligada. Se lo preguntaré en clase, a ver qué dice. —Scott hizo una pausa—. Te prometo que si no se anima no insistiré, ¿vale?

—Vale.

Paramos delante de la casa de Carson. Yo me incliné con muchas ganas de verlo. Se abrió la puerta de la casa y apareció él con todo el esplendor de su pelo mojado. Estaba espectacular, con sus vaqueros y una simple camisa.

Scott carraspeó.

—¿Ya... ya has tomado la medicación?

Miré a mi hermano, que me sacó de mi ensimismamiento.

—Sí, he empezado hoy.

—¿Y te encuentras igual?

—Sí. —Me había tomado la pastilla hacía una hora, y no notaba ninguna diferencia.

Scott cortó la conversación en cuanto Carson abrió la puerta trasera. Entró y dejó la bolsa en el asiento de al lado. Yo me giré para mirar por encima del reposacabezas.

—Hola —dijo Carson con una sonrisa burlona. La mía se ensanchó.

—Hola.

El conductor soltó un gemido.

—Esto va a ser un rollo.

Carson y yo nos sonreíamos de oreja a oreja.

—Para mí no —dijo él.

La semana siguiente todo fue bastante bien. No hubo más visitas del inspector Ramirez, y como yo iba a la consulta del doctor O'Connell dejé de reunirme con la señora Messer. La verdad es que la echaba de menos, a ella y sus gafas.

Las pastillas parecían hacer efecto más rápido de lo que me había esperado. No hubo más alucinaciones, ni notas. Lo que sí encontré fue mi bloc de papel amarillo en el despacho de mi casa, mientras buscaba unos clips. Me afectó bastante verlo. Había pasado una mala noche, de llanto y frustración.

A pesar de las pastillas, sin embargo, y de que las cosas se hubieran calmado, por dentro estaba cada vez más inquieta. Era un desasosiego que solía empeorar por la noche, cuando me quedaba despierta en la cama contando las estrellas verdes fosforescentes del techo para comprobar que seguía habiendo cincuenta y seis. Era como un respiro en la tormenta, justo antes de que reinara el caos sobre todas las cosas.

Carson venía cada noche después del entrenamiento para «ver la tele» con Scott. En realidad era una simple tapadera para estar conmigo sin que a mis padres les diera un síncope, y parecía que funcionaba. Esos ratos, entre una y dos horas cada noche, se habían convertido en lo que más ilusión me hacía de todo el día. Nos sentábamos en el sofá y hacíamos que veíamos la tele mientras Scott fingía no vigilarnos como un halcón. Carson se había vuelto muy creativo a la hora de tocarme «sin querer», mediante un roce de la mano o de la pierna, y cada vez que se iba a mí me entraban ganas de subirme a su regazo y darle un beso.

Él no había intentado dármele a mí. Ni siquiera habíamos estado a punto de besarnos desde la visita que me hizo después del accidente. Yo tenía la impresión de que Carson no quería precipitarse a causa de la cantidad de cosas que habían pasado, y no me molestaba.

En el instituto, todo el mundo pensaba ya en la fiesta. Hasta Veronica y Candy habían orientado sus campañas difamatorias hacia su propia rivalidad de cara a los chicos, y ya no se fijaban tanto en mí. Cada día que pasaba, mi protagonismo era menor. Por mí perfecto. Después de clase, mientras cambiaba los libros, Del vino a verme, por la promesa que yo había incumplido.

Solo le quedaba un poco de sombra azul en el ojo, pero tenía muy mala cara.

—Tenemos que hablar.

Empezaba a hartarme aquella cantinela. Agarré mi libro de trigonometría y lo tiré a la bolsa.

—No.

Di media vuelta para salir por detrás. Enseguida lo tuve a mi lado, más insistente que nunca.

—Ayer, en el entrenamiento, se decían cosas.

Podía imaginármelo. Abrí la puerta y bajé de dos en dos los escalones del pabellón. Scott me estaría esperando para llevarme a casa antes de volver para el entrenamiento.

—¿Ni siquiera quieres saber de qué hablaban? —preguntó Del con un toque de dureza producto de la rabia.

—La verdad es que no.

Se puso delante y me cerró el paso entre dos coches.

—¿Qué te pasa? Haces como si no hubiéramos estado casi cuatro años juntos, Sammy. ¿Cuatro años y no me das ni la hora?

Era muy posible que las pastillas estuvieran haciendo efecto antes de lo programado, porque no me enfadé. Ni siquiera estaba triste. Lo único que sentí al levantar la vista hacia Del fue una decepción generalizada. Quizá no fuera la pastilla, sino una señal de que lo estaba superando.

Como parecía que estaban superando todos lo de Cassie.

Me eché al hombro la mochila y entorné los ojos.

—Perdona. Ya sé que hemos estado mucho tiempo juntos...

—Pero como no te acuerdas no te importa, ¿no? Pues a mí sí. Me acuerdo y me importa.

—No es eso lo que iba a decir —suspiré, mirando por encima de su hombro. Si Scott pillaba a Del así, cerrándome el paso, le pondría el otro ojo morado—. Ya sé que esos años son importantes para ti, y aunque no te lo creas para mí también lo son.

—Me alegro. —Su voz sonó esperanzada—. Ya es algo en común.

—No en ese sentido. Me importas tú, y quizá que te perdone algún día lo de las fotos, pero aunque te lo perdonase no volveremos a estar juntos.

Quiso cogerme de la mano, pero yo me aparté. Él puso cara de ofendido, pero detrás de la ofensa había tozudez, y algo más oscuro e intenso de lo que me habría gustado ver. Al menos supe que las pastillas no me habían estropeado del todo la brújula emocional.

—¿No podríamos hablar en algún sitio?

Se me secó la boca.

—Tienes entrenamiento.

—A la mierda con él. Nuestra relación es más importante que un puto entrenamiento.

—Yo no soy más importante. Para ti, el béisbol es fundamental.

—No es verdad. —Parecía que le hubiera dado un golpe en la cabeza con un ladrillo de cemento, como si le pareciera imposible que le hubiese llevado la contraria—. Esto tenemos que resolverlo hablando.

Mi aprensión iba en aumento, así como mi impaciencia por que se marchase.

—Tienes que entender una cosa, Del. Tú y yo no volveremos a estar juntos, y menos ahora, a una semana de...

—¿O sea, que es verdad lo que decían ayer en el entrenamiento? ¿Que irás a la fiesta con Carson?

No pensaba contestar. Sabía que sería como abrir la caja de Pandora y dejar salir un montón de problemas intratables, así que pasé al lado de Del y apreté el paso. Unas cuantas hileras más de coches y me lo habría quitado de encima. Apenas faltaban unos pasos.

—¡Maldita sea, Sammy!

La rabia del tono me sobresaltó, pero no miré hacia atrás. Del equiparía ir con Carson a la fiesta con elegir a otra persona en vez de a él, y Carson no tenía nada que ver con Del. Eran como de dos mundos diferentes.

¿Por qué se empeñaba tanto en arreglar las cosas? Otro misterio que no solo no podía resolver, sino que no entendía. La semana pasada, a la hora de comer, Veronica prácticamente se había sentado en sus rodillas. Saltaba a la vista que Del le gustaba, y que estaba más que dispuesta a llevar su amistad a otro nivel. Mucho mejor elección que yo, por una larga serie de razones.

Justo cuando pasaba al trote junto a una hilera de coches, a la altura de un todoterreno rojo lleno de polvo, capté un movimiento rápido en mi visión periférica. Empecé a sentir palpitaciones y escalofríos por toda la columna vertebral. Notaba un zumbido muy fuerte en los oídos.

No. No es real, pensé.

La silueta volvió a moverse al otro lado, al compás de mis pasos. El aire se me atragantó. El estrés provocaba alucinaciones y ataques de pánico. Así era como los llamaba el doctor O'Connell. Si me angustiaba demasiado, empezaba a ver cosas.

Nada más que eso. No era real. No existía.

Fijé la vista en el elegante coche negro que había alquilado Scott mientras buscaba en el bolso el frasco de pastillas de emergencia. No llevaba nada líquido para tragármelas, pero tendría que arreglármelas. Mi corazón latía demasiado deprisa, y mi visión se estaba oscureciendo por los bordes.

No es real. No es real. No es real.

Una mano se aferró a mi brazo y me obligó a girarme. El grito se atascó en mi garganta y el frasco de pastillas cayó en la grava. Levanté el brazo para defenderme.

—¡Eh! —Scott me lo soltó—. Tranquila, ninja.

Me puse la mano en el corazón, que latía como loco.

—Joder, pero qué susto me has dado.

—Ya lo veo. —Mi hermano frunció el ceño y se agachó para recoger el frasco—. Te he llamado un par de veces por tu nombre. ¿No me has oído?

—No. —Muy afectada, desenrosqué la tapa y saqué una pastillita—. No te he oído, pero pensaba...

—Toma. —Scott me ofreció su botella de agua—. ¿Qué pensabas?

Me tragué la pastilla con un gesto de esfuerzo, debido al ardor que provocó al deslizarse por la garganta.

—Que había visto a la sombra.

Scott me pasó un brazo por los hombros y me llevó hacia el coche.

—Me parece que era yo, Sam. Estaba caminando a tu lado con un par de coches de separación.

Genial. Ni siquiera con pastillas podía distinguir entre realidad y ficción.

—Estaba preocupado —añadió Scott mientras se sacaba las llaves del bolsillo—. He visto a Del en la entrada y parecía cabreado.

No tenía ganas de hablar del tema, así que en lugar de contestar esperé a que abriera el coche. Me dejé caer en el asiento delantero, mientras seguía haciendo esfuerzos por respirar con normalidad, y apreté mucho los ojos a la espera de que el dichoso estupor hiciera efecto y me devolviera cierta sensación de normalidad.

Que me ayudase a olvidar que no todo era perfecto, que Cassie seguía estando muerta, que yo seguía siendo sospechosa. Y la creciente sensación de que algo malo me esperaba, algo terrible, a la vuelta de la esquina.

El sábado, Julie vino a casa no para estar con Scott —aunque durante los tres primeros minutos de su visita hubo mucho movimiento de lenguas—, sino para ir de compras conmigo.

Se me habían formado varios nudos en el estómago. Me planteé seriamente tomarme una de las pastillas contra los ataques de pánico, pero logré convencerme de que no la necesitaba. Entre que yo estaba cortada, y no sabía muy bien qué hacer con Julie, al principio fue todo muy violento.

Julie conducía un coche oxidado que debería haber ido al desguace unos ciento cincuenta mil kilómetros antes. Mientras intentaba ponerme el cinturón, reparé en que dentro olía a fresas y a comida rápida de hacía muchos días. La combinación tenía algo de entrañable.

—Bueno —dijo ella al rodear la camioneta del padre de Carson—, tenemos dos opciones: o hacemos las compras en el pueblo o nos vamos a la ciudad.

—Lo que tú quieras. A mí me parecen bien las dos cosas.

Mi padre me había prestado su tarjeta de crédito, aunque dudé que me la hubiera cedido con tanto entusiasmo si hubiera sabido quién iba a ser mi pareja en la fiesta. De momento pensaban que iría sola. Tendría que darles la noticia con mucha mano izquierda.

Julie apretó los labios.

—Bueno, por variedad es mejor la ciudad, pero lo más seguro es que no me alcance el presupuesto. Si quieres hacemos las dos cosas. —Me miró—. También

puedo acompañarte pero sin comprar.

—No. Por mí podemos quedarnos en el pueblo. Seguro que encuentro algo.

Julie se quedó mirándome como si yo acabara de admitir que me habían abducido unos extraterrestres.

—¿Estás... segura?

—Sí, por mí perfecto. —Empecé a mordisquearme la uña del meñique de la mano izquierda—. ¿Pasa algo?

—No. —Julie parpadeó y puso la radio—. Es que no te haría falta reparar en gastos y podrías comprarte un vestido bonito de verdad.

En cambio ella no. Parecía injusto. Me encogí de hombros.

—Bueno, total, no es más que un vestido.

Julie frenó al final de nuestra entrada, tan bruscamente que me vi impulsada hacia delante. Abrí mucho los ojos pensando que vería un animal o algo en medio de la carretera, pero ahí no había nada. Ella se giró lentamente hacia mí.

—Me estás dando miedo de verdad.

Vaya...

—No lo digo en el mal sentido —se apresuró a añadir—. Es que estás tan... cambiada... Con la tarjeta de su padre en la mano, hasta la Sam que conocí cuando éramos amigas me habría exigido ir a una tienda de diseño de la ciudad. Aunque fuera para divertirse.

—¿Es eso lo que deberíamos hacer?

Si ella tenía ganas, por mí no había ningún problema. En el fondo quería que Julie disfrutara de verdad con las compras. Quizá podría ser el principio de una amistad. O no. Era mucho esperar, me daba cuenta, pero lo único que quería era eso, caerle bien a Julie.

Ella se rio, sacudiendo la cabeza.

—No, con el pueblo ya está bien. Después podríamos ir a comer algo.

Yo asentí con un revoloteo de optimismo.

—Claro.

Aparcamos entre la marea de turistas, detrás de una hilera de casas antiguas reconvertidas en tiendas: regalos para el hogar, panaderías y un montón de tiendas de segunda mano. Bajé del coche y me puse unas gafas de sol que había encontrado.

La gente hacía fotos de las casas históricas y de las placas, de las que parecía haber una cada tres metros. La que teníamos más cerca estaba dedicada a un soldado desconocido, y de alguna manera me llegó al alma.

—Qué horror —dije.

—¿El qué? —Julie se giró para ver qué miraba tan atentamente—. ¿El monumento?

—Lo de morir sin que sepan quién eres, y que te entierren sin nombre... ni historia. —Apreté los labios—. Es un poco como Cassie, ahora que lo pienso: está muerta, pero nadie sabe por qué. No hay ninguna razón. Solo está muerta. Fin.

Julie me puso una mano en el brazo y lo apretó.

—Ya lo averiguará la Policía. De alguna manera, siempre lo consiguen. Se le hará justicia.

El corazón me dio un vuelco. Sonreí forzosamente.

—Sí, es verdad, siempre lo consiguen. Al menos en la tele, ¿no?

Ella asintió, me apretó otra vez el brazo y suspiró.

—Bueno, mira, aquí al fondo de la calle hay una tienda de segunda mano donde tienen vestidos *vintage*. Pero no de la guerra de Secesión, ¿eh?

Me reí y dejé de pensar en Cassie o en cualquier otra cosa, al menos de momento.

—Eso espero. No creo que molase mucho presentarnos con corsé.

—Scott se cabrearía. No encontraría la manera de quitármelo.

—Uf —gemí.

Julie pasó su brazo por el mío y soltó una risita.

—En esa tienda hay un vestido que me vuelve loca. Desde que lo vi empecé a ahorrar para poder comprármelo. —Se le iluminaron los ojos de entusiasmo, con ese tipo de amor que solo podía inspirar el vestido perfecto. Ahora entendía que fuera tan importante—. Es en plan *flapper* de los años veinte, con lentejuelas; supercoqueto y monísimo. Ojalá aún lo tengan.

—Yo no sé qué comprarme —reconocí—. Ni siquiera sé qué me gusta, si quieres que te diga la verdad.

—Bueno —dijo lanzándome una sonrisa burlona—, la Sammy mala habría elegido algo que enseñase al máximo las tetas y las piernas.

—Genial. —Hicimos sonar la campanilla de la puerta al entrar en una tienda que era un laberinto de percheros—. ¿Y la Sammy buena?

Julie miró por encima del hombro, frunciendo el ceño.

—Mmm, buena pregunta... Teniendo en cuenta que entonces tenías unos once años, yo optaría por no llevar las tetas fuera... De hecho... En realidad entonces no llevabas muchos vestidos. Eras más bien de vaqueros y blusas.

—Pues sí que me ayudas. —Sonreí y la seguí hacia el fondo, donde había vestidos colgados en la pared y percheros muy cargados. Había algunas otras chicas—. A ver, ¿cuál es ese vestido que te enamora tanto?

Julie se puso de puntillas para bajar uno que estaba detrás de varios modelos largos y vaporosos. Me enamoré enseguida de él. Era plateado, y brillaba como si llevara cosidas mil estrellas. Cuando lo levantó, la lámpara del techo las hizo relucir. Corrió a mi lado, sonriendo.

—Lo dejé bien escondido detrás de los otros.

—Lo entiendo. Es precioso.

—¿A que sí? —Parecía que quisiera ligárselo—. Lo que pasa es que si me lo compro no me quedará bastante para los zapatos, y en mi armario no tengo nada que le haga justicia.

Pasé los dedos por el dibujo intrincado de las lentejuelas.

—Creo que tengo unos plateados de tacón que harían juego. Son muy de vestir.
—Julie casi se queda bizca de la emoción—. Los tacones son como de diez centímetros, pero bueno, si quieres te los presto.

—Me parece que te quiero —contestó ella.

Me encogí de hombros, sonriendo.

—Es fácil ganarse tu cariño.

—¿Tratándose de zapatos de infarto? Pues sí. —Se pegó el vestido al pecho y gritó—. Me lo he probado tantas veces que creo que la dueña de la tienda empezará a cobrarme. ¡Ah! Y se me ha ocurrido ponerme una peluca que guardo de la obra de teatro del curso pasado, una media melena que quedaría genial.

¿Julie hacía teatro?

—Sí, remataría el toque *flapper*.

—Por no decir que creo que a Scott le encantaría. —Le brillaron los ojos de picardía—. Sería como si me pusiera los cuernos conmigo misma.

Me reí en voz alta. A continuación seguí rebuscando en los percheros. Me fui acercando a los vestidos largos y, después de ver varios negros y rojos, me paré en uno de un verde tan claro que me recordó la espuma del mar. Lo descolgué y lo levanté.

Era de una tela fina, con una cinta ajustable del mismo color por debajo del pecho. La parte de arriba, con su escote, me recordó la del famoso vestido de Marilyn Monroe. No me cansaba de tocarlo.

—Este te iría perfecto con el pelo y el color de la piel —comentó Julie. Yo sonreí, no muy segura.

—¿Tú crees?

—Sí. Deberías probártelo, en serio.

Me lo llevé al mostrador y esperé a que la dependienta me dejase entrar en los pequeños probadores del fondo. Estaba de espaldas al escaparate. De pronto tuve una sensación muy rara... Como si al dar media vuelta fuera a toparme con alguien.

Tratando de ignorarla, observé a la mujer rechoncha que acababa de cobrar a dos chicas risueñas detrás del mostrador.

La sensación persistía. Me froté la nuca, que estaba muy caliente, mientras el pulso se me disparaba. Cuando caí en la cuenta de que no había traído las pastillas, me concentré en tratar de mantener un ritmo lento y regular. Mientras, Julie curioseaba entre los bolsos *vintage*.

Se me hizo eterno esperar a que la señora me acompañase a los probadores. Una vez allí, la sensación de que me observaban se fue disipando, y al final desapareció por completo. Contenta de haber sido capaz de controlar mi cerebro, me desnudé en el estrecho probador y me puse el vestido por la cabeza. Al girar el torso, la tela se deslizó por mi piel desnuda como si fuera de raso. El borde voló por mis tobillos, y la espalda bajó mucho..., al igual que el escote. Me puse de puntillas y me imaginé la cara que habría puesto Carson.

Se me ruborizaron las mejillas.

—¡Déjame verte!

Era Julie, que daba golpes en la puerta. La abrí, salí y me giré.

—¿Qué te parece?

—Guaaaau —dijo ella en voz baja. Me fijó la tela al hombro—. Te queda muy bien. Y las resalta mucho.

Anda que no...

—¿Demasiado?

—Qué va. —Miró por encima de mi hombro—. Si miro hacia abajo no veo nada. Seguramente tu pareja se llevará una decepción, pero llamar la atención te aseguro que la llama.

Me reí, dudando de que Carson quedara demasiado decepcionado. ¿Qué diría? Estaba segura de que algo *sexy* a más no poder. ¿Y me besaría por fin? ¡Ojalá, por Dios!

—Deberías recogerte el pelo. —Julie levantó una masa de largos mechones que me apartó de los hombros—. Así se te vería el cuello.

Conquistada por el vestido, me cambié a toda velocidad y pagué con Julie en caja. Me parecía un vestido un poco caro, pero estaba convencida de que para mi padre sería una agradable sorpresa que no hubiera hecho saltar la banca.

Al salir dejamos los vestidos en el coche y fuimos a un bar que había en la misma calle. Mientras esperábamos a que nos trajeran la comida, Julie habló de sus planes para el verano y de que después de la graduación iría con Scott a hacer paracaidismo. Ninguno de los dos lo había probado. Al parecer yo sí, pero no me acordaba. Julie me invitó a ir con ellos. La chispa de nuestro interés había vuelto a encenderse.

Cuando estábamos a punto de acabar, Julie se apoyó en el respaldo y cruzó los brazos.

—Oye, ¿es verdad que irás con Carson a la fiesta?

Yo asentí con la cabeza mientras daba los últimos bocados a mi hamburguesa con queso.

—¿Qué tiene de chocante?

Me miró como si fuera una obviedad.

—¿Vas con él porque te gusta o solo porque ya no quieres a Del?

En cierto modo la pregunta me irritó, pero entendí por qué lo decía. Mi atracción por Carson resultaba chocante, sí. Yo era la única que no estaba sorprendida.

—Me gusta, Julie. Me gusta de verdad. Y no entiendo cómo no me di cuenta antes.

—Puedo darte unas cuantas buenas pistas —se ofreció ella alegremente.

—No, gracias. Paso. —Me eché hacia atrás con una sonrisa—. No, en serio, creo que es perfecto.

Julie se rio, apoyando los codos en la mesa.

—¡Pues sí que te gusta! ¡Qué mejillas! ¡Están rojas de amor!

—Cállate.

Le tiré la servilleta, hecha una bola. Ella sonrió.

—Bueno, oye, que me parece genial. No le cuentes a tu hermano que te lo he dicho, pero Carson es guapísimo. Tiene un puntazo en plan *latin lover* que mata.

—Huy, huy, huy... —Me puse las manos en las mejillas rojas y me reí.

—No, en serio, Carson es muy buen tío. Vale la pena. —Julie se apoyó en el respaldo y levantó la cuenta—. Y salir con él tiene otra ventaja.

Mis pensamientos pisaron terreno clasificado X.

—¿Detalles?

La mirada de Julie se llenó de picardía mientras ladeaba la cabeza y hacía caer largos mechones de pelo rubio y lacio sobre el hombro.

—La cara que pondrán tus padres cuando les des la noticia.

El ruido que salió de mi garganta fue medio risa medio gemido.

—Mamá se...

—Quedará alucinada —terminó la frase Julie, y al ver mi expresión adoptó una mirada compasiva—. No te preocupes, que ya se le pasará. En algún momento. Solo tardó un año en tomarme un poco de cariño.

—Eso me tranquiliza mucho. —Hice chocar la tarjeta de crédito en la mesa—. ¿Sabes qué? Que me da igual. Carson... Por él vale la pena que les dé una embolia.

—Ahora, que...

Una leve sombra cayó sobre la mesa. Cuando me giré, la sonrisa se me congeló en la cara. Casi no reconocí el peinado corto, rubio y elegante, ni el rostro perfecto, estropeado por el agotamiento y una pena que a duras penas podía imaginarme.

—Señora Winchester —dijo Julie, irguiéndose y fijando en mí una mirada de recelo—. ¿Qué... qué tal?

Dos ojos de un azul apagado la miraron, y después se dirigieron a mí.

—Genial, teniendo en cuenta que han asesinado a mi hija.

La cabeza se me quedó en blanco. Enmudecida por su repentina aparición, no podía hacer otra cosa que mirarla. La madre de Cassie. La madre de mi mejor amiga. Julie, pálida, cambió de postura. Yo tenía ganas de girarme y cerrar los ojos de desesperación. Mi boca no me respondía. Sin embargo, sabía que tenía que decir algo. Era necesario.

Al final mi cerebro se activó y me salió una voz ronca, ahogada.

—Señora Winchester, siento muchísimo lo de Cassie.

Sus ojos azules estaban oscurecidos por la pena, pero en el fondo había algo más oscuro e intenso.

—¿De verdad? ¿Las dos?

—Sí, señora. —Julie se mostró de acuerdo—. Es horrible...

La señora Winchester sonrió con un esfuerzo tenso que hizo temblar su labio inferior.

¿Había sido ella, la madre de Cassie, la causante de que me sintiera observada?

¿Qué había hecho, espiarnos mientras íbamos de compras? Pero ella siguió hablando sin darme tiempo para digerirlo de verdad.

—¿Os habéis divertido? ¿Habéis disfrutado haciendo planes para la fiesta? — Enfocó sus ojos en mí—. Supongo que irás con Del.

Abrí la boca, pero fue Julie quien habló.

—La verdad —dijo— es que Sam y Del ya no salen juntos.

La madre de Cassie no se mostró sorprendida.

—Sam... Dime una cosa, Sam: ¿cómo es que estás aquí, comprando vestidos de fiesta, mientras mi hija está fría en la tumba?

—Pues...

—Eres igual que él —dijo con los ojos brillantes—. Ya le advertí a Cassie que no se juntara con vosotros, pero no me hizo caso.

Me estremecí.

—¿Igual que él? ¿A quién me parezco?

De repente apareció el abuelo de Cassie y la agarró del brazo.

—Ya basta. Estás dando un espectáculo.

—Me da igual —le espetó ella mientras se soltaba.

En efecto, lo estaba dando. Todos en aquel bar donde tan bien se estaba la miraban: la gente del pueblo, los turistas... Seguro que el lunes no se hablaría de otra cosa en el instituto. Tuve ganas de fundirme con el acolchado de los asientos, pero también de que me respondiera a la pregunta. Julie empezó a levantarse.

—Creo que deberíamos irnos, Sam.

Cuando me puse de pie, las piernas me flojearon.

—Señora Winchester, si me acordara de algo le juro que se lo diría.

—¿Cómo es posible que no te acuerdes?

—Pues así es, no me...

De repente, la madre de Cassie estiró un brazo y me dio una bofetada que reverberó en todo el bar. Me llevé la mano a la mejilla ardiente, atónita y con los ojos llorosos.

Por la cara de la madre de Cassie corrían las lágrimas a chorros.

—Mi niña tenía problemas, pero no se merecía esto. Tú eras su mejor amiga, la única amiga de verdad. Ahora está muerta, y tú sales a comprar ropa de fiesta. ¿Cómo puedes vivir con eso?

Vivir era difícil, pero estaba viva, y había que contar con eso. De momento, estaba siendo un poco más difícil de lo normal. Cuando llegué a casa, mamá vio que me habían dado una bofetada y se puso como una moto.

—Deberíamos denunciarla a la Policía, Steven —dijo siguiendo a mi padre por la isla de la cocina. Los mechoncitos de pelo que se escapaban del moño semejaban una docena de deditos que salieran de sus sienes—. ¿Cómo se ha atrevido esa mujer a pegar a nuestra hija?

—Me parece que ponerse en contacto con la Policía justo ahora no es la mejor idea —dijo mi padre haciendo una mueca.

—Teniendo en cuenta que quien me ha abofeteado es la madre de la chica a la que creen que maté, estoy de acuerdo con papá —intervine yo.

—¡Samantha! —Mi madre se giró hacia mí, escandalizada.

—¿Qué pasa? —Levanté las manos—. Es verdad.

Ella cerró un momento los ojos.

—¿Has seguido tomando la medicación?

—Sí —rezongué yo, sentándome en un taburete.

Scott espiaba la conversación a un solo paso de la cocina. En realidad no hacía falta, la voz de mi madre se oía en diez kilómetros a la redonda. Scott hizo un gesto cuando nuestras miradas coincidieron. Mi padre se apoyó en la barra y bajó la cabeza hasta poner sus ojos a la altura de los míos.

—¿Te duele?

Sacudí la cabeza.

—No, solo estoy sorprendida.

—Tienes la mejilla como un tomate. —Mi madre me la tocó con su mano fría—. Que peguen a nuestra hija es inaceptable.

Mi padre se apartó de la encimera y le puso una mano en la base de la espalda, pero ella se apartó enseguida.

—Creo que lo mejor es no hacer nada —dijo él, con la mano colgando.

Cuando las ranas criaran pelo. A juzgar por la cara de mi madre, antes se moría ahí mismo. Al final, sin embargo, mi padre la tranquilizó. Lo sorprendente era que mi madre no estaba bebiendo, lo cual significaba que era la ocasión perfecta para que se volviera loca de verdad.

—Bueeeno... —dije alargando irritablemente la palabra, con lo que me gané una mirada de mi madre—. Hoy me he comprado un vestido para la fiesta.

—Ah... —Mi madre parpadeó y esbozó una sonrisa—. ¿De verdad? ¿En el pueblo?

—Sí. Es un vestido *vintage* precioso, de una tienda de segunda mano. Lo tengo en mi cuarto.

—¿De... segunda mano? —repitió despacio.

Scott se aguantó la risa en la habitación de al lado. Yo no aparté la vista de nuestros padres.

—¿Cuánto daño le has hecho a la negra? —preguntó mi padre en referencia a su tarjeta. Yo metí la mano en el bolsillo y le di el tique. Él arqueó las cejas.

—Cariño, nuestra hija es perfecta.

Mi madre miró por encima de los hombros de mi padre.

—¿Tan poco? Tengo que ver ese vestido.

En ese momento respiré profundamente y me golpeé los muslos con las palmas.

—Y ya tengo acompañante —solté.

Sus ojos verdes, tan serios de costumbre, se iluminaron de emoción.

—¿Os habéis reconciliado?

En la habitación contigua se oyó otro ruido ahogado. Me faltó poco para echarme encima de Scott.

—Pues... No, no nos hemos reconciliado.

—¿Entonces con quién vas a la fiesta, princesa?

Miré a mi padre.

—Con Carson.

Mi madre se quedó mirándome. Había dejado de respirar. Me observó como si yo acabara de reconocer que formaba parte de un grupo terrorista.

—Samantha...

—No lo digas. —Me levanté, lista para la pelea—. Quiero ir con él a la fiesta y voy a ir. Es buen chico. No le pasa nada malo. Y os juro por Dios que si alguien dice algo de que su padre trabaja para nosotros, me voy a enfadar de verdad.

—¡Samantha! —me espetó mi madre—. No me hables así.

Scott eligió ese momento para hacer su aparición, y entró en la cocina dando palmadas.

—¡Eso es! Bien dicho. Totalmente de acuerdo.

Mi madre se cruzó de brazos.

—Scott, vete a tu cuarto.

Sin hacer caso, mi hermano se sentó en el taburete junto al que estaba yo de pie.

—Carson es muy buen tipo, mejor que Del el Glande.

—¡Scott! —A mi madre le iba a dar una embolia allí mismo.

—Cariño, a mí me parece... que está bien. —Ante las protestas de mi madre, mi padre la miró elocuentemente—. Deja que Samantha decida por sí misma. Como hiciste tú.

—No es lo mismo —adujo ella.

—Si mal no recuerdo, tu padre no tenía muy buena opinión de mí porque yo no venía de un barrio bueno. —Mi padre sonrió, pero algo se agitaba en su cara. Un gesto fugaz torció sus labios—. Además, Carson es buen chico. Nunca nos ha dado ningún problema.

Yo di unos saltitos.

—Pues nada, resuelto.

Mi madre abrió la boca, pero mi padre se le adelantó.

—Mujer, tampoco es que vayan a casarse. Solo van a ir a la fiesta del instituto, nada más.

De pronto, al mirar a mi padre fijamente, entendí aquello que no había dicho. Quizá porque muy en el fondo sabía cómo actuaba, y en qué creía de verdad. No aceptaba a Carson porque tuviera una opinión distinta a la de mi madre, sino porque veía lo nuestro como algo temporal. Comprendí que si yo hubiera dicho que de ningún modo lo era, mi padre se habría unido a mi madre en su indignación, olvidando sus propios orígenes.

—Basta ya de hablar de con quién sale mi hermana —dijo Scott, llamándome la atención—. Julie me ha contado que la madre de Cassie dijo varios disparates.

Vuelta al mismo tema. Gemí.

—Sí, decía todo el rato que yo era igual que «él». Me parece que cree que sé lo que pasó, pero que finjo que no.

—¿Él? —Mi madre frunció el ceño mientras se tocaba los dichosos mechones.

—No sé. —Volví a sentarme con los hombros caídos—. En todo caso, ha dicho que le había aconsejado a Cassie que no se juntara conmigo.

Scott puso los ojos en blanco mientras empezaba a redistribuir las peras y las manzanas del frutero.

—Tiene gracia, porque siempre había que aconsejar a todo el mundo que no se mezclara con Cassie.

Mi madre le apartó las manos y volvió a dejar las frutas como estaban.

—Creo que habría que poner una denuncia, Steven, de verdad. Es evidente que la pobre no está muy bien de la cabeza.

Mi padre sacudió la suya con cara de preocupación.

—No hace falta meter a la Policía en esto.

—Pero es que está desquiciada...

—¡A la Policía no! —Mi padre dio un puñetazo en la barra que nos sobresaltó a todos. Después sacudió la cabeza, respirando entrecortadamente—. Hablaré con Lincoln para informarle, si eso te tranquiliza.

Mi madre lo miró con las mejillas encendidas.

—Sí, eso me tranquilizaría —dijo con voz tensa.

Yo lancé una mirada a Scott, que se encogió de hombros. Estaba claro que se estaba fraguando una discusión, y yo no quería estar presente cuando explotase. Era un asco ver cómo se intercambiaban miradas asesinas, sabiendo que una de las causas

era yo. Scott y yo bajamos de los taburetes sin que se dieran cuenta y salimos de la cocina. En cuanto cruzamos la puerta, ellos levantaron la voz.

—¿Qué te parece la pelea? —pregunté mientras bajábamos al sótano.

Scott lanzó al aire una manzana y la recogió.

—A saber. —Volvió a recogerla y me miró—. En todo caso, me ha sorprendido lo bien que se han tomado lo de Carson.

—Sí —murmuré, aunque me inquietaba la reacción de mi padre ante la idea de ir a la Policía.

Era la primera vez que le veía perder los estribos. Intuí, sin embargo, que eso era así porque no recordaba las veces anteriores.

Dos sábados después, mis ojos enfocaban insistentemente el frasco de pastillas para los ataques de pánico. Un nido de mariposas se me había instalado en el estómago, que ahora estaba en pleno movimiento, haciendo correr por mi interior dardos de pánico y de emoción. El doctor O'Connell había dicho que la ansiedad era la causa más probable de las alucinaciones y los recuerdos.

E ir a la fiesta de fin de curso con un chico de quien estaba perdidamente enamorada exponía mis nervios a una prueba muy dura.

Giré el frasco y tragué saliva. Tomar una me aseguraría que no me daría uno de mis ataques, pero a la vez me insensibilizaría a todo. La primera vez que Carson me tomase de la mano, que bailáramos, que —ojalá— nos besáramos... Quería sentir todo aquello, no pasar como de puntillas. Además, me encontraba muy bien. Nada de notas, alucinaciones ni recuerdos. No necesitaba las pastillas.

Una vez tomada la decisión, dejé el frasco en el botiquín y cerré la puerta. De repente topé con la mirada insistente de mi reflejo. Me había pasado casi toda la tarde arreglándome el pelo y el maquillaje para estar perfecta.

La sombra marrón humo de mis párpados acentuaba las manchas verdes de los ojos. Como había optado por un poco de brillo, en lugar de colorete, los pómulos se me veían más marcados y definidos. El pintalabios brillante parecía invitar a que me besaran. Por la mañana, siguiendo el consejo de Julie, me había cambiado de peinado. Después de hacerme unos tirabuzones apretados, la estilista me había recogido el pelo en alto y los había distribuido con cuidado. Algunos mechones sueltos me enmarcaban la cara.

Un carraspeo hizo que me girase. Era mi madre, que sonreía ligeramente en la puerta del lavabo.

—Estás muy guapa, cariño.

—¿Tú crees?

Me pasé las manos por los lados del vestido. Ella asintió.

—Sí, de verdad.

—Gracias —dije con una sonrisa.

Mi madre giró la cabeza, pero vi que se le humedecían los ojos.

—Tu acompañante ya está abajo. Tu padre lo está interrogando.

Abrí mucho los ojos. Las mariposas alzaron el vuelo e intentaron salir a la fuerza.

—¿Ya está aquí?

Mi madre retrocedió para dejarme pasar. Yo recogí mi bolsito de mano. Me paró en la puerta.

—Carson parece muy simpático, Samantha. —Miré por encima del hombro, sorprendida y sin saber qué decir. De repente, todo se había llenado de ranas peludas—. Que te diviertas —dijo ella—. Te lo mereces.

—Vale. —Parpadeé para no llorar. Ni loca estropearía todo aquel maquillaje—. Gracias.

Mi madre me hizo salir de la habitación. Superada por los nervios, casi no podía bajar por la escalera, pero ella me animó en voz baja. Así que ahí iba yo, sintiéndome como esas chicas de las películas ñoñas para adolescentes.

Mi padre había acorralado a Carson en la salita que estaba al lado del recibidor. Sonreí. Estaban de espaldas, pero lo que podía entrever de Carson en esmoquin me gustaba.

Me gustaba mucho.

Carson debió de oír el ruido de mis tacones en el suelo, porque se giró. Tenía en la mano una cajita de plástico. Cuando nuestras miradas coincidieron, su expresión me puso la piel de gallina. Después bajó la vista, y la aprobación sin disimulos que expresaba me hizo desear como nunca estar a solas con él.

Por desgracia, no lo estábamos. Mi padre carraspeó.

—Estás muy guapa, princesa.

—Guau —murmuró Carson mientras su mirada volvía lentamente hacia mi cara, dejando un rastro abrasador—. Sam...

—Hola —dije yo, mirando la caja—. ¿Es para mí?

Llegué a su lado y él tragó saliva. Sus dedos temblaron un poco cuando sacó de la caja un ramillete precioso con un lirio, que debía de haberle costado una pequeña fortuna, y me lo puso en la muñeca. Yo levanté las pestañas y me topé con el intenso azul cobalto de su mirada.

—Estás muy guapa —murmuró.

Mis mejillas se encendieron.

—Gracias. Tú también.

Era verdad. El esmoquin se ajustaba a sus hombros anchos y quedaba bien con su tez bronceada. Espléndido.

Mi madre me dio otra sorpresa, quiso hacernos fotos. Posamos para dos o tres. Yo sentí un cosquilleo en la base de la espalda, debido a la leve presión de la mano de Carson, y estuve como flotando de principio a fin.

Por fin pudimos escapar después de que mi padre me diera un besito en la mejilla

y volviera a mirar muy serio a Carson. Salimos al atardecer de principios de primavera. Carson buscó mi mano y la apretó.

—No estoy muy seguro de querer ir a la fiesta.

—¿Qué? —Me dejé llevar a la camioneta de su padre—. ¿No quieres ir?

Me abrió la puerta.

—No estoy muy seguro de que quiera compartirme con nadie.

Me reí.

—Soy toda tuya.

—Lo tendré en cuenta. —Carson esperó a que me hubiera sentado para agacharse y darme un suave beso en la mejilla—. Y mucho.

Cuando vi cómo cerraba la puerta, sentí un delicioso estremecimiento en la piel. Tras dirigirme una sonrisa fugaz y casi atrevida, corrió al otro lado y una vez al volante se giró hacia mí.

—Me parece mentira que estés aquí —reconoció con un rubor incipiente en las mejillas—. Que seas tú y estés conmigo.

Sentí que me ardía la garganta.

—Pues a mí me parece mentira haber tardado tanto en estar aquí contigo.

Fuimos a cenar con Scott y Julie al Cashtown Inn. No fue fácil conseguir una reserva, porque estaba a reventar, pero al parecer mi padre hizo valer ciertos favores para que nos dieran una mesa para cuatro. Allí, a la luz de las velas, todo lo ocurrido quedó en segundo plano.

Hacía tiempo que no me reía tanto. De hecho, dudo que me hubiera sentido alguna vez tan bien, cenando en un sitio demasiado elegante con mi hermano y su novia mientras Carson me tomaba de la mano por debajo de la mesa.

Por si fuera poco, ninguno de los chicos que estaban en el restaurante dijo o hizo nada que indicase que pudiera haber problemas. La mayoría, si acaso, puso cara de sorpresa cuando nos vio salir a Carson y a mí de la mano.

—¿Lista para bailar un rato? —preguntó Julie, muy sexy con su vestido brillante y su media melena. Yo asentí, sonriendo a Carson.

—¿Y tú? —le pregunté.

Él se colocó detrás de mí y me pasó los brazos por la cintura. Después rozó mi mejilla con la suya y sonrió.

—Yo voy a donde vayas tú.

Scott nos miró con mala cara.

—No sé si todo esto acaba de gustarme.

—Cállate. —Julie lo agarró por el brazo y se lo llevó hacia el coche—. Llegó la hora de la fiesta.

Scott se dejó llevar a regañadientes. Julie miró por encima del hombro y articuló la palabra «sexy» con los labios antes de darle una palmada en el culo a mi hermano.

Me apoyé riendo en Carson, que hizo un ruido que me alborotó por dentro mientras me estrechaba más en sus brazos.

—Como no salgamos ahora mismo para la fiesta —dijo, rozándome la oreja con los labios—, me temo que no llegamos.

Sentí mis mejillas encendidas durante todo el trayecto hasta el hotel donde se celebraba nuestra fiesta de último año. Firmemente aferrada al brazo de Carson, entré con él por la parte trasera y, guiados por la música y las risas, llegamos a la sala de baile.

Cuando entramos, le apreté aún más los brazos. La única luz proyectada en la masa de cuerpos en movimiento era la de las lámparas de araña que colgaban del techo. Las mesas, pequeñas y redondas, estaban adornadas con lirios, y el escenario, bajo la pancarta, por lo que parecían guirnalda de rosas. Era todo muy bonito, irreal.

A Carson lo saludaron casi enseguida varios amigos. Yo sonreí, encantada por su soltura y su naturalidad con la gente, y por su manera de expresar sin rodeos su amistad. Era un polo de atracción, y a través de él también yo lo era. Nos topamos con varias miradas escandalizadas, pero me dio igual. Aquello no podría estropear nada.

Más tarde aparecieron Scott y Julie. Ella me arrastró a la pista de baile sin que yo hubiera tenido tiempo de bailar ni una sola vez con Carson.

—¡A bailar! —me exigió, lanzando los brazos hacia arriba.

Obedecí entre risas y descubrí que no bailaba nada mal. Pillaba bien el ritmo y me movía al compás, dejándome llevar por su rapidez. Poco a poco me invadió una sensación de familiaridad, acompañada por una punzada de culpa que rechacé para disfrutar sin más del momento.

Al final del baile volvimos a donde habíamos dejado a los chicos. Yo choqué con una morena menuda que llevaba un vestido negro.

—¡Perdona! —grité mientras sonaba la música.

Ella se giró y abrió mucho los ojos de la sorpresa.

—¡Sammy! ¿Has venido?

—Estás muy guapa, Lauren.

Era verdad. El vestido negro se ajustaba perfectamente a su cuerpo delgado. Yo habría esperado algún tipo de insulto, pero en lugar de eso Lauren me dio un abrazo.

—Tú también. ¿Con quién has venido?

—Carson Ortiz.

Me henchí de orgullo. Había venido con él. Lauren parpadeó, pero no titubeó.

—Qué guay. —Alguien la llamó por su nombre. Apartó un momento la vista y me miró otra vez—. A ver si quedamos uno de estos días y vamos al cine, no sé...

—Por mí encantada —dije sinceramente.

—¡Genial! —Me dio otro abrazo—. Nos vemos.

Volví sonriendo hacia Carson. En un rincón entreví a Candy bailando pegada a Trey. Parecían los dos un poco achispados, pero no les hice caso. Me acerqué a Carson por detrás y le pasé un brazo por la cintura.

—¿Bailamos?

Él se giró y se separó sin decir nada de su grupo de amigos. Llegamos a la pista y encontramos un hueco. Entonces Carson me pasó un brazo por la cintura y me arrimó a su pecho. Yo enlacé las manos en su nuca, y nuestros cuerpos se amoldaron el uno al otro.

—Me alegro de que me convencieras de venir —dije.

—Más me alegro yo —respondió él con una sonrisa.

Apoyé la mejilla en su hombro y cerré los ojos, encantada de que siempre diera con la palabra justa. Permanecemos así casi toda la canción, perdidos en la lenta melodía, uno en los brazos del otro. No recordaba haber ido a ningún otro baile, pero no me importaba. Mi favorito era aquel, con Carson, sin sentirme atada a un pasado

del que no tenía memoria.

—Tengo que decirte algo —dijo Carson, girando la cabeza hasta que me rascó un poco la mejilla con la mandíbula. Yo levanté la cabeza y lo miré a los ojos.

—¿Qué?

—No quiero que esto se acabe esta noche.

Los pulmones se me ensancharon.

—¿Qué es «esto»?

Él sonrió, burlón, y me di cuenta de que habíamos dejado de movernos mientras los demás seguían bailando a nuestro alrededor.

—Tú. Yo. Juntos después de esta noche. Algo como invitarte mañana a comer, y si te portas bien alargarlo hasta la cena.

Me reí con una sensación de ligereza.

—¿Si me porto bien?

—Mmm... —Carson juntó su frente con la mía. Era embriagador tener sus labios tan cerca—. Y si te portas muy, pero que muy bien, espero verte el lunes después del entrenamiento. Y tal vez ir al cine el martes.

Se me cerraron los ojos.

—¿Qué tal el miércoles, y luego vamos siguiendo?

—Depende de cómo te portes.

—¿Y qué pasa si me porto mal?

—Buena pregunta. —Carson bajó las manos hasta mis caderas, y este movimiento tuvo unas consecuencias bastante calurosas—. Se nos tendría que ocurrir algún tipo de sistema de castigo. Podría estar bien portarse mal.

Empecé a sonreír.

—Entonces ¿qué es portarse bien?

—Bien es bien. —Se me cortó la respiración cuando sus labios se deslizaron por mi mejilla—. Mira, lo que acabo de decir son chorradas. Puedes portarte bien o mal. Yo lo que quiero es verte miércoles, jueves y viernes. Varios días seguidos, y que esto continúe.

Un destello de culpabilidad intentó abrirse camino a la fuerza —como cuando alguien se presenta sin ser invitado— y amenazó con estropear aquel momento, pero yo abrí los ojos.

—¿Me estás pidiendo que seamos novios?

—Eso parece.

Los ojos de Carson brillaron.

—Pues me gusta cómo suena. Y me gusta desde hace más tiempo de lo que debería reconocer, quizá.

Él separó los labios, y su boca bajó hacia la mía. El aire se me atragantó, y mi pulso se descontroló. Era el momento. Me iba a besar. Por fin. Una espera de dulce expectación se transmitió a todas las células de mi cuerpo, porque sabía que, aunque no recordase ninguno de mis besos del pasado, aquel los eclipsaría por completo.

De repente Scott chocó con nosotros.

—Creo que existe una norma sobre el espacio de separación entre parejas. No me obliguéis a aplicarla.

Julie bajó la cabeza, avergonzada.

—No se te puede llevar a ningún sitio.

Miré con mala cara a mi hermano, pero Carson se rio.

—Vaya manera de cargarte el momento, tronco.

—Para eso estoy.

Scott se llevó a Julie, sonriendo con descaro. Carson suspiró.

—Este hermano tuyo...

—¿Es un idiota entrañable? —terminé la frase. Ahora que se había roto el momento, miré a mi alrededor y carraspeé—. Creo que tengo que...

Carson me dio un beso en la mejilla.

—Voy a buscar algo de beber para los dos.

Me solté de mala gana y fui hacia la entrada. Nuestra conversación me había mareado un poco. Mi corazón daba volteretas hacia atrás. Tenía ganas de encontrar a Julie y contarle que Carson y yo estábamos saliendo. No podía negarse, necesitaba compartir con alguien el grito de alegría que se me estaba formando dentro. Ahora mismo era algo nuevo para mí, y me sentía flotar como si estuviera caminando sobre globos.

Justo después de empujar la puerta del baño me arrepentí de no haber ido a cualquier otro sitio. Veronica estaba arrancando un trozo de papel para pasárselo debajo de los ojos y quitarse el rímel como una posesa. Empecé a dar marcha atrás, pero la etiqueta femenina me exigía como mínimo preguntarle qué tal estaba. Dejé que la puerta del baño se cerrara a mis espaldas mientras me maldecía a mí misma entre dientes.

—¿Estás bien, Veronica?

Ella levantó las pestañas.

—¿A ti qué te parece? Fabulosamente.

Por cosas como esta odiaba yo la etiqueta femenina. Me giré otra vez hacia la puerta, sacudiendo la cabeza. Seguro que había otros servicios.

—Creía que le gustaba —dijo ella con un quiebro en la voz—. Qué tonta, ¿no? Seguro que te alegras un montón.

Me giré hacia ella, consternada.

—¿Del?

—¿Quién si no? —Ella se rio, dando toquecitos en la piel rosada que rodeaba sus ojos—. Era mi oportunidad, ahora que te había dado calabazas. Ya no se interponía nadie en mi camino, ni siquiera Cassie.

Pensé en corregirla sobre quién había dado calabazas a quién, pero desistí.

—No es que me alegre verte llorar.

Tiró el papel al suelo y se giró de golpe, aferrada al borde del lavabo. Los

intrincados rizos de su cabeza rebotaron en sus mejillas surcadas por las lágrimas.

—Lo único que hace es hablar de ti, de que os habéis dado un tiempo pero volveréis. ¡Estoy harta!

Me quedé patidifusa.

—No volveremos.

—Pues a ver si se lo explicas. —Veronica levantó las manos. Tenía las uñas pintadas del mismo rojo sangre que el vestido. Empecé a marearme—. Aunque no importa. Me ha dicho que vuestras madres están planeando que os vayáis a las montañas Pocono para que os reconciliéis.

Me quedé boquiabierta. Podría estrangular a esa mujer. Y yo que pensaba que justo aquella noche había mejorado... Buf.

—Del y yo no iremos a ninguna parte.

Veronica se echó a reír, pero paró de golpe y se sorbió la nariz.

—¿No?

—Por mí puedes quedártelo. Pero ¿seguro que lo quieres?

Veronica se quedó mirándome como si yo le hubiera propuesto salir a la calle a dar patadas a unos cachorritos adorables.

—Todo el mundo lo quiere.

—No, Veronica, no todo el mundo. —Empecé a girarme otra vez, pero me quedé a medias—. Te mereces algo más que un chico que no deja de hablar de otra persona.

Veronica arrancó otra toallita de papel y se secó la cara.

—¿Por qué estás tan simpática conmigo?

Buena pregunta.

—¿Y por qué no?

Volvió a sorberse la nariz, y se giró de nuevo hacia el espejo.

—Bueno, da igual.

Salí del baño y estuve a punto de chocar con Candy y un grupo de chicas. Por amor de Dios... Candy se puso una mano en la cadera.

—¿Cómo se puede caer tan bajo? Salir con el servicio...

—¿Y cómo se puede estar tan desesperada? —repliqué—. Salir con el exnovio de una amiga muerta...

Primero abrió mucho los ojos. Después su mirada se endureció, pero yo pasé de largo. Me siguieron hacia la sala de baile, diciéndome barbaridades. Solo por no girarme y darle un puñetazo a alguna de ellas me merecía una medalla.

—¿Vas a llorar? —dijo Candy, marrullera.

—¿Qué? —Fruncí el ceño, pero no dejé de caminar. Ya estaba casi en la sala... casi...

—O eso o te da uno de tus ataques y tienes que irte corriendo al psiquiatra.

Me giré.

—¿Y si intentaras ser buena amiga y echaras un vistazo al baño, en lugar de seguirme como un cachorrito de esos que dan pena?

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Candy ladeando la cabeza.

—¿Te acuerdas de Veronica, tu amiga? Pues ahora mismo le iría bien que fueras a verla. Está en el baño, y no es que se esté divirtiendo mucho.

Candy arrugó la nariz como si le hubiera preguntado la raíz cuadrada de tres.

—Seguro que vuelves a tener visiones. Veronica se lo está pasando genial. Van a votarla reina de la fiesta.

—Bueno, bueno. —Preferí no insistir.

—¡Samantha la Pirada! —dijo Candy con un gorgorito.

Algunas se rieron. Yo puse los ojos en blanco.

—Hay que ver cuánta inteligencia.

Me hizo un gesto con la cabeza como de avestruz, se giró y se fue, tambaleándose. Miré a las que se quedaron a los ojos. Los míos debieron de recordarles en algo a la Sammy de antes, porque se dispersaron como cucarachas.

Me negaba a dejar que me estropeasen mi única noche de normalidad, así que entré en la sala de baile y busqué a Carson. Cuando lo divisé junto a mi hermano y a otros jugadores de béisbol, fui hacia ellos.

En ese momento, de repente, un cuerpo alto, delgado y vestido de rojo apareció ante mí. En un instante, los cuerpos que bailaban, la música y las luces deslumbrantes desaparecieron. El mundo se volvió gris.

Tenía delante a Cassie.

Su vestido, muy bonito, estaba hecho jirones, y colgaba lacio de sus brazos, horriblemente pálidos. Por su cara corría una sustancia oscura y aceitosa. Di un paso hacia delante. Por un lado, su cabeza... no tenía una forma normal. Estaba hundida.

Rota. Destrozada.

La bilis subió por mi garganta.

—Cassie —susurré.

En ese momento me di cuenta de que en realidad no estaba de pie. Sus brazos y piernas se balanceaban cadenciosamente, como si alguien transportase su cuerpo. Reconocí en parte lo que veía: a Cassie flotando en el lago, lo cual explicaba su mirada ausente, como de muñeca.

Otra forma apareció entre las dos, gateando por el aire... o por las rocas. Era un cuerpo delgado, iluminado por la luna. «¡Cassie!», gritaba, mientras el viento echaba sus largos mechones hacia atrás.

Mi corazón dio un salto. Era yo... contemplando el cuerpo de Cassie.

Alguien apareció en la oscuridad, con los brazos tendidos hacia la versión gris de mi persona. Me giré con una expresión de horror e incredulidad. Después retrocedí con un gesto de crispación.

La otra persona era más alta y corpulenta. La frustración creció dentro de mí. ¡No le veía la cara!

Levantó los brazos hacia mí. Yo percibí el pánico que emanaba de ambos. Uno de

mis pies resbaló en las rocas. Agité los brazos, intentando recuperar el equilibrio y apoyarme en algo, en él. De mis labios brotó un grito silencioso mientras mi cuerpo se doblaba.

Y de repente me precipité hacia atrás, en un vacío negro que se alzaba, arrastrándome.

Alguien chocó conmigo y me sacó de la visión. Me giré, aturdida. Una cara me miraba de mala manera.

—¿Qué haces? Apártate, bicho raro.

Me alejé tropezando hacia la puerta, casi sin oír lo que decía. Por horrible que pueda sonar, estaba entusiasmada. Cassie y yo no habíamos estado solas. Había alguien más.

A continuación, otra posibilidad se coló en mis pensamientos. Tal vez a Cassie no la hubiera empujado la otra persona. Era yo quien gritaba su nombre al borde del precipicio. La otra persona podía haber estado con nosotras, y haberlo presenciado todo. Pero no, no tenía sentido. Si había alguien más, y me había visto, ¿por qué no había acudido a la Policía?

A menos que tuviera algo que esconder...

Tenía que hablar con Carson.

Saqué mi móvil del bolsito y le mandé un mensaje rápido para decirle que salía un momento a respirar, por si me estaba buscando. Después abandoné la sala de baile y penetré en el pasillo poco iluminado que llevaba al aparcamiento trasero, con la compañía del eco rítmico de mis tacones en el suelo. Puse la mano en el frío cristal de la puerta y me quedé con la piel de gallina. Se me había erizado el vello de la nuca.

Miré por encima del hombro y vi el pasillo vacío. No había nadie. Aun así, no podía desprenderme de la sensación de que me estaban observando. Se arremolinaba en mi interior como una mancha de tinta oscura en el agua. Empujé la puerta y salí a la noche, negándome a mirar atrás.

No hagas caso a tus sensaciones, pensé. No eran reales. Los recuerdos sí, pero el resto no eran más que alucinaciones... o intentos de comunicarme conmigo misma. Era algo raro y, la verdad, sonaba a cosa de locos.

Caminé por el aparcamiento con la sensación de que todos los nervios se me disparaban a la vez. Gírate, pensé. Lo verás. Está detrás, esperando, observando. Mi corazón empezó a latir tan deprisa como cuando Carson había estado a punto de besarme mientras bailábamos. Pero ahora no era tan agradable.

De repente, el móvil sonó con fuerza dentro de mi bolso de mano. El susto fue tan grande que estuve a punto de caer al asfalto. Me llevé la mano al corazón, que latía como un bombo, y me salió una risa temblorosa. Muerta de miedo por un mensaje de texto. Genial. Me paré junto a un árbol grande para sacar el móvil. En la pantalla parpadeaba un nombre: Carson.

Justo entonces lo oí, unos pasos rítmicos, iguales, pesados, amenazadores, que me aceleraron el pulso y me llenaron el estómago de nudos de hielo. No es real. No es

real. Uno. Dos. Tres. Ahora estaban más cerca. Empezó a picarme la nuca solo de pensarlo.

Me costaba respirar.

Deslicé mis dedos temblorosos por la pantalla del móvil para abrir el mensaje de Carson. AHORA MISMO VOY, decía. Mis pulmones se sobrepusieron a un espasmo. Carson estaba en camino. Estaba salvada. No me...

En mi nuca se agitaron los mechones sueltos, y en mi piel se deslizó un calor.

Una mano rodeó mi brazo desnudo. Mi corazón dio un vuelco. Abrí la boca para gritar, pero otra mano me la tapó, asfixiando el sonido.

—No grites —dijo.

Nada más reconocer la voz pasé del miedo a la rabia y clavé un codo en el vientre de Del con tanta fuerza que el brazo me dolió. Él me soltó con un gruñido de sorpresa.

Di media vuelta, lista para usar mi bolso como arma mortal.

—¿Se puede saber de qué vas?! —grité.

Del tenía los ojos muy abiertos y las manos en el vientre.

—Sammy, por Dios, eso no era necesario...

Tuve ganas de volver a pegarle.

—¿Que no? ¡Te has acercado por detrás sin hacer ruido y me has tapado la boca con la mano! Joder... Ya me veía...

Del se irguió y me miró a los ojos.

—¿Te veías cómo? Seguro que me has oído caminar detrás de ti. Tampoco he sido tan sigiloso.

—Pero...

Pero había pensado que no era real, sino otra alucinación auditiva. Esta vez, a quien tuve ganas de pegar fue al doctor O'Connell. ¿Y si Del hubiera sido un psicópata, y yo me hubiera quedado tan tranquila diciéndome que no era real? Sacudí la cabeza.

—Da igual. ¿Qué quieres?

Del puso cara de ofendido.

—Nada, hablar contigo. Me lo habías prometido, por cierto.

Guardé el móvil en mi bolsito.

—Yo no te había prometido nada. Además, has venido con Veronica...

—¡Veronica me da igual! —Le latía una vena en la sien. Retrocedí con cautela—. Solo he venido con ella porque tú me evitas y ni siquiera me dejas hablar contigo.

¿Después de tantas semanas aún quería que nos reconciliásemos? Qué triste... y qué inquietante. Miré por encima de su hombro por si veía a Carson, pero el aparcamiento parecía vacío.

—¿De verdad has venido con Carson? —preguntó—. ¿En plan pareja?

Volví a mirarlo, y al prestar más atención vi que tenía las mejillas sonrosadas. ¿Por el enfado o por el alcohol?

—Sí. Me lo pidió y yo acepté.

Del sacudió la cabeza, pasándose los labios por delante de los dientes.

—¿Qué pasa, que ahora sales con Carson?

Nuestra relación, recién etiquetada como tal, parecía demasiado frágil como para hacer saltar el mundo entero por los aires. Antes de que yo pudiera decir algo, sin embargo, la falta de respuesta inmediata le hizo reaccionar con una palabrota.

—¿Tenía que ser justo con Carson? Sammy, su padre trabaja para el tuyo. Es lo peor de lo peor.

—¡De eso nada! —Di un paso hacia delante, agitando las manos—. A mí me da igual que su padre trabaje para el mío. No tiene ninguna importancia. Ni el buen gusto, ni la personalidad, ni el hecho de ser buena persona se compran con dinero.

Su mirada se endureció.

—¿Estás diciendo que Carson es mejor que yo?

Yo no quería caer tan bajo, pero estaba llena de una rabia peligrosa.

—Pues sí, lo es.

—¿Sabes qué? Que si hubiera sabido que te convertirías en una fracasada no habría desperdiciado casi cuatro años contigo —dijo. Luego dio otro paso y me dominó con su estatura. También él despedía oleadas de una rabia oscura y turbia—. A mí también me habrías tenido a tu lado. ¡Te he apoyado y protegido mientras todos te llamaban Samantha la Pirada! No he abierto la boca.

—¿Y por qué tendrías que haberla abierto?

—¿Qué? ¿No puedes deducirlo tú misma? Lo sé todo, Sammy. —Su expresión se volvió despectiva—. Vete olvidando de la lealtad, porque la has fastidiado. Y sin mí no eres nadie.

Sus palabras estaban impregnadas de un veneno cuyo aguijonazo me hizo retroceder. ¿Qué era eso que él sabía que yo tenía que deducir? Antes de que pudiera exigir una respuesta, otra voz, fría y dura, intervino en nuestra conversación.

—Pues mira, en eso te equivocas —dijo Carson detrás de él, sobresaltándonos—. La verdad es que está mil veces mejor sin ti.

Del se giró de golpe.

—¿Por qué? ¿Porque se está follando...?

El puño de Carson se estampó en su mandíbula. Primero se oyó un ruido de carne. Luego la cabeza de Del sufrió una sacudida, y él se desmoronó como un castillo de naipes hasta chocar con el suelo y quedarse tirado con la mano en la mandíbula.

—Mira, cuando me enteré de que había sido Scott quien te había puesto el ojo morado sentí un poco de celos —dijo Carson, sacudiendo la mano derecha—, pero luego me dije que había que tener paciencia. Ya nos darías alguna otra excusa para machacarte.

—Qué razón más rara para tener paciencia —mascullé. Carson no me hizo caso.

—Escúchame bien, Del. No hables con ella. Ni siquiera vuelvas a mirarla. Si no, te aseguro que un puñetazo en la mandíbula no será nada en comparación con lo que te haré. ¿Lo entiendes?

Del contestó con un gruñido que guardaba un sospechoso parecido con varias palabrotas. Carson se acercó a mí y se inclinó hasta rozarme la mejilla con los labios

a la vez que hablaba.

—Creo que será mejor que nos vayamos, antes de que vuelva a pegarle.

Miré por encima de su hombro. Del se estaba levantando del suelo, apoyándose en un coche. Mi mano buscó la de Carson sin mirar y la apretó.

—Creo que tienes razón.

No me sorprendió tanto que la velada acabara a puñetazos. De camino a casa le conté a Carson el recuerdo que había tenido. En cambio me guardé las extrañas palabras de Del, porque no sabía qué significaban. Carson se mostró tan emocionado como yo por la novedad, al menos al principio.

—Es una buena noticia. Puede que estés empezando a acordarte de todo...

Dejó la frase a medias y se concentró en la carretera. Yo observé su rostro en la oscuridad de la cabina de la camioneta.

—¿Qué pasa?

Carson sacudió la cabeza. Pasaron unos momentos.

—Que comiences a recordar también puede ser peligroso. No me gusta pensar que el culpable pueda ser alguien de tu entorno, pero si esa persona se entera de que estás empezando a encajar las piezas de aquella noche...

Tragué saliva y aparté la vista. Mis recuerdos podían ser peligrosos, pero también eran la clave de la verdad. Sacudí la cabeza, como si así pudiera quitarme de encima el miedo que empezaba a pegarse a mi piel.

—Y no es eso lo único que me preocupa —añadió Carson después de un momento.

—¿No? —pregunté. Él sonrió un poco.

—Me odio solo de pensarlo, porque sé lo importante que es que recuperes los recuerdos, pero si lo haces...

—¿Seré como ahora o como la Sammy de antes? —dije apenada, acabando la frase en su lugar—. No lo sé, Carson. Me gustaría pensar que al menos he tenido otra oportunidad para mejorar mi forma de ser, y que eso no se borrará.

—Me alegro de oírlo —dijo riendo entre dientes. Yo me mordí el labio.

—¿Seguiré gustándote si me acuerdo de todo?

Carson me miró con el ceño fruncido.

—Sam, ya me gustabas antes de que perdieras la memoria. Lo que pasa es que no te dabas cuenta.

—Bueno, pues ahora sí —susurré—. Y sigo dándome cuenta, al margen de lo que recuerde.

Con una sonrisa cuya calidez me llegó al alma, Carson tomó la carretera que llevaba a nuestras respectivas casas. Respiré profundamente.

—Aún no quiero ir a casa.

Fue como si la sonrisa se le congelase en los labios. Incluso a oscuras, vi que el azul de sus ojos se intensificaba hasta adquirir el color de un cielo de verano.

—Este fin de semana mi padre libra. Ha ido a Pittsburgh, a ver a su hermano.

¿La casa vacía? Volví a tragar saliva, pero por otra razón.

—¿Quieres que... estemos juntos un rato más?

—¿Hace falta que conteste? ¿De verdad?

Solté una risa nerviosa mientras mis dedos empezaban a jugar con las lentejuelas de mi bolso de mano. Carson aparcó la camioneta en la entrada de su casa.

—No te muevas.

—Vale —dije con curiosidad.

Tras una breve sonrisa, saltó de la camioneta y vino a abrirme la puerta. Acto seguido me ofreció la mano con una reverencia. Casi todos mis nervios se esfumaron de golpe, mientras ponía mi mano en la suya.

—Ya no recuerdo la última vez que estuviste en mi casa —dijo al abrir con la llave la puerta principal—. Hace al menos seis años.

—Antes pasaba mucho tiempo aquí, ¿no?

—Prácticamente todos los días —dijo él en voz baja.

Yo no tenía acceso a los recuerdos de nuestra infancia compartida, pero saber que habíamos pasado tanto tiempo juntos disipó los últimos restos de preocupación.

La casa estaba a oscuras y en silencio. Carson me guio de la mano por la sala de estar. Choqué con el respaldo de un sofá, y luego con un escritorio pequeño del que hice caer varias hojas de papel.

Me llevó a su dormitorio. Mi corazón latía muy deprisa. Carson me soltó la mano y encendió una lamparita al lado de la cama. Aunque no daba mucha luz, distinguí un escritorio pequeño en un rincón y una cómoda con una pila de ropa doblada encima. Para ser el cuarto de un chico, me pareció que estaba todo muy ordenado. Dejé el bolsito en su escritorio.

Carson se quitó la americana y la colgó en el respaldo de la silla. También se quitó los zapatos y los calcetines. Sin saber muy bien qué hacer, me descalcé y suspiré de alivio. Pobres dedos de los pies... Me estaban matando.

Apagó la luz y se acercó, hasta detenerse bruscamente.

—Hoy no hemos bailado suficiente.

—Es verdad.

Me pasó un brazo por la cintura y me levantó hasta poner mis pies descalzos encima de los suyos. Mientras yo me reía, Carson empezó a mecernos a los dos al compás de un ritmo silencioso.

—¿Sirve esto para compensar?

—Sí. —Sonreí con la cabeza apoyada en su hombro—. Esto me gusta más.

—¿Por qué? ¿Porque no está Scott para aguar la fiesta?

—Es una de las razones —contesté riendo. Él me apretó la mano.

—¿Ya te he dicho lo guapa que estás esta noche?

Mi sonrisa adquirió dimensiones épicas.

—Sí, pero si quieres puedes volver a decírmelo.

Su risa retumbó en mi interior mientras la otra mano presionaba la base de mi espalda para acercarme aún más a él. Ahora nuestros pechos se tocaban, y nuestras caderas, y todo lo demás. Sentí un rubor que se propagó por mi cuello.

—Estás muy guapa —me susurró al oído deslizando su mano por mi espalda hasta posarla en mi nuca.

Levanté la cabeza y me aparté para verle la cara. Sin más luz que el reflejo de la luna, que entraba por la ventana que había encima de su cama, me pareció casi irreal.

—Gracias —susurré.

Carson no sonrió, pero sus ojos se velaron y se tiñeron de una languidez que hizo que los músculos del estómago se me contrajeran. El anhelo de sus ojos estaba en sintonía con lo que yo sentía por dentro, e incrementó mi ansia hasta que me costó soportar la intensidad.

—¿Vas a darme un beso de una vez? —pregunté con un vértigo de expectación, deseo y mil cosas más. Carson sonrió de medio lado.

—Quizá.

Me acerqué hasta respirar el mismo aire que él.

—No estoy muy segura de que me guste cómo suena.

—Yo tampoco —me provocó él mientras su pecho subía y bajaba contra el mío de un modo irregular.

Me soltó la mano para posar su palma en la mejilla y recorrió mi mandíbula con el pulgar. Mi mano subió hasta su pecho. El corazón le latía tan deprisa como el mío.

Después bajó la cabeza y dejé de respirar al ver su mirada, pasión en estado puro. Su boca se deslizó por mi frente, rumbo al nacimiento de mi pómulo. Estremecida, cerré los ojos. Finalmente sus labios rozaron los míos de un modo inquisitivo, una y dos veces. Yo respondí abriendo los míos. El beso, flexible y aterciopelado, se volvió más profundo; la lengua de Carson se movió contra la mía como si desease capturar toda mi esencia mediante un simple beso.

Hizo un sonido gutural. Mis dedos se clavaron en su camisa perfectamente planchada. Todo desapareció para nosotros. Estábamos solos él y yo, su forma de besar, de apretarme contra su cuerpo como si yo tuviera un valor incalculable para él.

Después empezamos a movernos. Las piernas de Carson toparon con el borde de la cama y se doblaron sin soltarme. Mis rodillas se hundieron en el colchón, rodeando sus caderas. Mientras tanto no dejamos de besarnos ni un solo segundo, ni tan siquiera cuando sus dedos se acercaron a los tirantes de mi vestido y se deslizaron por debajo de ellos.

Hizo una pausa. Su voz sonó pastosa.

—¿Seguimos?

—Sí.

Asentí con la cabeza, por si no era suficiente hacerlo de palabra. Sus labios

volvieron a presionar los míos. Mis dedos temblaron al desabrocharle los botones de la camisa y deslizarla por sus hombros. Sentí su piel caliente, tersa y suave. Bajé las manos por su pecho y los músculos fuertes de su estómago. Tantos años jugando al béisbol le habían sentado pero que muy bien.

Lo viví todo como si fuera la primera vez, cosa que agradecí profundamente. No me habría gustado compartir aquel momento con nadie más. Los labios de Carson se apartaron de los míos y se deslizaron por mi barbilla y mi cuello.

—Samantha —repetía sin descanso, como si mi nombre fuese una oración, o una maldición; no supe bien si lo uno o lo otro, pero su voz tenía el efecto embriagador de hacer que mi cabeza diera vueltas.

Todo su cuerpo se estremeció al recibir un beso en la frente. Entonces supe que Carson llevaba esperando y anhelando aquel momento desde hacía más tiempo del que yo pudiera haber imaginado. Tuve una sensación de vértigo. Me sentía a la vez pesada y ligera en sus brazos, segura y cuidada. Tenía ganas de reír, de ir más despacio, de ir más deprisa, y de no parar jamás, jamás. Y así, mientras mi cabeza daba vueltas y más vueltas, sus dedos descendieron por mis brazos, arrastrando los tirantes. Cuando encontraron la pequeña cremallera trasera, la bajaron despacio hasta mis caderas.

Me colocó de espaldas a él, entre una lluvia de besos que se derramó por mi barbilla, mis labios, mi cuello y mis hombros. Su mano, mientras tanto, descendía por mi vientre y lo dejaba atrás, hasta que tuve la impresión de que ya no cabía en mi piel. Carson rodeó uno de mis muslos con la mano. Nos movimos al compás hasta quedarnos sin aliento, cubiertos el uno por el otro, ahogándonos los dos al mismo tiempo.

Perfectos. Juntos éramos perfectos. No hubo un solo momento de vacilación o duda. Tampoco sonaron en mi cabeza voces inoportunas, y eso que Carson me dio ocasiones de sobra para echar el freno antes de agacharse en busca de protección.

—¿Estás segura? —susurró en mis labios.

—Sí. —Mis siguientes palabras salieron por sí solas de mi boca, entrecortadamente—. Te quiero.

Carson se quedó muy quieto. Durante unos segundos, incluso dudé que estuviese respirando. Tal vez mañana me diera bofetadas a mí misma por haber dicho esas dos palabras, pero en aquel momento no quería retirarlas, por mucho que resultaran excesivas y las hubiera pronunciado demasiado pronto. Él cerró los ojos y dejó escapar un largo suspiro.

—Repítelo.

—Te quiero. —Mi voz se había hecho más fuerte y segura—. Te quiero.

Pasó otro segundo. Luego, Carson rozó mis labios con los suyos.

—Creía que nunca te lo oiría decir.

Le puse una mano en la mejilla.

—Yo no.

Entonces abrió los ojos y los fijó en mí.

—Te quiero desde que te conozco, Sam. De la misma manera que te quiero ahora.

La infinita ternura de sus ojos brillantes empañó los míos. Sin embargo, aguanté las lágrimas por miedo a que pudiera confundirse y creyera que eran de tristeza. Su cuerpo tembló, no supe si de alivio o de expectación. La verdad es que a partir de aquel momento dejé de pensar; a menos que lo estuviera haciendo tan rápido que no pudiera aislar un solo pensamiento o sensación... Tenía miedo de que los medicamentos a los que ya se había acostumbrado mi organismo lo embotaran todo un poco, pero no fue así. Fue algo muy grande, y nuevo para mí. Algo fresco, emocionante.

Cuando todo se calmó, mi corazón siguió latiendo muy deprisa mientras mi aliento se agitaba entrecortadamente, en un agradable aturdimiento. Sonreí a Carson con los músculos debilitados y los pensamientos como grandes cuencos de gelatina.

Él sonrió con un solo lado de la boca. Tenía pegado a la frente el pelo oscuro, que se le rizaba un poco.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —musité.

Me dio otro beso y se puso de espaldas. Después me rodeó con un brazo y me arrimó a su cuerpo, con mi cabeza apoyada en su pecho. Su aliento, entrecortado, se deshacía en la piel congestionada de mi mejilla.

—¿Qué tengo que hacer para convencerte de que te quedas a dormir conmigo?

Me reí.

—No estoy muy segura de que a mis padres les hiciera mucha gracia por la mañana, pero puedo alargarlo un rato... —Por primera vez, un asomo de incertidumbre me hizo callar—. Vaya, si es que quieres que me quede un poco más...

Él giró la cabeza hacia mí.

—Lo que quiero es que no te vayas, Sam. Y sé que tú tampoco quieres.

Otra vez la misma sensación, tonta pero maravillosa, de ahogo en el pecho. Podría haberme alejado flotando de la cama. Carson me miró y carraspeó.

—Lo de antes no lo he dicho por decir, Sam. Te quiero. Ya te quería antes, y espero que tú...

—Lo he dicho de verdad —respondí, entrelazando nuestros dedos—. Y creo... creo que antes ya lo sentía, pero sin reconocerlo.

Sus labios se curvaron. Luego nos quedamos abrazados sin hablar de nada importante, entre risas en voz baja, besos y caricias, prolongando un poco más aquel olvido, mientras el tiempo pasaba. Yo debí de quedarme dormida, porque supe que soñaba. Tenía aquella vaguedad de los sueños que no acaba de ser del todo real.

Estaba en la puerta de la biblioteca del instituto, con la cabeza hacia atrás. La satisfacción que irradiaban todos mis poros mitigaba los celos que sentía en el estómago desde aquella fiesta cada vez que lo veía mirando a Cassie.

Era mío y lo iba a destrozar.

Se oyeron unos pasos. Empecé a sonreír incluso antes de abrir los ojos. Carson salió hablando con Dianna.

Me aparté de la pared y me interpuse en su camino.

—Tenemos que hablar.

Sus ojos, muy azules, se llenaron de recelo. Miró a Dianna.

—Luego nos vemos.

Ella asintió y se marchó enseguida. Ladeé la cabeza con una sonrisita.

—¿Qué tal, Carson?

—¿Qué quieres, Sam? —Empezó a caminar—. Tengo cosas que hacer. Seguro que es muy interesante, pero ahora no tengo tiempo.

Endurecí la mirada. No solo eran celos. También sentía rabia. ¿Por qué siempre se libraba de mí? En aquel puñetero instituto todos los chicos querían estar conmigo. Menos él.

—Hay algo que sé —dije.

Se paró justo antes de la puerta, con los ojos en blanco.

—¿Y bien?

—Sé que le pagas a Dianna.

—Sí, por sexo. Me has pillado.

Apreté los labios, cabreada por que no se dejase intimidar ni lo más mínimo. Seguro que tenía algo que ver con el hecho de que me hubiera pasado casi toda la vida corriendo sin camiseta junto a él y mi hermano.

—Dudo que necesites pagar a nadie por sexo. Lo que me sorprende es que te hayas enrollado con Cassie sin que ella te pagara.

Carson posó en mí una mirada fija y absorbente. Sus ojos me encantaban, y al mismo tiempo los odiaba.

—¿De eso querías hablar, de mi rollo con Cassie de hace unos meses?

—No. —Apreté los puños. Los celos eran tremendos, pero yo no lo era menos. Sabía que lo que estaba a punto de hacer estaba fatal, pero me daba igual—. Tiene que ver con el hecho de que estés pagando a la hija de tu profesor de historia. Mmm... —Me di unos golpecitos en la barbilla—. Me gustaría saber por qué. Un momento. ¿No vas a esa clase con Cassie?

Carson cruzó los brazos.

—Sí.

—Me dijo que habías faltado varias veces. Me gustaría saber cuánto le pagas a Dianna...

—Pues no lo sé, pero seguro que me lo dirás.

La rabia me congestionó la piel y me afiló la lengua.

—Sé que pagas a Dianna para que les meta mano a los exámenes de su padre, y que te está ayudando a copiar.

Carson me miró a los ojos durante un largo segundo. Luego se rio.

—Vale, me has pillado. ¿Y ahora qué vas a hacer, señora detective?

Las manos me picaban solo de las ganas de pegarle.

—Cassie lo sabe, y no hace falta que te diga lo mal que guarda ella los secretos. —Cuando oyó eso, la mandíbula se le tensó—. Seguro que pronto un pajarito se lo dirá al director. Entonces ya sabes qué pasará. —Sonreí, encantada de gozar de toda su atención; no en el buen sentido, pero al menos la tenía. Y también lo tenía a él—. Por aquí se toman muy en serio lo de copiar. Y he oído que en Penn State también.

Carson apretó los labios.

—Sam, por Dios...

Abrí la puerta y salí al aire fresco de marzo.

—Ya puedes despedirte de la beca. Qué pena.

—Eres una...

—¿Una qué? ¿Una bruja? —Lo miré a los ojos por encima del hombro—. Oh, qué pena.

—No, una bruja no. —Carson salió detrás de mí. No le veía los ojos—. Cuando pienso en cómo eras antes, la verdad es que resulta triste.

No era eso lo que yo buscaba. Por debajo de la rabia acechaba el dolor.

—Yo de triste no tengo nada.

Sus labios dibujaron una sonrisa burlona.

—Sí. Pórtate lo peor que puedas, Sam, que ya te arrepentirás.

Me incorporé de golpe, tapándome el pecho con la sábana. Sentía una opresión en la garganta y el pecho. Las paredes oscuras de la habitación de Carson, cubiertas de pósters, se movían.

No era un sueño, no. Era un recuerdo. Lo supe en lo más hondo de mi ser, en todos mis huesos y células. Carson había pagado a Dianna para que le hiciera las redacciones y le chivase los exámenes de la única materia que no conseguía aprobar. De alguna manera, yo me había enterado, se lo había contado a Cassie y lo había amenazado a él con ponerlo en evidencia y arruinarle la beca de béisbol y la vida.

Pórtate lo peor que puedas, que ya te arrepentirás.

Sentí que las náuseas ascendían por mi cuello. ¿Era...? ¿Podía ser Carson la tercera persona del precipicio? Se me congeló todo el cuerpo. No, imposible.

Dios mío...

Si alguien tenía motivos para silenciarnos, era él. Me acordé bruscamente del recelo con que me había mirado el primer día de mi regreso a casa, y de que en el fondo no tenía nada bueno que decir sobre Cassie, y de que conocía el precipicio tan bien como yo, y de su insistencia en que yo no le había hecho nada a Cassie. ¿Y las notas que me dejaba yo a mí misma? *Que él no se entere de que te acuerdas de todo.* ¿Había querido avisarme mi subconsciente?

¿De que no le dijera nada a Carson?

Mi estómago dio un vuelco, mientras el corazón me latía como un bombo. Acababa de delatarme. Le había dicho que lo quería y... Ni siquiera pude acabar de pensarlo. Tenía que marcharme de allí y meditarlo todo a fondo, porque no podía ser él; cualquier persona menos él.

A mi lado, Carson se despertó y se incorporó despacio.

—¿Qué pasa, Sam?

—Tengo que irme. —Me salió un susurro ronco.

—Vale. —Bostezó y se pasó la palma de la mano por la frente—. Te acompaño, que es tarde.

—No, no hace falta.

Aparté la manta y encontré mi ropa amontonada. Él se sentó y bajó las piernas de la cama.

—No me cuesta nada. Es que no quiero que...

Dejó la frase a medias y se me quedó mirando mientras yo me pasaba el vestido por la cabeza. Entonces tendió los brazos con una sonrisa.

Yo retrocedí de golpe, tropecé con sus zapatos y me apoyé en la pared para no caer. La sonrisa se le borró de la cara.

—¿Estás bien, Sam?

—Sí, sí. —Entre los zarpazos del pánico, logré subir la cremallera hasta media espalda—. Es tarde. Tengo que volver.

Ahora que estaba despierto del todo, no parecía muy convencido. Se quedó con cara de preocupación mientras yo buscaba mis zapatos y, al no encontrarlos en la oscuridad, desistía, recogía mi bolsito del escritorio y me iba de espaldas hacia la puerta.

—Ya... ya nos veremos.

Se me formó un nudo en la garganta a causa de la emoción, pero si pensaba en lo que había pasado entre los dos, y en lo que podía haber hecho Carson, me vendría abajo. Él se levantó. Me costó bastante no dejar de mirarlo a la cara.

—Espera. ¿Qué mosca te ha picado, Sam?

Como sabía que no podría pronunciar palabra sin romper a llorar, abrí la puerta y salí al estrecho pasillo sin ver nada. Choqué en la penumbra con varias cosas, pero me apresuré a llegar a la salida, ignorando las punzadas de dolor. Estremecida por el ruido quejumbroso de la puerta, salí y la cerré a mis espaldas.

Respiré una bocanada de aire. Se me clavaban piedrecitas en los pies. Luego pisé

las frescas briznas de la hierba. ¿Fue Carson?, pensé. ¿Ha sido siempre él, desde el principio? Una esquirla se me clavó en el corazón. Luego otra.

Carson.

Lo recordé todo como en un marasmo, desde el día que lo había visto por primera vez en mi habitación hasta el momento en que él me había besado con toda el alma, justo antes de quedarme dormida. Recorrí muy deprisa el césped bien segado, ahogando mi llanto con un puño en la boca. No podía ser Carson. Sentía una confianza absoluta hacia él. Había sido tan bueno conmigo, sin que yo estuviera segura de merecerlo... En mi perplejidad creció la duda, que trató de adueñarse de mí, pero aquellas palabras...

Aquellas palabras... tenían que ser una advertencia.

—¡Sam!

Se me escapó un sollozo ahogado. No podía hablar con él. Ni siquiera podía mirarlo antes de haber tenido tiempo de llegar a alguna conclusión.

No había recorrido ni medio camino cuando Carson me dio alcance y me agarró por el brazo, haciéndome girar. Estaba desnudo de cintura para arriba, y en sus prisas por detenerme ni siquiera se había abrochado el pantalón.

—¿Qué pasa, Sam? —inquirió con los ojos muy abiertos, dilatados.

Yo intenté soltar el brazo.

—Por favor, déjame. Por favor te lo pido.

Él no me soltó.

—¿Qué pasa? ¿Hemos ido demasiado deprisa? Dime algo al menos, Sam.

Cuando lo miré a los ojos me quedé sin aliento, y el corazón se me resquebrajó un poco más.

—¿Lo hiciste tú?

—¿Que si hice qué? —Levantó la otra mano y me apartó el pelo de la cara—. Habla conmigo, Sam. Ayúdame a entender qué pasa. Sea lo que sea, se arreglará.

La ternura de su tono me oprimió el pecho. ¿Cómo podía hablar así después de lo que había hecho? Me parecía todo tan irreal...

—He... recordado algo.

Carson puso una cara de perplejidad tan sincera que empecé a tener dudas.

—Vale. ¿El qué?

—Algo sobre ti —dije con el corazón a cien—. Sabía que pagabas a Dianna para que te ayudara a copiar en los exámenes de historia. Debí de contárselo a Cassie, y... te amenacé en el instituto cuando salías de la biblioteca. Tú me dijiste que si se lo contaba a alguien me arrepentiría.

Carson soltó mi brazo y dio un paso hacia atrás.

—Sam...

El peso de aquella única palabra fue tal que me hizo temblar.

—Yo te dije que iría a contárselo al director.

—¿Y...? ¿Y por...? —Se pasó una mano por el pelo—. ¿Y por eso crees que fui

yo?

—Había una tercera persona, y tú... tenías motivos.

Me miró con un gesto de pena, no de rabia. Mi convicción se tambaleó aún más.

—No te puedo creer —dijo, atónito.

—¿A mí?

Me abracé a mí misma, tiritando.

—¡Sí, a ti! Dios mío... Y yo que pensaba... que habías cambiado... Pero es típico de la Sammy de antes: ¡dar por hechas cosas que no son, y pensar que eres el centro de todo! —Se acercó con los ojos brillantes, por la poca luz de la luna que había—. ¿De qué coño vas, Sam?

—Pero si te vi con ella... Le dabas dinero, y yo te amenacé. ¡Se lo dije a Cassie! Pensábamos ir a ver al director.

En el mismo momento en que lo dije, tuve un segundo para darme cuenta de lo impresentable que había sido yo. Vale que estaba mal copiar, pero...

Carson se quedó mirándome. Luego soltó una risa lúgubre.

—Tú no tienes ni idea de lo que viste.

—¡Pues dímelo tú, porque no tengo ningunas ganas de creérmelo!

Carson se estremeció, y yo sentí otra punzada de duda. Estaba enfadado conmigo, pero no como yo había pensado que lo estaría; además, en sus palabras y en su mirada se notaba que estaba muy dolido.

—Me viste darle dinero a Dianna. Eso es cierto. Pero le pagaba por darme clases particulares de historia.

—¿Qué? —dije con la voz ahogada, descruzando los brazos.

—Pues sí, le pagaba por eso, y aún lo hago. Para ganar ese dinero, mi padre ha estado haciendo horas extras para el tuyo, limpiando su despacho y ahorrando en todo lo posible para evitar que me retiren la beca.

Recordé las palabras de mi madre, y el sentimiento de culpa me cayó encima como un látigo de púas. Dios mío... ¿Cómo podía haberme equivocado tanto?

—¿Por qué no me lo dijiste cuando te acusé?

—¿Por qué debía hacerlo? ¿Qué obligación tenía, y más contigo? No te lo habrías creído. —Respiró hondo y maldijo en voz baja—. Sam, por Dios, ¿creías que había sido yo? ¿Que empujé a Cassie por un precipicio y luego hice lo mismo contigo?

Las lágrimas asomaron a mis ojos, mientras el viento me quitaba el pelo de la cara.

—Pero... dijiste que me arrepentiría.

Carson se apartó, como si le hubiera dado una bofetada. Y quizá eso le hubiera dolido menos que esto. Él siempre me había apoyado desde el accidente, sin dudar de mí ni una sola vez. Yo, en cambio, sí había desconfiado de él.

—En el sentido de que algún día te arrepentirías, no en el que piensas. Espera... ¿De verdad crees que quise hacerte daño? ¿Después de haberte dicho lo que siento por ti? —Al ver la respuesta en mi expresión, soltó otra palabrota—. A ti nunca

podría haberte hecho daño. Nunca. Aunque hubieras ido a ver al director, o a quien fuese, no habría movido un dedo.

—¿Y por qué no fui a contárselo al director, ni tampoco lo hizo Cassie?

—No lo sé. —Respiró y exhaló entrecortadamente—. Me gustaría pensar que cambiaste de idea, pero lo dudo. Aquel fin de semana desaparecisteis las dos.

En ese momento supe que decía la verdad, y que mi reacción después de tener el recuerdo había sido demasiado impulsiva. Tendí la mano a tientas, cegada por las lágrimas.

—Carson, lo...

—¿Lo sientes? —Él me esquivó y retrocedió, sacudiendo la cabeza—. No tanto como yo.

Cuando oí eso, el corazón se me partió por la mitad.

—Lo siento mucho... Es que estoy muy confundida. Solo me he acordado...

—¿Y has supuesto automáticamente que yo era capaz de hacer algo así? ¿Por qué? ¿Porque me ves capaz de chantajear, engañar y matar a alguien? ¿Y luego salir y acostarme contigo después de haber intentado asesinarte? —Sus palabras supuraban dolor, como si se le hubiera reabierto una herida reciente—. La Sammy de antes se lo habría creído, pero yo estaba convencido de que ya no existía. Está claro que me equivocaba.

—Carson...

—No. —Siguió retrocediendo con la mandíbula muy tensa—. No. Sigues siendo la de siempre; no tan mala como antes, pero aún está ahí. Fue una estupidez pensar otra cosa.

Parecía tonto e inútil pedir perdón. Mi acusación había sido muy grave. Aun así, no pude evitarlo. Necesitaba que Carson supiera lo fatal que me sentía. Al echarme hacia delante tropecé con el vestido y Carson me sujetó por los brazos, evitando que me diera de bruces con el duro suelo.

—Sam, por Dios —dijo él con los dientes apretados. Yo apoyé la frente en su pecho desnudo, llorando tanto que casi no podía respirar.

—Lo siento tanto, tanto... Es que me siento muy confusa.

Movió las manos por mis brazos. Un segundo después me apretó contra él y hundió la cara en mi pelo. Su abrazo duró solo un momento. Luego me soltó y retrocedió.

—Vete a casa, Sam. —Tenía la voz tensa, ahogada—. Vete.

Carson se giró y desapareció en la penumbra, corriendo un poco. Un dolor brotó en mi pecho y se extendió por todo el resto de mi cuerpo. Podría haber ido detrás de él, pero sabía... sabía que lo había perdido, antes de haberlo tenido de verdad.

Me desperté por la mañana con todo el cuerpo dolorido. Las causas eran diversas,

algunas buenas y la mayoría malas. No tenía ganas de abrir los ojos ni de salir de la cama. Sin embargo, me di cuenta de que no estaba sola.

Mi hermano estaba sentado al lado del cabezal, con los tobillos cruzados y el periódico encima de las piernas, abierto en la sección de deportes. Me froté los ojos hinchados y lo miré con mala cara.

—¿Qué haces aquí?

—Mmm... Preguntas, preguntas. Yo también tengo algunas. —Dobló el periódico y lo tiró al suelo—. ¿Qué pasó ayer por la noche?

Me quedé mirándolo. No estaba de humor para confidencias entre hermanos. Él levantó la mano.

—Tengo curiosidad. Te fuiste de la fiesta cuando apenas llevabas una hora, yo diría que con Carson. Parece que a Del le dieron otro puñetazo, pero esta vez no fui yo. —Se quedó callado, enumerando con los dedos. El siguiente fue el corazón—. Esta mañana he salido a correr con Carson y lo único que me ha dicho es que tuviste un recuerdo. Aparte de eso, no ha querido soltar prenda. Yyyyy...

—Hay más —gemí con la cara en el cojín.

Oír el nombre de Carson me provocó una angustia que dudé poder superar.

—... Y aunque tú y Carson os fuisteis mucho antes que nosotros, has vuelto a casa mucho más tarde que yo. ¿Me lo quieres explicar?

—No.

La almohada ahogaba mi voz. Scott se tumbó a mi lado.

—No quiero detalles guarros; prefiero que el desayuno se me quede en el estómago. Pero, teniendo en cuenta que Carson estaba secretamente enamorado de ti...

Me erguí y me puse de rodillas, con la cara llena de gruesos mechones rizados de la noche anterior.

—Dios mío... —Me tapé la cara con las manos—. Mátame ahora mismo.

—¿Qué pasó? —Scott me apartó las manos—. Tampoco puede ser tan grave.

—Pues sí, la verdad es que lo es. —Me dejé caer de espaldas—. Antes de perder la memoria yo era alguien horrible, y sigo siéndolo. Acusé a Carson de ser quien nos hizo daño a Cassie y a mí.

—Caramba, Sam, tendrás que explicarte mejor.

Lo hice, empezando por mi recuerdo durante la fiesta y siguiendo con el de más tarde, sin dar detalles acerca de lo que había sucedido con Carson. Según mi versión de los hechos, me había quedado dormida mientras hablábamos. Cuando terminé, Scott sacudió la cabeza.

—Ya se le pasará, Sam.

—Lo dudo mucho.

La verdad, ¿puede alguien olvidar que le acusen de asesino?

—Te digo yo que sí. Él es consciente de que lo has pasado muy mal. Solo tienes que darle un poco de tiempo.

Levanté las manos con impotencia.

—Soy tan idiota...

—En eso tengo que darte la razón. —Scott se levantó—. Mira, ¿sabes qué te digo? Que te des una ducha. Me voy con Julie al cine. Deberías venir con nosotros.

Se me despertó algo de interés, pero sacudí la cabeza. Necesitaba más tiempo para regodearme en mi estupidez. Scott se marchó y yo me quedé mirando el techo. ¿Cómo podía ser tan tonta? Llegué a la conclusión de que era un don innato.

No me levanté hasta bien entrada la tarde. Scott aún estaba en el cine con Julie, y mi madre se había ido a una reunión benéfica para recaudar dinero, o algo por el estilo. En cuanto a mi padre, no tenía ni idea de si estaba en casa o no. Hice el esfuerzo de meterme en la ducha. En un momento dado, las lágrimas se mezclaron con el agua. Después de secarme y cambiarme seguía teniendo la cara húmeda.

Tenía que reconciliarme con Carson, pero no estaba segura de que pudiera hacerlo. No se le podía reprochar que no me perdonara.

Me senté en la cama y me quedé mirando la caja de música. De repente sentí en la columna el hormigueo y el calor que ya conocía, y me vi arrojada de lleno a un recuerdo.

Iba hecha un mar de lágrimas bajando el camino de la casa de Del, pisando fuerte. ¿Cómo podía haberme hecho algo así? ¿Y ella? Yo era su mejor amiga, la única que aguantaba sus tonterías, y no se le ocurría otra cosa que acostarse con mi novio.

La odiaba, y a él también.

Del me dio alcance.

—Lo siento, Sammy. Ha sido un error. Estábamos borrachos.

—Ah, ¿entonces no es tan grave? —Me giré y le planté cara con las manos temblorosas—. ¡Pues no! ¡Te has acostado con mi mejor amiga!

Del miró nervioso por encima del hombro.

—No hables tan alto. Mis padres se...

—¡Me da igual! —Mi voz era estridente—. ¿Qué hicisteis, esperar a que me quedara dormida? ¿Fue divertido celebrar con ella el Año Nuevo?

—¡No! No fue como dices, te lo juro.

Me reí con dureza y, levantando las manos, cerré los dedos alrededor del collar. Un tirón brusco partió la fina cadena. Se la arrojé.

—Lo nuestro se ha acabado. Y esta vez de verdad.

Del se quedó boquiabierto.

—No puedes estar hablando en serio.

Pues lo estaba. Me daba igual lo que pensaran o quisieran sus padres. De repente entendí que Cassie me hubiera pedido que quedáramos aquella noche en la casa del lago. Iba a confesar que se había acostado con mi novio. Qué bonito.

—¡Estoy harta de que haga estas cosas!

Del quiso tocarme, pero me aparté.

—*Sammy, tienes que calmarte.*

Sacudí la cabeza.

—*La mataré.*

Cuando salí del recuerdo me encontré de pie en mi dormitorio, contemplando mi reflejo. La cara del espejo no tenía manchas de sangre. Sus ojos de color avellana estaban tan borrosos que parecían casi negros. Tembló de los pies a la cabeza, y de repente se le hinchó el pecho.

Era yo.

Di un paso hacia atrás con la mano en la boca. Del me había engañado con Cassie. ¿Por eso me había llamado tanto la atención la foto donde se les veía juntos en Nochevieja? Del me había mentado una vez más. Yo no me había quitado el collar porque quisiera ducharme, sino para tirárselo a la cara. Había roto con él, echándole valor. Mi pequeño triunfo, sin embargo, se había visto eclipsado por todo lo que pasó después.

La rabia corría por mis venas como un veneno, infectando los huesos y tejidos y haciendo que enfermasen. Pensé que lo de que mataría a Cassie lo había dicho en serio.

Ella había querido quedar en la casa del lago. Según Carson, yo había pasado primero por la mía. Ahora comprendía mi llanto de aquel día, y el beso que le había dado a Carson.

Por un momento me reí. Después, el sonido agudo de mi propia risa me estremeció.

Ahora comprendía que Del considerase que yo estaba en deuda con él. Con razón. Era cierto que me había estado protegiendo, nadie más que él sabía lo enfadada que yo había estado con Cassie la noche de su muerte. Del sabía la verdad. Probablemente no había habido nadie más en el precipicio, al menos no en sentido literal; solo era la vía que mi subconsciente empleaba para avisarme de lo que había hecho yo, y también de que alguien más sabía la verdad.

Lo que no tenía lógica eran las notas, o el hecho de que Cassie y yo hubiéramos acabado en el precipicio, pero a esas alturas qué más daba...

Se abrió una compuerta en mi interior, y un torrente de emociones barrió todos los obstáculos que pillaba a su paso como si fueran pañuelos de papel. Frente a mí oscilaron los momentos en que había sospechado de todos los demás: Del, Scott, Carson... Y en los que había alimentado la idea de que el culpable era un desconocido.

Mis rodillas chocaban entre sí. La respiración se había vuelto brusca, entrecortada. Solo podía haber sido yo. Tenía más motivos que nadie para hacerle daño a Cassie, y conservaba en mi interior aquella rabia, aquella horrible avalancha de destrucción en estado puro. ¿De verdad la había matado por Del?

Por Dios... Nunca me había odiado tanto.

Di media vuelta y, con la vista borrosa por el llanto, levanté la caja de música de

la mesita de noche y la arrojé al espejo. La caja emitió una nota disonante. Docenas de trozos de cristal saltaron, cayendo, y cayendo... El espejo era yo, y también la caja: destrozada, rota en mil trozos afilados.

La caja chocó contra el suelo. La bailarina con su tutú se partió, pero la base quedó intacta. Aún salió de ella otro sonido débil, como un pequeño maullido.

A un destello en mis ojos lo siguió un dolor cortante entre mis sienes, como si me hubieran clavado un destornillador. Me encogí con las manos en la cabeza, preguntándome si se me habría clavado alguna esquirra cruel.

Fue entonces cuando ocurrió.

Me invadió un mareo como formado por olas tumultuosas que rompían en la costa, erosionándola. Cada nueva lengua de agua desprendía un recuerdo. Saltar desde la mitad de la escalera de mi casa en brazos de Scott, y reírme mientras él me gritaba. La siguiente en aparecer era mi madre, que me abrazaba con fuerza y me susurraba palabras dulces al oído mientras el médico inspeccionaba mi muñeca rota. Después yo, con las piernas cruzadas en la casa del árbol, frente a un travieso Carson de diez años.

—*¡Verdad o atrevimiento!* —*Exclamaba yo.*

—*Atrevimiento —decía él con una sonrisa burlona—. Te reto a que me des un beso.*

La imagen se esfumó, barrida por el momento en que había conocido a Cassie. La atracción que había despertado en mí, como si me viera reflejada en un espejo. Las dos huyendo de los chicos entre risas y traspies, con los zapatos y vestidos de su madre. Una serie interminable de imágenes que retrocedía en el tiempo, hasta que bruscamente dio un salto hasta nuestros quince años y nos mostró sentadas en la habitación de Cassie.

—*Qué suerte tienes —decía ella en voz baja—. Lo tienes todo.*

En aquel momento no lo había entendido, pero había visto que metía un pergamino en el fondo de su cajita de música y volvía a cerrar la ranura secreta.

Entonces todo se confundió con la marea de los recuerdos. Mi vida, lo que le había hecho y dicho a la gente... Todo regresó de golpe. La infancia con mi hermano y Carson... Carson. Un torrente de emociones me hizo caer de rodillas. Mi amistad casi obsesiva con Cassie, que había devorado mi vida por completo. Sentí como una punzada en la piel y el corazón los recuerdos de la fiesta de empresa en la que me habían presentado a Del, y en la que nuestros padres prácticamente nos habían empujado el uno hacia el otro. Tanta presión para que fuéramos perfectos, mejores que todos los demás... La rabia se agitaba dentro de mi pecho como un enjambre de avispas furiosas. Cuánta irritación, cuánta amargura detrás de mi fachada... De tantas ganas como tenía de llevar las riendas de mi vida, me había convertido en una persona agresiva que hacía daño a los demás para sentirse mejor y tener algún tipo de control.

Pero era mala... porque podía serlo. Porque nadie se atrevía a pararme los pies.

En el fondo no había excusa posible para justificar mi conducta, ni lo que le había dejado hacer a Del, ni el haber permitido que Cassie gobernara mi vida en lugar de mi madre. Había cometido tantos y tantos errores... Pero aquella noche...

Había ido a la cabaña presa de una mezcla de emociones. Acababa de romper con Del y de besar a Carson, y mi mejor amiga era una zorra traicionera. Otro *sms* de Cassie me había hecho subir al precipicio. Me había guardado el móvil en el bolsillo de atrás de los vaqueros, y después lo había tirado contra un árbol. Estaba muy enfadada, y aún me irritaba más tener que buscar el camino a oscuras por el bosque sin matarme. No sabía qué haría cuando le pusiera las manos encima, pero nuestra amistad, como lo mío con Del, se había acabado. Una cosa era robarme la ropa y las joyas, y otra muy diferente era arrebatarme a mi novio. Se acabó. No quería saber nada más de ella.

Sin embargo, lo que vi casi al final del bosque, cuando el precipicio apareció ante mis ojos, fue algo inesperado. Algo que en el fondo no podía comprender. Lo más importante, sin embargo, era que lo recordaba.

Vi el rostro del asesino de Cassie.

El corazón me aporreaba el pecho, bombeando la sangre por las venas con tal fuerza que el estómago se me revolvió y tuve la impresión de que las paredes de mi cuarto giraban como locas a mi alrededor.

Recordé todo.

Había ido porque Cassie quería que lo hiciese. Quería que lo viera, y lo vi. Lo entendí todo, por qué su madre había querido alejarme de ella. Por qué Cassie había perseguido a Del, y nunca dejaba de presionarme ni de quitarme cosas; por qué nuestra amistad, bajo sus capas complejas, quebradizas, era un pequeño monstruo amargo, vengativo y triste.

Lo que más sentí al levantarme con dificultad fue una tristeza que me recorría todo el cuerpo, tensaba mi garganta y me oprimía el corazón hasta desmenuzarlo en un revoltijo de millones de fragmentos.

La herida era tan fresca que apenas me dejaba respirar o pensar.

Cassie... Pobre Cassie...

Por fin sabía quién la había matado.

Avancé dando tumbos hasta mi escritorio, pisando los pedazos de cristal con mis zapatillas, y una vez que tuve el móvil en la mano abrí el contacto. Sonó la señal de llamada. Una vez. Dos. Cinco. Las lágrimas no me dejaban ver con claridad. No descolgaría, por supuesto que no; lo había acusado de auténticas atrocidades. Ahora que me acordaba de lo espantosamente mal que lo había tratado comprendí que no debería marcar su número, pero a alguien tenía que contárselo. Tenía que sacarme las palabras de la boca, porque lo volvían real. Lo cambiaban todo.

Saltó el buzón de voz de Carson. Cerré los ojos con fuerza.

—Soy yo. Me acuerdo de todo. Sé... sé quién mató a Cassie. No sé qué hacer. Por favor...

En ese momento, la puerta de mi cuarto se abrió con un chirrido. Levanté la vista y se me estuvo a punto de salir el corazón por la boca, mientras clavaba los dedos en el móvil. La silueta ocupaba toda la puerta. Era la misma que había visto en mis recuerdos, mirándome en el precipicio, tocándome, buscándome el pulso. La sombra que seguía todos mis pasos existía de verdad. Tal vez no en el asiento trasero del coche, pero tuve la absoluta certeza de que había estado en el bosque aquel día, observándome, y se había llevado mi bolso y la nota que encontré en el coche después del accidente. ¿Me había dado dos veces por muerta?

La traición me dolió en el alma.

—¿Papá? —dije, mareada y con voz ronca.

—Cuelga el teléfono, Samantha.

Hacer eso sería un error. Seguir donde estaba era una tontería, pero me había quedado petrificada. Mientras temblaba, mi padre se acercó y miró fugazmente el espejo roto y la caja de música. Después me arrancó el móvil de la mano y cortó la llamada.

—¿A quién has llamado, Samantha? —preguntó mientras se lo guardaba en el bolsillo. Yo retrocedí.

—A nadie.

—No me mientas —dijo con un gesto de impaciencia—. Sé que estabas hablando con alguien por teléfono. ¿Quién era?

Por nada del mundo se lo iba a decir. Mantuve la boca cerrada, rezando por que Carson decidiera escuchar mi mensaje y llamara a la Policía. Al mismo tiempo, sabía que era muy probable que él borrara mi mensaje sin haberlo oído siquiera. Y en caso de que sí lo escuchase, llamaría de vuelta. Y mi móvil lo tenía mi padre.

—Era Carson, ¿verdad? ¿Por qué, princesa? ¿Por qué tenías que meterlo en esto? —Se frotó la frente. Parecía decepcionado, como si yo hubiera vuelto más tarde de la hora acordada después de una salida nocturna—. Esto... tendremos que solucionarlo. Ya me ocuparé de él.

Sentí una punzada de miedo.

—¿Ocuparte de él?

Mi padre me lanzó una mirada turbia. Me encogí.

—No salí del arroyo ni me convertí en lo que soy ahora para perderlo todo. Sacrificios... Alguno hay que hacer en el camino.

Loco. Hablaba como un loco.

—¿Sacrificios? ¿Cassie fue un sacrificio? ¿Y yo?

—Samantha...

—¿Por qué la mataste? Era...

—¿Matarla? —Sacudió la cabeza—. No lo entiendes.

—¡Me acuerdo de todo! —Yo misma me sobrecogí ante el dolor y el pánico de mi voz—. Te vi. La empujaste y...

—¡Y resbaló y se cayó! ¡Se dio un golpe en la cabeza con las rocas, mierda! Fue un accidente, Samantha. Yo nunca quise hacerle daño. ¡Pero es que no me hacía caso! —Dio un paso hacia atrás, moviendo las manos sobre la cabeza y estirándose los pelos—. Desde el día en que la trajiste a casa después del colegio supe que sería un problema. E hice todo lo que estaba en mi mano para separaros.

Ahora me acordaba, más allá de los pocos momentos en que había comentado que nuestra amistad no le gustaba. Lo molesto que se le veía con mi nueva amiga. Su insistencia en no dejar que se quedara a dormir, y sus discusiones con mamá —la pobre e ingenua mamá— cuando ella hacía la vista gorda a sus espaldas. Lo distante que se había mostrado con Cassie a lo largo de los años, hasta el punto de evitarla

cuando ella venía a casa y no dirigírle nunca la palabra.

Tuve ganas de vomitar.

—Siéntate.

Se me tensó todo el cuerpo. Miré el cuarto, desquiciada.

—Siéntate, Samantha. —Su voz no dejaba lugar a discusiones. Me senté temblando al borde de mi cama—. Tienes que escucharme. Lo que le pasó a Cassie fue un accidente. Debes creerme, princesa. Yo no quería hacerle daño a nadie.

Se me derramaron las lágrimas por las mejillas. Las ideas se agolpaban en mi cerebro a una velocidad de vértigo, y el miedo recorría mi cuerpo de un extremo a otro. Tenía que encontrar una salida. Por mucho que fuera mi padre, Cassie merecía justicia. Se merecía mucho más que lo que había acabado siendo su vida.

Mi padre se acercó, pero al verme encogida se detuvo.

—Y a ti menos que a nadie. Ni siquiera sabía que estuvieras ahí, hasta que fue demasiado tarde.

Levanté la mirada y vi el rostro de un auténtico desconocido, un hombre a quien nunca había conocido de verdad, capaz de dejar moribunda a una hija después de haber matado a otra.

—Era mi hermana.

—Tu hermanastra —me corrigió con vehemencia—. Una noche, Samantha; una noche con su madre no la convierte en tu hermana.

—¡Pero era tu hija!

Se puso en cuclillas ante mí y respiró profundamente.

—Mi hija eres tú. Cassie... Cassie fue un error.

Me aparté, sacudiendo la cabeza. En sus ojos palpitó una mirada oscura y terrible.

—Cate y yo habíamos acordado mantener en secreto nuestra aventura. Ella entendía lo mucho que yo me arriesgaba a perder si tu madre se enteraba alguna vez. Se divorciaría de mí, y yo lo perdería todo, Samantha: mi matrimonio, mi trabajo... ¡Todo aquello por lo que tanto he luchado!

Fueron encajando, una tras otra, horriblemente, las piezas del rompecabezas. El contrato prematrimonial. Seguro que existía una cláusula por la que uno de los dos lo perdería todo si le era infiel al otro. Y mi padre, sin mi madre ni su dinero, no tenía nada.

—No sé cómo lo descubrió Cassie —continuó mientras se levantaba lentamente—. Pensé en la caja de música, y en su ranura secreta... El caso es que lo descubrió. Entonces quiso que reconociera que yo era su padre..., pero bueno, eso ya lo sabes. Estuviste aquella noche en el precipicio. Lo oíste todo.

Cassie le había suplicado que la quisiera, que fuera su padre y le diera todo lo que me había dado a mí, mientras yo, escondida detrás del árbol, no podía apartar los ojos del drama que se desplegaba ante mi vista. Ahora que lo pensaba, no había sentido miedo, sino una rabia brutal por el hecho de que mi padre hubiera sido infiel, como Del, y que una vez más Cassie hubiera sido el centro de todo. Hasta me había

aliviado un poco que mi padre se negase y le rogara a Cassie que entendiera que jamás haría pública su paternidad.

Cassie no había dado su brazo a torcer. Tal vez lo ocurrido hubiera sido un accidente. Las rocas estaban resbaladizas, y era de noche. En todo caso, vi que mi padre la empujaba, y que ella resbalaba. Las rocas se habían teñido de rojo por la sangre, como en mi primer recuerdo. Ahora podía revivir el mismo espanto que había sentido cuando vi arrodillado a mi padre junto al cuerpo inerte de Cassie.

—Estaba muerta —dijo mi padre, atento a mi expresión—. Lo comprobé. Tenía el cráneo... Estaba muerta, y sentí pánico.

Yo, clavada al suelo por el *shock*, no había manifestado mi presencia hasta que mi padre había recogido a Cassie. La rabia se sobrepuso al miedo.

—¡La tiraste por el precipicio como si fuera una bolsa de basura!

Se estremeció.

—¡No podía hacer otra cosa! Era mejor que todos creyeran que había sido un accidente. ¡Y era la verdad! —Se echó a un lado con un crujido de cristales, bloqueando la puerta—. Luego saliste tú corriendo de entre los malditos árboles. Yo no sabía que estabas allí. No preví que Cassie hubiera planeado que lo oyeras todo. —Se le quebró la voz—. Resbalaste con la piedra mojada, y con su...

—Su sangre —susurré, recordando que había gritado el nombre de Cassie y, justo después, el terror de notar que me fallaban los pies, que el cielo se volcaba y que el suelo subía a mi encuentro.

—Te caíste por el borde —dijo con voz ronca.

—Y me dejaste morir.

Estaba tan dolida que temí ahogarme en mi propio rencor.

—¡No! No. —Mi padre se acercó deprisa, me agarró por los hombros y me sacudió ligeramente—. Bajé del precipicio y miré. Te lo juro. Creía que no respirabas. Te tomé el pulso y no lo encontré. Tampoco parecía que aún respirases. Había tanta sangre... Creí que estabas muerta, nena.

Sentí escalofríos. La noche en que había descubierto que era yo quien escribía las notas, la pesadilla que me había despertado había sido un recuerdo de mi padre.

—¡Podrías haber llamado a la Policía! ¡Podrías haber hecho algo!

—¡Me dio pánico! —rugió él clavando sus dedos en mis hombros—. Creí que también tú habías muerto... y me aterroricé.

Traté de quitármelo de encima. Su contacto me daba grima. Era mi padre, sangre de mi sangre, pero el pánico le había hecho abandonarme.

—¿Y luego no te planteaste ni por un momento llamar a la Policía? ¿Ni una vez en todo el tiempo en que estuve desaparecida?

Me miró a los ojos.

—Me llevé tu móvil. No podía...

—Que no...

De repente entendí. No era que no hubiese podido llamar a la Policía una vez

pasado el ataque de pánico, sino que no había querido. Lo hecho, hecho estaba. Era un riesgo demasiado grande. Se habría sabido la verdad acerca de su infidelidad, y él lo habría perdido todo; eso si no lo procesaban por la muerte accidental de Cassie.

El dinero era más importante. Incluso más que la relación con una hija. O que mi propia vida.

—Voy a vomitar —susurré.

Mi padre aflojó los dedos.

—Lo siento mucho...

Una parte muy pequeña de mí se lo creyó, porque lo oía en su voz.

—¿Qué pensaste cuando me encontraron? —Mi padre bajó la vista sin contestar. Otro sollozo recorrió mi cuerpo, haciéndolo temblar—. ¿Qué habrías hecho si me hubiera acordado entonces? —dije sin aliento, tratando de soltarme—. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Esperaba que nunca te acordases, pero luego empezaste a rebuscar y a escribir esas notas para averiguar lo que había ocurrido. —Parecía muy decepcionado, como si de alguna forma yo le hubiera fallado—. El día que fuiste al precipicio, te seguí.

En mi interior, el horror y la rabia medían sus fuerzas. Apreté los puños.

—¡Yo llegué a creer que estaba loca! Y tú dejaste que lo pensara.

—No podía decirte la verdad. Tienes que comprenderlo. —Mi padre sacudió la cabeza—. Yo no estuve dentro del coche, nena. Sufriste un ataque de pánico, o algo así, pero encontré la nota y avisé del accidente.

Como si eso mejorara algo las cosas, o las disculpase. Había matado a Cassie sin querer, y después me había abandonado allí medio muerta... Todo para conservar su patético tren de vida.

Ahucó la mano en mi mejilla. Las entrañas se me retorcieron del asco.

—Eres mi nena, mi princesa.

También Cassie lo había sido, pero a él le había dado igual.

De repente, algo se movió detrás de él. Al mirar por encima de su hombro entreví que la puerta se abría muy despacio. Una sombra larga y delgada se proyectó en el suelo. Vi aparecer, conteniendo la respiración, una pierna enfundada en tela vaquera, y a continuación unos dedos largos y morenos que sujetaban la puerta.

Carson.

Tragué saliva con dificultad, concentrada en mi padre.

—¿Por qué le regalaste la misma caja de música, si no querías que supiese nada?

Mi padre parpadeó. La pregunta lo había tomado por sorpresa.

—Hace tanto tiempo que se la di a Cate... —Esbozó una sonrisa—. Las mandé hacer en Filadelfia. Son ejemplares únicos. Fue una tontería, puro sentimentalismo. —Le salió una risa rota y áspera—. ¿Cómo iba a saber que acabaríais siendo amigas? Cate se fue del pueblo, y pensé que nunca volvería. Las cajas...

Carson se movió en silencio a espaldas de mi padre y se deslizó entre la puerta y la pared sin quitarnos la vista de encima. Yo no tenía la menor idea de qué planeaba.

Quería avisarle de que huyera corriendo, porque yo sabía que mi padre tenía varias pistolas y que podía llevar alguna encima. No podría soportar que Carson saliera herido de todo eso...

—Lo siento mucho. —La mano de mi padre se deslizó desde la mejilla hasta mi cuello—. Yo no quería que esto pasara.

Me estremeció otra convulsión.

—No, por favor...

Carson pisó un cristal, y el crujido sonó como el disparo de un arma de fuego. Mi padre se giró, y todo se precipitó. Me levanté de un salto mientras Carson se movía como si fuera a hacerle un placaje a mi padre, pero él... se movía muy deprisa. Como un rayo. Recogió algo del suelo y le hizo frente.

Se oyó un gemido de dolor. Carson se tambaleó hacia atrás y chocó con la pared. Tenía el hombro izquierdo ensangrentado. Un grito brotó de mi garganta. Mi padre sacó el trozo de cristal del hombro de Carson y echó el brazo hacia atrás.

Ni siquiera lo pensé.

Me abalancé hacia la caja de música rota, levanté la peana, que pesaba mucho, y con otro grito que surgió de lo más hondo de mi ser la estampé contra la nuca de mi padre.

Soltó el cristal ensangrentado. Luego se le doblaron las rodillas y se derrumbó al suelo como una bolsa de papel. Yo retrocedí, sujetando con fuerza la caja de música.

—¿Papá? —susurré.

No se movía. ¿Lo había... matado? Rodeé su cuerpo para acercarme a Carson.

—¿Estás bien?

Él asintió muy pálido, crispado, apretándose la herida con una mano.

—No es profunda. Mi intención era... rescatarte. —Soltó una risa seca, cargada de sorpresa—. Joder, Sam, joder...

Dejé caer la caja al suelo y puse mi mano sobre la de Carson. Después vi que tenía sangre entre los dedos, y me quedé consternada.

—Lo siento mucho...

—Para. —Me tomó de la otra mano y se apartó de la pared para empujarme hacia la puerta—. No es culpa tuya. Tenemos que llamar a la Policía, pero... lo primero es salir de aquí.

Salimos a toda prisa y corrimos por el pasillo. Yo no podía apartar mis ojos de él. La herida no parecía muy grave, pero la sangre seguía extendiéndose por su camiseta gris. Mi padre había apuntado al cuello, pero Carson se había librado gracias a sus reflejos. Y era casi seguro que su aparición me habría salvado a mí. Nada me gustaría más que pasar el resto de mi vida dándole las gracias.

En un momento dado el cerebro se me desconectó, cediendo el mando al puro instinto. Salir. Llamar a la Policía. Pedir ayuda para Carson. No podía concentrarme en otra cosa. Él se apoyó en mí y me soltó para sacar su móvil del bolsillo.

Cuando llegamos a la puerta de abajo y mis dedos rodearon el frío pomo, mi

corazón latía muy deprisa.

—¡Quietos!

Nos giramos. Era mi padre, que bajaba por la escalera. Llevaba una pistola en la mano, y la apuntaba hacia nosotros. Carson me empujó contra la puerta y protegió mi cuerpo con el suyo.

—¡No! —grité yo, intentando apartarlo—. ¡No lo hagas, papá!

Se oyó un disparo. Yo chillé, abrazada a la cintura de Carson. Esperaba que se derrumbase de un momento a otro. El miedo de perderlo era tan real que lo notaba en la lengua.

Pero no lo hizo. Solo se giró un poco, intentando apartarme de allí a la fuerza. No entendía por qué. Me hice a un lado, sumida en la perplejidad.

Mi padre estaba tumbado boca abajo en el suelo. En el centro de la espalda, un punto rojo se ensanchaba por momentos. Cuando levanté la cabeza, vi a mi madre detrás de él, con una de las escopetas de caza de mi padre en las manos.

Me quedé sentada mucho tiempo en los escalones del porche, aturdida por tantas preguntas. Me había enterado de que al volver a casa de su reunión, y oír mis gritos en el piso de arriba, mi madre había ido a buscar la escopeta. No sé qué pensó cuando vio que mi padre nos apuntaba a Carson y a mí con la pistola. Solo sé que reaccionó. Me protegió inmediatamente. Sin preguntar. Sin vacilar.

Mucha gente se acercaba para intentar hablar conmigo y preguntarme si estaba bien. Las luces parpadeaban sin descanso: azul, rojo, azul... Tantas voces me agobiaban. Todo a mi alrededor bullía de actividad, incluso después de que se hubieran llevado a mi padre al hospital.

Entonces estaba vivo. A saber si aún lo estaría.

Intenté encogerme al máximo, apretando las rodillas contra mi pecho. La Policía seguía manteniendo a mi madre apartada de mí, y Carson había desaparecido en un enjambre de personal sanitario y policías. ¿Se lo habrían llevado al hospital? ¿Estaría bien?

Alguien conocido se apartó de la masa de gente y se acercó. Cuando levanté la vista, me sorprendió que aún estuviera allí. Aparte del vendaje en el hombro, parecía encontrarse bien.

—Nada, un rasguño —dijo al sentarse a mi lado y rodearme con el brazo que no tenía herido.

Constaté, aturdida, que mi padre no le había destrozado a Carson el futuro hiriéndolo en el brazo con el que lanzaba en sus partidos.

—Debo ir al hospital, pero antes tenía que verte. Me ha costado un poco convencerlos...

Me incliné y lo besé intensamente.

—Gracias.

Él me besó la sien con suavidad y susurró en mi oído algo que no entendí. De repente hubo un tumulto de voces, y en el caos apareció Scott, blanco por la impresión. La Policía le cerró el paso y se lo llevó hacia donde estaban interrogando a mamá.

Me giré hacia Carson, temblando de pies a cabeza, y hundí el rostro en su pecho. ¿Qué podía decirle a Scott? ¿Cómo superaríamos todo aquello? Lo que mi padre había hecho, lo que había planeado hacernos a Carson y a mí, se acumulaba en mi lengua como ceniza amarga.

No estaba muy segura de querer saber si mi padre saldría con vida de la operación.

La mano de Carson se deslizó por mi espalda y, a pesar del temblor que recorría su brazo, ese gesto me calmó. Las lágrimas, que no dejaban de manar, no solo eran de dolor, sino también de alivio. Por fin se sabía la verdad. Tal vez pudiera aportar algo de paz a la familia de Cassie.

Y tal vez me la aportase algún día a mí.

Carson me apartó el pelo de un lado de la cara.

—Ya está. Ya ha pasado todo.

Pasaría, sí. Tarde o temprano, pasaría.

Epílogo

Algo no había cambiado desde la muerte de Cassie: mi impaciencia.

Apoyándome en un pie y luego en el otro, observé como un ave de presa la cuenta atrás del microondas. A pesar de la velocidad con que se sucedían, las explosiones no me parecían suficientemente rápidas.

Me daba mucha rabia perderme los tráileres, incluso los de los DVD.

Cuando los granos empezaron a explotar más despacio, saqué la bolsa del horno y eché las palomitas de maíz en un cuenco grande que ya tenía preparado en la encimera. Después me apoyé en el pecho aquella exquisitez con sabor a mantequilla y me giré. Los mechones que habían escapado a mi desastre de coleta caían por mis mejillas.

Mi madre estaba apoyada en la barra de la cocina con una botella de agua. Desde aquella noche, no había vuelto a probar el alcohol. Yo no habría podido reprocharle alguna concesión, pero se había vuelto más fuerte. Desde que la noticia se había sabido, los medios informativos no la dejaban en paz, y ya no tenía sentido preocuparse por lo que pensarán sus amistades. De hecho, dudo que le hubiera importado nunca de verdad.

Una sonrisa vacilante le tensó los labios. Sus ojeras grises ya no eran tan oscuras como en las semanas posteriores al arresto y condena de mi padre, que había sobrevivido al disparo y se había confesado culpable de homicidio y de un montón de acusaciones más. Teniendo en cuenta lo joven que había muerto Cassie, quince años parecían pocos. Yo, la verdad, no sabía muy bien cómo sentirme acerca de mi padre, y dudaba que alguna vez llegara a saberlo.

—Qué, ¿vas a ver una película? —preguntó mi madre. Yo asentí.

—Sí, está a punto de empezar.

Se apartó.

—Pues nada, no quiero entretenerte.

Hacía un mes que me acordaba de todo, desde el día en que mi madre había disparado a mi padre y le había impedido así silenciar definitivamente la verdad. No había sido fácil. Durante esos días, en algunos momentos, cuando algún recuerdo se me resistía, los lengüetazos de la frustración se habían transformado rápidamente en rabia.

También hubo momentos en los que no podía dejar de pensar en Cassie, ni en los horribles detalles de la noche de su muerte. Ella solo había querido lo que tenía yo, un padre de verdad. Lástima que yo no pudiera retroceder en el tiempo, sabiendo lo

que sabía ahora, y ser mejor amiga...

Al día siguiente habría cumplido dieciocho años. Mi intención era ir a visitar su tumba... con la madre de Cassie. Esto podría parecer extraño, teniendo en cuenta que ella me había abofeteado, pero pocos días después de que todo pasara me acordé de la caja de música.

Fui con Scott a casa de Cassie, donde su madre me dejó pasar de mala gana. Una vez allí, mis sospechas de que Cassie había escondido algo importante en su caja de música se vieron confirmadas. Por eso nunca quería que la tocara.

En su interior, en la ranura secreta, estaba su partida de nacimiento.

Su madre no tenía la menor idea de cómo la había conseguido, pero así empezó todo, cuando Cassie vio el nombre de mi padre inscrito como suyo. De hecho, dudo que mi padre fuera consciente de que figuraba en el documento.

Nunca me hubiera imaginado que fuera tan difícil tener en la mano la prueba de la verdadera relación entre Cassie y yo (y Scott, y toda nuestra familia). Había tantos «y si»... ¿Y si Cassie me lo hubiera confesado antes? ¿Y si mi padre hubiera confesado la verdad y la hubiera aceptado? Todo habría sido tan diferente...

Había dejado de medicarme, pero seguía yendo una vez por semana a la consulta del doctor O'Connell. Tampoco me había escrito más notas a mí misma, aunque me despertaba muchas noches empapada en sudor, dando alaridos como un alma en pena. Tardaría mucho tiempo en recuperar la normalidad. Por suerte, Scott nunca faltaba esas noches, como tampoco mi madre.

Dejé el cuenco de palomitas, me acerqué y la rodeé con mis brazos.

—Te quiero.

Ella me abrazó con cierta rigidez. No era el mejor de los abrazos, pero estábamos en ello. Antes de que pasara todo, nuestra relación no había sido muy buena. Sin embargo, yo estaba segura de que mejoraría.

—Yo también te quiero —dijo apartando los mechones de mi frente—. Venga, diviértete.

Sonreí y bajé los brazos para recoger el cuenco. Mi madre me miró, pero no hizo ningún comentario sobre mis pantalones de chándal demasiado grandes, ni sobre esa camisa que había conocido tiempos mejores. Iba por buen camino.

Recorrí a toda prisa las habitaciones, con un giro a la derecha, y bajé los escalones de dos en dos. Las risas y el murmullo de voces ganaron fuerza. Alguien había parado la película para esperarme.

E intuía quién.

Rodeé el sofá modular sin poder evitar una sonrisa. Pasé por encima de unas piernas largas enfundadas en unos vaqueros y me despatarré.

Scott se estiró para quitarme el cuenco de las palomitas.

—Gracias —dijo—. Eres la mejor.

Julie agarró un puñado con una risita.

—Que no es mucho decir, teniendo en cuenta los que están.

—Bueno, bueno...

Scott le tiró unas cuantas palomitas. Yo me puse cómoda, viendo cómo las derrochaban, y aspiré ese aroma que siempre hacía palpar mi corazón: cítricos y jabón.

El brazo apoyado en el sofá detrás de mí bajó y me rodeó los hombros. Su dueño me arrimó a su costado y bajó la cabeza.

—Ya te echaba de menos —susurró, rozando la curva de mi cuello con sus labios.

Sentí una opresión agradable en el pecho. Al volver la cabeza, vi unos ojos tan azules que me hicieron pensar en una corriente de electricidad.

—Solo me he alejado cinco minutos.

—¿Y qué? —dijo Carson bajando la cabeza—. Suficiente.

—Dios, qué cursi —murmuró Scott.

—Cállate —dijo Julie pegándole con la palma de la mano—, que cosas más cursis dices tú cuando no hay nadie delante. La diferencia es que él tiene valor para decirlas delante de nosotros.

Me reí.

—¿Beso?

—Beso.

Carson juntó sus labios con los míos, y aunque fue un beso cariñoso, muy diferente a los que me daba cuando estábamos a solas, me quedé sin respiración y se me encogieron los dedos de los pies. Cada nuevo beso era como el primero. No había nada que se le pudiera comparar.

Y estaba bastante segura de que nunca lo habría.

—Bueno, qué, ¿ya habéis acabado de daros el lote? ¿Preparados para seguir viendo la película? —preguntó Scott con cierto tono de fastidio.

Los labios de Carson, aún pegados a los míos, sonrieron. Se apartó, pero antes me dio otro beso rápido.

—Más que nunca.

Me acurruqué, ruborizada, pasándole un brazo por la cintura. Sus dedos se enroscaron en mis mechones sueltos. Empezaron los tráileres.

No todo era perfecto, ni muchísimo menos, pero las cosas iban por buen camino, y yo no miraba atrás. Sobre todo cuando el futuro prometía tantas cosas buenas.

Agradecimientos

Siempre es más difícil escribir los agradecimientos que el libro en sí, porque sé que me olvidaré de alguien importante, pero bueno, allá va. En primer lugar, muchísimas gracias a mi agente, Kevan Lyon. Es el primero de mis libros que lee y representa. También ha resultado ser la primera novela que vendió, en enero de 2012. Sin ella no podría existir este libro. Muchas gracias también a Emily Meehan, por leerlo y pasarse de estación. Creo que esto último contribuyó a obtener un sí a la hora de aceptar el manuscrito. Tampoco sería el libro como es sin Laura Schreiber, Mary Ann Zissimos y el maravilloso equipo de Disney Hyperion, con especial mención al diseñador Tyler Nevins. Taryn Fagerness, por su parte, ha sido clave para que se vendiera *Cuidado. No mires atrás* en tantos y tantos sitios fuera de Estados Unidos. Gracias especialmente a Angela, de Reading Angel, por haber sido una de las primeras en leer la novela y enamorarse de Carson, junto con Lesa Rodrigues. Gracias también a Molly McAdams por disipar mis reparos a escribir un libro tan distinto a como suelen ser los míos. Gracias a Stacey Morgan por ser una persona tan increíble, incluso cuando le mando imágenes dudosas por Yahoo. También a K. P. Simmons y al equipo de Inkslinger por su magia.

Lo más importante, sin embargo, es darles las gracias a los lectores. Chicos, sin vosotros no sería posible nada de esto. Lo que no tendría es sentido, qué caray. Nunca podré agradecerlos lo suficiente que me dejéis utilizar para algo de provecho mi imaginación hiperactiva.